JEAN FROISSART

Crónicas



Título original: *Chroniques*
Selección de lecturas medievales. 27 Colección dirigida por Jacobo F. J. Stuart

Edición digital: FS, 2018



NOTA: en la edición digital se omitieron las notas

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN
NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN
JEAN FROISSART: CRÓNICAS
Prólogo
Isabel de Francia, reina de Inglaterra
Juicio y muerte de Despenser
Coronación de Eduardo III
Guerra de Escocia
Primeros años del reinado de Eduardo III
Eduardo III en Normandía
Batalla de Crécy
Captura de Charles de Blois
Batalla de Poitiers
Jacquerie y revuelta en París
Batalla de Cocherel y coronación de Carlos V
El Príncipe Negro en España
Batalla de Nájera
Restauración de Enrique de Trastámara ....
Derrota inglesa en La Rochelle
Bertrand du Guesclin en Poitou
El Cisma de la Iglesia
Viaje a Bearn
Ricardo II y su consejo

INTRODUCCIÓN



Chimay, últimos meses del siglo XIV. Jean Froissart canónigo y tesorero de esa abadía, comienza la tercera redacción de sus ya célebres *Crónicas*. Encerrado en su *forge*, se esfuerza en retener los recuerdos y precisar, hasta para sí mismo, los difíciles acontecimientos que tuvieron lugar a principios de los años treinta. Reconoce de nuevo los síntomas de la emoción por escribir historia, cuando al servicio de Philippa de Hainaut, reina de Inglaterra, se interesó por narrar les honorables *emprises, nobles aventures et faits d'armes.* La constatación del hecho no disminuyó su realismo, ni la intensidad de la revelación se redujo con las sombras o promesas de inestabilidad de esos difíciles años finales de

su vida. El pasado lo significaba todo para él: le ofrecía una lección que todos deberían tener en cuenta. El futuro era un inquietante misterio desde que Enrique de Lancaster usurpara el poder en Inglaterra. El presente se llenaba de esa peculiar sensación de lo ignoto. Sus conocimientos estaban ahí para torturarle con la punzante convicción de saber el peligroso camino que se abría ante los ojos de sus coetáneos y de haberle sido negado aquello que su ser apasionado, nuevamente despierto, advertía.

Pero, después de todo, tan pronto como por fin se encontró solo en medio de sus papeles sintió que se le instalaba en el espíritu una paz radiante. La mayor parte de sus amigos ya habían muerto. El anciano cronista (que había nacido en Valenciennes en 1337) no se atrevía a decir todo lo que sabía: apenas se atrevía a corregir algunas imprecisiones de su juventud, aunque deseaba ofrecer su auténtica, y personal, versión de los hechos con una pasión que casi lindaba con el arrebato. Deseaba que las generaciones venideras conocieran aquel dorado espectáculo de la corte de Eduardo III , del que él había sido testigo presencial, pues acudió allí a principios de los años sesenta como clérigo de confianza de la reina. Quería, en definitiva que conocieran esa vida que él había vivido, conocido y amado cuando era joven. ¿Qué podría decir de todo ese brillante espectáculo? La idea cruzó vagamente por su cabeza. Algo, o alguien, podía impedir la definitiva, y nunca hecha, redacción de su obra. La gente de su siglo merecía su esfuerzo, por eso y como él mismo dijera: «*que Dieu m'en a donné le sens, le temps, le memoire et le loisir de cronissier et historier tout long de la matière*».

Inglaterra, comienzo de los años treinta del siglo XIV. El nuevo rey, Eduardo III , consigue por fin desembarazarse de la sombra de su madre, la inquietante reina Isabel, hija de Felipe IV el Hermoso y del amante de ésta, Roger Mortimer de Wigmore, conde de March. El momento resulta oportuno para los escritores de crónicas. Nunca desde los tiempos de Enrique II Plantagenet se había visto algo parecido. La atmósfera reinante invitaba a todo tipo de comparaciones y de atrevidos proyectos. El rey no podía evitar un sentimiento que bordeaba la autocomplacencia al escuchar los elogios de los cronistas áulicos, incluso dándose cuenta, como de hecho se daban, del verdadero alcance de sus escritos. Eduardo III era uno de esos hombres de quienes se dice que son la sal de la tierra. Su jovialidad sin límite rivalizaba con su amor a la guerra, la caza o las diversiones palaciegas. El rey y su esposa hablaban francés con acento que sólo se percibía en la intensidad, tan inglesa, y en un cierto esmero y ponderación. Los cortesanos entendían perfectamente su anhelo de volver a encarnar los valores de la Tabla Redonda. No fue el azar el que condujo a los monarcas a visitar Glastonbury en 1331. Como tampoco que la mayor parte de las fiestas celebradas en Windsor incluyeran siempre un *festum tabule rotunde*. Eduardo vivía entusiasmado por la materia artúrica. La lectura del *Perceforest* —el compañero que se une a Alejandro en su aventura a Inglaterra— como del *Roman du Hem o Le Tournoi de Chauvency*, permitieron profundizar en el comportamiento y la ética caballeresca. También la continuación del *Brut* en prosa buscó conectar el mítico pasado del rey Artús con la realidad política del joven

Eduardo. En todo caso, la *Scalacronica* de sir Thomas Gray acercaba a los súbditos ingleses a los anhelos de una corte, aún muy afrancesada en sus gustos.

Se trata, sin duda, de algo más que un *revival* nostálgico. El mundo caballeresco, adaptado a las necesidades de una época llena de contradicciones, conservaba su fuerza porque sus principales ideas seguían siendo adecuadas a las realidades políticas y sociales. La minuciosa observación de la corte de Eduardo realizada recientemente, nos permite comprender que nos encontramos muy lejos de una noción «otoñal», insincera, casi grotesca, del paso de honor que constituye la ética caballeresca. E incluso más allá de la representación social, las conversaciones entre el rey y sus más cercanos domésticos, las noticias de los hechos más relevantes o los simples chismorreos de corte indicaban la vigencia de este modelo cultural en el interior de una apacible vida privada. La mujer del rey, Philippa, se interesó siempre profundamente por todos los caprichos de su esposo, terciando en la mayoría de ellos, y a pesar de que eran felices en su matrimonio, consentía que Eduardo ejerciese de perfecto caballero cortés, es decir, que representase el papel de amante de alguna dama: como sabemos bien que ocurrió en una ocasión en el castillo de la señora de Salisbury, cuando el rey, ante su mesnada, interpretó el papel del corazón cautivo del amor victorioso pero imposible.

Cabe que muchos no fueran conscientes de tales ejercicios rituales y festivos, a fuerza de creer en las consignas de una vida estéril e inútil, donde los actos gratuitos no ejercen ninguna función en la regulación de las conductas y los desequilibrios, pero, en el círculo

cercano al monarca, nadie dudaba de la eficacia de tales actos para el buen gobierno de la nación. Cuando, en una ocasión, Eduardo III propuso la creación de una orden de caballería con el nombre de la Orden de la Jarretera, nadie puso el menor reparo. Incluso su gran enemigo Juan II de Francia, poco proclive a tales veleidades, no tardó en imitarla.

En este contexto, es natural que la guerra se entienda como un fenómeno cultural. Eduardo III guerreó mucho a lo largo de toda su vida, y casi siempre victorioso. Todo empezó en Escocia. Al igual que hizo Artús, según el testimonio de Wace. No debe asombrarnos el paralelismo. En estos años, la vida política imita a la literatura, si quiere escapar de la gris sensación de una existencia inútil. Jean le Bel, que acudió en persona a la campaña escocesa, escribió una elaborada crónica, palpitante de sinceridad, quizá nada objetiva, además de estar impregnada de espíritu caballeresco. Muchos se inquietaron ante tales escritos porque, en un momento tan frío y difícil, parecía absurdo haberse tomado el juego caballeresco tan dramáticamente en serio. Pero Jean le Bel, y quienes le siguieron, estaban seguros de que toda la importancia de los hechos de armas yacía en su propia significación literaria. Si se ignoraban las analogías con los brillantes actos del rey Artús, resultaba imposible dar la debida relevancia a un asunto tan crucial en la historia de la monarquía inglesa. Si se enfrentaba la guerra con tonos patéticos, quedaría en la mente de los auditores de estos relatos la impresión de que las decisiones de sus bienamados reyes eran vulgares caprichos, sin ninguna trascendencia política o nacional. Después de todo, la suerte de un país se jugó en muchas

ocasiones en un campo de batalla. Y no hay nada, ni nadie, que impida reconocer estos memorables acontecimientos en lo que tienen de valor político e ideológico.

No es de extrañar en consecuencia que tras la importante victoria de Halidon Hill, el 19 de julio de 1333, Eduardo III volviera sus ojos hacia el continente. La crisis dinástica de la casa de Francia, que ve cómo en el breve espacio de doce años (1316-1328) se agota el linaje de los capetos (tras la muerte sucesiva de Luis X, Felipe V y Carlos IV), facilita su tarea. Esta trágica serie de muertes conmocionó al joven rey inglés y le situó frente a una alternativa fatal, al desviarle a él, y a su país, hacia una empresa sin futuro. Pero en el momento en que toma la decisión de actuar en los asuntos de Francia, Eduardo no podía hacer otra cosa que exigir la corona de Felipe Augusto y San Luis con el pretexto casi novelesco de ser el sobrino matrilateral del último rey vivo. Los derechos sucesorios de su madre Isabel, hermana de los últimos tres reyes muertos, le permiten legitimar su postura. Las relaciones avunculares aparecen en la historia de Europa para complicar las cosas. Eduardo, como Roland, Tristán o Gauvain exige el derecho a heredar las posesiones de su tío materno, del hermano de su madre, que no ha conseguido engendrar ningún varón de su semilla, de su sangre.

Pero los políticos franceses de principios del siglo XIV aspiran a distanciarse, e incluso a olvidar, la literatura de tema artúrico. La casa de los Valbis no pudo comenzar peor su andadura histórica. No se trataba de las dificultades en la administración económica o de justicia, ni siquiera en las epidemias o crisis agrarias que

asolaban estos años; el problema es otro: residía en el complejo de la monarquía francesa por haber usurpado un derecho a lo imaginario cortés. Felipe IV, escudado en los blasones de la alta aristocracia de la época, ansiaba pasar desapercibido. No lo consiguió. Era un advenedizo. Algo que comenzaba a estar de moda. Contra todo esto se levanta el joven rey Eduardo —y con él, naturalmente, sus más cercanos escritores de crónicas—. La guerra comenzaría muy pronto. Era inevitable. Los historiadores modernos, siempre deseosos de magnificar las cosas, denominaron a este conflicto con el aparatoso título de «guerra de los Cien Años». La realidad es muy diferente. Conflicto dinástico, sin duda, que se dirime en el continente. Dos mundos frente a frente. Dos concepciones del poder y del arte militar. Hasta 1367/70 todo favorece la causa de Eduardo: pasados estos años, las cosas comienzan a torcerse.

Una guerra interminable, sin solución. Nunca podía terminar algo que afectaba con gravedad los principios creadores de la imagen de la caballería. En estos años se levantan grandes construcciones cronísticas para comprender lo que está sucediendo. Incluso, cuando aparece un auténtico héroe, un individuo sin par, como es Eduardo, príncipe de Gales —al que desde el siglo XVI solemos conocer como Príncipe Negro— resulta inevitable la ejecución de su biografía. Eso es lo que hace Chandos Herald. Un hombre astuto, prodigioso, que entra al servicio del gran sir John Chandos, como heraldo de su casa, doméstico que se dedica a rememorar las hazañas de su amo y de sus amigos y señores, que acude a la campaña de 1367 y escribe sobre el hijo de Eduardo III , de su ética, del mundo que quiere

configurar a través de sus decisiones, de las normas morales que rigen sus actos y su pensamiento.

Años difíciles. Toda esta centuria es una apuesta definitiva. Siglo XIV. El gran siglo del delito. Los administradores de los reinos lanzados en febril destrucción de los valores de la liberalidad. El orgullo feudal está congelado. Las tropas se enfrentan despiadadamente: ésa es la guerra que triunfa en los campos de Europa, una guerra de profesionales, de hombres que viven para ella, que odian la paz y sus consecuencias. La forma definitiva de la acción militar, la belleza de las *chevauchées* estructuradas, el resplandor luminoso de la batalla en la que la verdad de las cosas del mundo aparece en el ámbito abierto del arte militar: una luminosidad extraña, conmovedora, que «redime» la conciencia social y justifica la existencia. Es la verdad de la guerra. Su ley. Mas la guerra del siglo XIV no sólo muestra este rasgo heroico que oculta, como si de una pantalla se tratase, las grandes contradicciones del momento. Un rey altanero como Eduardo, imbuido en la ética caballeresca, confía el éxito de sus campañas no a las pesadas cargas de los escuadrones de caballería sino al servicio de sus asalariados libres que, a pie y manejando con destreza los arcos, destruyen sin piedad —sin cortesía— los ejércitos enemigos. Elevadas cifras de muertos. Los aristócratas se desangran. Ellos marchan los primeros. Caen en cualquier barrizal, en cualquier descuido. La caballería saca coraje: ésa es su mejor virtud. Desde Crécy en adelante la táctica inglesa hará estragos. Hombres casi escondidos que muestran los rasgos generales de una estrategia del ocultamiento, arqueros escondidos entre los árboles. Las formaciones

presentan múltiples fachadas: recubiertas por su capacidad de movimiento, por la psicología de los hombres que llevan el peso de la acción militar; disfrazados por sus máscaras, por los múltiples personajes y papeles que representan. Allí están todos: aristócratas de viejo linaje, nuevos capitanes de compañía, amigos y compañeros de los príncipes, mercenarios, tropas extranjeras, soldadescas. Un grupo desfigurado por su infinito y atormentado anhelo de mirarse en el espejo de la verdadera caballería. Esa existe, sin duda, en el otro lado, en el lado de los perdedores: los reyes de la casa Valois. Fieles a normas ya obsoletas, continúan confiando en las cargas de la caballería pesada. ¿Cómo explicarse esta paradoja? Incluso el gran Príncipe Negro, a la hora de la verdad, en Poitiers o Nájera, se comporta como cualquier jefe de compañía y en sus grandes *chevauchées* la violencia aparece como algo cotidiano. Estos jefes de compañía son el verdadero problema a resolver. Cuando Francia no soporta más su presencia, y no hay motivos para quedarse en sus tierras, se marchan a la Península Ibérica soñando con la frontera que a decir verdad no existe, pues la realidad del Trecento español es una sórdida guerra civil sin futuro, sin perspectivas de beneficios; por eso, otros, que advierten la trampa española, se dirigen a Italia, la tierra del futuro, como hace John Hawkwood y firman una *condotta* —convirtiéndose por tanto en *condottieri.*

Las voces de la guerra suenan por todos lados. En cualquier remoto lugar de la geografía de Occidente una compañía está metida en líos, asustada, pero entonces le sale la furia. Mercenarios ebrios, cada vez más

enloquecidos. Ellos son los grandes personajes del momento. Deciden sobre el destino de un reino, de un país. Agentes de la política. ¿Acaso también de la historia? ¿Qué mueve en realidad toda la compleja sociedad del siglo XIV? En la actualidad, las cosas se ven de una forma más ponderada que en los cincuenta o sesenta. La «new political history» vuelve a plantear en su justa medida cuál es el papel que desempeña la acción militar y la política en las transformaciones de las sociedades humanas. Hasta el punto que Jacques Le Goff —uno de los mentores más conocidos de la llamada «escuela de los Annales»— se preguntó no hace mucho, haciendo gala de grandes dotes de honestidad, si «la política no es acaso aún el esqueleto de la historia». Si hiciéramos caso de los escritores del siglo XIV, que sabían mucho de lo que significaba la historia, deberíamos aceptar que la política y las acciones militares son el genuino dinamizador de la imaginación creadora.

Siglo XIV. Siempre lleno de conflictos. Las enseñas aletean al viento. La noche salta sobre la sociedad civil, en particular sobre los campesinos que oprimidos por el hambre se agitan. No se oyen gritos en el bosque porque no hay nadie que pueda oírlos. Campos devastados. Grandes *Wüstungen*, como le gustaba decir a Wilhelm Abel. No hay más solución que profundizar en el tema. Una centuria donde el encubrimiento, la sagacidad de la astucia, facilitan más que otra cosa la lucha por la vida. Y esa tendencia alcanza su punto más alto en la década de los sesenta cuando hombres como el príncipe de Gales o John Chandos entran en declive y mueren; hacia 1370 llega a su cumbre el arte del encubrimiento. Los textos

aluden a él a veces con sarcasmo, otras mediante el fútil juego de las múltiples vanidades humanas: la adulación biográfica, la mentira, el engaño, la comedia ante los demás. Una nueva generación que plantea el problema de cómo puede surgir algo de un agotamiento semejante de los sueños del pasado, y en particular el impulso puro y sincero hacia la verdad.

Estos hechos, y algunos otros que dejo por el momento a un lado, modificaron la mentalidad del europeo ante la guerra. Aparece una cierta contaminación en los hábitos de destrucción y un gusto particular por la trampa eficaz y tal vez también por el desprecio a la vida humana. Horribles mutilaciones, de las saetas primero, de la pólvora que aparece como gran novedad poco después. Es mejor estar muerto que tullido. La «misericordia» es una especie de daga que elimina el dolor del combatiente caído y agonizante. Caballeros que se despiden de sus familias, perfectamente pertrechados, vestidos a la moda de la época, con las señales heráldicas brillando en oro y azur, como podemos ver en el psalterio de Lutrell. Después de todo, ésa es la vida de la aristocracia de entonces. Una vida masculina, de tono ligero y burlón que merecía un trato especial por parte de los grandes escritores. La sociedad del atormentado siglo XIV presenta su drama interior: de espaldas a la crisis agrícola y a las lamentaciones de los campesinos observa el nacimiento de unos hábitos y movimientos que harán posible el dominio del mundo. Se requiere estar muy ciego para no comprender esta atmósfera de especial intensidad, pero también se necesita una pluma genial que conciba el arriesgado proyecto de hacer unas crónicas sobre todo este complejo y novedoso mundo.

Más allá de Jean le Bel, más allá de los cronistas anónimos de inspiración monástica que sólo ven una parte del teatro social de la caballería, se levanta el canónigo de Chimay: un gigante que busca, en una obra río, comprender el mundo que le tocó vivir. Eso no era nada fácil. Jean Froissart pone manos al asunto. La decisión es toda una apuesta. La suerte, para él y para el futuro de esta sociedad que aún llamamos Europa, está echada. Lo que él decida se convertirá por siglos en la imagen única y real del siglo XIV.

Transportado por sus propias ambiciones, Jean Froissart ofrece a mediados de los años sesenta una primitiva versión de sus *Crónicas* a la reina Philippa de Hainaut. La corte inglesa, exultante tras los triunfos en Crécy y Poitiers, estimula la imaginación del clérigo de Valenciennes. Son los años más creativos de su vida. Viaja por mandato y protección de la reina. Primero a Escocia, en 1365, donde es recibido con calor por parte del rey David y del conde William Douglas. Nunca olvidará a este último y menos la estancia en su castillo de Dalkeith en las Highlands escocesas, pues fue ahí donde concibió su bella novela de ambiente artúrico *Meliador*. Tres años después, y con ocasión del matrimonio de Lionel de Clarence, el segundo hijo de Eduardo III, con Yolanda Visconti, viaja a Italia. Saboya, Milán, Roma. Conoce a Petrarca. Comprende de golpe la fascinación que muchos ingleses empiezan a sentir por aquellas tierras, llenas de porvenir y en las que se está produciendo algo insólito, al tiempo que maravilloso: eso mismo que los historiadores modernos solemos denominar, al modo de Jacob Burkhardt, Renacimiento.

En Roma entra en contacto con Juan Paleólogo y el Papa Urbano V. Nunca alcanzará una intensidad vital como en este viaje.

Las buenas cosas duran poco tiempo. En 1369, y tras la muerte de la reina Philippa el 15 de agosto, Froissart regresa a casa. Se instala en Hainaut, bajo la protección primero de Wenceslao de Brabante que le nombra canónigo y tesorero de Chimay y, luego, a partir de 1386, de Guy de Blois, que le convierte en su capellán particular. Años tranquilos. Años de madurez, pero también de contenida tristeza. Mientras el cronista consolida su posición personal, ve derrumbarse el mundo de Eduardo III y el sueño caballeresco y cortés.

Froissart entonces busca la evasión en los viajes. Así, en el invierno de 1388 acude a Bearn, junto a Gastón III conde de Foix, llamado Fébus. Y viaja por todo el Pirineo. La vida personal se mezcla con el trabajo. Se ha convertido en un auténtico profesional. Las impresiones son ligeras como quien no desea comprometerse en exceso. Conforme pasan los años, Froissart se vuelve más lírico, menos intencionado. Aprovecha la sensación de crisis reinante en los años ochenta del siglo XIV para escribir *Dit du Florin* y otros poemas, que en 1395 ofrece al rey de Inglaterra, Ricardo II, el hijo del malogrado Príncipe Negro, que está a punto de contraer un segundo matrimonio con Isabel, hija de Carlos VI de Francia. Todo parece indicar que Inglaterra tiene una nueva oportunidad. Pero eso no es más que un espejismo. Los graves acontecimientos que conducen al destronamiento del rey Ricardo por parte de Enrique de Lancaster producen un fuerte terremoto emocional en su vida que le conduce a refugiarse en su *forge* de Chimay o

Valenciennes y dedicarse por entero a terminar y revisar su conjunto cronístico, con esa voz taciturna que aspira a plantear los graves asuntos de Estado y elevarse por encima de la pesada atmósfera de su tiempo. La mirada de Froissart se centra directamente sobre el escenario del pasado y sus manos empiezan a trabajar con gran celeridad. En plena tercera redacción del Libro Primero de sus *Crónicas*, le debió sorprender la muerte, o, quizá una grave enfermedad que le apartara definitivamente de la escritura y de la vida pública, entre los años 1404 y 1414.

Una existencia semejante, llena de inquietudes, expectativas y ciertos fracasos, debió influir decisivamente en su prosa histórica. Porque, a pesar de su *Espinette Amoureuse*, de su *Meliador* y del resto de la obra lírica, Froissart es sobre todo un historiador. Nunca es fácil serlo. Y menos en condiciones adversas como las que él vivió al final de su vida. La profesión es dura, casi sin motivaciones concretas, llena de temor. Provoca recelos y envidias de aquellos que no están de acuerdo con los principios que rigen una obra histórica. El poder siempre se asienta en el pasado y, en consecuencia, necesita del auxilio de los historiadores. Froissart era un hombre célebre, muy conocido en los ambientes cancillerescos donde se suelen tomar las decisiones importantes. Siempre ocupado por saber mejor de su oficio, siempre intentando penetrar en la madeja de los sentimientos, pues, como dice Daniel Poirion, «su lógica histórica descansa en la psicología de los personajes». Siempre atento al menor indicio que señale un cambio en la dirección de los acontecimientos políticos. Froissart es sin duda un profesional de la historia, aunque esta

afirmación no guste a muchos de sus colegas actuales que le acusan de fantasear, de exagerar el número de combatientes o de ser sutilmente partidario de una de las partes en conflicto; en suma, de no ser objetivo. Pero la historia nunca lo es. Siempre trata de comprender el mundo a través de los prejuicios, la moral, los sueños de quien escribe. Además Froissart es alguien al que se puede odiar con facilidad. Ingenioso, brillante, con un estilo fluido, astuto, sus opiniones se cuelan con facilidad. No es nada prosaico. Ni lo pretende ser. Aspira al éxito cortesano. El instinto le impulsa siempre a buscar la generosidad con sus amigos, con los grandes hombres con quienes de un modo u otro estuvo en contacto. No sabía muy bien qué sucedería al final del gran conflicto anglo-francés. Tendrá que haber un acuerdo, una explicación para tantas batallas y tanta sangre derramada. Las exigencias de unos y otros terminarían por ajustarse; pero, en realidad, sucediera lo que sucediera, Jean Froissart había decidido no volver a decir nada que no fuera conforme a sus propios principios.

No necesita mentir demasiado. En sus *Crónicas*, y teniendo como telón de fondo el largo conflicto anglo-francés, se encuentra el sueño, la gala, el adorno, el ballet regulado de la caballería y de la vida cortés del siglo XIV: es la evasión a través de las grandes aventuras reales de su época. Exaltación de la proeza —sobre la que en el Prólogo afirma que es «madre material y luz de los gentileshombres»— de los hechos de armas, de las normas corteses, donde finalmente la sociedad encuentra un destino a imitar (o, si se prefiere, a dejarse impregnar) por la moral de la caballería. Por eso mismo, para él esta

época brillante y tensa —que fue el siglo XIV— es el tiempo de las divisas, del desarrollo de la heráldica, el tiempo de los caballeros andantes que defendían en los caminos a las damas nobles contra los bandidos y los soldados de fortuna, el gran momento de los torneos que eran ya totalmente representaciones sociales. Como él mismo comprobó en Bretaña, en 1351, desgarrada por la guerra, los caballeros mantuvieron un torneo «por el amor de sus amigas». Nada de otoñal ni de crepuscular. Una vibrante pasión ética que controla los gestos del poder, la perniciosa inclinación de la gente por la autodestrucción o la caída en el vértigo de los valores materiales. Froissart eleva la guerra a ser el punto central de los actos humanos, pero tratándola como lo que es, en su justo sentido y equilibrio, por lo que no es de extrañar que algunos autores modernos hayan creído ver en sus enseñanzas y en el reconocimiento de los valores caballerescos un antecedente de la moderna convención de Ginebra, que no impide la guerra, pero que al menos la ordena civilizadamente.

Dejando a un lado la interesante discusión sobre la unidad de composición de las *Crónicas* en su conjunto, conviene que nos detengamos en la clásica división en cuatro libros de este brillante reportaje sobre la historia europea del siglo XIV. Pues, y a pesar de las quejas modernas a la falta de espíritu crítico, el ambicioso proyecto del canónigo de Chimay trasciende a cualquier otra obra histórica de su tiempo, incluidas las admirables biografías de los héroes de las grandes batallas de estos años.

El Libro Primero se detiene en los acontecimientos ocurridos entre 1323 y 1378. Es la parte más densa y también la más interesante del conjunto cronístico. Froissart comienza con la detallada exposición de la revuelta de Isabel y Roger Mortimer contra Eduardo II, rey de Inglaterra. Difícil asunto en el que también estaba mezclado el joven Eduardo III. Tras sortear lo mejor que sabe el delicado momento que significa el destronamiento de un rey y su ulterior muerte en prisión, el cronista se enfrenta con los primeros años del glorioso reinado de Eduardo III que comienza con las guerras de Escocia y Francia. En esta parte se detiene con especial interés en las batallas campales de Halidon Hill y Crécy que significaron el definitivo triunfo de las armas inglesas. Luego, y siguiendo su clásico entrelazamiento, narra los primeros años del reinado de Juan el Bueno y el príncipe de Gales, con las campañas en la Francia del Loire, que culminan en la batalla de Poitiers de 1356. Preocupado también por la honda crisis en la que cae Francia como consecuencia de esta derrota, Froissart dedica numerosas páginas a hablar del papel de las Grandes Compañías, el levantamiento de París, lo que le permite dedicar su atención a figuras tan importantes como Bertrand du Guesclin, Boucicaut o el inquietante Carlos el Malo, rey de Navarra. Con sutileza prepara el advenimiento del nuevo rey Carlos V. Este *méchant roi* —como le llamaba Eduardo III— que no actuaba como un verdadero paladín ni caballero, consigue, sin embargo, pacificar Normandía y Bretaña, e incluso sacar a las Grandes Compañías de su reino, enviándolas a la Península Ibérica. Este hecho obliga a que Froissart dedique importantes páginas al papel desempeñado por

franceses e ingleses en el hosco conflicto entre Pedro I y Enrique Trastámara. Las campañas de Eduardo de Gales de 1367 que culminan en Nájera y sus primeros contactos con la corte de Aragón. La restauración de Enrique Trastámara por Du Guesclin y el progresivo deterioro de las ilusiones del Príncipe Negro. El libro termina con los desastres ingleses: marítimos como el de La Rochelle, o terrestres como la campaña que pone fin a su presencia en el Poitou y la Saintonge. La muerte de Eduardo III en 1337, y la celebración que de ella hace Carlos V de Francia con una serie de campañas en todo el litoral inglés cierran definitivamente este primer libro.

La densidad y el carácter conflictivo de los acontecimientos narrados, junto a las especiales características de la información que Froissart tuvo de ellos, sea copiando, descaradamente a Jean le Bel, o siguiendo con enorme fidelidad los testimonios orales que los caballeros ingleses le ofrecieron en la corte de Eduardo III desde 1361, explica que el canónigo de Chimay no estuviera nunca satisfecho con el carácter final de su redacción. El Libro Primero fue objeto, según parece, de una primitiva versión que Froissart ofreció a la reina Philippa a principios de los años sesenta. Esta versión «perdida» de la que se conocen algunos fragmentos posteriores ha suscitado una interesante y, al mismo tiempo, curiosa discusión entre los eruditos al dudarse si estaba escrita en verso o en prosa. La razón de ello reside en unas misteriosas palabras del cronista que afirma que ha tratado con ardor de *rimer et ditter* las guerras y los hechos de armas. ¿Cuál es el valor exacto de esta expresión? Tras el debate erudito podemos encontrar las dificultades de una comprensión global de

la obra de este egregio escritor. Sea como fuese, la realidad es que esta primitiva versión recibió muy pronto una redacción en prosa que debió terminarse hacia 1369: de ella sin embargo se han conservado sólo fragmentos en un número elevado e importante por su calidad, de manuscritos (entre los que se encuentra el 2643 de la Biblioteca Nacional de París con las miniaturas más bellas sobre las *Crónicas*). Se suele conocer esta redacción en los ambientes eruditos como A MSS, haciéndose mención al carácter inicial del relato. No contento con ella, Froissart lleva a cabo una primera revisión de esta redacción. Esta obra que es la primera en sentido estricto y que contiene todo el Libro Primero también se conserva en numerosos manuscritos, siendo el ms. fr. 6477 de la Biblioteca Nacional de París el más antiguo y el que se considera ejemplar. Esta primera redacción revisada se conoce como B MSS y debió componerse en torno a 1378. No estando seguro de algunos puntos oscuros de esta redacción, el propio Froissart unos años más tarde llevó a cabo una segunda redacción del Libro Primero, que se conserva parcialmente en el ms. de Valenciennes y al completo en el ms. 486 de la Biblioteca Municipal de Amiens. El aura filoinglesa del texto anterior queda muy matizada. Esta segunda redacción obedece al deseo por parte de Froissart de alejarse de la influencia de Jean le Bel como de las opiniones de los caballeros de Eduardo. Una especie de búsqueda de la objetividad histórica permite dar entrada a otras opiniones y poner en tela de juicio algunas afirmaciones anteriores. Este texto, por ejemplo, nos permite conocer la batalla de Crécy de labios de los caballeros franceses o rectificar algunas cuestiones de la expedición del

Príncipe Negro a España en 1367, aunque eso no le acerque como se ha pretendido al rigor histórico, como puede comprobarse en las vacilaciones sobre la figura de Robert de Artois. El ms. de Amiens conserva el relato de la embajada que Robert de Artois hiciera a Gascuña en la primavera de 1337. Esta embajada es una pura fantasía. Froissart sugiere que la historia la había narrado Jean le Bel. Pero eso también es pura invención. Puede que lo hubiera soñado. Pero todas y cada una de sus ardientes palabras sonaron auténticas a quienes deseaban oírlas. Esto prueba, junto a otros muchos casos, cómo el texto de la segunda redacción es inferior al anterior, pues, sin ganar en objetividad, ni rigor histórico, le falta el nervio, la ilusión, la sonoridad y el colorido de la primera redacción. Quizá por estas vacilaciones, Jean Froissart dedicó los últimos años de su vida a realizar una tercera redacción del Libro Primero. Este texto se conserva en un solo manuscrito (reg. lat. 869 de la Biblioteca Vaticana de Roma) y contiene sutiles diferencias con respecto a las dos redacciones anteriores. Desgraciadamente sólo contiene una parte muy reducida del Libro Primero, en concreto hasta la muerte de Felipe IV de Valois en 1350. Esta tercera redacción ofrece un texto original y permite conocer a un Froissart en plena posesión de sus dotes de escritor.

El Libro Segundo es mucho más sencillo. No ofrece como el primero tres redacciones diferentes. Sólo existe una, revisada un poco más tarde, a la que se conviene en denominar primitiva, que está contenida en tan sólo 24 manuscritos con escasas variantes. Comienza con las conquistas del duque de Anjou en Guyena y la larga guerra subsiguiente. Sigue con el análisis del gran Cisma

de la Iglesia y las agitaciones que tuvieron lugar en Francia e Italia. Aunque, sin duda, el objetivo central reside en los gravísimos incidentes que tuvieron lugar en Flandes entre 1377-1381, que el propio cronista vivió de cerca pues en estos años residía en Chimay o Valenciennes. Siguiendo las huellas del conde de Cambridge y del duque de Lancaster se ocupa de la guerra entre Portugal y Castilla. Al igual que de la agitación revolucionaria inglesa de 1381, haciendo un magnífico retrato de Wat Tyler y de la minoridad de Ricardo II.

El Libro Tercero aún tiene menos problemas de trasmisión manuscrita. Es el resultado en cierto modo de su viaje a Bearn en el invierno de 1388, que da lugar a una larga y pintoresca narración de la vida de las comunidades pirenaicas. En esta parte desarrolla sus dotes descriptivas y pregunta a un par de interlocutores por las costumbres, hechos de armas y aventuras de las regiones meridionales. La descripción de la fastuosa corte de Gastón Fébus ilustra bien el esplendor de una vida nobiliaria del Midi que no ha logrado desaparecer tras las destructivas *chevauchées* de Eduardo de Gales y sus capitanes de compañía, o la de los *routiers* que durante más de veinte años saquearon estas tierras sin piedad. En medio del viaje, vuelve a insistir en los problemas de la Península Ibérica, centrándose en la crisis dinástica portuguesa a la muerte de Fernando I que dará lugar a la batalla de Aljubarrota, donde Portugal afianza definitivamente su independencia nacional frente a las pretensiones de Juan I de Castilla.

El Libro Cuarto que se abre con la solemne entrada de Isabel de Baviera en París, en agosto de 1389, y las justas

que se hicieron con tal fin, trata de fijar el teatro de las acciones militares entre 1390-1396, desde la feliz gira de Carlos VI por las provincias meridionales de Francia hasta las prodigiosas justas que el rey Ricardo II realizara en Smithfield. También, alejándose de la tradicional geografía europea y, en parte siguiendo las andanzas de Luis de Borbón, cuñado del rey Carlos VI, relata las aventuras de un puñado de caballeros en el norte de África. No tiene obstáculos para fijarse con atención en la vida de un *brigand* importante en su época como Aimerigot Marcel, o la expedición que el conde de Armagnac hace a Italia con la intención de combatir al duque de Milán en 1391.

Las últimas páginas de sus *Crónicas*, llenas de tintes trágicos, plantean los desórdenes de Francia y la guerra civil de los años finales del siglo XIV. Clisson comienza por su cuenta una guerra feroz contra el duque de Bretaña que tiene espantosos resultados. Como también los tiene la expedición conducida por Jean de Nevers que se enfrenta a los turcos en Nicopoli en 1396. Al mismo tiempo, y mediante la técnica del entrelazamiento, narra las fiestas de París, organizadas para el rey Carlos VI que estaba en verdad loco. Fiestas complicadas, perversas, donde se llega a una auténtica inversión de la naturaleza. Disfraces, mascaradas, imitaciones sacrílegas, ofrecen una imagen de la sociedad en crisis de estos años. Mientras esto ocurre en Francia, Inglaterra vive las tribulaciones de Ricardo II desde 1395, la nefasta influencia del conde Thomas Mowbray —responsable de la muerte en 1397 del duque de Gloucester, tío del rey— y las intrigas de Enrique de Lancaster, su primo (pues era hijo de Juan de Gante, duque de Lancaster, tercer hijo de

Eduardo III), destronado por los conspiradores, metido en prisión y más tarde ajusticiado en 1400, su historia parece repetir la de su bisabuelo, Eduardo II. Froissart, hondamente turbado por estas coincidencias, interrumpe su relato en este preciso momento, como quien sospecha que el destino ha trazado la unidad de su obra.

Estas semejanzas, que los historiadores modernos creen más formales que reales, son para el canónigo de Chimay definitivas y, en resumen, se concretan en lo siguiente: cada rey esposa a una princesa de la casa de Francia de nombre Isabel, cada uno lleva a cabo una política militar sin gloria, mediocre —que conduce al desastre de Stirling y la confiscación de Aquitania bajo Eduardo II, y a la pérdida progresiva del territorio en Francia con las treguas de 1396 bajo Ricardo II— y cada uno, finalmente, en expresión de Froissart, exilia a su sucesor: Eduardo II y Enrique IV respectivamente, bajo la influencia de un «marmouret», un intrigante cortesano —Despenser y Mowbray—, que confunde la lucidez que todo monarca debe tener en los momentos decisivos.

He aquí la imagen que el canónigo de Chimay ofrece del siglo XIV. ¿Cuál es su alcance histórico? ¿Qué tiene de inquietante para haber despertado tantas controversias y recelos? Antes de contestar a estas preguntas, quizá fuera conveniente revisar con alguna brevedad la recepción moderna de su obra.

Las *Crónicas* de Froissart han tenido desde finales del siglo XV una valoración acalorada, casi violenta, por culpa de la propia personalidad de su autor y del carácter que le ofrece a la historia del conflicto anglo-francés del siglo XIV. La fortuna de la recepción moderna de esta obra se fraguó en la magnífica traducción que hizo de

ella sir John Bourchier, lord Berners, entre 1523-1525, que sirvió de base a todas las traducciones de los humanistas del siglo XVl, sea la que hizo el secretario de Carlos V en español o la de Denis Sauvage en francés. La lectura de Froissart comenzaba, pues, a través de la mediación que supone una traducción como la de lord Berners, donde, por poner sólo un famoso ejemplo, el discutido *dittier et rimer* lo tradujo como *wryte and recite* con lo que transforma sensiblemente el significado del pasaje. Pero, al margen de esta mediación que en todo caso cualquier traducción supone, el éxito que las *Crónicas* tuvieron a partir de esta célebre edición, le condujo a estar presente en la mayor parte de los historiadores humanistas como Robert Gaguin, Nicholas Gilles o Paulus Emilianus y, trascendiéndolos, en historiadores de la categoría de David Hume, Olivier Goldsmith o James Mackintosh.

La apreciación de las *Crónicas* alcanzó una de sus cotas más elevadas en los primeros momentos del Romanticismo. A la generación de sir Walter Scott le sobrevino una sensación que hasta entonces no se había experimentado sobre esta obra y que resultó decisiva, al mismo tiempo que deliciosa. La completa valoración del texto de Froissart condujo a la importante traducción que sir Thomas Johnes hizo en 1808, a la que el propio Scott dedicó un sabroso comentario. Esta traducción que venía a corregir y mejorar la de lord Berners fue sin duda la que más influyó en el conocimiento de Froissart en el primer Romanticismo. Sistemáticamente editada y traducida a otros idiomas, la obra de Johnes supuso un hito en la recepción moderna de las *Crónicas* y el inicio de su auténtica valoración. Este interés por las *Crónicas* y

la figura de Froissart cautivó muy pronto al público francés que de la mano de Chateaubriand comenzó a valorar positivamente la obra, pues el autor de *El Genio del Cristianismo* consideró al canónigo de Chimay como el «Herodoto del siglo XIV». No nos debe extrañar que en tales circunstancias se planteara, por parte de los directores de la importante colección del Panthéon littéraire, llevar a cabo la terminación y mejora de la edición que antes de la Revolución Luis XVI había encargado a Dacier; esta labor la llevó a cabo, en pleno espíritu de la monarquía de Luis Felipe de Orleáns, J. A. C. Buchon que, entre 1824/26 y 1835, realizó una edición donde se trató de adaptar el francés del siglo XIV al del siglo XIX, dando lugar a un curioso híbrido que no es edición moderna ni traducción.

La moda Froissart se difundió con rapidez. La breve alusión que Sainte-Beuve hiciera en el Parlamento sobre el hecho de que el cronista se hubiera hecho famoso, favoreció sin duda la atención que la academia belga prestó a las iniciativas del barón J.B.M.C. Kervyn de Lettenhove, autor de un estudio sobre el canónigo de Chimay y de la primera y monumental edición moderna en 28 volúmenes de sus obras completas.

La segunda mitad del siglo XIX adquiere una tonalidad bien diferente. El conocido alejamiento de Inglaterra del «realismo» cultural del continente ofrece, en el ámbito de la recepción del mundo caballeresco, posturas enfrentadas. La obra de Froissart tuvo la misma suerte. Así, mientras en Inglaterra William Morris valoró en términos muy positivos el texto de las *Crónicas* en su conocida *Defence of Guinevre* (1858) y proyectó una edición moderna para la Kelmscott Press que

desgraciadamente nunca llegó a realizarse en Francia, y de la mano de Jules Michelet —que anatomizó a Froissart considerándolo el «Walter Scott de la Edad Media»—, se comienza una sistemática desvaloración del texto de Froissart —paradójicamente en el momento en que la Société de Histoire de France encarga a Simon Luce que lleve a cabo su importante edición—. En el centro de la queja de Michelet, y de los que le siguieron hasta los años setenta del siglo XX, aparecen los típicos prejuicios positivistas e institucionalistas ante un texto que es histórico y literario al mismo tiempo. Más allá de este círculo, donde Ferdinand Lot o Edouard Perroy llegaron a prescindir por completo de las *Crónicas* como fuente para comprender el siglo XIV y prefirieron los registros y los documentos de archivo, aparece la figura ejemplar de Johan Huizinga que el 16 de junio de 1921 ante la asamblea general de la Société d'Histoire Diplomatique afirmó: «En términos generales, los medievalistas de nuestra época se muestran poco favorables a la caballería. Con la ayuda de los archivos, en los cuales ciertamente poco se menciona a la caballería, han alcanzado éxito en la empresa de ofrecernos una imagen de la Edad Media de carácter tan acentuadamente económico y social, que a veces tendemos a olvidar que después de la religión, el concepto caballeresco fue la idea de mayor influjo sobre la mente y el corazón de esos hombres de otros tiempos». Por eso mismo, Huizinga, que considera a Froissart el «enfant terrible» de la caballería, acepta que para él la caballería, tal como surge en las *Crónicas*, constituye la suma total de conceptos generales que le permiten explicarse la realidad política e histórica del siglo XIV.

Las quejas de Huizinga no son válidas, en cambio, para el área cultural de habla inglesa, pues ahí, la vigencia y aceptación del texto de Froissart continuó estando en primer plano. Los historiadores de la Edad Media ingleses y americanos haciendo gala de un exquisito gusto y de un equilibrado sentido de la ponderación degustaban las páginas de las *Crónicas* y fijaban en su justa medida su valor para comprender la historia del siglo XIV. Partiendo de esta concepción, una serie de autores modernos han logrado fijar el carácter del texto de Froissart como fuente histórica, comparándolo con otras obras, como la biografía que Chandos Herald hiciera de Eduardo de Gales.

Después de tantos movimientos culturales a favor y en contra del texto de las *Crónicas* de Froissart, el lector actual, sensible a las exigencias de nuestro tiempo, debe sentarse en su biblioteca y leer con detención esta obra hasta que consiga comprender que aquello que vieron los humanistas, Hume, Scott o Morris no era un espejismo. Debe comprender que ha tenido abandonados estos libros y tomar la resolución de volver a integrarse en un proceso de mejora de los estudios históricos ahora que puede disponer de buenas ediciones críticas y de sensibilidad teórica para mejorar lo que otros, antes que él, intuyeron como decisivo. Después de un refrescante anhelo por reactivar los estudios de estos textos y su lectura, quizá pueda surgir una sensación de respeto sobre el pasado que hasta este momento no hemos conocido.

Llegamos así una vez más a la pregunta de por qué resulta tan difícil la realidad del pasado que Froissart relata con tanta audacia y al mismo tiempo conservarla

en la memoria para un examen ponderado, sin juicios de valor. La irritación de los autores modernos, que han reconstruido el largo conflicto anglo-francés del siglo XIV apoyados en los registros de cancillería y la minuciosa comparación de las *Crónicas* existentes, sin que ello les haya conducido a ofrecer una imagen más fidedigna que la presentada por el canónigo de Chimay, es la cruel comprobación de esa tierra caótica y seca que separa el conocimiento y la imaginación.

Entre infinidad de hechos de armas, caminos fangosos, ejércitos en marcha y brillantes espejismos que se alzaban ante sus ojos, Froissart construye la imagen de una época que comenzaba a desvanecerse por efecto de la prudencia y la intriga política. Y al hacerlo, da paso a una verdadera valoración del espectáculo del siglo XIV, que no puede ser otro que los ejércitos de caballeros puestos en movimiento, en acción. El sentido de tales empresas no lo aprehendemos con sólo ver la representación psicológica, el símbolo de un mundo figurado por los autores de relatos. Froissart nos ofrece en sus *Crónicas* la visión de una cultura definitiva, total, lo mismo que las novelas corteses de Chrétien de Troyes habían trazado la suprema imagen de una posibilidad futura de cultura. El carácter nostálgico que cubre con su sombra todas las descripciones del espectáculo caballeresco se debe a que no quiere exponer de forma explícita las razones de verdad que se encuentran detrás de estos actos y que nosotros debemos encontrar en esos momentos de debilidad narrativa que logran capilarizar las emociones de un mundo que encuentra su verdad en la apariencia fantástica de una acción militar. Añádase a esto que Froissart busca imprimir ritmo a su relato: ritmo

del intenso trepidar de sus personajes en medio de una existencia cálida, arriesgada y lúdica. La capacidad literaria del cronista —que se patentiza en la continua utilización de la técnica del entrelazamiento— corrige algunos latidos de poca vibración. Richard Barber ha llamado la atención sobre la mezcla de los materiales históricos y literarios, a propósito de las dos redacciones de la batalla de Crécy. Todo es un problema de dinamismo interno del reportaje. El ritmo no debe ser ni demasiado lento (como en las novelas del siglo XIV, el *Perceforest* incluida) ni demasiado rápido (como en las *Crónicas* de Jean le Bel, Geoffrey le Baker o sir Thomas Gray de Heton). Froissart trata de captar el momento donde la vida se bifurca: esos minutos decisivos, casi imperceptibles, en los que un hombre muere o alcanza la fama y, en consecuencia, el dinero, la posición; los borbotones de sangre que inundan la mente de estos hombres recién llegados a la Historia —fieles compañeros de armas como John Chandos o James Audley o famosos capitanes de compañías al modo de Betrand du Guesclin o Boucicaut. La dirección, la flecha del tiempo histórico indica que el futuro consiste en comprenderlos y aceptarlos en los marcos de la buena sociedad. Ése es el esfuerzo desplegado en las *Crónicas*: no se trata de un ejercicio épico, al modo de los cantares de gesta, tampoco gravita en las regiones de la ficción como las novelas de aventuras, sólo atiende a una cosa que es más real que la propia vida: la irreversibilidad del tiempo.

Froissart vive en el estadio inmediatamente anterior de un proceso de aceleración cultural, el que conducirá a las llanuras de Azincourt, que es el mismo que hará posible a Jan van Eyck, Paolo Uccello o Thomas III, marqués de

Saluzzo. Historia y novela, realidad y drama, en íntima conexión. La idea de que el tiempo corre a través del relato, deja la labor del novelista en un entretenimiento fútil. Lo maravilloso también tiene sus límites. La vida avanza sin detenerse a través del brillante espacio de los ejercicios caballerescos y de la acción militar. Los hombres reales, Eduardo de Inglaterra o el príncipe de Gales, mueren, lo que no hacen los héroes de ficción, como Artús o Lancelot. Tiempo asesino. Controlarlo es el objetivo central de las *Crónicas* de Froissart. Pero ¿qué sabía el canónigo de Chimay en realidad del tiempo? ¿Qué sabemos nosotros?

J.E.R.D.

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

La presente traducción se ha basado en la edición de la «Société de l'histoire de France» realizada por S. Luce, G. Raynaud y L. y A. Mirot desde 1869 hasta 1966. Se trata de una edición inconclusa en la que falta el final de las *Crónicas* (Libro iv) pero cuyos criterios de clasificación de manuscritos y su fidelidad al relato de Jean Froissart supera con mucho la defectuosa edición de J. A. C. Buchón (1838-1842) o la monumental, aunque llena de lagunas y carente de sentido crítico, de Kervyn de Lettenhove (1867-1877). A falta de un mejor o más depurado análisis de crítica textual, hemos seguido la edición de la «S.H.F.» y nos hemos resistido a introducir fragmentos de otras ediciones. En consecuencia, esta traducción ofrece el texto de lo que S. Luce denominó «Primera Redacción», o sea, la primera versión que Froissart proporcionó de sus *Crónicas*. Hemos dejado de

lado la «Segunda Redacción» (la que aparece en los ms. de Amiens y Valenciennes, y que también recoge Kervyn de Lettenhove), así como la «Tercera Redacción», la última recogida en el ms. de Roma y editada por G.T Diller (1972) (cf. Intr. y Bibl., pp. xxv-XVlll y 421). De este modo, hemos tratado de evitar por todos los medios un texto «reconstruido» y por tanto alejado de las intenciones de su autor y de su coherencia inicial.

El editor S. Luce tomó como base para la edición del Libro I los ms. 6477-6479 (B l) y 20356-20357 (B 2) de la Biblioteca Nacional de París. Este grupo de manuscritos B constituye una versión más ampliada del grupo de manuscritos A, entre los que se encuentra el ms. 2643 (Bibl. Nac. París), cuyas miniaturas hemos utilizado para encabezar todos los capítulos correspondientes al Libro i. El espléndido material iconográfico de este manuscrito nos ha servido para comprender la compleja estructura de este Libro I, pues no hay ninguna duda de que los miniaturistas no sólo ilustraban los manuscritos, sino que también ordenaban el texto indicando las partes fundamentales mediante la integración de las imágenes plásticas. Las miniaturas han resultado una guía fundamental para realizar la selección de la ingente obra froissartiana.

Uno de los problemas fundamentales que en la actualidad ofrece una edición de las *Crónicas* de Jean Froissart, es justamente su volumen. De ahí que las últimas publicaciones de esta obra, tanto en lengua francesa como inglesa, se presenten en forma de antologías. Hay que decir que la Antología de la Bibliothéque de la Pléiade {Historiens et Chmniqueurs du Moyen Age, Froissart, Les Chroniques, pp. 369-944, éd.

Albert Pauphüet, París, Gallimard, 1952) además de basarse en la deficiente edición de J. A. C. Buchón, ofrece una curiosa selección de textos en la que, para poner un solo ejemplo, no consta la batalla de Crécy, y que en la de Penguin (Froissart, Chronicles, sel., trans. and ed. by G. Brereton, Londres 1968) nos encontramos con que el traductor resume o glosa textos extraídos de distintas ediciones y por tanto correspondientes a diversas redacciones.

Nuestra traducción y selección ha intentado ser lo más fiel posible al texto de Jean Froissart, a ese francés de transición tan peculiar que en muchos casos continúa observando las reglas del francés antiguo y en otros se perciben las nuevas formas del francés moderno. En cuanto a la selección hemos tratado de que el lector perciba la vastísima materia tratada por Froissart. Por ello comenzamos por el mismo principio de las *Crónicas* y terminamos con un pasaje del Libro III, ahí hasta donde nos permite la edición de la «S.H.F». Hemos atendido de modo especial al Libro i, el más difundido y conocido en la época a juzgar por el número de manuscritos en los que se encuentra, y también porque corresponde a la exigencia inicial del propio Froissart: narrar el esplendor de la corte y la caballería del buen rey Eduardo III y de su hijo el príncipe de Gales (cf. Prólogo, p. xv). Los fragmentos seleccionados y a los que hemos concedido título, siempre reproducen un pasaje completo, sin interrupciones, de forma que pueda apreciarse la técnica de escritura de Froissart, en especial, el entrelazamiento, que permite al cronista combinar varias materias a un tiempo. Jamás nos hemos entrometido eliminando párrafos que parecieran desviarse de la materia principal,

como han juzgado algunos editores y traductores modernos. Las inmensas lagunas entre los capítulos no se han intentado subsanar con apretados resúmenes, sino que simplemente en el apartado «Notas» (pp. 383-419) se ha tratado de poner al lector rápidamente en antecedentes. Los comentarios a los párrafos reunidos también en «Notas» desean ofrecer al lector los instrumentos que le posibiliten una justa y adecuada recepción de la obra froissartiana, poniendo a su alcance las versiones que otros cronistas de la época realizaron de los mismos hechos comentados por Froissart, así como una bibliografía especializada de cada tema fundamental.

V.C. J.E.R.D.

PRÓLOGO



A fin de que sean notablemente registrados, vistos y conocidos en los tiempos presentes y venideros las grandes maravillas y los hermosos hechos de armas que han ocurrido por las grandes guerras de Francia e Inglaterra y de los reinos vecinos y en las que son causa los reyes y sus consejeros, quiero ocuparme ahora de ordenarlos y relatarlos en prosa según la verdadera información que he obtenido de hombres valerosos, caballeros y escuderos que les ayudaron a crecer, así como de algunos reyes de armas y de sus mariscales que por derecho son y deben ser justos inquisidores y relatores de tales necesidades.

Cierto es que mi señor Jean le Bel, antaño canónigo de Saint Lambert de Liège, hizo una crónica según su juicio de algunos hechos de su tiempo. Yo por mi parte he aumentado e historiado ese libro como me ha parecido, a partir de la relación y el consejo de los arriba mencionados, sin tomar partido, sin colorear una cosa

más que la otra, salvo los buenos hechos de los buenos que los conquistaron por su proeza, sean del país que sean, para que se vean y reconozcan plenamente, pues olvidarlos o esconderlos sería pecado, ya que las gestas de armas se compran y se pagan caras como saben todos los que se dedican a ello y de ninguna forma se debe mentir para complacer a otro, ni arrebatar la gloria y fama de los bienhechores para dársela a los que no son dignos de ella.

Ya he dicho al principio que quiero hablar y tratar acerca de grandes maravillas. Y ciertamente, todos los que vean y lean este libro podrán y deberán maravillarse ante las grandes aventuras que encontrarán en él. Pues creo que desde la creación del mundo y desde que las gentes comenzaron a armarse, no se encontraría en ninguna historia tantas maravillas ni tan grandes hechos de armas como los que han acontecido por las guerras arriba mencionadas, tanto por tierra como por mar, y de las que seguidamente os haré mención. Pero antes de empezar, quiero detenerme un poco en la proeza pues es una virtud tan noble y de tan noble recomendación que no se la debe pasar por alto, ya que es madre material y luz de los gentileshombres y del mismo modo que el leño no puede arder sin fuego, no puede el gentilhombre alcanzar el perfecto honor ni la gloria del mundo sin la proeza.

Por eso los jóvenes gentileshombres que deseen progresar, deben tener ardiente deseo de conquistar el hecho y la fama de la proeza, para que sean contados entre los nobles y considerados, del mismo modo que sus predecesores de los que han obtenido su herencia y cuyas armas llevan, han sido honrados y recomendados

por sus buenos hechos. Estoy seguro de que si miran y leen en este libro, encontrarán tan grandes hechos y hermosos manejos de armas, duros encuentros, fuertes ataques, feroces batallas y otros ejercicios de armas que derivan de los miembros de la proeza, como en ninguna otra historia que se pueda contar ya sea antigua o nueva. Y será para ellos materia y ejemplo que les exhortará en el bienestar pues la memoria de los buenos y el recuerdo de los valientes encienden e inflaman con justicia el corazón de los jóvenes que tienden a la perfección del honor, del cual la proeza es la cabeza principal y la fuente segura.

No quiero que ningún joven con cuerpo y miembros hábiles sea excusado de armarse ni de seguir las armas por falta de dinero, sino que debe dedicarse a ellas con todo su empeño y tomarlas con gran voluntad. Enseguida encontrará altos y nobles señores que si vale, se ocuparán de él, le ayudarán y le harán progresar si lo desea, y lo proveerán de todo según su bienhacer. En las armas suceden tan grandes maravillas y tan hermosas aventuras que nadie se atrevería a pensar ni a imaginar las fortunas que brotan de ellas, tal y como veréis y encontraréis en este libro, si lo leéis, acerca de cómo se hicieron y progresaron muchos caballeros y escuderos, más por su proeza que por su linaje. El nombre del valeroso es tan alto y noble y la virtud tan clara y bella que resplandece en las salas y las plazas donde hay reunión y multitud de grandes señores y se destaca por encima de todas las otras, se enseña con el dedo y se dice: «Mira, ése es quien realizó aquella cabalgada o aquel hecho de armas y quien ordenó aquel ejército y lo dirigió tan sabiamente y quien justó con tal dureza con la

punta de la lanza y quien por dos o tres veces atravesó las filas de los enemigos y el que combatió con tanto valor y llevó a cabo tal empresa con tal audacia, y el que fue encontrado malherido entre muertos y dañados y quien jamás huyó del lugar donde se encontrase».

De estos granos y de esta simiente se sirven y se jactan los hombres valientes y nobles por su valor. Incluso antes que esto ocurra, vemos a los jóvenes valerosos sentarse con altos honores en las mesas de reyes, príncipes, duques y condes, ahí donde jamás se han sentado algunos más nobles de sangre y más ricos en posesiones. Pues así como los cuatro evangelistas y los doce apóstoles están más cerca de Nuestro Señor que cualquier otro, del mismo modo los valientes están más cerca del honor y son más honrados que los demás. Y es bien justo pues conquistan el nombre de la proeza con gran esfuerzo, sudor, labor, preocupación, vigilia y trabajo, sin descanso, día y noche. Y cuando su bienhacer es visto y conocido, entonces se menciona y se habla de ellos tal y como he dicho antes, se escribe y se registra en libros y crónicas. En las escrituras se encuentra la memoria de los buenos y de los hombres valerosos de antaño como los nueve probos que por su proeza hicieron camino, los doce caballeros compañeros que guardaron el paso contra Saladino y su poder, los doce pares de Francia que se quedaron en Roncesvalles y que con tanto valor combatieron, y de muchos otros que aquí no puedo nombrar ni recordar sus buenos hechos pues mucho podría obstaculizar mi materia principal. Así se diferencia el mundo en muchas maneras. Los hombres valientes trabajan sus miembros en las armas para desarrollar sus cuerpos y aumentar su honor. El pueblo

habla, recuerda y cuenta acerca de sus posiciones y de sus fortunas. Algunos clérigos escriben y registran sus encuentros y sus cabalgadas.

Muchas veces he imaginado acerca del estado de proeza y he pensado cómo y dónde han mantenido su señorío y dominio, y pasado de un país a otro. En mi juventud oí hablar y contar de sus órdenes a muchos hombres valerosos y buenos caballeros que se maravillaban tanto como yo ahora: os voy a relatar alguna cosa. Según las Sagradas Escrituras es cierto que después del Diluvio y de que Noé y su generación hubieran repoblado el mundo y que las gentes se empezaron a armar y a correr y a robarse los unos a los otros, la proeza reinó por vez primera en el reino de Caldea, gracias al rey Nimus que hizo fundar y edificar la gran ciudad de Nínive de tres jornadas de largo y también gracias a su mujer, la reina Semíramis, que fue dama de gran valor. Luego la proeza salió de allí y vino a reinar en Judea y Jerusalén por los hechos de Josué, David y los Macabeos. Y cuando hubo reinado allí durante un tiempo vino a vivir y a reinar en el reino de Persia y Media con Ciro, el gran rey, Asur y Jerjes. Después, la proeza reinó en Grecia con Hércules, Teseo, Jasón, Aquiles y otros nobles caballeros; luego en Troya con Príamo, Héctor y sus hermanos; después en la ciudad de Roma y entre los romanos, entre los nobles senadores, tribunos y centuriones. Y durante quinientos años éstos y sus generaciones tuvieron tal poder que todo el mundo les rindió tributo hasta el tiempo de Julio César que fue el primer emperador de Roma y de quien descendieron todos los demás.

Después los romanos se cansaron de la proeza y vino a habitar y reinar en Francia, primero por los hechos del

rey Pipino y del rey Carlos, su hijo, que fue rey de Francia y Alemania y emperador de Roma, y por los otros nobles reyes que le siguieron. La proeza reinó luego por un gran tiempo en Inglaterra por los hechos del rey Edward y del príncipe de Gales, su hijo, pues en su reinado los caballeros ingleses y los otros que se aliaron con ellos, han realizado tan hermosas hazañas de armas y audaces empresas como ningunos otros caballeros han hecho jamás, tal y como será relatado en este libro.

Ahora no sé si la proeza continuará su camino más allá de Inglaterra o retrocederá el que ya ha hecho, pues tal y como ya he dicho la proeza ha cercado y rodeado los reinos y países arriba citados y conservado entre los habitantes, unas veces más y otras menos, su propio orden. Pero me he desviado un poco llevado por las maravillas del mundo. Me callo y me retiro a la materia de la que he hablado al principio. Voy a contar de qué modo y en qué condiciones se inició la guerra entre ingleses y franceses. Y para que en tiempo venidero se sepa a quién se debe imputar esta historia y quién ha sido su autor, me voy a nombrar. Me llaman, los que tanto me quieren honrar, señor Jean Froissart, nacido en el condado de Hainaut, de la buena, hermosa y fresca ciudad de Valenciennes.

ISABEL DE FRANCIA, REINA DE INGLATERRA



1. Primeramente, para entrar mejor en la materia y la historia arriba mencionadas, es verdad que después del apaciguamiento de las guerras de Flandes que tan grandes fueron y en las que tan valerosos hombres murieron en Courtrai y otros lugares, y de que el buen rey Philippe hubiera casado a su hija en Inglaterra con el rey Edward, ese rey de Inglaterra careció del enorme sentido y de la gran proeza que había caracterizado al buen rey Edward, su padre, quien tanto dio que hacer a daneses y escoceses a los que derrotó más de una vez en batalla y que jamás obtuvieron victoria de él. Cuando este rey murió, el hijo de su primer matrimonio que fue

el padre del rey Edward sobre quien trata esta historia, en nada se le pareció ni en sentido ni en proeza. Muy poco después de que fuera coronado, el rey Robert Bruce, que era rey de Escocia, y que ya en muchas ocasiones había dado que hacer al buen rey Edward, cabalgó en seguida esforzadamente contra él y reconquistó toda Escocia y la buena ciudad de Berwick, quemó y devastó gran parte del reino de Inglaterra a lo largo de cuatro o cinco jornadas y derrotó a ese rey y a todos los barones de Inglaterra en un lugar de Escocia al que llaman Stirling, con el ejército formado y en filas. Y la persecución para lograr esta derrota duró dos días y dos noches. Y el rey inglés tuvo que huir con muy poca de su gente hasta Londres. Pero no voy a decir más acerca de esto, ya que no pertenece a nuestra materia.

2. Este rey inglés del que acabo de hablar, que tan grandes perjuicios recibió en Escocia, tenía dos hermanastros. A uno le llamaban el conde Marshall y era de carácter malvado y salvaje. El otro se llamaba mi señor Edmund y era conde de Kent, un gran prohombre, dulce, bondadoso y muy amado por las buenas gentes. Este rey tuvo dos hijos y dos hijas de su señora esposa, hija del buen rey Philippe. El primogénito de los hijos se llamó Edward y fue rey de Inglaterra por el acuerdo de todos los barones ya en vida de su padre, tal y como oiréis más adelante en este libro. El segundo hijo se llamó John de Eltham y murió joven. La hija mayor se llamó Isabelle y se casó con el joven rey David de Escocia, hijo del rey Robert Bruce. Y fue entregada en esponsales por el acuerdo de los dos reinos de Inglaterra y Escocia para hacer la paz. La otra hija se casó con el

duque de Guelders. Tuvieron dos hijos y dos hijas, Reginald y Edward, y las hijas una de ellas fue condesa de Blois por su marido mi señor Jean de Blois, y la otra duquesa de Julliers.

3. El buen rey Philippe de Francia tuvo tres hijos con la hermosa hija de mi señora Isabelle, que fue reina de Inglaterra. Estos tres hijos fueron muy buenos y grandes caballeros. El primogénito se llamó Louis y en vida del rey su padre fue rey de Navarra y se le llamó el rey testarudo. El segundo se llamó Philippe le Bel y el tercero Charles. Los tres fueron reyes de Francia, después de la muerte del rey Philippe, su padre, por justa sucesión, uno detrás del otro, sin que ninguno de ellos hubiera engendrado por matrimonio heredero varón. De este modo, después de la muerte del último rey Charles, los doce pares y los barones de Francia no concedieron el reino a la hermana que era reina de Inglaterra ya que quisieron mantener, y aún lo siguen manteniendo, que el reino de Francia es tan noble que no puede en modo alguno caer en manos de mujer ni en consecuencia de hijo de mujer. De esta forma, tal y como quieren decir y mantener, el hijo de mujer no puede tener derecho de sucesión por parte de su madre, puesto que su madre no tiene derecho a ello. Por estas razones los doce pares y barones de Francia concedieron de común acuerdo el reino de Francia a mi señor Philippe de Valois, hijo de mi señor Charles, conde de Valois, hermano del arriba mencionado buen rey Philippe, y de este modo se lo quitaron a la reina de Inglaterra y a su hijo que era el heredero varón y el sobrino del rey Charles, siendo el rey Philippe sólo primo hermano. Esta es la causa por la que

se levantaron después las guerras, pestilencias y tribulaciones, y ocurrieron las grandes desgracias por la disputa y defensa tal y como os será recordado aquí después cuando llegue el momento y el lugar en que deba hablar de ello. Pero ahora me callaré un poco acerca de esto y seguiré con la materia de los ingleses tal y como la he comenzado.

Es bien cierto que ese rey de Inglaterra, padre del rey Edward, sobre el que se funda nuestra materia, gobernó de muy mala manera su reino y cometió muchas injusticias y atrocidades por consejo de mi señor Hugh llamado el Despensero, que había sido criado con él en la infancia. Y éste mi señor Hugh, y mi señor Hugh su padre, hicieron tanto que se convirtieron en los más grandes barones de Inglaterra, tanto en dispendios como en riquezas, de modo especial, mi señor el hijo atrajo tanto al rey a sus opiniones que nada se hacía sin él y el rey le creía más que a nadie. Los dos señores Despenser querían dominar y superar a todos los señores y barones de Inglaterra. Por eso luego acontecieron al país y a ellos mismos muchos males y tormentos.

Después de la gran derrota de Stirling, allí donde el rey Robert Bruce, rey de Escocia, había derrotado a ese rey de Inglaterra y a todas sus gentes tal y como os he dicho más arriba, creció en el país de Inglaterra un gran odio y gran des murmuraciones en contra del susodicho Hugh Despenser entre los nobles barones e incluso en el consejo del rey. Le achacaban que habían sido derrotados por su consejo y que, favoreciendo al rey de Escocia, había tenido al rey de Inglaterra en negligencia acerca de que los escoceses habían reconquistado la buena ciudad de Berwick y quemado cuatro o cinco jornadas de tierra

de su país por dos veces, y a ellos mismos derrotados en batalla y perseguidos para su gran perjuicio. Por este asunto los barones de Inglaterra se reunieron muchas veces en parlamento para decidir y considerar lo que podían hacer. De entre ellos el jefe y soberano era el conde Thomas de Lancaster. Le disgustaban las costumbres que el rey había adquirido y en dos o tres ocasiones habló de ello abiertamente a Despenser. Mi señor Hugh percibió cómo se murmuraba de él y de sus actos, y mucho temió que le acontecieran males, tal y como él los había provocado. Pero esto no sucedió tan pronto. Antes cometió muchas cosas perjudiciales al país, como vais a oír seguidamente.

5. Este que también estaba con el rey y que estaba tan cerca del rey como quería, y en quien el rey confiaba más en él solo que en todo el mundo, se fue a ver al rey y le dijo que aquellos señores se habían aliado en contra de él y que le echarían de su reino si no andaba con cuidado. Tanto hizo con sus sutiles instigaciones que un día el rey hizo prender a todos estos señores en un parlamento en el que estaban reunidos y sin demora ni conocimiento de causa hizo decapitar a veintidós de los más grandes barones de Inglaterra. El primero fue el conde Thomas de Lancaster, que era su tío, prohombre y santo, que después realizó muchos milagros en el lugar donde fue decapitado. Mi señor Hugh se ganó con este hecho un gran odio en todo el país y de modo especial por parte de la reina de Inglaterra y del conde de Kent, que era el hermano del susodicho rey.

Pero mi señor Hugh no dejó de instigar al rey a obrar mal. En cuanto se dio cuenta que era mal visto por la

reina y el conde de Kent, metió cizaña con su malicia entre el rey y la reina hasta tal punto que el rey no quería ir jamás donde ella se encontrara y esta desavenencia duró mucho tiempo. Se les dijo a la reina y al conde de Kent en secreto que si permanecían mucho tiempo en el país, el rey les haría sufrir torturas por apresurado consejo y mala información.

Cuando la reina y el conde de Kent oyeron estas noticias, sintieron un gran temor pues notaban al rey muy cambiante y haciendo siempre todo lo que mi señor Hugh quería sin considerar ninguna razón. La susodicha dama y el conde de Kent decidieron que se marcharían de Inglaterra y se irían a Francia a ver al rey Charles, a quien la reina, que era su hermana, no había visto desde que fue enviada a Inglaterra. Se llevaría con ella a su joven hijo Edward dejando al rey y a Despenser disponer lo que quisieran. Esperaban que pronto se remediara su situación y que Dios les prestaría consejo.

La dama y el conde de Kent mantuvieron estas palabras y en secreto se prepararon, enviando delante la mayor parte de su equipaje por el río Támesis en naves hacia Flandes. La susodicha dama esgrimió una peregrinación a Nuestra Señora de Boulogne. Y tal como podéis oír, se marchó de Inglaterra con una pequeña mesnada, con su joven hijo, su cuñado el conde de Kent y mi señor Roger de Mortimer. Embarcaron en Dover y llegaron a Boulogne.

Cuando la reina de Inglaterra llegó a Boulogne con todo su séquito, dio gracias a Nuestro Señor y se dirigió a pie hasta la iglesia de Nuestra Señora como muestra de su devoción, y allí ofreció su oración delante de la imagen. El abad y todos los monjes la recibieron con gran alegría

y fue albergada allí dentro junto a toda su mesnada. Reposaron en aquel lugar durante cinco días. Al sexto, montaron en los caballos y hacaneas que habían traído de Inglaterra y se alejaron de Boulogne con todo su equipaje. La dama fue acompañada por algunos caballeros de los alrededores que habían acudido a verla y festejarla, ya que ella era la hermana de su señor el rey. La dama cabalgó tantas jornadas que llegó a Amiens. Los de la ciudad se acercaron a ella con grandes reverencias. Y por todas las ciudades por las que pasó se le dedicaron fiestas y honores, pues el rey Charles, que estaba informado de su llegada, así lo había ordenado.

Tanto cabalgó la susodicha dama que llegó a París. De la ciudad ya habían salido muchos nobles para recibirla a ella y a su joven hijo. El conde de Dammartin, el señor de Coucy, el señor de Montmorency y muchos otros los condujeron hasta el palacio. Desmontaron delante de la grada y subieron los escalones del palacio, aquellos señores franceses delante conduciendo a la dama, a su hijo y al conde de Kent. Llegaron junto al rey, que se encontraba en una cámara bien acompañado de prelados y caballeros.

Cuando el rey de Francia vio a su hermana a la que hacía mucho tiempo que no había visto y ella entró en la cámara, fue a su encuentro, la tomó de la mano derecha y la besó diciéndole: «¡Bienvenidos, hermosa hermana y hermoso sobrino!» Cogiéndolos a los dos, los condujo delante. La dama, cuyo único gozo consistía en hallarse junto a su hermano, ya había querido arrodillarse por dos o tres veces, pero el rey no se lo permitía y no dejaba de cogerla por la mano derecha, preguntándole con gran dulzura cómo se encontraba. Y la dama le respondió con

gran prudencia y éstas fueron las palabras que dijo: «Mi señor, las cosas no nos van muy bien, ni a mí ni a mi hijo. El rey de Inglaterra, mi marido, me odia mucho y no sé por qué, a no ser por el consejo de un caballero inglés que se llama Hugh Despenser. Ese caballero ha logrado atraer al rey de tal modo que hace y dice todo lo que quiere. Muchos altos barones de Inglaterra ya han pagado su maldad, pues un día los hizo prender por orden del rey y decapitar a veintidós sin ley y sin causas, y en concreto al buen conde Thomas de Lancaster, y eso fue un gran perjuicio pues era un hombre noble, leal y lleno de buen consejo. No hay nadie en Inglaterra por muy noble que sea que se atreva a irritarlo ni a desdecirle en nada de lo que quiere hacer. A mí, y a mi cuñado el conde de Kent nos ha enemistado de tal modo con el rey, que aquéllos que sabían algunas cosas del consejo de este caballero nos llegaron a decir por gran amistad que nuestras vidas corrían un gran peligro. Nos marchamos con gran miedo y hemos venido a veros, lo que yo deseaba muchísimo por estas razones». Y el rey dijo: «Mi bella hermana, os lo agradezco mucho».

7. Cuando el rey Charles hubo oído las quejas de su hermana y cómo había sido tratada por los hechos de Despenser, sintió una gran piedad y la consoló muy dulcemente diciéndole: «Mi bella hermana, permaneced con nosotros. No os preocupéis ni os angustiéis por nada: aquí hay suficiente para todos. Y además pondremos remedio y consejo a vuestras necesidades». Y la dama se arrodilló y dijo: «¡Muchas gracias, mi señor!» Desde la llegada de la dama, de su hijo y del conde de Kent, y de que el señor Charles les hubiera recibido con gran

alegría, se quedaron en París junto al rey. Y el rey se encargó de todos los gastos, y a menudo la reina de Inglaterra estaba con su hermano y la reina de Francia, y de vez en cuando oía noticias de Inglaterra que no le eran muy gratas.

Mi señor Hugh Despenser crecía cada vez más en poder y en amor por parte del rey. Todos los del país se maravillaban de la forma en que se había atraído al rey y nadie tenía nada que hacer en la corte del rey si no estaba de su parte. Hizo muchas maldades y crueldades a muchos en Inglaterra por lo que fue muy odiado. Pero nadie se atrevía a decirlo ni a demostrarlo, pues si sospechaba quién podía ser, conde o barón, de inmediato le hacía colgar y decapitar sin remedio bajo la sombra del rey. Era tremendamente temido y odiado por la mayoría. Algunos barones y prudentes hombres del país consideraron que aquello no se podía soportar y que no podían aguantar por más tiempo sus ultrajes y maldades. Se reunieron en secreto para tomar consejo y decidieron hacer volver a su señora la reina de Inglaterra que ya llevaba en Francia cerca de tres años y, en concreto, en la ciudad de París. Le escribieron y le dijeron que si ella podía encontrar algún medio por el que consiguiera una compañía de mil soldados armados de hierro más o menos, y quisiera regresar con su hijo y toda su compañía al reino de Inglaterra, ellos se pondrían enseguida de su parte y la obedecerían a ella y a su hijo como a su señor, pues no podían ni querían soportar más los estragos que el rey causaba al país por el consejo de mi señor Hugh y de los que estaban de acuerdo con él.

Cuando la reina oyó estas noticias, mantuvo consejo secreto con el rey Charles, su hermano, que la oyó con

mucho gusto y entonces le respondió que emprendiera aquel asunto sin temor, pues él la ayudaría y le prestaría todas las gentes que necesitara. Y que además le prestaría oro y plata tanto como quisiera. En esto, la reina se separó de él y regresó a su hostal preparándose lo mejor que pudo. En secreto llamó a los más grandes barones de Francia, aquéllos en los que ella más confiaba, de los que pensaba estar más segura, y que con mayor agrado se meterían en aquel asunto. Luego se lo hizo saber en secreto a los barones de Inglaterra que se habían dirigido a ella.

Pero no lo pudieron ocultar de modo que mi señor Hugh Despenser no se enterara. Con sus mensajes, dones y promesas consiguió que el rey Charles de Francia ordenara a su hermana, la susodicha reina Isabelle, que permaneciera en su hostal entre sus gentes, que se quedara quieta y abandonara lo que había emprendido. Cuando la dama oyó a su hermano el rey quedó muy sorprendida y apesadumbrada. Comprendió que su hermano había sido mal informado, pues de nada le sirvió todo lo que ella pudo decir. Se alejó muy triste y afligida y volvió a su hostal, pero no por eso dejó de prepararse. El rey su hermano se enteró y mucho se irritó cuando a pesar de su prohibición ella continuaba con sus preparativos. Después de haber tomado consejo, ordenó que no se moviera nadie del reino ni se fuera con la susodicha reina su hermana, a riesgo de perder la vida y las posesiones.

Cuando la dama se enteró de esto se entristeció más que antes, y es comprensible. No sabía qué hacer ni qué pensar, pues todo se volvía en su contra desde hacía ya mucho tiempo. Por mal consejo, eso creía, le fallaba

ahora quien mejor le debía ayudar en su necesidad. Se acercaba el plazo en que había convocado a los que tenía por sus amigos en Inglaterra. Se sintió muy perdida, sin ningún consuelo, como quien no sabe qué hacer. A menudo llamaba a Dios y le rogaba ayuda y consejo.

8. No tuvo que transcurrir mucho tiempo para que en gran confianza y por su bien le advirtieran que si no se guardaba prudentemente de su hermano el rey, éste le haría prender y conducir hasta Inglaterra junto a su marido, el rey de Inglaterra, pues nada le gustaba que estuviera tan lejos de su marido. La dama se aterró ante aquellas noticias, pues prefería morir y ser descuartizada antes de encontrarse bajo el poder de su marido y de Despenser. Gran falta le hacía un buen consejo. Decidió abandonar Francia y dirigirse a Hainaut para ver al conde y a su hermano, mi señor Jean de Hainaut, que eran señores llenos de honor y de gran recomendación. Esperaba encontrar en ellos consuelo y buena disposición, pues era prima muy cercana.

La susodicha dama dispuso sus necesidades y avisó a sus gentes de su marcha, ordenándoles que lo pagaran todo. Entonces se marchó de su hostal lo más rápida y silenciosamente que pudo con su hijo que tenía unos quince años, el conde de Kent, el señor de Mortimer, y todos los otros caballeros de Inglaterra que habían huido con ella. Cabalgó tantas jornadas que atravesó Francia, Vermandois y Cambrai, y llegó a Ostrevant, en Hainaut, a un castillo al que llaman Buignycourt, cuyo señor era mi señor Nichole de Abrechicourt. Este vasallo y su mujer recibieron con gran alegría y de modo muy

conveniente en su hostal a la reina de Inglaterra, a su hijo y a su gente.

A Valenciennes, donde se encontraban el conde de Hainaut y su hermano Jean de Hainaut, llegaron muy pronto las noticias de que la reina de Inglaterra se había albergado en Buignycourt en casa del caballero. Cuando los dos señores oyeron esto, se aconsejaron acerca de lo que correspondía hacer. Enseguida mi señor Jean de Hainaut salió de Valenciennes muy bien acompañado de caballeros y escuderos y cabalgó tanto que llegó a Buignycourt en Ostrevant, y encontró allí a la susodicha dama, a la que hizo todos los honores y reverencias que pudo, pues bien lo sabía hacer. La dama, que estaba muy triste y perdida, y privada de todo consejo, salvo el de Dios y el de él, comenzó a quejarse al ya mencionado señor de Beaumont, llorando con gran piedad, y a recordar los duros sucesos que le habían ocurrido hasta el momento: primero, cómo había sido desterrada de Inglaterra, ella y su hijo, y llegado a Francia bajo la protección de su hermano el rey; y cómo había creído estar provista de gentes de armas por el consejo de su hermano, para llevar a su hijo a su reino, tal y como sus amigos de Inglaterra le habían pedido, y cómo luego su hermano fue aconsejado de tal modo que le había impedido el viaje y había prohibido a todo gentilhombre que se pusiera de su parte a riesgo de perder sus tierras y el reino. Y le contó cómo y en qué desventura ella había huido allí con su hijo como quien no sabe en qué país encontrar consuelo y protección.

9. Cuando el gentil caballero mi señor Jean de Hainaut hubo oído a la dama quejarse tan tiernamente y que toda

ella se fundía en lágrimas y llanto, sintió gran piedad y para consolarla le dijo con gran dulzura: «Ciertamente, señora, ved aquí a vuestros caballeros que os seguirán hasta la muerte aunque todo el mundo os falle. Haré todo lo que pueda para acompañaros a vos y a vuestro hijo a Inglaterra y devolveros a vuestra condición con la ayuda de vuestros amigos que están al otro lado del mar tal y como me habéis dicho. Y yo y todo aquel al que se lo pueda rogar, arriesgaremos las vidas hasta que vos hayáis superado vuestras necesidades».

Y cuando la dama hubo oído tan altas y nobles palabras, tan reconfortantes para sus necesidades, ella que estaba sentada, con mi señor Jean de Hainaut delante, se levantó y quiso arrodillarse por el gran gozo y la gracia que aquél le había ofrecido. Pero el gentil caballero no lo hubiera permitido jamás. Cogió a la dama entre sus brazos y le dijo: «No plazca a Dios que la reina de Inglaterra haga tal cosa, ni se le ocurra arrodillarse delante de su caballero. Señora, reconfortaos vos y también vuestra gente, pues mantendré mi promesa. Ahora vendréis a ver a mi señor hermano y mi señora mi hermana, vuestra prima, la condesa de Hainaut, que os requiere. Me han encargado que os lo diga y que os conduzca ante ellos». La dama lo otorga y dice: «Ciertamente, señor, encuentro más consuelo y amor en vos que en nadie. Quinientas mil gracias por lo que me habéis dicho y ofrecido. Ni yo ni mi hijo lo habíamos merecido, pero si algún día recuperamos nuestra condición tal y como espero, con el consuelo y la gracia de Dios y de vos, os será ampliamente remunerado».

Después de estas palabras, el señor de Beaumont se despidió de la dama, de su hijo, del conde de Kent y de

los demás caballeros y aquella noche fue a albergarse a Denain. La reina se quedó en Buignycourt, muy reconfortada, y tenía razones para ello, en el hospedaje de mi señor Nichole de Abrechicourt que hacía cuanto podía. Y tanto hizo que la reina mucho se lo agradeció. Y desde entonces fue su caballero, él, sus hijos y su generación, tal y como oiréis recordar más adelante en esta historia.

A la mañana siguiente, después de la misa, mi señor Jean de Hainaut se marchó a Denain y cabalgó derecho a Buignycourt donde encontró a la reina ya preparada y también a sus gentes. Marcharon todos juntos, con su hijo y su tropa, guiados por el señor de Beaumont que les condujo a Valenciennes. Allí fueron muy bien recibidos. Habían preparado para la dama y su hijo el hostal de la Salle. El conde se albergaba en el hostal de Hollandes. La reina de Inglaterra descendió en la Salle y allí fue albergada con toda comodidad. La condesa de Hainaut fue a verla y le hizo grandes honores y reverencias pues bien lo sabía hacer. Y lo mismo hizo el conde Guillaume de Hainaut, aunque estaba enfermo de gota y no cabalgaba con facilidad.

De todas formas la honró y la festejó mucho todo el tiempo que ella permaneció en Valenciennes, durante unas tres semanas.

Mientras tanto, la dama preparó sus viajes y sus necesidades. Mi señor de Beaumont hizo escribir cartas muy afectuosas a los caballeros y compañeros en los que más confiaba, en Hainaut, en Belgique y en Brabant. Les rogaba que por amistad le acompañaran en aquella empresa. Hubo gran cantidad de un país y de otro que acudieron por amor a él y también hubo muchos que no

acudieron por muy rogados que estuvieron. Incluso mi señor Jean fue duramente censurado por su hermano y por otros de su propio consejo, ya que la empresa les parecía tan alta y peligrosa por las desavenencias y los grandes odios que por entonces imperaban entre los altos barones y los comunes de Inglaterra y porque los ingleses son normalmente envidiosos de todos los extranjeros incluso en su propio país, que todos tenían miedo de que ni mi señor Jean ni ninguno de sus compañeros pudiera regresar jamás. Pero por mucho que se le vituperara y desaconsejara, el gentil caballero no quiso abandonar por nada. Dijo que sólo tenía que sufrir una muerte que dependía de la voluntad de Nuestro Señor, y que había prometido a aquella gentil dama acompañarla hasta su reino y no dejaría de hacerlo aunque le costara la vida. Y tenía en más estima morir junto a aquella dama, desterrada de aquel modo, que en cualquier otro lugar. Pues todo caballero debe ayudar lealmente y cuanto pueda a todas las damas y doncellas en necesidad y de modo especial cuando han sido requeridos.

11. Así se marchó la reina de Inglaterra de la ciudad de Valenciennes, una vez que ella y sus gentes se hubieron provisto de lo que les hacía falta, y despedido del gentil conde Guillaume de Hainaut y de mi señora Jeanne, la condesa su mujer, agradeciéndoles mucho, con humildad y dulzura la buena, alegre, y hermosa acogida que le habían dispensado. Se puso en camino bajo la protección del gentil caballero, mi señor de Beaumont. Cabalgaron tantas jornadas que llegaron a Dordrecht, en Holanda. Allá se proveyeron de todas las naves y barcos grandes y

pequeños que pudieron encontrar y metieron dentro sus caballos, arneses y provisiones. Cuando se enteraron de que tenían viento favorable, se encomendaron a Nuestro Señor, entraron en sus barcos, desanclaron y se hicieron a la mar. Y no eran más de trescientas armaduras de hierro.

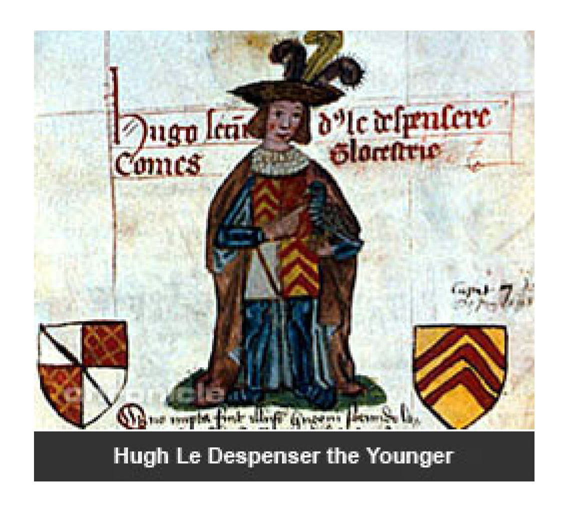
Considerad ahora la audacia y la elevada empresa que el señor de Beamont acometía: ir a conquistar y entrar en un reino por la fuerza donde no conocía a nadie y no sabía lo que iba a encontrar. Pero lo hacía con tal valor y tenía tal fe en Dios, que creía realizar bien y para su honor el viaje. Estaba en los inicios de su camino y en la flor de su juventud y emprendía aquello con gran placer y audacia.

Ahora os nombraré a algunos de los caballeros de Hainaut que por sus ruegos le acompañaron en aquel viaje: en primer lugar, mi señor Henri de Antoing, mi señor Robert de Bailleul que después fue señor de Fontainnes, mi señor Fastres de Roeulz, mi señor Perceval de Semeries, mi señor Sanse de Biaurieu, el señor de Wargnies, el señor de Potelles, el señor de Montigny, el señor de Gonmegnies, el señor de Abrechicourt, y algunos otros jóvenes, que se quisieron aventurar con el susodicho caballero y poner en peligro sus vidas. Hubo algunos de Brabant y de Belgique aunque no demasiados.

Singlaron por mar. Habían pensado desembarcar en un puerto donde tenían intención de quedarse. Pero no pudieron. Les cogió en el mar una gran tormenta que les desvió de su camino y en dos días no supieron dónde se encontraban. Con esto Dios les concedió gran gracia y les envió una hermosa aventura. Pues si hubieran

arribado a aquel puerto que habían elegido, habrían estado perdidos de antemano y caído en las manos de sus enemigos que se habían enterado de su llegada y les estaban esperando en aquel lugar para matarlos a todos, al joven rey y a la reina también. Pero Dios no lo quiso consentir. Con un milagro hizo que se desviaran del camino, tal y como habéis oído. Al cabo de dos días, aquella tormenta cesó y los marineros vieron tierra en Inglaterra. Muy gozosos se dirigieron hacia aquella parte y desembarcaron en la playa y a la orilla del mar sin que allí hubiera puerto alguno. Permanecieron en aquella playa por tres días con pocas provisiones y víveres, descargando sus caballos y arneses. No sabían a qué lugar de Inglaterra habían llegado, si en poder de amigos o de enemigos. Al cuarto día se pusieron en camino, a la aventura de Dios como quienes han sufrido hambre y frío durante noches, con el gran terror que habían pasado y que todavía tenían. Cabalgaron tanto arriba y abajo que encontraron algunos pequeños caseríos y después encontraron una gran abadía de monjes negros a la que llaman St. Edmund. Se albergaron durante tres días en aquella abadía. Y se ocuparon mucho de sus caballos, pues pensaron que muy pronto tendrían mucho que hacer con ellos.

JUICIO Y MUERTE DE DESPENSER


Hugh Le Despenser the Younger

12. Las noticias se extendieron por el país de tal modo que llegaron hasta aquellos por cuyo requerimiento y protección había regresado la dama. Se prepararon lo más deprisa que pudieron para reunirse con ella y con su hijo al que deseaban tener como señor. El primero en acudir y el que más animó a los que habían venido con ella, fue el conde Henry de Lancaster del Cuello Torcido, hermano del conde Thomas de Lancaster que había sido decapitado, tal y como habéis oído antes, y padre del duque de Lancaster que fue tan buen caballero y tan recomendado como podréis oír en esta historia antes de que lleguéis al final. Este conde Henry de Lancaster llegó con una gran compañía de gentes armadas. Luego fueron llegando tantos condes, barones, caballeros y escuderos, tantas gentes de armas, que bien les pareció estar fuera de todo peligro. Y cuanto más avanzaban, más iban creciendo en gentes de armas.

Barones, caballeros y escuderos decidieron en consejo con mi señora la reina, que irían directamente a Bristol, una buena ciudad, grande, rica, muy bien fortificada, situada junto a un buen puerto de mar, allí donde el rey y Despenser se encontraban en aquellos momentos. En la ciudad había un castillo muy bien amurallado y rodeado por mar. Allí dentro se albergaban el rey, mi señor Hugh Despenser padre, que ya tenía cerca de noventa años, mi señor Hugh hijo, el principal consejero del rey que le incitaba a los peores actos, el conde de Arundel cuya mujer era la hija de mi señor Hugh el joven, y también muchos otros caballeros y escuderos que vivían alrededor del rey y la corte como las gentes de estado viven con agrado alrededor de sus señores. Mi señora la reina y toda su compañía, mi señor Jean de Hainaut, los condes y barones de Inglaterra con sus ejércitos, se pusieron en camino para dirigirse hacia aquel lugar. En todas las ciudades por donde pasaban, recibían honores y eran festejados. Las gentes se les acercaban por todos lados, a derecha e izquierda. Tanto cabalgaron cada jornada que llegaron ante la ciudad de Bristol y la asediaron.

13. El rey y mi señor Hugh Despenser hijo estaban en el castillo. El viejo señor Hugh padre y el conde de Arundel estaban en la ciudad de Bristol con otros muchos que les eran favorables. Cuando éstos y los de la ciudad vieron el poder de la dama tan grande y fuerte, y que casi toda Inglaterra estaba de su parte, y vieron tan abiertamente el peligro y el perjuicio, decidieron que se entregarían junto con la ciudad, si de ese modo salvaban sus vidas, miembros y posesiones. Enviaron a tratarlo y

parlamentarlo con la reina y su consejo que no quisieron acordarlo así, si la arriba mencionada no podía hacer su voluntad con mi señor Hugh y el conde de Arundel, pues ellos habían acudido hasta allí para destruirlos.

Cuando los hombres de la ciudad de Bristol vieron que de otro modo no obtendrían la paz ni salvarían sus bienes ni sus vidas, lo concedieron de mala gana y abrieron las puertas, de modo que mi señora la reina, mi señor Jean de Hainaut y todos los barones, caballeros y escuderos entraron y tomaron albergue en la ciudad de Bristol. Los que no pudieron acomodarse dentro, se hospedaron fuera. Allí prendieron a mi señor Hugh padre y al conde de Arundel y los condujeron ante la reina para que hiciera con ellos toda su voluntad. Y también le llevaron a sus otros niños pequeños, a su hijo Jean y a sus dos hijitas, que fueron encontrados al cuidado de mi señor Hugh. La dama tuvo una inmensa alegría cuando vio a sus hijos a los que hacía mucho tiempo que no había visto, y también se alegraron mucho todos los que no querían a los Despenser. Y mientras éstos mostraban gran gozo, un gran duelo tenían el rey y mi señor Despenser hijo, que estaban en el castillo fortificado y que veían cómo se les echaba encima la desgracia. Veían cómo el país se volvía hacia la reina y su hijo primogénito, y se alzaba contra ellos. Entonces sintieron dolor y miedo, y tuvieron mucho en qué pensar.

14. Cuando la reina, los barones y todos los demás se hubieron albergado a su gusto, asediaron el castillo lo más cerca que pudieron. Luego la reina hizo conducir a mi señor Hugh Despenser viejo y al conde de Arundel

ante su hijo mayor y ante todos los barones que allí estaban, y les dijo que ella y su hijo harían un juicio bueno, justo y leal de sus actos y obras. En esto, mi señor Hugh le respondió: «¡Ay, señora, Dios nos conceda buen juez y buen juicio, y si no lo conseguimos en este siglo, que nos lo otorgue en el otro!» Entonces se levantó mi señor Thomas Wake, buen caballero, prudente y cortés, que era mariscal del ejército, y les relató todos sus actos por escrito, y se volvió hacia un viejo caballero que estaba allí, para que dijera según su juicio lo que había que hacer con aquellas personas. El caballero tomó consejo con otros barones y caballeros y dijo con plena unanimidad por parte de todos que bien se habían merecido la muerte por los horribles actos que allí habían oído relatar y que consideraban claros y ciertos. Y por la mitad de sus actos se habían merecido ser ajusticiados de tres modos, a saber: primero serían arrastrados, luego decapitados y finalmente colgados de una horca. En cuanto fueron juzgados de este modo, los ajusticiaron en seguida delante del castillo de Bristol, ante el rey y mi señor Hugh hijo, y de todos los de dentro que gran cólera sintieron por ello. Ya podéis pensar en qué calamidad de ánimo se encontraban. Aquella justicia se cometió el año de mil trescientos veintiséis el día de San Denis en octubre.

Después de haber hecho aquella justicia tal y como habéis oído, el rey y mi señor Hugh Despenser, que se veían asediados con gran opresión e infortunio sin saber de ninguna ayuda que les pudiera venir de alguna parte, se embarcaron una mañana ellos dos con una pequeña mesnada en un bote por detrás del castillo para dirigirse al reino de Gales si podían, como quienes con mucho

gusto trataban de salvarse. Pero Dios no lo quiso consentir por sus pecados. Les sucedió una gran maravilla y un gran milagro, pues estuvieron once días enteros en aquel barco esforzándose por navegar todo lo que podían, pero no lograron navegar sin que constantemente el viento, que les era contrario por la voluntad de Dios, nos los devolviera cada día una o dos veces a menos de la cuarta parte de una legua cerca del castillo del que habían salido, de tal forma que los de la hueste de la reina los veían todos los días.

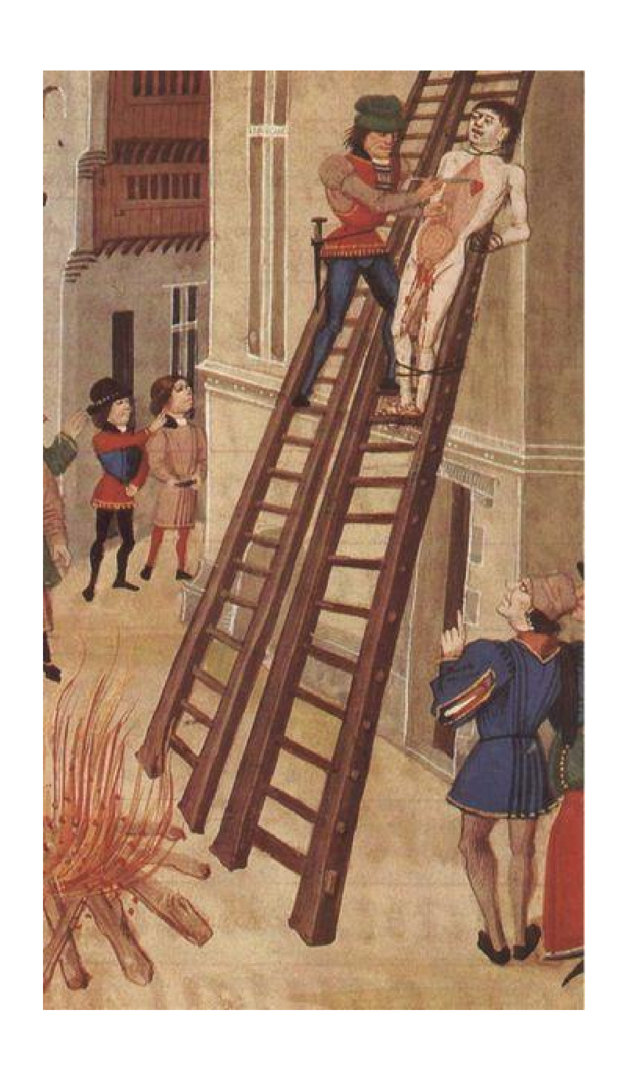
Al final sucedió que mi señor Henry de Beaumont, hijo del vizconde de Beaumont de Inglaterra, se embarcó con algunos compañeros y navegaron hacia ellos con tanta fuerza que los marineros del rey no pudieron huir, y todos los del bote fueron apresados y conducidos a la ciudad de Bristol y entregados a mi señora la reina y a su hijo como prisioneros. Mucho se alegraron todos por ello, y con razón, pues habían cumplido sus deseos a su placer con la ayuda de Dios.

Así reconquistó la reina todo el reino de Inglaterra para su hijo mayor, con la ayuda y escolta de mi señor Jean de Hainaut y de su compañía. Éste y todos los compañeros que habían ido con él en aquel viaje, fueron considerados como hombres de gran valor dada la alta empresa que habían realizado. Pues cuando se hicieron a la mar en Dordrecht, tal y como habéis oído, no eran más de trescientas armaduras de hierro quienes realizaron tan audaz empresa por amor a la reina, embarcando y atravesando el mar con tan poca gente para conquistar un reino como el de Inglaterra a pesar del rey y de todos sus servidores.

Como habéis oído, aquella alta y audaz empresa fue concluida y mi señora la reina Isabelle reconquistó su posición y destruyó a sus enemigos con la ayuda y escolta de mi señor Jean de Hainaut y de sus compañeros. Incluso tuvieron la suerte de apresar al propio rey. Todo el país sintió gran gozo, salvo algunos que estaban a favor de mi señor Hugh Despenser. Cuando el rey y mi señor Hugh Despenser fueron conducidos a Bristol por el ya mencionado Henry de Beaumont, el rey fue enviado por consejo de todo los barones y caballeros al castillo de Berkeley junto al gran río Severn, encomendándolo a la buena vigilancia del señor del castillo. Se le ordenó a él y a la gente de estado que había con él, que le sirvieran y vigilaran bien y con honestidad, lo que muy bien sabían hacer, pero que de ningún modo le dejaran salir del recinto. Así se le encargó y encomendó. Y mi señor Hugh fue entregado a mi señor Thomas Wake, mariscal de hueste.

Después de esto, la reina se marchó con toda su hueste para dirigirse a Londres que es la capital de Inglaterra. Mi señor Thomas Wake obró bien al sentar a mi señor Hugh Despenser en el caballo más flaco y miserable que pudo encontrar, y le hizo vestir un manto sembrado de las armas que solía llevar y para su escarnio le hizo ir así detrás de la tropa y el equipaje de la reina por todas las ciudades por las que pasaron al son de trompas, trompetas y flautas para causarle mayor humillación, hasta que llegaron a la buena ciudad de Harford. Allí la reina y también toda la compañía fueron recibidos con gran solemnidad. Allí festejó el día de Todos los Santos con gran cantidad de provisiones por amor a su hijo y a los señores extranjeros que la acompañaban.

Después de la fiesta, mi señor Hugh que no era nada apreciado, fue conducido ante la reina y todos los barones y caballeros que se habían reunido allí. Le fueron recordados todos sus hechos por escrito y no dijo nada en contra. Allí mismo todos los barones y caballeros decidieron con plena unanimidad su muerte y que fuera ajusticiado tal y como ahora oiréis. En primer lugar, fue arrastrado sobre un arcón al son de trompas y trompetas por toda la villa de Harford de calle en calle. Luego lo llevaron a una gran plaza donde se había reunido todo el pueblo. Lo ataron en lo alto de una escalera de modo que todos, grandes y pequeños, lo pudieran ver. En la plaza habían hecho una gran hoguera. Cuando estuvo atado de ese modo, le cortaron el pene y los testículos por ser sodomita, igual que se decía del propio rey. Por eso el rey había echado a la reina de su lado. Después de cortarle el pene y los testículos, los lanzaron al fuego y ardieron. Después le rajaron el vientre y le sacaron el corazón y las vísceras, y lo echaron al fuego para quemarlo, pues había sido falso de corazón y traidor, y por su traidor consejo, el rey había avergonzado a su reino y llevado a la calamidad, y había hecho decapitar a los más grandes barones de Inglaterra por quienes el reino debía de ser defendido. Y además había incitado al rey a que no viera a su mujer la reina ni a su hijo mayor que debía ser su señor, y los había desterrado fuera del reino. Después de haber hecho a mi señor Hugh lo que ya se ha dicho, le cortaron la cabeza y la enviaron a la ciudad de Londres. Luego la cortaron a cuartos que fueron enviados a las cuatro mejores ciudades de Inglaterra después de Londres.



CORONACIÓN DE EDUARDO III



19. Y una vez hecha esta justicia, la reina, todos los señores y una gran multitud del común del país, se pusieron en camino hacia Londres. Todos los de Londres, grandes y pequeños, salieron a recibir a la reina y a su hijo mayor que debía ser su señor, y les hicieron grandes fiestas y reverencias, y también a toda su compañía. Y los de Londres ofrecieron grandes dones a la reina y a

aquellos en quienes les pareció que estarían mejor empleados.

Después de ser recibidos y festejados como os he contado, y de haberse reposado allí unos quince días, los compañeros que habían ido con mi señor Jean de Hainaut tuvieron grandes deseos de regresar cada uno a sus comarcas, pues les parecía haber cumplido bien y adquirido gran honor, lo cual era bien cierto. Pidieron licencia a mi señora la reina y a los señores del país. La reina y los señores les rogaron mucho que se quedaran un poco más para ver qué se hacía con el rey que estaba en prisión como ya sabéis. Pero todos tenían tantos deseos de volver a sus casas que de nada valieron los ruegos. Cuando la reina y sus consejeros vieron aquello, rogaron a mi señor Jean de Hainaut que se quedara hasta Navidad y que retuviera a cuantos de sus compañeros pudiera. El gentil caballero no quiso dejar de cumplir su servicio y cortésmente otorgó quedarse hasta que quisiera mi señora la reina. Retuvo a todos los compañeros que pudo, pero fueron pocos porque los otros no quisieron permanecer allí de ningún modo, cosa que le irritó muchísimo. De todos modos, cuando la reina y sus consejeros vieron que aquellos compañeros no querían quedarse por ningún ruego, les hicieron todos los honores y las reverencias que pudieron. La reina hizo que les dieran mucho dinero y joyas para sus gastos y por su servicio, a cada uno según su condición, y fue tanto que todos estuvieron muy contentos. Además, hizo que se les pagaran los caballos que querían dejar a tan alto precio que todos querían tasar los suyos. A todos se les pagó en dinero.

Por ruego de la reina, mi señor Jean de Hainaut se quedó con su pequeña mesnada y algunos compañeros entre los ingleses que mucho le honraban y le hacían toda la compañía que podían. Lo mismo hacían las damas del país, de las que había gran cantidad, condesas y otras grandes y gentiles damas y doncellas que habían acudido para acompañar a mi señora la reina, y acudían cada día, pues les parecía que el gentil caballero bien se lo tenía merecido.

20. Después de que la mayor parte de compañeros de Hainaut se hubieran marchado y el señor de Beaumont se hubiera quedado, la reina de Inglaterra concedió licencia a las gentes de su país para que cada cual volviera a su casa y a sus tareas, a excepción de algunos barones y caballeros a los que retuvo para que le aconsejaran. Les ordenó que todos volvieran a Londres el día de Navidad a una gran corte que quería mantener. Así se lo acordaron todos los que se marcharon y muchos otros a los que se informó de la fiesta. Cuando llegó Navidad, mantuvo una gran corte tal y como había dicho. Acudieron todos los condes, barones, caballeros y todos los nobles de Inglaterra, y los prelados y consejeros de las buenas ciudades. Como el país no podía seguir mucho tiempo sin señor, se ordenó en aquella fiesta y reunión que se pusieran por escrito todos los hechos y obras que había hecho por malvado consejo el rey que ahora estaba en prisión, todas sus malas costumbres y comportamientos, y cómo había gobernado el país, para que se pudiera leer en medio del palacio, delante de todo el país y de modo que los sensatos del país pudieran a partir de ahí decidir y acordar cómo y por quién debía

ser gobernado el país de entonces en adelante. Se hizo tal y como se había ordenado. Y cuando todas las cosas que el rey había hecho y consentido hacer, todos sus comportamientos y costumbres fueron bien y claramente oídas, barones, caballeros y consejeros del país se retiraron juntos en consejo. La mayor parte, los grandes barones y nobles con los consejeros de las ciudades, coincidieron en que muchos hechos y conductas que habían oído allí y que en parte ya conocían, eran ciertos y la pura verdad. Dijeron que aquel hombre no era digno de llevar la corona ni de tener el nombre de rey. Estuvieron de acuerdo en que su primogénito, que era su heredero por derecho, fuera coronado en el lugar del padre, aunque debía rodearse de buen, fiel y sensato consejo de modo que el reino y el país fueran gobernados a partir de entonces mejor de lo que lo había sido, y que el padre estuviera bien vigilado y honestamente tratado según su rango mientras viviera.

Tal y como lo acordaron los más altos barones y los consejeros de las buenas ciudades, así se hizo. El joven rey Edward, que tan feliz y afortunado en armas habría de ser, fue coronado con la corona real en el palacio de Westminster junto a Londres. Esto ocurrió el día de Navidad del año de gracia de Nuestro Señor mil trescientos veintiséis. Tenía casi dieciséis años que cumplió en la conversión de San Pablo. Allí fue muy bien servido y honrado el gentil caballero mi señor Jean de Hainaut por todos los príncipes, nobles y no nobles del país. Y allí le ofrecieron a él y a los compañeros que se habían quedado, grandes y muy ricas joyas. Estuvo en grandes fiestas y en las diversiones de señores y damas hasta el día de los Tres Reyes en que oyó decir que el rey

de Bohemia, su hermano el conde de Hainaut y gran cantidad de señores de Francia se estaban preparando para acudir a un torneo que había sido convocado en Condé-sur-l'Escaut.

Entonces mi señor Jean de Hainaut no quiso demorarse allí por más tiempo aunque se lo rogaran, pues mucho deseó acudir a aquel torneo y ver a su gentil hermano, el conde de Hainaut, y a otros señores que encontraría en aquel lugar, y de modo especial, al más noble y gentil rey en generosidad que reinara en aquel tiempo, el gentil rey Charles de Bohemia. Cuando el joven rey Edward, mi señora la reina, su madre, y los barones que allí estaban, vieron que no quería permanecer por más tiempo y que de nada valían sus ruegos, le dieron licencia a pesar suyo. El joven rey, por consejo de mi señora su madre, le dio cuatrocientos marcos de esterlines, a un esterlín un dinero, de renta y en herencia, a tenerlo de él en feudo y a pagarlo cada año en la ciudad de Brujas. Y a Philippe de Chastiaus, su escudero principal y consejero soberano, le dio quinientos marcos esterlines de renta a pagar cada año que se dijera. Y con esto hizo que le liquidaran una gran suma de esterlines para pagar sus gastos y los de su compañía para volver a su país. Hizo que le acompañara hasta Dover una gran compañía de caballeros. Incluso las damas, la condesa de Garanes, que era hermana del conde de Bar, y otras le ofrecieron gran cantidad de ricas y hermosas joyas al despedirse.

Cuando mi señor Jean de Hainaut y su compañía llegaron a Dover, se embarcaron para pasar al otro lado con el deseo de llegar a tiempo al torneo que debía tener lugar en Conde. Y se llevó con él a quince jóvenes y valerosos caballeros de Inglaterra para que estuvieran

con él en el torneo y hacerles conocer a los señores y compañeros que allí se encontrarían. Les honró y les hizo toda la compañía que pudo y desde que llegaron, participaron en el torneo de Conde dos veces en aquella estación. Ahora quiero callarme acerca de mi señor Jean de Hainaut hasta que llegue el momento, y volver al joven rey Edward de Inglaterra.

Después de que mi señor Jean de Hainaut se separara del joven rey y de mi señora su madre, el rey y la reina gobernaron el país con el consejo del conde de Kent, su tío, y también con el consejo de mi señor Roger Mortimer, que por sus tierras en Inglaterra bien percibía siete mil libras de renta, a un dinero el esterlín. Ambos habían sido desterrados de Inglaterra con la reina y el rey, tal y como habéis oído. También ejercieron con el consejo de mi señor Thomas Wake y de otros muchos que eran considerados los más sensatos del reino, de modo que otros tuvieron envidia. Se dice que la envidia no puede morir en Inglaterra. De la misma manera reina y quiere reinar en muchos otros países. Así transcurrió el invierno y la cuaresma hasta Pascua. Y hasta entonces el rey, mi señora su madre y todo el país vivieron en paz.

Sucedió que el rey Robert de Escocia, que había sido muy valeroso y que mucho había sufrido en combate contra los ingleses y que muchas veces había sido derrotado en tiempos del buen rey Edward, abuelo de este joven rey Edward, había envejecido mucho y se decía que estaba enfermo de la gran enfermedad. Cuando se enteró de lo que había ocurrido en Inglaterra, de cómo el rey había sido apresado y depuesto en la corona, y sus consejeros ajusticiados y destruidos como habéis oído, pensó en desafiar al joven rey. Como el rey era joven y

los barones del reino no estaban muy de acuerdo según le habían hecho oír por azar algunos enemigos y algunos del linaje de los Despenser, creyó que bien podría llevar a cabo su empresa y conquistar parte de Inglaterra. Tal y como lo pensó, así lo hizo. Por Pascua, en el año mil trescientos veintisiete desafió al joven rey Edward y a todo el país y les hizo saber que entraría en el país y lo devastaría y quemaría como había hecho en otra ocasión, cuando tuvo lugar la derrota en el castillo de Stirling donde los ingleses recibieron grandes perjuicios.

Cuando el joven rey conoció el desafío y también sus consejeros, lo hicieron saber en todo el reino y ordenaron que todos los nobles y no nobles se prepararan cada uno según su condición y acudieran el día de la Ascensión cerca de York, una buena ciudad que está en el norte. Envió por delante a una gran cantidad de gentes de armas para proteger las fronteras con Escocia. Luego envió mensajes a mi señor Jean de Hainaut rogándole muy afectuosamente que quisiera acudir a ayudarle y a hacerle compañía en tal necesidad, y que le gustaría estar a su lado en York el día de la Ascensión con toda la compañía de gentes de armas que pudiera llevar con él. Cuando el señor de Beaumont oyó el requerimiento, envió cartas y mensajes a todos los lugares donde creyó recobrar buenos compañeros, en Flandre, Hainaut, Brabant y Belgique y les rogó que le siguieran lo mejor montados y equipados que pudieran a Wissant para desde allí pasar a Inglaterra. Todos le siguieron con mucho gusto, aquellos que habían sido llamados y los que no lo habían sido, pues todos pensaban volver con tanta plata como la que habían traído los que habían estado con él en la otra cabalgada

en Inglaterra. De tal forma que antes de que el señor de Beaumont hubiera llegado a Wissant, ya contaba con mucha más gente de la que pensaba reunir, pero a todos los recibió con alegría y les puso buena cara. Cuando él y su compañía llegaron a Wissant, encontraron dispuestas las naves que les habían traído de Inglaterra. Embarcaron lo más deprisa que pudieron caballos y arneses, atravesaron el mar y llegaron a Dover. Y no dejaron de cabalgar día tras día hasta que, tres días antes de Pentecostés, llegaron a la buena ciudad de York, allí donde el rey y mi señora su madre se encontraban con muchos barones para aconsejar y acompañar al rey. Y allí esperaban la llegada de mi señor Jean de Hainaut y de su compañía. Y también esperaban a todas las gentes de armas, arqueros y gentes comunes de buenas villas y aldeas. A medida que iban llegando en grandes tropas, se les iba albergando en las aldeas, a dos o tres leguas de York y por las llanuras de los alrededores, y se les hacía pasar las fronteras.

24. En esto, llegó a York mi señor Jean de Hainaut y su compañía. Fueron muy bien recibidos y grandemente festejados por el joven rey, mi señora la madre, y todos los barones. Les ofreció el mejor barrio de la ciudad para que se albergaran, y a mi señor Jean de Hainaut le cedieron una abadía de monjes blancos para él y todo su séquito. En la compañía de este caballero venían del país de Hainaut, el señor de Enghien, llamado mi señor Gautier, el señor de Antoing mi señor Henri, el señor de Fagnolle, mi señor Fastres de Roeulz, mi señor Robert de Bailleul y mi señor Guillaume de Bailleul su hermano, el señor de Havre, el señor del castillo de Mons, mi señor

Alart de Brifuel, mi señor Fastres de Brifuel, mi señor Michel de Ligne, mi señor Jean de Montigny el joven y su hermano, mi señor Sausses de Boussoit, el señor de Gonmegnies, mi señor Perceval de Semeries, el señor de Floyon.

Del país de Flandre venían mi señor Héctor Vilain, mi señor Jean de Rhode, mi señor Wauflart de Ghistelles, mi señor Guillaume de Straten, mi señor Gossuin de la Muelle y muchos otros.

Del país de Brabant vinieron el señor de Duffel, mi señor Thierry de Valcourt, mi señor Raes de Gavere, mi señor Jean de Gaesbeck, mi señor Jean Pyliser, mi señor Gilles de Coterrabe, los tres hermanos de Harlebeke mi señor Gautier de Hoteberge y muchos otros.

De Belgique vinieron mi señor Jean le Bel y mi señor Henri su hermano, mi señor Godefroi de la Chapelle, mi señor Hue de Ohay y mi señor Jean de Libyne, mi señor Lambert de Oppey, mi señor Gilbert de Herck.

Y también vinieron algunos caballeros de Cambrai y de Artois para combatir, tantos como quisieron, de tal modo que mi señor Jean de Hainaut contaba en su compañía con quinientas armaduras de hierro, todos bien equipados y montados.

Durante las fiestas de Pentecostés llegaron mi señor Guillaume Julliers que después de la muerte de su padre fue duque de Julliers, y mi señor Thierry de Heinsberg, que luego fue conde de Looz, con una hermosa tropa para acompañar al gentil caballero arriba mencionado.

25. El joven rey de Inglaterra, para mejor festejar a aquellos señores y a toda su compañía, mantuvo una gran corte el día de la Trinidad en la casa de los

Hermanos Menores donde estaba albergada mi señora su madre. Les acompañaban sus respectivos séquitos, el rey con sus caballeros y la reina con sus damas de las que había gran cantidad en su compañía. Para aquella corte el rey reunió a seiscientos caballeros que se sentaron en la sala y en el claustro. Aquel día se armaron quince caballeros noveles. Y mi señora la reina mantuvo su corte en el dormitorio y se sentaron a la mesa sesenta damas a las que había hecho llamar para mejor festejar a mi señor Jean de Hainaut y a los otros señores. Allá pudo verse gran nobleza en el servicio de gran cantidad de platos tan raros y diferentes que no se podrían describir. Allá fue un placer ver a las damas noblemente adornadas y ricamente arregladas.

Pero no se pudo disfrutar mucho ni hubo lugar para danzar ni para mayor festejo. Pues enseguida después de la comida, empezó un jaleo enorme entre los muchachos de Hainaut y los arqueros de Inglaterra que estaban albergados juntos con ocasión de un juego de dados, de donde vinieron grandes males tal y como oiréis. Pues mientras estos muchachos se peleaban con algunos ingleses, todos los demás arqueros que estaban en la ciudad y los que estaban en el barrio con los de Hainaut se juntaron con sus arcos preparados y se amontonaron con gritos de guerra y en un principio hirieron a los muchachos de Hainaut que tuvieron que retirarse a sus hostales. La mayoría de los caballeros y de sus jefes estaban en la corte y no se enteraron de nada al principio. En cuanto les llegaron las noticias del jaleo, se fueron cada uno a sus hostales lo más deprisa que pudieron. Los que no pudieron entrar, se tuvieron que quedar fuera en gran peligro. Los arqueros, que eran bien

unos dos mil, estaban endemoniados y disparaban a todos lados para matar a señores y muchachos.

Se dijo que todo aquello había sido dispuesto y preparado por algunos de los amigos de los Despenser y del conde de Arundel con los que mi señor Jean de Hainaut había acabado como antes habéis oído recordar. Así se querían vengar, si podían, de los de Hainaut e incluso de mi señor Jean de Hainaut. Y bien pusieron todo su empeño como seguiréis oyendo. Pues los ingleses que eran sus huéspedes, cerraban puertas y ventanas a los de Hainaut y no les dejaban entrar. En cualquier caso hubo quienes entraron por detrás de sus hostales y muy rápidamente se armaron.

Cuando se hubieron armado, no se atrevieron a salir por delante a causa de las flechas, y salieron por los patios traseros, rompiendo los cercados. Se esperaron unos a otros en una plaza que estaba por allí hasta que se reunieron cien o más bien armados y también había muchos desarmados que no habían podido entrar en sus hostales.

Cuando se hubieron reunido los que se habían armado, se apresuraron en socorrer a sus otros compañeros que defendían sus hostales en medio de la calle lo mejor que podían. Los armados pasaron por el hostal del señor de Enghien, que tenía grandes puertas traseras y delanteras que daban a la gran calle, y de modo muy temerario combatieron a los arqueros. Muchos de Hainaut fueron heridos por los disparos. Allí estuvieron buenos caballeros: mi señor Rastres de Roeulz, mi señor Perceval de Semeries y mi señor Sausses de Boussoit. Estos tres caballeros no habían podido entrar en sus hostales para armarse, pero hicieron tantas armas como los que

estaban armados. De todos modos, habían conseguido gruesos palos y bastones en casa de un burgués. Asestaban tales golpes que nadie se podía acercar y se dice que aquel día derribaron a más de sesenta. Finalmente los arqueros que estaban allí, fueron derrotados. Hubo muchos muertos, alrededor de trescientos, y todos eran del obispado de Lincoln.

Creo que Dios nunca había enviado tantas desdichas a nadie como las que les ocurrieron a mi señor Jean de Hainaut y a su compañía. Pues aquellas gentes estaban siempre empeñadas en asesinarlos y robarles aunque estuvieran allá por necesidad del rey, y jamás nadie vivió en tal angustia, peligro y miedo a morir como ellos mientras permanecieron en York. Y no estuvieron nunca a salvo hasta que se encontraron en Wissant. Cayeron en tal odio y malevolencia por parte de los arqueros que quedaron, que los odiaban más que a los escoceses que todos los días estaban quemando su país. Algunos caballeros y barones de Inglaterra dijeron a los señores de Hainaut a los que nada odiaban para ponerles en guardia, que aquellos malditos arqueros y otros comunes de Inglaterra se habían juntado y eran más de seis mil, y amenazaban a los de Hainaut con quemarlos y matarlos en sus hostales de noche o de día. Y no encontraron a nadie de parte del rey ni de los barones que se atreviera a ayudarles ni a socorrerles. No es de extrañar que al oír estas noticias se les encogiera el corazón y se aterrorizaran. No supieron qué hacer al oír aquello, no tenían ninguna esperanza de regresar a su país y tampoco se atrevían a alejarse del rey ni de sus altos barones. No tenían otro empeño que el de defender bien sus cuerpos y ayudarse mutuamente.

Los caballeros de Hainaut y sus consejeros tomaron buenas medidas para protegerse y defenderse mejor, según las cuales había que acostarse por las noches siempre armados, vigilar los campos y los caminos de los alrededores de la ciudad por medio de destacamentos de soldados, y enviar escuchas media legua en el interior de la ciudad para oír si venían y así estar informados. Y cada día se lo decían caballeros y escuderos, gente fiable, que muy bien lo sabían. Si los escuchas oían movimiento de gente en la ciudad, debían regresar junto a aquellos que guardaban los campos para avisarles, y para que montaran y se prepararan enseguida y juntos, cada uno en su estandarte, acudieran al lugar que se había decidido para aquel caso.

26. Por espacio de tres semanas permanecieron en medio de esta tribulación, recibiendo noticias de ese tipo o peores. Y vieron muchos intentos que les asustaron terriblemente. Pues, a decir verdad, no eran más que un puñado de gente comparados con la comunidad de Inglaterra que se había reunido allí. No se atrevían a alejarse de sus hostales ni de sus armaduras ni a entrar en la ciudad, salvo los señores que iban a ver al rey y a la reina y a su consejo para alguna fiesta y para tener noticias acerca de cuánto tiempo les mantendrían en aquel estado y en aquella angustia.

Si no hubiera sido por esta desventura y los peligros, habrían estado muy cómodos, pues la ciudad y el país de alrededor era tan próspero que en más de seis semanas el rey y todos los señores de Inglaterra, los extranjeros y sus gentes, de los que había más de sesenta mil, permanecieron allí sin que los víveres se encarecieran de

modo que por un dinero no se obtuvieran las mercancías de la misma forma en que, antes de que llegaran, se podían comprar buenos vinos de Gascogne, de Aussay y del Rin, gallinas y otros víveres a muy buen precio. Y a sus hostales les llevaban heno, avena y paja, de lo que estaban bien servidos y a buen precio.

27. Cuando hubieron estado allí tres semanas después de la batalla, se les hizo saber de parte del rey y de los mariscales que durante la semana siguiente cada uno se proveyera de carretas y tiendas para acampar y de todos los útiles necesarios para marchar a Escocia pues el rey ya no quería seguir allí por más tiempo. Entonces cada uno se proveyó lo mejor que pudo y según su condición. Cuando estuvieron preparados, el rey y todos sus barones se marcharon y fueron a alojarse a seis leguas más arriba de aquella ciudad. Mi señor Jean de Hainaut y su compañía se albergaron para su honor muy cerca del rey y también porque no se quería que los arqueros, que tanto les odiaban, tuvieran ventaja alguna sobre ellos. El rey y las primeras tropas descansaron dos días para esperar a los últimos y para ver si les faltaba alguna cosa.

Al tercer día, toda la hueste se puso en movimiento y fue avanzando día tras día hasta que llegaron a la ciudad de Durham, a la entrada de un país que llaman Northumberland, un país salvaje, lleno de desiertos y de grandes montañas, muy pobre en todo salvo en bestias. Por allí pasa un río lleno de grandes piedras y rocas al que llaman Tyne. Sobre ese río se encuentra la ciudad y el castillo al que llaman Carduel en Gales que antaño perteneció al rey Artús y donde muy gustoso solía residir. Debajo del mismo río está una buena ciudad

llamada Newcastle junto al Tyne. Allí se situó el mariscal de Inglaterra con gran cantidad de gentes de armas para proteger el país de los escoceses que estaban en los campos dispuestos a entrar en Inglaterra. En Carduel había gran cantidad de galeses gobernados y conducidos por el conde de Herfort y el señor de Morley para defender el paso del río. Los escoceses no podían entrar en Inglaterra sin atravesar aquel río.

Los ingleses no tuvieron noticias seguras de los escoceses hasta que llegaron a la entrada del país. Entonces pudieron ver fácilmente el humo de caseríos y aldeas que estaban quemando en los valles de la región. Volvieron a pasar aquel río con tanto sigilo que los de Carduel y Newcastle junto al Tyne dijeron que no se habían enterado. Pero para que se conozcan los modos de los escoceses, me callaré un rato acerca de los ingleses y contaré algo de los escoceses y de cómo saben guerrear.

GUERRA DE ESCOCIA (!)



28. Los escoceses son fuertes y tremendamente valerosos, muy esforzados en armas y en guerra. En aquel tiempo poco admiraban y en poco valoraban a los ingleses, y aún ahora piensan lo mismo. Cuando quieren entrar en el reino de Inglaterra conducen a su gente veinte o veinticuatro leguas de día y de noche, lo que podría sorprender a los que no conocen sus costumbres.

Es cierto que cuando quieren entrar en Inglaterra, van todos a caballo, excepto los ribaldos que les siguen a pie. Caballeros y escuderos montan buenos y grandes rocines, y la gente común del país sobre hacaneas. No llevan carros porque tienen que pasar diversas montañas y ese país arriba mencionado al que llaman Northumberland. Y no llevan provisiones ni de pan ni de vino pues tal es su costumbre y su sobriedad en la guerra, y pasan mucho tiempo comiendo carne cocida a medias sin pan y bebiendo agua del río sin vino. No

necesitan calderas porque cuecen la carne en la piel de las propias bestias cuando las han despellejado. Saben que en el país a donde van hay gran cantidad de animales. Por eso no llevan otro equipaje que una gran piedra llana que cada uno carga entre la silla y el cuartel. Debajo de la piedra meten unas alforjas llenas de harina, de tal modo que cuando han comido mucha carne mal cocida y notan el estómago debilitado, colocan la piedra plana en el fuego y mezclan un poco de harina con agua. Una vez se ha calentado la piedra, echan en la piedra esta pasta clara, hacen un pequeño tortel delgado como una oblea y se la comen para calmar el estómago. No es extraño que hagan más jornadas que nadie ya que siempre van a caballo a excepción de los ribaldos. Y además, salvo lo que os he dicho, no llevan ningún equipaje ni provisiones.

Habían entrado en el país en el momento en que antes os he dicho. Lo devastaron y quemaron, y encontraron tantas bestias que no sabían qué hacer con ellas. Eran unas tres mil armaduras de hierro, entre caballeros y escuderos, montados sobre buenos rocines y buenos corceles, y veinte mil hombres armados a su modo, audaces y valientes, montados en pequeñas hacaneas que iban sin atar y sin estribos, de modo que en cuanto desmontaban, se las dejaba pacer en prados, baldíos y brezales. Los conducían dos buenos capitanes, pues el rey de Escocia, que era muy noble, era entonces muy viejo y estaba muy enfermo. Había nombrado capitanes a un príncipe muy gentil y valeroso en armas, el conde de Murray, que llevaba un escudo de argent con tres almohadas de gules, y mi señor William Douglas que era considerado el más valiente y decidido de los dos países,

y llevaba un escudo de azur con la cabeza de argent y tres estrellas de gules en el interior del argent. Estos dos señores eran los más altos y poderosos barones de todo el reino de Escocia, y los más famosos en hermosos hechos de armas y en grandes proezas. Ahora quiero ya volver a nuestra materia.

29. Cuando el rey inglés y sus gentes vieron las humaredas de los escoceses, tal y como he dicho antes, supieron bien que eran de los escoceses que habían entrado en su país. Llamaron enseguida a las armas y ordenaron a todos que se pusieran en movimiento y siguieran los estandartes. Así se hizo. Se dispusieron tres gruesos escuadrones a pie y cada escuadrón con dos alas de quinientas armaduras de hierro que permanecerían a caballo. Y sabed que se dijo que allí había ocho mil armaduras de hierro entre caballeros y escuderos, treinta mil hombres armados, la mitad montados en pequeñas hacaneas y la otra mitad de soldados a pie que cada buena ciudad había elegido y enviado por su cuenta. Y sin contar a los ribaldos había veinticuatro mil arqueros a pie.

En cuanto a las columnas fueron así ordenadas, cabalgaron todos alineados hacia los escoceses, según el olor de las humaredas, hasta vísperas. Entonces la hueste acampó en un bosque junto a un pequeño río para descansar y esperar los carros y las provisiones. Durante todo el día los escoceses habían estado quemando el campo a cinco leguas de su hueste sin que les pudieran alcanzar. Al día siguiente, al alba, se armaron todos y sacaron los estandartes y cada uno se colocó bajo su estandarte según se había dispuesto. Las columnas

cabalgaron alineadas y sin romper filas durante todo el día por valles y montañas. Pero no pudieron acercarse a los escoceses que iban devastando delante de ellos, pues había muchos bosques, pantanos, salvajes desiertos, valles y montañas. Y no hubo nadie que se atreviera, so pena de que se le cortara la cabeza, a sobrepasar ni a cabalgar delante de los estandartes, a excepción de los mariscales.

Cuando esto ocurrió después de nonas, la gente, los caballos y carros, y también las gentes de a pie, estaban tan agotados que no podían seguir adelante. Los señores se dieron cuenta con toda claridad de que se estaban esforzando en vano. Y aunque los escoceses quisieran esperarles, se situarían en tal montaña o en tal paso que no podrían combatir con ellos sin grandes calamidades. El rey y los mariscales ordenaron acampar allí, cada uno donde se encontrara, hasta la mañana siguiente en que reunirían consejo para ver qué hacían. Toda la hueste acampó en un bosque junto a un riachuelo. El rey se albergó en un pobre patio de una abadía que había por allí. Su gente de armas, caballos y carros acamparon más arriba tremendamente cansados.

Cuando todos hubieron cogido su trozo de tierra para acampar, los señores se reunieron para tener consejo acerca de cómo podrían combatir a los escoceses teniendo en cuenta la región en la que se encontraban. Por lo que habían podido ver, les pareció que los escoceses volvían a su país quemándolo todo y que de ninguna manera podrían combatir con ellos en aquellas montañas sin encontrar infortunio. No les podrían alcanzar, pero les convenía pasar el río Tyne. Allí se dijo en gran consejo que si se levantaban antes de

medianoche y al día siguiente se daban un poco de prisa, les cortarían el paso por el río, y para su desgracia tendrían que combatir o permanecer muy quietos en Inglaterra cogidos en la trampa.

Con esta decisión, se acordó que cada uno volviera a su sitio para cenar y beber lo que tuviera y dijera a sus compañeros que en cuanto oyeran sonar las trompetas, ensillaran y prepararan sus caballos, y que cuando las oyeran por segunda vez se armaran, y a la tercera sin demora montaran y se dirigieran a sus estandartes. Nadie debía coger nada más que un pan y allí mismo debían dejar todo el equipaje, carros y provisiones, pues al día siguiente combatirían pasara lo que pasara. Así, todo estaría perdido o todo ganado. Se hizo tal y como se ordenó. A medianoche todos estaban armados y montados. Hubo muy pocos que se durmieron, aunque por el día se hubieran agotado mucho.

Empezó a amanecer antes de que las columnas estuvieran dispuestas y ordenadas. Las compañías empezaron a cabalgar dispersas y a gran velocidad por matorrales, montañas, valles y rocas, sin encontrar llanura alguna. Y abajo de las montañas y en los valles había grandes pantanos y pasos tan malos que fue maravilla que pudieran atravesarlos. Cabalgaban todos siempre adelante, sin esperar a señores ni compañeros. Y sabed que quien se hundía en aquellos pantanos, con dificultad encontraba a alguien que le ayudara. Allá se quedaron muchas acémilas y caballos que nunca más pudieron salir. Y muchas veces durante aquel día se gritó a las armas, y se decía que los primeros combatirían a los enemigos, de tal modo que todos, que creían que era verdad, se apresuraban todo lo que podían por los

pantanos, piedras y rocas, por valles y montañas, el yelmo puesto, el escudo al cuello, empuñando lanza y espada, sin esperar ni a padre, hermano o compañero. Y cuando hubieron corrido así media legua o más y llegaban al lugar de donde salían aquellas voces y gritos, muchos se decepcionaban. Habían sido ciervos, osos u otras bestias salvajes, de las que había gran cantidad en aquel bosque y en aquel salvaje país, que huían delante de aquellas compañías y aquellas gentes a caballo que cabalgaban de aquel modo y a los que jamás habían visto. Todos gritaban detrás de aquellos animales, pensando que eran otra cosa.

31. Así cabalgaron aquel día el joven rey inglés y toda su hueste por medio de aquellas montañas y desiertos, sin encontrar camino ni sendero ni ciudades, guiados sólo por el sol. A la hora de vísperas llegaron al río Tyne que los escoceses habían atravesado y que tendrían que volver a pasar, eso decían los ingleses, y se detuvieron allí un poco más agotados de lo que nadie podría pensar. Luego vadearon el río con gran dificultad por las piedras. Cuando hubieron pasado, fueron a acampar a lo largo del río. Pero el sol empezó a ponerse antes de que hubieran podido coger un trozo de tierra. Muy pocos de ellos tenían ganchos o instrumentos para acampar y cortar leña. Muchos habían perdido a sus compañeros y no sabían qué les había ocurrido. No es maravilla pues, que estuvieran muy a disgusto. Las gentes de a pie se habían quedado atrás y no sabían dónde ni a quién preguntar por el camino, y estaban agotados. Los que mejor creían conocer el país decían que aquel día habían caminado veintiocho leguas inglesas, corriendo tal y como habéis

oído, sin parar, salvo para orinar o cinchar los caballos. En tal agotamiento, hombres y caballos tuvieron que pasar allí la noche junto a aquel río completamente armados, cada uno en su caballo con el freno en la mano, pues no sabían dónde acampar por falta de luz y por falta de los carros que no habían podido llevar por aquel país, tal y como os he contado. Los caballos no comieron en toda la noche como en el día anterior ni avena ni forraje alguno.

Y ellos mismos no probaron en todo el día y en toda la noche nada más que el pan que cargaban detrás como os he dicho, que estaba sucio y manchado por el sudor de los caballos. Y no bebieron más que el agua que corría por aquel río, salvo algunos señores que tenían botellas, lo que les fue de gran consuelo. Y en toda la noche no tuvieron ni fuego ni luz, excepto algunos señores que en sus acémilas habían traído antorchas.

Pasaron la noche en la desastrosa situación que habéis oído, sin abandonar las sillas de sus caballos ni desarmarse. Y cuando llegó el deseado día del que esperaban algún consuelo para mayor comodidad suya y de sus caballos, para comer o acampar, o para combatir a los escoceses a los que ansiaban ver, necesitando ya salir de aquella incomodidad y pobreza en que se encontraban, entonces empezó a llover y tan fuertemente llovió durante todo el día que, antes de nonas, el río junto al que habían acampado se hizo tan grande, que no podían saber dónde habían caído, ni dónde podrían recuperar el forraje ni la paja para sus caballos, pan, vino, ni nada para mantenerse. Tuvieron que ayunar todo el día y toda la noche, y los caballos comer tierra en lugar de hierba, brezos y hojas de árboles, y cortar ramas

con sus espadas y baselartes para atar a sus caballos y cañas para hacer chocitas y guarecerse. Hacia nonas encontraron a algún pobre hombre del país. Le preguntaron dónde habían caído. Les respondieron que estaban a catorce leguas inglesas de Newcastle junto al Tyne y a once leguas de Carduel en Gales. No había más cerca de ellos ninguna otra ciudad donde pudieran encontrar algo y acomodarse. Todo esto fue anunciado al rey y a los señores. Enviaron hacia aquella parte mensajeros, pequeños caballos y acémilas para que trajeran provisiones. De parte del rey se hizo saber en la ciudad de Newcastle que el que quisiera ganar, que trajera pan, vino, avena y otras mercancías que se les pagarían de inmediato, y que se les llevaría hasta la hueste bajo protección. También se les hizo saber que no se moverían de los alrededores hasta que supieran qué había pasado con los escoceses.

Al día siguiente, hacia hora de nonas, regresaron los mensajeros que los señores y otros compañeros habían enviado en busca de provisiones, con todo lo que pudieron para ellos y sus mesnadas, lo que no fue mucho. Y con ellos venían gentes que para ganar dinero, traían en mulas pan mal cocido en cestos, vino malo en grandes barriles y otras mercancías que tranquilizaron a mucha gente y gran parte de la hueste. Y así cada día hasta que hubieran pasado ocho días junto al río, entre aquellas montañas, esperando siempre la llegada de los escoceses que tampoco sabían qué había sido de los ingleses. Así estuvieron tres días y tres noches sin pan ni vino, sin candelas ni avena ni forraje ni otras provisiones, y, luego, por espacio de cuatro días, tuvieron que comprar pan mal cocido a seis esterlines, un galón

de vino que no debía valer más de seis, a veinticuatro esterlines. Y aún había tal hambre que se lo arrancaban de las manos, por lo que hubo muchos jaleos y discusiones entre los compañeros.

En medio de todas aquellas desgracias, además no dejó de llover en toda la semana. Se les pudrieron las sillas y todos los caballos quedaron con los lomos destrozados. No sabían con qué herrar a los que se habían quedado sin herraduras ni con qué cubrirles. La mayor parte no tenían con qué vestirse ni protegerse de la lluvia y del frío más que sus túnicas y sus armas. Y no tenían nada con que hacer fuego más que leña verde que no arde sin mucho esfuerzo y que no dura con la lluvia.

En esta desdicha, calamidad y penuria permanecieron entre las montañas y el río, sin noticias de los escoceses que, según ellos, debían pasar por allí o cerca para regresar a su país. Esta situación suscitó grandes murmuraciones entre los ingleses, pues unos acusaban a otros de haber aconsejado acudir allí para traicionar al rey y a su gente. Los señores decidieron marcharse del lugar y volver a pasar el río siete leguas más arriba, donde el paso era más accesible. Se ordenó que todo el mundo se preparara para desacampar al día siguiente y seguir los estandartes. Y también se anunció que quien quisiera esforzarse tanto que pudiera traer al rey noticias seguras de los escoceses, recibiría cien libras esterlinas de tierra en herencia y el rey le haría caballero.

Cuando estas noticias se extendieron por la hueste, las gentes se regocijaron enormemente. Algunos caballeros y escuderos ingleses, quince o dieciséis, se separaron de la hueste con la ambición de obtener aquella promesa, atravesaron el río con grandes peligros y subieron a las

montañas. Luego se dispersaron, yendo cada uno por su parte a la aventura. Al día siguiente desacampó toda la hueste. Y aquel día cabalgaron bastante bien, aunque los caballos estaban rendidos, mal alimentados y mal herrados, con los lomos destrozados por las cinchas. Con dificultad lograron atravesar el río que había crecido mucho con la lluvia por lo que algunos ingleses se ahogaron. Una vez lo hubieron atravesado, acamparon allí, pues encontraron forraje en los prados y campos para pasar la noche, junto a una pequeña aldea que los escoceses habían quemado. Les pareció estar en París. Al día siguiente, se alejaron y cabalgaron por valles y montañas todo el día hasta que cerca de nonas encontraron unos caseríos quemados y algunas campiñas en las que había trigo, de modo que toda la hueste acampó aquella noche en ese lugar. Al tercer día continuaron cabalgando sin saber a dónde iban y lo mismo ocurrió el cuarto día hasta la hora de tercias.

Entonces llegó un escudero que se dirigió al rey y le dijo: «Señor, os traigo noticias. Los escoceses están a tres leguas de aquí, acampados en una montaña, y allí os esperan. Hace ocho días que están ahí sin tener noticias vuestras del mismo modo que vos no las habéis tenido de ellos. Os lo puedo asegurar con toda certeza. Caí tan cerca de ellos que fui apresado y conducido a su hueste como prisionero delante de los señores. Les di noticias de vos y cómo lo estabais buscando para combatir. Enseguida los señores me dejaron libre, en cuanto les dije que vos ofrecíais cien libras esterlinas de tierra a quien os trajera noticias seguras de ellos, con la condición de que les jurara que no descansaría hasta deciros estas noticias. Sabed que dijeron que ellos tenían

tan grandes deseos de combatir como vos, y que les encontraríais allí sin falta».

34. En cuanto al rey hubo oído aquellas noticias, ordenó a la hueste detenerse allí mismo en un trigal para que pacieran los caballos, junto a una abadía blanca que había sido quemada y que desde el tiempo del rey Artús se la llamaba la Blanca Landa. Allí mismo hizo el rey decir gran cantidad de misas para que comulgaran los que tenían devoción. Al escudero le aseguró las cien libras de tierra que le había prometido, y delante de todos le hizo caballero. Cuando hubieron descansado y comido un poco, sonó la trompeta y todos fueron a montar. Las compañías cabalgaron guiadas por el caballero novel, en orden de batalla, bien alineadas y sin dispersarse ni un momento por valles y montañas. Y tanto cabalgaron de aquel modo que hacia el mediodía llegaron tan cerca de los escoceses que los vieron con toda nitidez y éstos a ellos.

Tan pronto como los escoceses les vieron, salieron de sus campamentos a pie y en la falda de la montaña donde se encontraban, ordenaron el ejército en tres cuerpos de batalla. Al pie de la montaña corría un río turbulento y rápido, lleno de piedras que no se podía pasar velozmente sin gran perjuicio. Y más adelante, aunque los ingleses hubieran atravesado el río, no había sitio, entre el río y la montaña, para disponer su ejército en orden de batalla. Además los escoceses habían colocado sus dos primeros cuerpos en dos rocas de la montaña hasta las que no se podía trepar para atacar. Y estaban allí para arrojar piedras si los ingleses hubiera atravesado el río, y no les hubieran dejado retirarse.

Cuando los señores de Inglaterra vieron la posición de los escoceses, hicieron desmontar a todas sus gentes y ordenaron el ejército en tres cuerpos tal y como habían hecho antes. Allí mismo se hicieron gran cantidad de caballeros noveles. Cuando el ejército estuvo en orden de batalla, algunos señores condujeron al joven rey ante las gentes de armas así ordenadas para que les diera ánimos. Les rogó que se esforzaran en hacerlo bien y en proteger su honor. Y ordenó, so pena de perder la cabeza, que nadie se adelantara a los estandartes de los mariscales ni se moviera hasta que así se mandara. Un poco después se ordenó que el ejército se dirigiera al paso contra el enemigo. Así se hizo. Marcharon de este modo más de una gran hectárea de tierra hasta la falda de la montaña. Se hizo de esta manera para ver si el enemigo rompía el orden y para ver qué hacían, pero no vieron que se moviera nada, y estaban tan cerca unos de otros que reconocieron sus blasones. Entonces se detuvieron para tener otro consejo. Se ordenó que algunos compañeros montaran en sus corceles para escaramuzar, comprobar el paso del río y ver desde más cerca sus posiciones. Por medio de heraldos se les hizo saber que si querían pasar el río y acudir a combatir en la llanura se retirarían y les dejarían sitio para batalla campal, en aquel mismo momento o al día siguiente por la mañana. Si aquello no les complacía, que hicieran algo semejante. Cuando oyeron estas proposiciones, mantuvieron consejo. Respondieron a los heraldos que no harían ni una cosa ni otra. El rey y todos los barones veían bien que estaban en su reino y que lo habían quemado y devastado. Si no les gustaba, que fueran a repararlo, pues permanecerían allí tanto como quisieran.

Cuando los consejeros del rey vieron que no pensaban hacer otra cosa, hicieron proclamar y ordenar que todos acamparan en el lugar donde estaban sin retirarse. Aquella noche acamparon de ese modo, con gran incomodidad, sobre suelo duro y piedras, y armados. Con grandes dificultades los muchachos se procuraron palos y ramas para atar a los caballos, pero no encontraron ni forraje ni paja, ni leña para hacer fuego. Cuando los escoceses vieron que los ingleses acampaban, ordenaron a algunas de sus gentes que permanecieran en los lugares donde habían dispuesto el ejército y se retiraron a sus campamentos y enseguida hicieron hogueras dignas de ver. Hicieron sonar tantos cuernos y gritaron tanto que a los ingleses les pareció que allí se habían reunido todos los diablos del infierno para estrangularlos. Así acamparon aquella noche, que fue la noche de San Pedro, a la entrada de agosto, el año de gracia mil trescientos veintisiete, hasta el día siguiente en que los señores oyeron misa.

Cuando llegó el día de San Pedro y se hubo dicho la misa, hicieron que todos se armaran y acudieran bajo su estandarte en orden de batalla como el día anterior. Al ver esto, los escoceses tomaron sus puestos en el mismo orden que el día anterior. Las dos huestes permanecieron en el mismo orden hasta el mediodía, sin que los escoceses hicieran ademán de moverse contra los ingleses y sin que los ingleses lo hicieran contra ellos pues no se les podían acercar sin gran perjuicio. Muchos compañeros ingleses que tenían caballos con los que se podían ayudar, atravesaron el río para hacerles escaramuzas. Y así se dispersaron algunos escoceses haciéndose escaramuzas los unos a los otros, corriendo

de un lado a otro, de tal modo que hubo muertos, heridos y se hicieron prisioneros. Después de mediodía, los señores de Inglaterra ordenaron la retirada a los campamentos, pues bien les parecía que estaban allí por nada. Y cada uno se retiró a su campamento.

Así estuvieron tres días y los escoceses sin marcharse en el otro lado en su montaña. En cualquier caso, todos los días había escaramuzas de uno y otro lado, y con mucha frecuencia muertos y prisioneros. Y todas las vísperas por las noches, los escoceses tenían la costumbre de hacer fuegos y hacían tanto ruido con los cuernos y sus gritos, todos a una voz, que aquello les parecía a los ingleses un auténtico infierno y que todos los diablos se habían reunido allí. La intención de los señores ingleses era mantener a los escoceses allí como asediados, ya que no podían combatir bien con ellos. Pensaban hacerles pasar hambre, pues no les podía llegar ninguna provisión y creían que para volver a su país tendrían que salir de allí. Por los prisioneros que habían cogido, los ingleses supieron que los escoceses no tenían provisiones de pan, vino y sal. Tenían gran cantidad de bestias que habían cogido en el país. Podían tomar todo el agua y asado que quisieran sin pan ni sal, lo que no les importaba mucho, porque aguaban la harina, tal y como os he contado antes. Algunos ingleses también lo hacen cuando están en cabalgadas.

Al cuarto día de que los ingleses estuvieran acampados, por la mañana sucedió que miraron a la montaña y no vieron a nadie, pues los escoceses se habían marchado de allí a medianoche. Mucho se maravillaron los señores y no podían imaginar qué había sido de ellos. De inmediato mandaron gente a pie y a caballo a aquellas montañas y

hacia hora prima los encontraron acampados en otra montaña más resistente que la anterior junto al mismo río. Habían acampado en un bosque para estar más ocultos y poder ir y venir cuando quisieran. En cuanto fueron encontrados, los ingleses hicieron desacampar, dirigirse en orden a aquella otra montaña y acampar justo enfrente de ellos. Se hizo ordenar el ejército en orden de batalla y hacer ademán de ir en contra de ellos. Pero en cuanto vieron al ejército inglés acercárseles, salieron de sus campamentos y se situaron en orden de batalla muy cerca del río frente a ellos, pero no quisieron bajar ni atacarles. Y los ingleses no podían acercárseles más sin haberlo perdido todo de antemano, caer en gran desgracia o morir. Acamparon allí frente a ellos. Durante ocho días permanecieron en aquella fría montaña y siempre frente a ellos en orden de batalla. Los señores de Inglaterra enviaron muchas veces a sus heraldos a parlamentar y les dijeron que ellos les dejarían espacio libre o bien que se lo dejaran a ellos. Pero en ningún momento quisieron aceptar estas proposiciones. Os puedo bien asegurar que ambas huestes lo pasaron muy mal aquellos días.

La primera noche que los ingleses hubieran acampado en esta segunda montaña frente a los escoceses, mi señor William Douglas, que era un caballero muy valiente y audaz, cogió hacia medianoche unas doscientas armaduras de hierro y atravesó el río muy lejos de su hueste, para que no se dieran cuenta. Atacó a los ingleses con gran valor gritando: «¡Douglas! ¡Douglas! moriréis todos, señores barones ingleses». Y él y su compañía mataron a más de trescientos y picó espuelas hasta la tienda del rey, sin dejar de gritar: «¡Douglas! ¡Douglas!»

y cortó dos o tres cuerdas de la tienda del rey, y luego se marchó. Bien puede ser que perdiera a algunas de sus gentes en la retirada, pero no a muchas, y regresó junto a sus compañeros en la montaña.

Después de esto, no sucedió nada más, pero los ingleses, que mucho temían el despertar de los escoceses, estaban todas las noches al acecho. Tenían vigías y escuchas en varios lugares para que si oían algo, avisaran enseguida a la hueste. Y todos los señores se acostaban al lado de sus armaduras. En este estado pasaron veintidós días, una hueste frente a la otra en aquellas montañas. Todos los días había escaramuzas que las hacían quienes querían. Por eso de un lado y otro hubo muertos, prisioneros y heridos.

El último día de los veintidós fue apresado en una escaramuza un caballero de Escocia que a pesar suyo tuvo que decir a los señores de Inglaterra el acuerdo de los suyos. Fue tan requerido y torturado que habló y dijo que sus jefes habían decidido aquella mañana que todos se armaran por vísperas y siguieran el estandarte de mi señor William Douglas a donde él quisiera ir y que lo mantuvieran en secreto. Pero el caballero desconocía sus intenciones. Los señores de Inglaterra mantuvieron consejo y consideraron que, según aquellas palabras, los escoceses bien podrían atacarles de noche por los dos costados para ponerles en aventura de vivir o morir, pues seguramente no podían resistir más el hambre. Los ingleses dividieron en tres al ejército y dispusieron las tres partes en orden de batalla delante de sus campamentos, e hicieron gran cantidad de hogueras para ver con mayor claridad a su alrededor. Ordenaron a todos los muchachos que permanecieran en los

campamentos para vigilar a los caballos. Así y completamente armados pasaron aquella noche, cada uno en su estandarte o pendón, tal y como había sido ordenado, a esperar la aventura. Por las palabras del caballero, pensaban que los escoceses les despertarían, pero no tenían ninguna intención de hacerlo, sino que actuaron muy bien y prudentemente según otras órdenes.

Al despuntar el día, dos trompeteros de Escocia cayeron en manos de uno de los vigías que estaban al acecho en los campos. Fueron apresados y conducidos ante los señores del consejo del rey y les dijeron: «Señores, ¿qué estáis vigilando aquí? Perdéis el tiempo. Los escoceses se han marchado ayer a medianoche y ya estarán a cuatro o cinco leguas de aquí. Nos llevaron con ellos durante una legua por miedo a que os lo anunciáramos, y luego nos dieron licencia para que viniéramos a decíroslo». Cuando los señores ingleses oyeron aquello, mantuvieron consejo y se dieron cuenta que habían sido engañados en sus presunciones. Dijeron que de nada les valdría perseguir a los escoceses pues no les podrían alcanzar. Pero aún por miedo a un engaño, los señores retuvieron a los trompeteros y mantuvieron el orden de batalla hasta hora prima. Cuando vieron que era verdad y que los escoceses se habían ido, dieron licencia a todo el mundo para retirarse a sus campamentos y descansar. Los señores fueron a consejo para decidir lo que harían.

En esto, algunos compañeros ingleses montaron en sus caballos, atravesaron el río en gran peligro y llegaron a la montaña de donde se habían marchado los escoceses por la noche. Encontraron más de quinientas bestias muy grandes y muertas que los escoceses habían matado para

que no les pudieran seguir y para no dejárselas vivas a los ingleses. Encontraron más de trescientas calderas hechas con cuero colgadas sobre el fuego y llenas de carne y agua para cocer, y más de mil asadores llenos de carne para asar, y más de diez mil zapatos viejos y usados de cuero, que los escoceses se habían dejado. También encontraron a cinco pobres prisioneros ingleses que los escoceses habían atado desnudos a los árboles para humillarlos, y dos de ellos tenían las piernas rotas. Los desataron y les dejaron marchar, y luego volvieron a la hueste en el momento en que estaban desacampando para regresar a Inglaterra según acuerdo del rey y de todo su consejo. Durante todo aquel día siguieron los estandartes de los mariscales y a altas horas fueron a acampar a un hermoso prado, donde encontraron mucho forraje para los caballos que les vino muy bien. Estaban tan débiles, agotados y hambrientos, que apenas podían seguir adelante.

Al día siguiente desacamparon y siguieron cabalgando hacia adelante, y fueron a albergarse a un gran patio de una abadía a dos leguas de la ciudad de Durham. El rey se alojó aquella noche en el patio y la hueste más abajo en los prados. Encontraron mucho forraje, hierbas y trigo. Al día siguiente la hueste se quedó allí descansando y el rey y los señores se fueron a la iglesia de Durham. Y entonces el rey juró fidelidad a la iglesia y al obispo, y también a la ciudad y a los burgueses, pues todavía no lo había hecho. En aquella ciudad encontraron las carretas y carretones y todo su equipaje que habían dejado treinta y dos días antes frente a un bosque a medianoche, tal y como ya se ha relatado. Los burgueses de la ciudad de Durham lo habían encontrado

y llevado a su ciudad a sus costes, metiéndolo todo en granjas vacías, cada carreta bajo su pendón para que fueran reconocidas. Mucho se alegraron todos los señores al encontrar sus carretas y su equipaje, y durante dos días descansaron en la ciudad de Durham y la hueste en los alrededores pues todos no podían alojarse en la ciudad. Hicieron herrar sus caballos y se pusieron en camino hacia York. Tanto se esforzaron el rey y toda su hueste que llegaron en tres días. El rey encontró allí a mi señora su madre que lo recibió con gran alegría. Y lo mismo hicieron todas las damas y burgueses de la ciudad.

El rey concedió licencia a todo tipo de gentes para marchar cada uno a su casa y agradeció mucho a los condes, barones y caballeros el servicio que le habían prestado. Retuvo junto a él a mi señor Jean de Hainaut y a toda su compañía y fue muy festejado por mi señora la reina de modo especial y por los señores y todas las damas. Y los de Hainaut devolvieron sus caballos, que estaban rendidos y destrozados, al consejo del rey. Se hicieron las cuentas de cada uno de los caballos, muertos y vivos, y de los gastos. Así contó el rey su deuda con mi señor Jean. Y mi señor Jean se comprometió con sus compañeros. Pues el rey y sus consejeros no podían conseguir enseguida todo el dinero a lo que subían los caballos, pero les dieron lo suficiente para pagar los gastos pequeños y volver a su país. Y luego, en aquel mismo año, se pagó toda la cuenta de los caballos. Cuando los de Hainaut hubieron entregado sus caballos, compraron unas pequeñas hacaneas para cabalgar con comodidad y enviaron por mar, en dos naves que el rey les había hecho entregar, a sus muchachos y todo su

equipaje que llegaron directamente a Sluis en Flandres. Se despidieron del rey, de mi señora su madre, del conde de Kent, del conde Henry de Lancaster y de sus barones, que mucho les habían honrado. Y el rey hizo que les acompañaran doce caballeros y doscientas armaduras de hierro por miedo a los arqueros, de los que no estaban nada seguros pues tenían que pasar por su país, el obispado de Lincoln.

Así se marcharon mi señor Jean de Hainaut y todo su ejército en compañía de los arriba mencionados. Y cabalgaron tantas jornadas que llegaron a Dover. Allí se hicieron a la mar en naves y barcos que encontraron preparados. Los ingleses que les habían acompañado, se separaron de ellos y volvieron a sus casas. Y los de Hainaut llegaron a Wissant. Allá descansaron dos días desembarcando caballos y equipajes. Mientras tanto, mi señor Jean de Hainaut y algunos caballeros fueron en peregrinación a Nuestra Señora de Boulogne. Luego regresaron a Hainaut, se separaron unos de otros, y cada uno se fue a su casa. Mi señor Jean de Hainaut se fue a ver a su hermano el conde que estaba en Valenciennes. Le recibió con gran alegría pues le quería mucho, y el señor de Beaumont le contó todas las novedades.

PRIMEROS AÑOS DEL REINADO DE EDUARDO III



38. Así hizo el rey Edward el primer año de su coronación esta cabalgada contra los escoceses, que fue grande y dura como habéis oído. Después de esto, no transcurrió mucho tiempo hasta que este rey, mi señora su madre, el conde de Kent, el conde Henry de Lancaster, mi señor Roger Mortimer y los otros barones de Inglaterra que eran del consejo del rey y le ayudaban en el gobierno, mantuvieran consejo para casarle. Enviaron

a un obispo, dos caballeros de estandarte y dos buenos clérigos junto a mi señor Jean de Hainaut para rogarle que les ayudara y aconsejara en el matrimonio del joven rey, su señor, y que mediara para que su hermano, el conde de Hainaut y de Hollande quisiera enviarles a una de sus hijas pues por amor a él la tendría en más estima que a ninguna otra. El señor de Beaumont festejó y honró a los mensajeros y comisarios del rey inglés todo lo que pudo, pues bien lo sabía hacer. Cuando los hubo festejado bien, los condujo a Valenciennes ante su hermano que los recibió con gran honor y los festejó de un modo tan regio que sería largo de contar.

Cuando hubieron sido festejados, le dieron su mensaje con gran precisión y prudencia tal y como se les había encargado. El conde les respondió con gran cortesía por consejo de mi señor Jean su hermano y de mi señora la condesa, madre de la doncella, y les dijo que mucho se lo agradecía a mi señor el rey y a mi señora y a los señores por cuyo consejo se habían dirigido a él haciéndole un gran honor pues habían enviado suficiente gente para tal asunto, y que con mucho gusto concedía su petición si nuestro Santo Padre, el Papa, y la Santa Iglesia lo otorgaban.

Aquella respuesta les bastó. Enseguida enviaron a dos caballeros y a dos clérigos al Santo Padre en Avignon para impetrar dispensa del matrimonio acordado. Pues no se podía hacer sin la licencia del Papa, ya que eran parientes muy cercanos por el linaje de Francia, en tercer grado, pues sus madres eran primas hermanas, hijas de dos hermanos. Así, en cuanto hubieron llegado a Avignon, cumplieron con su misión. El Santo Padre y sus

colegas consintieron a ello muy benignamente debido a la alta nobleza de la que procedían ambos.

39. Cuando los mensajeros hubieron llegado a Avignon con las bulas, el matrimonio fue enseguida otorgado y fijado por ambas partes. Hicieron prepararlo y disponerlo todo con el honor que se merecía aquella doncella que iba a ser reina de Inglaterra. Cuando todo estuvo preparado, la doncella fue esposada por poderes que le llevaron allí de parte del rey de Inglaterra. Y luego se dispuso todo para conducirla a Inglaterra junto a su marido que la esperaba en Londres donde iba a ser coronada. La doncella Philippa de Hainaut se hizo a la mar y llegó a Dover con toda su compañía. Hasta Londres la condujo el gentil caballero mi señor Jean de Hainaut, su tío, que fue recibido con grandes honores por parte del rey, de mi señora la reina su madre, de otras damas, de los barones y caballeros de Inglaterra. En Londres hubo gran fiesta y nobleza de señores, condes, barones y caballeros, altas damas y nobles doncellas, ricas vestimentas y ricos ornamentos, justas y juegos de lanzas por amor a ellas, danzas y diversiones, grandes y buenas comidas. Las fiestas duraron tres semanas.

Al cabo de estos días, mi señor Jean de Hainaut pidió licencia y se marchó con toda la compañía de Hainaut, llenos de buenos y ricos regalos que habían recibido por todos lados en muchos lugares. La joven reina Philippa se quedó con una pequeña compañía de su país entre la que se encontraba un doncel al que llamaban Walter Mauny que permaneció junto a ella para servirla. Este doncel adquirió luego tal gracia del rey y de todos los señores del país, que perteneció al consejo secreto del

rey, lo que fue del agrado de todos los nobles del país. Y realizó tan grandes proezas con su cuerpo en tantos lugares que no se podrían enumerar, tal y como más adelante oiréis en esta historia. Ahora nos callaremos acerca de él y de los ingleses, y volveremos a los escoceses.

40. Después de que los escoceses se hubieran marchado de noche de la montaña donde el joven rey Edward y los señores de Inglaterra les habían asediado, tal y como habéis oído, cabalgaron veintidós leguas de aquel país sin parar y atravesaron el río Tyne muy cerca de Carduel en Gales. Al día siguiente volvieron a su país y por orden de los señores se dispersaron y cada uno se fue a su casa. Enseguida después de esto, los señores y algunos buenos prohombres se esforzaron tanto con el rey de Inglaterra y su consejo, y el rey de Escocia, que lograron que acordaran una tregua de tres años.

Durante aquella tregua sucedió que el rey Robert de Escocia, que había sido un hombre muy valeroso, envejeció y se debilitó tanto por la gran enfermedad, eso se decía, que murió. Cuando notó que sin remedio se iba a morir, mandó llamar a todos los barones de su reino en los que más confiaba y les dijo que, tal y como veían, iba a morir. Les rogó con gran afecto y les pidió por juramento que cuidaran con fidelidad de su reino con ayuda de su hijo David, y que cuando tuviera edad, le obedecieran y coronaban rey y le esposaran tan bien como le correspondía. Después llamó al gentil caballero William Douglas y delante de todos los otros, le dijo: «Mi señor William, querido amigo, sabéis cuánto he sufrido y me he esforzado todo el tiempo en que he vivido para

mantener la justicia en este reino. Cuanto más ocupado estuve en ello, hice un voto que nunca cumplí, lo que mucho me pesa. Prometí que cuando hubiera terminado una guerra por la que pudiera gobernar este reino en paz, me iría a guerrear contra los enemigos de Nuestro Señor y los contrarios a la fe cristiana con todo mi leal poder. Siempre he deseado hacerlo, pero mi Señor no ha querido consentirlo. Me ha tenido ocupado durante toda mi vida y en los últimos momentos tan gravemente enfermo que, como veis, voy a morir. Y puesto que mi cuerpo no puede ir allí ni realizar lo que tanto ha deseado el corazón, quiero enviar el corazón en lugar del cuerpo para cumplir mi promesa. Y como no conozco en todo mi reino a ningún caballero más valeroso que vos ni mejor dispuesto para cumplir mi voto en mi lugar, os ruego, mi muy querido y singular amigo, que emprendáis por amor a mí ese viaje para librar mi alma con Nuestro Señor. Confío tanto en vuestra nobleza y lealtad, que sé que si vos lo emprendéis, no faltaréis de ningún modo. Así moriré en paz. Pero quiero que se haga del modo en que os voy a decir. Quiero que en cuanto haya muerto, cojáis de mi cuerpo el corazón y lo hagáis embalsamar. Coged de mi tesoro lo que os parezca para el viaje, para vos y todos lo que os queráis llevar. Como mi cuerpo no puede ir, llevaos con vos mi corazón y ofrecedlo al Santo Sepulcro, allí donde Nuestro Señor fue sepultado. Hacedlo con riqueza y proveeos suficientemente de compañía y otras cosas tal y como corresponde a vuestra condición, y por todos sitios por donde paséis, haced saber que como mensajero y por sus órdenes, lleváis a ultramar el corazón del rey Robert de Escocia, ya que su cuerpo no puede ir».

Todos los que estaban allí, se echaron a llorar con gran ternura y piedad. Cuando mi señor William pudo hablar, le respondió y dijo: «Gentil señor, cien mil gracias por el gran honor que me hacéis, al encargarme tan noble y gran cosa. Cumpliré muy gustoso y de corazón vuestras órdenes, con todo mi leal poder, no lo dudéis, aunque no sea digno de tal empresa». «¡Ay! gentil caballero, dijo entonces el rey, os lo agradezco, pero quiero que me lo juréis». «Ciertamente, señor, lo haré con mucho gusto», dijo el caballero. Entonces se lo juró como leal caballero. El rey dijo: «Gracias a Dios, porque ahora moriré con mayor paz que antes, sabiendo que el mejor y más noble de mi reino cumplirá por mí lo que yo no he podido hacer».

Muy poco tiempo después, el noble Robert Bruce, rey de Escocia, abandonó este siglo. Fue sepultado con todo el honor que le correspondía, según el uso del país. Le sacaron el corazón y lo embalsamaron, tal y como había ordenado. Este rey yace con gran honor en la abadía de Dunfermline en Escocia. Y dejó este siglo el año de gracia de Nuestro Señor mil trescientos veintisiete, el séptimo día de noviembre. Por la misma época o algo después murió también el valiente conde de Murray, que era el príncipe más gentil y poderoso de Escocia y se armaba de argent con tres almohadas de gules.

41. Cuando llegó la primavera, buena estación para quien quiere ir a ultramar, mi señor William Douglas se equipó tal y como le correspondía y según le había sido ordenado. Se embarcó en el puerto de Morois en Escocia y se fue directamente a Sluis en Flandre, para tener noticias y enterarse si alguien se preparaba para ir a

Tierra Santa de Jerusalén y así tener mejor compañía. Pasó en Sluis doce días, pero sin poner pie en tierra y sin abandonar la nave. Trató a su séquito con gran honor, a trompas y tambores, como si fuera el rey de Escocia. Tenía en su compañía a un caballero de estandarte y a otros seis caballeros de los más nobles de su país, sin contar a la mesnada. Toda la vajilla era de oro y plata, recipientes, escudillas, vasos, botellas, barriles. Era servido por veintiséis escuderos, jóvenes y gentileshombres de los más capaces de Escocia. Y habéis de saber que todos los que querían ir a verle, eran recibidos con dos tipos de vinos y dos tipos de especias, mejor que si fueran gentes de estado.

Cuando hubieron pasado en Sluis doce días, se enteró de que Alfonso de España guerreaba al rey de Granada que era sarraceno. Decidió dirigirse allí para emplear mejor su tiempo y su viaje. Una vez realizada allí su empresa, iría a ultramar para cumplir con lo que le habían encargado. Se marchó a Sluis y se dirigó a España y llegó al puerto de Valencia la grande. Luego acudió directamente junto al rey de España que estaba combatiendo con el rey de Granada. Estaban muy cerca uno de otro, junto a las fronteras de sus países.

Enseguida de que mi señor William Douglas llegara allí, sucedió que el rey de España salió de los campos para acercarse a sus enemigos. El rey de Granada salió también, de tal modo que pudieron ver bien sus respectivos estandartes. Comenzaron a disponer sus ejércitos en orden de batalla, uno frente a otro. Mi señor William Douglas se colocó a un lado con toda su tropa para cumplir mejor su cometido y mostrar mejor su esfuerzo. Cuando vio los ejércitos alineados de un lado y

otro, y vio moverse un poco el del rey, pensó que iba a atacar. Como prefería ser de los primeros a ser de los últimos, picó espuelas, y toda su compañía con él, hasta el ejército del rey de Granada y fue a atacar a los enemigos. Pensó que el rey de España y todo su ejército le seguirían, pero no lo hicieron siendo así muy feamente engañado, pues no se movieron en todo el día. Los enemigos cercaron a mi señor William Douglas y a toda su tropa. Hicieron maravillas con las armas, pero no pudieron durar mucho tiempo y todos murieron en gran calamidad. Fue una pena y una gran cobardía por parte de los españoles que fueron muy vituperados por todos los que lo oyeron, pues si hubieran querido, bien habrían podido socorrer al caballero y a una parte de los suyos. Así transcurrió la aventura y el viaje de mi señor William Douglas.

No había pasado mucho tiempo desde que el susodicho caballero había partido de Escocia para ir en peregrinación tal y como habéis oído, cuando algunos señores y prohombres, que deseaban fomentar la paz entre ingleses y escoceses, se esforzaron tanto que lograron el matrimonio del joven rey David de Escocia y la hermana del joven rey de Inglaterra. Se acordó el matrimonio y la dama se casó con el susodicho rey en Berwick en Escocia. Hubo allí grandes fiestas por parte de unos y otros. Ahora me callaré un poco de los escoceses y de los ingleses y volveré al rey Charles de Francia y a las leyes de ese reino.

42. El rey Charles de Francia, hijo del buen rey Philippe, casó tres veces y murió sin heredero varón, lo que fue una gran pena para el reino tal y como oiréis después. La

primera de sus mujeres fue una de las damas más bellas del mundo y era hija de la condesa de Artois. Esta dama cuidó mal su matrimonio y faltó a sus deberes. Por ello pasó mucho tiempo prisionera y en gran desdicha en Château-Gaillard, antes de que su marido fuera rey. Cuando le tocó el reino y fue coronado, los doce pares de Francia no quisieron de ningún modo que el reino se quedara sin heredero varón. Buscaron el modo en que el rey Charles se volviera a casar y lo hizo con la hija del emperador Henri de Luxemburgo y hermana del gentil rey de Bohemia, para lo cual se deshizo y anuló el primer matrimonio con la dama que estaba en prisión, por la declaración del Papa, nuestro San Pedro. De esta segunda dama de Luxemburgo, que era muy humilde y muy noble, tuvo el rey un hijo que murió muy joven, y su madre muy poco tiempo después, en Issoudun en Berry. Ambos murieron de modo muy sospechoso. Algunos fueron acusados de estas muertes aunque no de un modo abierto. El rey Charles se volvió a casar por tercera vez con la hija de su tío, la hija de mi señor Louis, conde de Evreux, la reina Jeanne, y hermana del entonces rey de Navarra. Al poco tiempo quedó encinta. Y el susodicho rey, su marido, enfermó en el lecho de muerte. Cuando vio que iba a morir, ordenó que si la reina daba a luz a un hijo, mi señor Philippe de Valois, que era su primo hermano, fuera tutor y regente de todo el reino hasta que su hijo tuviera edad de ser rey; si era una hija, que los doce pares y los altos barones de Francia mantuvieran consejo y dieran el reino al que por derecho debiera tenerlo. El rey Charles murió por Pascua el año de gracia de Nuestro Señor mil trescientos veintiocho.

No había pasado mucho tiempo después de esto cuando la reina Jeanne dio a luz a una hija, por lo que muchos en el reino se irritaron e inquietaron mucho. Cuando los doce pares y los altos barones de Francia se enteraron de esto, se reunieron en París lo más rápidamente que pudieron, y de común acuerdo entregaron el reino a Philippe de Valois, hijo del entonces conde de Valois, y se lo quitaron a la reina de Inglaterra y a su hijo el rey, que era hermana del rey Charles recién fallecido, porque alegaban que el reino de Francia es de tan gran nobleza que no puede pasar por sucesión a mujer y en consecuencia tampoco a hijo de mujer, como ya habéis oído antes al principio de este libro. Hicieron coronar a mi señor Philippe en Reims el año de gracia de mil trescientos veintiocho el día de la Trinidad. Por esto sucedieron luego grandes guerras y desolaciones en muchos lugares del reino de Francia, tal y como oiréis en esta historia.

Después de que el rey Philippe fuera coronado en Reims, convocó a sus príncipes, barones y a todas las gentes de armas, y marchó a acampar con todo su poder al valle de Cassel para combatir a los flamencos que se habían rebelado a su señor, a los de Ypres, Franc de Bruges y Bruges. No querían obedecer al conde de Flandre, su señor, y lo habían desterrado. No podía estar en ningún sitio de su país, a excepción tan sólo de Gand, y aun en peligro. El rey Philippe derrotó a unos dieciséis mil hombres flamencos cuyo capitán era un tal Colin Dennequin, un hombre audaz y muy ultrajante. Estos flamencos habían dispuesto su guarnición en la ciudad de Cassel, por orden y sueldo de las ciudades de Flandre, para proteger allí sus fronteras.

Os contaré cómo fueron derrotados allí los flamencos para su ultraje. Un día a la hora de cenar, salieron de Cassel con la intención de destruir al rey y a toda su hueste. Sin hacer ningún ruido se acercaron alineados en tres columnas una de las cuales se fue directamente a las tiendas del rey y habrían cogido por sorpresa al rey que estaba cenando, y a todas sus gentes. La otra se dirigió a las tiendas del rey de Bohemia y lo habrían encontrado en la misma situación. El tercer ejército marchó a las tiendas del conde de Hainaut y lo sorprendieron de tal modo y le apremiaron tanto, que ni sus gentes ni las de mi señor de Beaumont su hermano apenas pudieron armarse. Estas tres columnas se acercaron con tanto sigilo a las tiendas que con grandes dificultades pudieron los señores armarse y reunir a sus gentes. Y si Dios no les hubiera socorrido y ayudado con un auténtico milagro, habrían muerto allí todos los señores y todas sus gentes. Pero por la gracia de Dios, cada uno de estos señores destruyó cada una de estas columnas, de tal forma que de aquellos dieciséis mil flamencos no escaparon ni mil y su capitán murió. Hasta que no hubieron terminado, ninguno de estos señores supo nada del otro. Y de aquellos quince mil flamencos no hubo uno solo que retrocediera, sino que todos murieron y cayeron unos sobre otros en tres montones, sin salir del lugar donde había comenzado el combate cada una de las columnas, y esto ocurrió el año de gracia de mil trescientos veintiocho, el día de San Bartolomé.

Después de esta derrota, los franceses fueron a Cassel y colocaron allí los estandartes de Francia. La ciudad se entregó al rey, y luego lo hicieron Poperinge, Ypres y Bruges. Recibieron al conde Louis, su señor,

amigablemente y en paz, y le juraron mantenerle fe y lealtad para siempre.

Cuando el rey Philippe de Francia hubo restablecido al conde de Flandre en su país y todos le hubieron jurado fidelidad y homenaje, despidió a sus gentes y cada uno volvió a su casa. Él mismo regresó a Francia para quedarse en París o alrededores. En mucho se valoró y estimó la empresa contra los flamencos y el servicio que había prestado a su primo Louis. Vivió en gran prosperidad y honor, y acrecentó mucho el estado real. Francia no volvió a tener, tal y como se dijo, un rey que mantuviera el estado como el rey Philippe. Con mucha frecuencia organizaba gran cantidad de torneos, justas, fiestas y diversiones. Ahora nos callaremos un poco acerca de él y hablaremos de algunas prescripciones de Inglaterra y del gobierno del rey.

43. El joven rey inglés gobernó mucho tiempo, como habéis oído recordar más arriba, con el consejo de mi señora su madre, del conde Edmund de Kent, su tío, y de mi señor Roger Mortimer. Al final, empezaron a surgir envidias entre el conde de Kent y el señor de Mortimer. La envidia creció tanto que el señor de Mortimer, con el consentimiento de mi señora la reina su madre, dijo al joven rey que el conde de Kent le quería envenenar y que si no tenía cuidado, le haría morir pronto para conseguir un reino por sucesión ya que era su pariente más cercano pues el joven hermano del rey al que llamaban mi señor John de Eltham, acababa de morir. El joven rey, que creía con facilidad en lo que le decían como suele ocurrir a los señores jóvenes que creen con demasiada facilidad en lo que les dicen los que les deben

aconsejar, hizo de inmediato, más para mal que para bien, apresar a su tío el conde de Kent y lo hizo decapitar en público pues no quiso perdonarle. Todos en el país, grandes y pequeños, nobles y no nobles, sintieron por ello una inmensa cólera y se agitaron mucho, y desde aquel momento se dispusieron en contra del señor de Mortimer. Pensaron con razón que por su consejo e instigaciones, había sido tratado de aquel modo el conde de Kent que era considerado hombre noble y leal. Desde entonces el señor de Mortimer no fue tan apreciado como antes.

Muy poco tiempo después de esto corrieron grandes rumores, no sé si ciertos o no, de que la madre del rey de Inglaterra estaba encinta y se inculpaba de este hecho al señor de Mortimer más que a ningún otro. El escándalo creció del tal modo que llegó a oídos del rey. Y además de esto, también se le dijo que por la envidia del señor de Mortimer y más por traición que por justicia, había hecho matar a su tío el conde de Kent a quien todo el país siempre había considerado hombre noble y leal. No es de extrañar que entonces el joven rey se entristeciera e irritara mucho. Hizo apresar al susodicho señor de Mortimer y lo hizo llevar a Londres ante gran cantidad de barones y nobles de su reino. Hizo relatar a uno de sus caballeros todos los hechos del señor de Mortimer, y también que se escribieran y registraran. Cuando estuvieron todos enumerados, el rey de Inglaterra preguntó a todos en consejo y juicio qué es lo que se debía hacer. El juicio estuvo muy pronto decidido, pues todos los que estaban allí, habían sido muy bien informados y conocían los hechos. Respondieron al rey que debía morir del mismo modo en que Hugh

Despenser había sido ajusticiado. No hubo dilación ni merced para este juicio. Fue arrastrado sobre un gran cofre por la ciudad de Londres y luego atado a una escalera en medio de la plaza. Le cortaron pene y testículos, y los echaron a una hoguera que habían hecho allí. Después le abrieron el vientre y le sacaron el corazón puesto que había pensado y hecho la traición con él, y lo tiraron al fuego con todas las vísceras. Luego fue descuartizado y enviadas las partes a las cuatro ciudades principales de Inglaterra, y la cabeza se quedó en Londres. Así terminó mi señor Roger de Mortimer al que Dios haya perdonado sus crímenes.

Después de hacer esta justicia, el rey de Inglaterra hizo encerrar a mi señora su madre en un castillo por consejo de sus hombres. Le concedió damas y camareras y mucha otra gente para que le hicieran compañía y la sirvieran, caballeros y escuderos de honor, tal y como corresponde a tan alta dama como ella. Le asignó una buena tierra y una hermosa renta para que pudiera vivir noblemente según su condición el resto de su vida, y la susodicha tierra estaba con razón lo más cerca posible del castillo. Pues no quiso consentir ni soportar que ella se mostrara en ningún lugar ni que saliera fuera, salvo a algunos paseos que estaban ante la puerta del castillo y que correspondían a la casa. Así pasó su vida la dama bastante bien. El joven rey Edward, su hijo, la visitaba dos o tres veces al año. Pero ahora dejaremos de hablar de la dama y seguiremos hablando de su hijo el rey y de cómo perseveró en señorío.

Después de que el rey Edward, que estaba en su juventud, hubo hecho estas grandes justicias que habéis oído, escogió consejo entre los más sensatos y fieles del

reino, y gobernó muy bien manteniendo en paz su reino por el buen consejo que tenía junto a él.

Al cabo de un año de que el rey Philippe de Valois hubiera sido coronado rey de Francia, sucedió que todos los barones y dependientes del reino le habían jurado fidelidad y homenaje, excepto el joven rey Edward de Inglaterra que aún no había sido requerido. Aconsejaron al rey de Francia que mandara llamar al rey de Inglaterra y le hiciera ir a prestarle homenaje y fidelidad, tal y como correspondía. Fueron rogados para ir a Inglaterra a dar aquel mensaje y conminar al rey, el señor de Aubigny y el señor de Beaussault, y dos clérigos del parlamento de París a los que en aquel tiempo llamaban maestro Simón de Orleáns y maestro Pierre de Maizieres. Por órdenes del rey los cuatro salieron bien equipados de París y cabalgaron tantas jornadas que llegaron a Wissant. Allí se embarcaron, atravesaron el mar y llegaron a Dover, permaneciendo un día para esperar que sacaran de los barcos a los caballos y sus equipajes. Cuando estuvieron preparados, cabalgaron hasta que llegaron a Windsor donde se encontraban el rey de Inglaterra y la joven reina su mujer. Los cuatro arriba citados hicieron saber al rey de parte de quién iban y el motivo de su viaje. Para honrar al rey de Francia, su primo, el rey de Inglaterra hizo que se aproximaran y los recibió con gran honor, y lo mismo hizo mi señora la reina su esposa, tal y como muy bien sabían hacer. Luego le relataron su mensaje y fueron escuchados con agrado. Y el rey respondió que no tenía su consejo junto a él pero que lo haría llamar, que marcharan a la ciudad de Londres y allí obtendrían respuesta suficiente. Con estas palabras y después de comer con mucho gusto en la

cámara del rey y de la reina, se marcharon y aquella noche la pasaron en Colebrook, y al día siguiente llegaron a Londres.

El rey no tardó mucho en llegar a su palacio de Westminster en Londres. Fijó una fecha y allí mantuvo su consejo ante los mensajeros del rey Philippe de Francia. Volvieron a exponer a qué habían ido y las cartas que les había entregado su señor el rey. Después de que hubieran hablado, salieron de la cámara y el rey pidió consejo con respecto a aquel requerimiento. Creo que el rey fue aconsejado a responder que ciertamente por prescripciones de sus predecesores, reyes de Inglaterra y duques de Aquitania, debía jurar fe, homenaje y lealtad al rey de Francia, pues de lo contrario nadie se atrevería ni querría aconsejarle más. Se detuvo el consejo y llamaron a los mensajeros de Francia. Acudieron a la cámara del consejo. Entonces el obispo de Londres habló por el rey y dijo: «Señores, que estáis aquí enviados por el rey de Francia, sed bienvenidos. Hemos oído vuestras palabras y leído vuestras cartas. Lo hemos examinado todo lo mejor que hemos podido. Os decimos que aconsejamos a mi señor que está aquí, que vaya a Francia a ver al rey, su primo, que muy amablemente le llama, y que cumpla con su deber prestándole fe y homenaje, pues está obligado a ello. Volveréis a Francia y le diréis al rey vuestro señor que nuestro señor el rey de Inglaterra acudirá pronto y hará todo lo que debe sin querella alguna».

La respuesta agradó muchísimo a los mensajeros de Francia y se despidieron del rey y de todo su consejo, pero antes tuvieron que comer en el palacio de Westminster. El rey los festejó mucho y por honor y

amor al rey de Francia, su primo, les dio antes de marchar grandes dones y hermosas joyas. Después de esto, no pasaron mucho tiempo en Londres y se marcharon. Tanto viajaron que llegaron a Francia y a París, donde encontraron al rey Philippe al que contaron todas sus noticias, en qué condiciones se habían separado del rey de Inglaterra y también con qué honores les había recibido y dado regalos al despedirse de ellos. Mucho se contentó el rey Philippe por todo aquello y dijo que con mucho gusto vería al rey Edward de Inglaterra, su primo, pues no lo había visto nunca.

Por el reino de Francia se extendieron las noticias de que el rey de Inglaterra iba a ir a Francia a prestar homenaje al rey. Duques y condes de su sangre que mucho deseaban conocerle, se prepararon con gran riqueza y poder. El rey de Francia escribió al rey Charles de Bohemia, su primo, y al rey Louis de Navarra y les hizo saber el día exacto que el rey de Inglaterra debía estar con él, rogándoles que acudieran. Ninguno de estos dos reyes se lo hubiera dejado perder y se prepararon lo más deprisa que pudieron, y llegaron a Francia junto al rey. Al rey de Francia le aconsejaron que recibiera al rey de Inglaterra, su primo, en la buena ciudad de Amiens. Ordenó grandes preparativos y disposición de salas, cámaras, hostales y casas para recibirles a él y a todas sus gentes, entre los que se contaban el rey de Bohemia y el rey de Navarra que iban a su cargo, el duque de Bourgogne, el duque de Bourbon con más de tres mil caballos, y el rey de Inglaterra que llegaría con seiscientos caballos. La ciudad de Amiens era suficientemente grande para recibir con comodidad a tantos príncipes con sus gentes e incluso a más. Ahora

hablaremos del rey de Inglaterra, que cruzó el mar y llegó a Francia aquel año, en el mil trescientos veintinueve hacia mediados del mes de agosto.

45. El joven rey de Inglaterra no había olvidado el viaje que debía hacer al reino de Francia. Se proveyó de todo cuanto correspondía a su condición y salió de Inglaterra cuando llegó el día. En su compañía había dos obispos, el de Londres y el de Lincoln, y cuatro condes, mi señor Henry conde de Derby, su primo hermano, hijo de mi señor Thomas de Lancaster del Cuello Torcido, el conde de Salisbury, el conde de Warwick y el conde de Hereford; seis barones, mi señor Reginald Cobham, mi señor Thomas Wake, mariscal de Inglaterra, mi señor Richard Stadfford el señor de Percy, el señor de Mauny y el señor de Morley con otros cuarenta caballeros. En el séquito del rey de Inglaterra había más de mil caballos y tardaron dos días en pasar de Dover a Wissant. Cuando hubieron cruzado el mar y desembarcado sus caballos, el rey montó acompañado de los que os he dicho, y cabalgó tanto que llegó a Boulogne y allí estuvo un día. Al rey Philippe de Francia y a los señores de Francia, que ya estaban en Amiens, llegaron las noticias de que el rey de Inglaterra se encontraba ya en Boulogne. Mucho se alegró el rey Philippe, y enseguida envió a su condestable y a gran cantidad de caballeros junto al rey de Inglaterra, al que encontraron en Montreuil-sur-mer. Allí hubo grandes encuentros y muestras de afecto. El joven rey de Inglaterra cabalgó en compañía del condestable de Francia y cabalgó tanto con todo su séquito que llegó a la ciudad de Amiens, donde el rey Philippe le esperaba muy bien dispuesto y preparado

junto al rey de Bohemia, el rey de Navarra, el rey de Mallorca y gran cantidad de duques, condes y barones que sería imposible de enumerar. Allí estaban los doce pares de Francia que habían acudido para festejar al rey de Inglaterra y también para estar presentes y hacer testimonio de su homenaje. El rey Philippe recibió con grandes honores al joven rey de Inglaterra, su primo, y lo mismo hicieron todos los reyes, duques y condes que se habían reunido allí. Todos aquellos señores pasaron en la ciudad de Amiens quince días.

Muchas palabras y prescripciones se dijeron y dispusieron allí. Me parece que el rey Edward de Inglaterra prestó entonces homenaje sólo de boca y de palabra, sin colocar sus manos entre las manos del rey de Francia, o de príncipe o prelado que él hubiera delegado. El rey de Inglaterra fue aconsejado a no llevar más allá el homenaje, que volviera a Inglaterra y allí viera, leyera y examinara los privilegios de antaño que debían aclarar aquel homenaje y mostrar cómo y en qué forma el rey de Inglaterra debía ser vasallo del rey de Francia. El rey de Francia, que veía joven a su primo el rey de Inglaterra, oyó aquello y no quiso apremiarle, pues bien sabía que lo obtendría cuando quisiera, y le dijo: «Primo, no os queremos engañar y nos complace lo que habéis hecho. Id a vuestro país e informaos según los sellos de vuestros predecesores acerca de lo que debéis hacer». El rey de Inglaterra respondió: «Os lo agradezco mucho, estimado señor».

Después de esto, el rey de Inglaterra permaneció junto al rey de Francia en la ciudad de Amiens entre juegos y distracciones. Cuando había estado allí tiempo suficiente, pidió licencia y se separó del rey muy amigablemente, y

también de todos los otros príncipes, y se puso en marcha para regresar a Inglaterra. Cruzó el mar y cabalgó tanto que llegó a Windsor, donde se encontraba su mujer la reina Philippa que le recibió con gran alegría y le preguntó por el rey Philippe, su tío, y por su gran linaje de Francia. Su marido el rey le contó la gran recepción y fiestas que había encontrado allí y los honores que le habían hecho en Francia como en ningún otro país sabían hacer.

No había transcurrido mucho tiempo desde entonces, cuando el rey de Francia envió a Inglaterra a sus consejeros más íntimos: el obispo de Chartres y el obispo de Beauvais, mi señor Louis de Clermont duque de Bourbon, el conde de Harcourt, el conde de Tancarville, y muchos otros caballeros y clérigos, para que estuvieran junto a los consejeros del rey de Inglaterra que se habían reunido en Londres junto al rey de Inglaterra a considerar cómo antiguamente sus predecesores habían hecho el homenaje desde que tenían Aquitaine y eran llamados duques. Muchos en Inglaterra ya murmuraban que su señor estaba más cerca de la herencia del reino Francia que el rey Philippe. No obstante, el rey de Inglaterra y sus consejeros ignoraban aquellos rumores. Gran parlamento acerca del susodicho homenaje tuvo lugar en Inglaterra aquella estación. Durante todo el invierno los embajadores del rey de Francia permanecieron allí y a finales del mes de mayo todavía no habían obtenido una respuesta definitiva. Al final, el rey de Inglaterra guiado por los privilegios a los que él otorgaba gran fe, fue aconsejado a escribir una carta sellada con su gran sello reconociendo el homenaje que

debía hacer al rey de Francia. El contenido de la carta era el siguiente:

«Edward, rey de Inglaterra por la gracia de Dios, señor de Irlanda y duque de Aquitaine, saluda a todos quienes vean y oigan la carta presente. Hacemos saber que cuando en Amiens prestamos homenaje a nuestro querido señor y primo, Philippe rey de Francia, se nos dijo y requirió a que reconociéramos el homenaje como ligio y que al prestar el homenaje prometiéramos expresamente fe y lealtad, cosa que no hicimos pues nos habían informado de que no lo debíamos hacer así. Prestamos entonces homenaje al rey de Francia con palabras generales, diciendo que entrábamos en su homenaje, como nuestros predecesores, duques de Guyenne, habían entrado antaño en el homenaje de los reyes de Francia que vivían por aquel entonces. Desde entonces nos hemos informado bien y asegurado, y por esta carta reconocemos que el homenaje que prestamos en Amiens al rey de Francia, aunque lo hiciéramos con palabras generales, fue y debe ser entendido ligio, y que le debemos fe y lealtad como duque de Aquitaine y par de Francia, conde de Ponthieu y Montreuil. De ahora en adelante le prometemos fe y lealtad.

«Y para que en tiempos venideros no haya discusión acerca de este homenaje, prometemos en buena fe, nosotros y nuestros sucesores, duques de Guyenne, que el homenaje se hará de la siguiente manera. El rey de Inglaterra, duque de Guyenne, pondrá sus manos entre las manos del rey de Francia. Y quien dirija las palabras al rey de Inglaterra, duque de Guyenne, y que hable por el rey de Francia, dirá: "Sois hombre ligio del rey de Francia, mi señor, que está aquí, como duque de

Guyenne y rey de Inglaterra, y le prometéis fe y lealtad. Decid: sí". Y el rey de Inglaterra, duque de Guyenne y sus sucesores dirán: sí. Y entonces el rey de Francia recibirá al rey de Inglaterra y duque de Guyenne en este homenaje ligio, en la fe y en la boca, salvo su derecho y el de otro. Cuando el rey y duque entre en el homenaje del rey de Francia y de los sucesores reyes de Francia por los condados de Ponthieu y de Montreuil, colocará sus manos entre las manos del rey de Francia. Y quien hable por el rey de Francia, dirigirá sus palabras al rey y duque, y le dirá así: "Sois hombre ligio del rey de Francia, mi señor, que está aquí, como conde de Ponthieu y de Montreuil y le prometéis fe y lealtad. Decid: sí". Y el rey y duque, conde de Ponthieu, dirá: sí. Y entonces el rey de Francia recibirá al rey conde en este homenaje ligio, en la fe y en la boca, salvo su derecho y el de otro.

«Y así se hará y se renovará, tantas veces como se preste homenaje. Hechos estos homenajes, nosotros y nuestros sucesores, duques de Guyenne, entregaremos cartas patentes selladas con nuestros grandes sellos, si el rey de Francia lo requiere. Y con esto juramos mantener las paces y acuerdos hechos entre los reyes de Francia y los duques de Guyenne. Se hará de este modo y estas cartas serán renovadas por los reyes y duque sucesivos, duques de Guyenne y condes de Ponthieu y Montreuil, todas las veces que el rey de Inglaterra, duque de Guyenne, y sus sucesores, duques de Guyenne, y condes de Ponthieu y Montreuil que existan, entren en el homenaje del rey de Francia y de sus sucesores reyes de Francia. En testimonio de esto hemos hecho poner nuestro gran sello. Eltham, treinta de marzo de mil trescientos treinta».

Los señores arriba nombrados llevaron esta carta a Francia en cuanto se marcharon de Inglaterra y se despidieron del rey. Se la entregaron al rey de Francia que la hizo guardar en su cancillería junto a sus cosas más importantes por lo que pudiera ocurrir en tiempos venideros. Ahora dejaremos de hablar un poco del rey de Inglaterra y hablaremos de algunas aventuras que sucedieron en Francia.

EDUARDO III EN NORMANDIA



254. El rey de Inglaterra había oído que sus gentes estaban terriblemente asediadas en el castillo de Aiguillon y que su primo el conde Derby que se encontraba en Bordeaux carecía de las tropas suficientes para levantar el asedio del duque de Normandía ante Aiguillon. Decidió formar un gran ejército de gentes de armas y conducirlo a Gascogne. Empezó a hacer los preparativos y reclutó gente por todo su reino y fuera donde también pensaba conseguir.

Por estos tiempos llegó a Inglaterra mi señor Godefroi de Harcourt, que había sido desterrado de Francia tal y como habéis oído. Se dirigió entonces junto al rey y la reina, que estaban en Kinston a catorce leguas de la

ciudad de Londres junto al río Támesis, y éstos recibieron con gran alegría a mi señor Godefroi. El rey lo retuvo en su hostal y consejo, y le asignó una hermosa y gran tierra en Inglaterra para que pudiera vivir bien él y su séquito.

Poco tiempo después, el rey de Inglaterra arregló parte de sus asuntos e hizo reunir en el puerto de Southampton gran cantidad de naves y barcos y allí hizo acudir a todo tipo de gentes de armas y arqueros. Hacia el día de San Juan del año mil trescientos cuarenta y seis, el rey se despidió de mi señora la reina, su mujer, encomendándola al cuidado de su primo el conde de Kent. Dejó al señor de Percy y al señor de Neville como guardianes de todo su reino con cuatro prelados: el arzobispo de Canterbury, el arzobispo de York, el obispo de Lincoln y el obispo de Durham. No abandonó el reino sin que quedara buena gente para protegerlo y defenderlo en caso de necesidad. Luego cabalgó el rey por las marcas de Southampton y se quedó por allí hasta que tuvo buen viento para él y toda su gente. Embarcó con su hijo el príncipe de Gales y mi señor Godefroi de Harcourt, y todos los demás señores, condes y barones. Debían ser unos siete mil hombres de armas y diez mil arqueros sin contar a los irlandeses y algunos galeses que seguían a pie a su hueste.

Ahora os nombraré a algunos de los grandes señores que acompañaban al rey: el primero de todos, Edward, su primogénito, príncipe de Gales, que en aquel entonces tenía unos trece años, el conde de Hereford, el conde de Northampton, el conde de Arundel, el conde de Cornwall, el conde de Warwick, el conde de Huntingdon, el conde de Suffolk, el conde de Oxford. Entre los

barones estaban: mi señor John de Mortimer que luego fue conde de March, mi señor John, mi señor Guy y mi señor Roger de Beauchamp, mi señor Reginald Cobham, el señor de Morley, el señor de Ros, el señor de Lisie, el señor de Felton, el señor de Bradeston, el señor de Multon, el señor de Wake, el señor de Mauny, el señor de Basset, el señor de Sully, el señor de Berkeley, el señor de Paveley y muchos otros. Entre los caballeros jóvenes estaban, mi señor John Chandos, mi señor William Fitzwarin, mi señor Peter y James Audley, mi señor Roger de Wetenhale, mi señor Bartholomew Burghersh, mi señor Richard de Pembroke y muchos otros a los que no puedo nombrar. Había pocos extranjeros. Estaba allí mi señor el conde de Hainaut, mi señor Wauflart de Ghistelles y cinco o seis caballeros de Alemania que no sé nombrar. El primer día singlaron a la voluntad de Dios, del viento y de los marineros y llevaban buen rumbo para ir a Gascogne que es donde el rey quería ir. Al tercer día el viento les fue muy contrario y los devolvió a las marcas de Cornwall donde permanecieron anclados seis días.

Durante estos días el rey cambió de opinión por consejo e información de mi señor Godefroi de Harcourt, que le dijo que con mayor facilidad tomaría tierra en Normandie. Mi señor Godefroi dijo al rey: «Señor, el país de Normandie es uno de los más prósperos del mundo. Os juro por mi cabeza que si vais allí tomaréis a voluntad la tierra. Nadie os pondrá resistencia, pues las gentes de Normandie no se han armado nunca. Y toda la flor de la caballería que allá pueda encontrarse, está ahora con el duque ante Aiguillon. En Normandie hallaréis grandes ciudades sin comuna, que no están cerradas, donde

vuestras gentes encontrarán gran provecho. Vuestras naves os podrán seguir hasta muy cerca de Caen en Normandie. Os ruego que me escuchéis y creáis lo que os digo de este viaje».

255. El rey de Inglaterra, que por aquel entonces estaba en la flor de su juventud y que no deseaba nada más que encontrar las armas y a sus enemigos, aceptó con mucho gusto las palabras de Godefroi de Harcourt al que llamaba su primo. Ordenó a sus marineros que pusieran rumbo a Normandie. Y él mismo cogió la enseña del almirante el conde de Warwick y durante aquel viaje quiso ser almirante, poniéndose delante de todo como patrón y gobernador de la nave. De este modo arribó la nave del rey de Inglaterra a Cotentin, junto a un puerto al que llaman Saint-Vaast-la-Hogue. Las noticias de que los ingleses habían desembarcado, se extendieron por todo el reino. Y a París junto al rey de Francia acudieron mensajeros enviados de parte de las ciudades de Cotentin.

Durante aquella misma estación el rey de Francia había oído decir que el rey de Inglaterra estaba reclutando un gran ejército de gentes de armas. Más adelante se les había visto navegar por las costas de Normandie y Bretagne, pero aún no se sabía a qué lugar se dirigían. En cuanto el rey se enteró de que los ingleses habían desembarcado en Normandie, apremió a su condestable el conde de Guines y al conde de Tancarville que acababan de llegar de Alguillon, y les dijo que marcharan hacia Caen y se quedaran allí guardando la ciudad y la marca de los ingleses. Le respondieron que «con mucho gusto» e hicieron todo lo que pudieron. Se alejaron del

rey y de París con gran cantidad de gentes de armas y cada día se les sumaban más. Cabalgaron tanto que llegaron a la buena ciudad de Caen, donde fueron recibidos con gran gozo por parte de los burgueses y las buenas gentes de los alrededores que se habían refugiado allí. Los susodichos señores hicieron que todos se proveyeran de armas según su condición. Ahora volveremos al rey de Inglaterra, que había llegado a Saint-Vaast-de-la-Hogue, muy cerca de las tierras de mi señor Godefroi de Harcourt.

256. Cuando las naves del rey de Inglaterra llegaron a Houge, echaron anclas en la playa y el rey desembarcó y al primer pie que puso en tierra, cayó con tal violencia que le salió sangre de la nariz. Los caballeros que estaban junto a él, lo cogieron y le dijeron: «Estimado señor, quedaos hoy en vuestra nave y no salgáis, pues esto es un signo». Entonces el rey respondió al punto «¿Por qué?, es muy buen signo, pues la tierra me desea». Mucho se regocijaron sus gentes con esta respuesta.

El rey acampó en la playa aquella noche y todo el día y la noche siguientes. Mientras tanto descargaron de las naves los caballos y todo el equipaje. Mantuvieron un consejo para ver cómo se organizaban. El rey nombró a dos mariscales de hueste, a mi señor Godefroi de Harcourt y al conde de Warwick y condestable al conde de Arundel, y ordenó al conde de Huntingdon que se quedara en sus naves con cien hombres de armas y cuatrocientos arqueros. Luego mantuvieron otro consejo acerca de cómo cabalgarían. Ordenaron sus gentes en tres columnas: unos irían bordeando la orilla a la derecha y otros a la izquierda. El rey y su hijo el príncipe irían

por tierra. Todas las noches la columna de mariscales debería volver al campamento del rey.

Tal y como se había ordenado, comenzaron a cabalgar y a marchar aquellas gentes de armas. Los que iban por mar siguiendo la costa, cogieron todos los barcos, grandes y pequeños, que encontraron, y se los llevaron con ellos. Arqueros y gentes de a pie marcharon por la orilla, robando y cogiendo todo lo que encontraban. Tanto marcharon los de mar y los de tierra que llegaron a un puerto de mar y a una ciudad fortificada que llaman Barfleur. La conquistaron enseguida pues los burgueses se entregaron por miedo a morir. Pero no por eso dejaron de hacer pillaje, sino que cogieron gran cantidad de oro, plata y preciosas joyas que encontraron en gran cantidad, de tal modo que los muchachos poco se preocuparon de las telas forradas de vero. Hicieron salir a todos los hombres de la ciudad y entrar en sus barcos con ellos, porque no querían que aquellas gentes pudieran reunirse para causarles perjuicio, cuando se hubieran ido.

Después de haber tomado y saqueado sin quemar la villa de Barfleur, se expandieron por la costa del país. Pudieron hacer gran parte de sus voluntades pues no encontraron a hombre que se lo impidiera. Marcharon tanto que llegaron a una buena y rica ciudad, puerto de mar, llamada Cherbourg. Quemaron y saquearon una parte, pero no pudieron entrar en el castillo pues lo encontraron muy resistente y bien provisto de gentes de armas. Continuaron su marcha hasta Montebourg y Valognes. Las tomaron y saquearon y luego las quemaron, así como gran cantidad de villas en aquella

comarca. Conquistaron tantos bienes que sería imposible nombrarlos.

Llegaron luego a una gran ciudad y bien cerrada, llamada Carentan, donde había muy buen castillo. Allí había muchos soldados que la defendían. Los señores y las gentes de armas descendieron de sus naves y muy pronto tuvieron asediada la ciudad de Carentan. Al ver aquello, los burgueses sintieron miedo de perder sus vidas y sus bienes. Se entregaron para salvar sus vidas, a sus mujeres y a sus hijos, a pesar de las gentes de armas que estaban con ellos, y ofrecieron todos sus bienes porque sabían que estaban perdidos de antemano. Cuando los soldados vieron aquello, se retiraron al castillo que estaba muy bien fortificado, pero los señores de Inglaterra no quisieron abandonar el castillo. Se metieron en la ciudad y asediaron el castillo durante dos días de tal modo, que los que estaban dentro y que no veían ayuda posible, lo entregaron para salvar sus vidas. Lo abandonaron y se fueron a otra parte. Los ingleses hicieron su voluntad de aquella buena ciudad y del castillo. Lo quemaron y lo destruyeron todo, e hicieron entrar en sus naves a los burgueses de Carentan. Les obligaron a ir con ellos, como también habían hecho con los de Barfleur, Cherbourg y las villas vecinas que habían saqueado junto a la costa. Ahora hablaremos también un poco de la cabalgada del rey de Inglaterra como ya hemos hablado de ésta.

Cuando el rey de Inglaterra hubo enviado a sus gentes por las costas con uno de sus mariscales el conde de Warwick y mi señor Reginald Cobham, tal y como habéis oído, partió enseguida de Saint-Vaast-la-Hogue. Hizo que mi señor Godefroi de Harcourt condujera toda su hueste,

pues él conocía bien todas las entradas y salidas de Normandie. Mi señor Godefroi se separó de la tropa del rey con quinientas armaduras y dos mil arqueros y cabalgó seis o siete leguas delante de la hueste del rey, quemando y devastando el país. Encontraron el país lleno de todas las cosas, grandes llanuras de trigo, las casas llenas de todas las riquezas, burgueses ricos, carros y carretas, caballos, ganado, pastores y ovejas, y los bueyes más hermosos del mundo. Tomaron todo cuanto quisieron y lo llevaron a la hueste del rey. Pero los muchachos no entregaban a las gentes del rey el oro y la plata que encontraban, sino que se lo quedaban para ellos. Así cabalgaba mi señor Godefroi de Harcourt todos los días delante de la gran hueste del rey y por la noche volvía con toda su compañía allí donde sabía que el rey iba a acampar. A veces sucedía que se quedaba dos días, cuando encontraba país rico y suficiente para proveerse de todo.

El rey se encaminó con todo su acarreo a Saint-Ló en Cotentin. Pero antes de llegar, acampó junto a un río durante tres días esperando a sus gentes que habían hecho la cabalgada por la costa, tal y como habéis oído. Cuando regresaron y hubieron cargado todos sus bienes, el conde de Warwick, el conde de Suffolk, mi señor Thomas Holland, mi señor Reginald Cobham y sus tropas tomaron el camino de la izquierda, quemando y devastando el país como hacía por la derecha mi señor Godefroi de Harcourt. Y el rey cabalgaba entre estas columnas, y todos los días se reunían todos.

259. De este modo fue quemado, devastado y saqueado por los ingleses el buen y próspero país de Normandie.

Al rey de Francia, que se encontraba en París, llegaron las quejas y noticias de cómo el rey de Inglaterra había llegado a Cotentin, devastándolo todo a su marcha, a diestra y siniestra. Entonces el rey Philippe juró que los ingleses no se marcharían sin haber pagado caros los disturbios que habían causado a sus gentes. Sin demora el rey hizo escribir gran cantidad de cartas. Se las envió a sus buenos amigos del Imperio porque eran los más lejanos: al gentil rey de Bohemia al que mucho apreciaba, y también a su hijo Charles de Bohemia, que desde entonces se llamaba rey de Alemania, y era rey gracias a la ayuda de su padre mi señor Charles y del rey de Francia, y ya había encargado las armas del Imperio. El rey de Francia les rogó que acudieran con todas sus fuerzas, pues quería cabalgar contra los ingleses que le estaban quemando y devastando su país. Los señores arriba nombrados no quisieron excusarse y reunieron a sus gentes de armas, alemanes, de Bohemia y Luxemburgo, y muy pronto estuvieron en Francia con el rey. También escribió al duque de Lorena que le fue a servir con cuatrocientas lanzas. También fue el conde de Saumes en Saumois, el conde de Saarbrück, el conde de Flandre, el conde Guillaume de Namur, cada uno con hermosas tropas. El rey escribió e hizo llamar muy especialmente a mi señor Jean de Hainaut, que hacía poco se había aliado con él a causa de su hijo el conde Louis de Blois y del señor de Fagnolle. El gentil señor de Beaumont, mi señor Jean de Hainaut, acudió a servir al rey de Francia con gran cantidad de buena caballería del condado de Hainaut y de fuera. El rey se alegró muchísimo por su llegada y lo retuvo junto a él en su más privado y especial consejo. El rey de Francia mandó

llamar a gentes de armas por todos los lugares de donde las podía obtener. Convocó la mayor asamblea de grandes señores, duques, condes, barones y caballeros como jamás se había visto en Francia en cien años. Y como había hecho llamar a gentes de muy lejanos países, no pudieron llegar todos muy pronto. Antes, el rey de Inglaterra recorrió de mala manera el país de Cotentin y Normandie, tal y como oiréis contar seguidamente.

Antes ya habéis oído acerca de cómo cabalgaban los ingleses en tres columnas, los mariscales a derecha e izquierda, el rey y su hijo el príncipe de Gales en el centro. El rey cabalgaba a pequeñas jornadas. Todos los días acampaban entre tercia y mediodía. Encontraron el país tan abundante y provisto de todos los víveres que no necesitaban hacer provisiones, salvo de vino. No es de extrañar que los del país estuvieran aterrados, pues antes no habían visto jamás hombres de armas y no sabían lo que era la guerra ni la batalla. Huían de los ingleses en cuanto oían hablar de ellos, dejaron sus casas y graneros llenos. No tenían otro modo de salvarse ni de defenderse. El rey de Inglaterra y su hijo el príncipe de Gales tenían en sus tropas a unos tres mil hombres de armas, seis mil arqueros y diez mil soldados a pie, sin contar a los que cabalgaban con los mariscales.

El rey cabalgó como os he contado, quemando y devastando el país sin romper en ningún momento el orden. En lugar de dirigirse a la ciudad de Coutances, marchó a la gran ciudad de Saint-Ló en Cotentin, que entonces era una ciudad muy rica y comerciante, y valía tres veces más que Coutances. En la ciudad de Saint-Ló en Cotentin había muchos telares y gran cantidad de burgueses ricos. Allí vivían unos ocho o nueve mil

burgueses y gentes de oficio. Cuando el rey de Inglaterra se hubo aproximado a la ciudad, prefirió acampar fuera por miedo al fuego. Envió a sus gentes delante y muy pronto fue conquistada la ciudad sin demasiado esfuerzo, saqueada y devastada. Nadie podría imaginar todo lo que se llegó a ganar allí y la gran cantidad de buenas telas que encontraron. Habrían hecho un gran negocio si hubieran sabido a quién venderlas. Nunca se llegó a saber todas las riquezas que allí se conquistaron.

261. Cuando el rey de Inglaterra y sus gentes hubieron hecho su voluntad con la buena ciudad de Saint-Ló en Cotentin, se marcharon y se encaminaron a una ciudad tres veces mayor que se llama Caen y es casi tan grande como la ciudad de Reims. La ciudad de Caen era muy rica en telas y en todo tipo de mercancías y estaba llena de ricos burgueses, nobles damas y muy hermosas iglesias. Hay además dos grandes abadías a cada extremo de la ciudad llamadas, una Saint-Étienne y la otra de la Trinité. En esta última había ciento veinte damas todas ellas con prebendas. A uno de los lados de la ciudad se alzaba el castillo, uno de los más hermosos y resistentes de toda la Normandie. En aquel tiempo el capitán era un caballero noble y valiente que se llamaba Robert de Wargnies. En la guarnición del castillo había unos trescientos genoveses. En la ciudad propiamente dicha estaban el conde de Eu y de Guiñes, condestable, y el conde de Tancarville, con una gran cantidad de buenas gentes de armas que el rey de Francia había enviado allí para defender la ciudad y el paso de los ingleses. El rey de Inglaterra había oído que la ciudad de Caen era tremendamente rica y que estaba bien provista de gentes

de armas. Con gran prudencia cabalgó hacia aquella parte, reunió a sus columnas, y aquella noche acampó a dos leguas de la ciudad. Su flota le seguía constantemente, y llegó a dos leguas de Caen, a una ciudad y un puerto al que llaman Ouistreham, situado en la desembocadura del río Orne que pasa por Caen. Hasta ahí hizo llegar al conde de Huntingdon que era el conductor y patrón de la flota.

El condestable de Francia y otros señores que se habían reunido allí, vigilaron muy bien la ciudad de Caen aquella noche. Al día siguiente por la mañana, los barones y caballeros se armaron e hicieron armar a sus gentes y a todos los burgueses de la ciudad. Luego mantuvieron consejo para decidir lo que harían. El condestable de Francia y el conde de Tancarville tenían la intención de que nadie abandonara la ciudad, que defendieran las puertas, el puente y el río, y que dejaran a los ingleses los primeros barrios que no estaban cerrados. Bastante tendrían ya con ocuparse de defender el centro de la ciudad que sólo estaba cerrado por el río. Los de la ciudad respondieron que no lo harían así en modo alguno, que marcharían a los campos y allí esperarían a las fuerzas del rey de Inglaterra, pues eran gente suficientemente dura para combatirles. Cuando el condestable oyó su voluntad, les respondió: «Así sea en el nombre de Dios, pero no combatiréis sin mí ni sin mi gente». Entonces salieron de la ciudad, colocándose al principio en buen orden y haciendo ademanes de defenderse bien y poner sus vidas en aventura.

262. Aquel día los ingleses se levantaron muy pronto por la mañana y se prepararon para ir hacia aquella parte. A

la salida del sol, el rey oyó misa y luego montó en su caballo, él, su hijo el príncipe y mi señor Godefroi de Harcourt, que era mariscal y conductor de la hueste y que por cuyo consejo el rey abría la marcha. Se dirigieron hacia aquella parte con las columnas en orden de batalla y cabalgando delante los estandartes de los mariscales. Se acercaron mucho a la gran ciudad de Caen y a las gentes de armas que habían salido a los campos. En cuanto aquellos burgueses de Caen vieron acercarse a los ingleses que venían en tres columnas cerradas y apretadas, y vieron agitarse al viento una gran cantidad de estandartes y pendones, y oyeron rugir a los arqueros a los que no habían visto ni oído jamás, sintieron tal terror e inseguridad en sí mismos, que nadie habría podido impedir que huyeran. Así, quisiéralo o no el condestable, cada uno retrocedió a su ciudad a la desbandada. Allá pudo verse cómo temblaba la gente y cómo en poco tiempo se destruyó el orden del ejército, pues todos se esforzaban en entrar a la ciudad a salvo. Allá hubo una gran persecución y muchos hombres fueron derribados al suelo. Era tal su excitación que caían a montones unos encima de otros. El condestable de Francia, el conde de Tancarville y algún otro caballero se refugiaron en una puerta a la entrada del puente, pues al ver huir a sus gentes, comprendieron que no podrían recuperarse. Los ingleses ya habían caído sobre ellos matando sin merced a cuantos querían. Algunos caballeros, escuderos y otras gentes, que conocían el camino al castillo, se dirigieron hacia aquella parte. Mi señor Robert de Wargnies los acogió a todos, ya que el castillo era muy grande. Los que pudieron llegar hasta allí, estuvieron a salvo. Los ingleses, gentes de armas y

arqueros, perseguían a los que huían, haciendo una gran matanza pues no tuvieron merced de nadie.

Sucedió entonces que el condestable de Francia y el conde de Tancarville, que habían subido a aquella puerta al pie del puente, miraron a lo alto de la calle y vieron tal pestilencia y tribulación que sintieron un gran terror. Tuvieron miedo por ellos mismos, de caer en manos de los arqueros, que no los conocían de nada. Mientras estaban mirando hacia abajo, aterrados de que aquellas gentes los mataran, vieron a un gentil caballero inglés, que sólo tenía un ojo y al que llamaban Thomas Holland, con otros cinco o seis caballeros. Reconocieron a mi señor Thomas pues lo habían visto en otra ocasión y habían ido juntos a Granada y a Prusia y a otros viajes, como suelen ir los caballeros. Al verlo, se reconfortaron mucho y lo llamaron diciéndole: «¡Mi señor Thomas, mi señor Thomas, habladnos!» Cuando el caballero se oyó nombrar, se paró en seco y preguntó: «¿Quiénes sois vos, señores, que me conocéis?» Los susodichos señores se nombraron y dijeron: «Somos tales y tales. Venid a hablar con nosotros en esta puerta y nos entregaremos prisioneros». Cuando mi señor Thomas oyó aquellas palabras, se alegró mucho, tanto por salvarlos como por la hermosa aventura de hacer buenos prisioneros y obtener por ellos cien mil ovejas. Se acercó con su tropa todo lo que pudo a aquel lugar, y él y dieciséis de los suyos desmontaron para subir hasta la puerta. Encontraron a los susodichos señores con otros veinticinco caballeros que no estaban nada tranquilos con la matanza que veían hacer en la calle. Sin demora se entregaron todos para salvarse a mi señor Thomas que los prendió e hizo prisioneros. Luego dejó a gente

suficiente para que los vigilaran, montó a caballo y bajó a las calles. Aquel día impidió que se cometieran muchas crueldades y horribles actos que se habrían hecho si él no hubiera ido delante. Obró con caridad y gentileza. Con mi señor Thomas Holland iban muchos gentiles caballeros de Inglaterra que cuidaron de que no se hicieran atrocidades y no se violaran a muchas hermosas burguesas y a muchas damas de clausura. Muy bien les fue al rey de Inglaterra y a sus gentes que el río que corre por la ciudad de Caen y que lleva grandes barcos, estuviera tan bajo y seco de modo que lo pasaron tantas veces como desearon sin peligro del puente».

Así conquistó el rey la buena ciudad de Caen y se hizo su señor. Pero a decir, verdad, le costó demasiada gente. Pues los que habían subido a las partes altas y graneros de aquellas estrechas calles, lanzaban piedras, troncos y morteros, y el primer día mataron y dejaron tullidos a más de quinientos, por lo que mucho se encolerizó el rey de Inglaterra cuando por la noche le dijeron la verdad. Ordenó que al día siguiente pasaran toda la ciudad por la espada y el fuego. Pero mi señor Godefroi de Harcourt se adelantó y dijo: «Querido señor, detened vuestra cólera y contentaos con lo que habéis hecho. Aún os queda un gran viaje antes de llegar a Calais que es donde queréis ir. En esta ciudad hay todavía gran cantidad de gente que si se les ataca, se defenderán en sus hostales y casas. Antes de devastar la ciudad, podríais perder a mucha de vuestra gente por lo que podría fracasar vuestro viaje. Mucho se os vituperaría si insistierais en la empresa que ya habéis hecho. Ahorrad gente, que dentro de un mes os vendrá muy bien. Vuestro adversario el rey Philippe no tardará mucho en cabalgar y combatir contra vos con

todas sus fuerzas. Aún habréis de encontrar dificultades, pasos, ataques, para los que gran falta os hará la gente que tenéis y aún más. Sin necesidad de más matanzas, seremos señores y dueños de esta ciudad». Al oír las palabras de mi señor Godefroi, el rey reconoció que decía la verdad y que le podía suceder cuanto había expuesto. Le respondió: «Mi señor Godefroi, vos sois nuestro mariscal. Ordenad lo que os parezca pues por esta vez no quiero contradeciros en nada».

Entonces mi señor Godefroi de Harcourt hizo cabalgar su estandarte de calle en calle proclamando de parte del rey que nadie se atreviera a quemar nada, matar a ningún hombre ni violar a ninguna mujer. Cuando los de Caen oyeron esta proclamación, se tranquilizaron mucho y recogieron a algunos ingleses en sus hostales sin causarles daño. Algunos abrían sus cofres y cajas, y abandonaban todo lo que tenían con tal de salvar sus vidas. A pesar de la proclamación del rey y del mariscal, hubo en Caen asesinatos, pillajes, latrocinios y actos villanos pues es imposible que en una hueste como la que llevaba el rey de Inglaterra, no se encontraran villanos, malhechores y gentes sin conciencia. Así pasaron los ingleses y señores de la buena villa de Caen tres días. Es imposible imaginar todos los bienes que conquistaron y ganaron allí. Durante su estancia dispusieron y arreglaron sus cosas, y por medio de botes enviaron todas sus ganancias, telas, joyas, vajillas de oro y plata, y muchas otras riquezas, por el río hasta Ouistreham, a dos leguas de allí, donde se encontraba su gran nave. Después de mucho deliberar, decidieron que aquella nave volviera a Inglaterra con todo lo que habían ganado y sus prisioneros. Encargaron al conde de

Huntingdon el mando de la flota con doscientos hombres de armas y cuatrocientos arqueros. El rey de Inglaterra compró a mi señor Thomas Holland y a sus compañeros al conde de Guiñes, el condestable de Francia, y al conde de Tancarville, y les pagó por ellos veinte mil nobles.

Así arregló el rey de Inglaterra sus asuntos en la ciudad de Caen, e hizo regresar a su nave cargada de oro y buenos prisioneros, entre los que había sesenta caballeros y trescientos ricos burgueses, con muchos saludos y afecto para su mujer, la gentil reina de Inglaterra, mi señora Philippa.

Ahora dejaremos de hablar del conde de Huntingdon y de la flota que se llevó a Inglaterra, y hablaremos de cómo el rey continuó su viaje. Después de haber estado en Caen tal y como habéis oído, y que sus gentes hicieran todas sus voluntades, partió e hizo cabalgar a sus mariscales como antes, uno a un lado y el otro a otro, quemando y devastando el país. Tomaron el camino hacia Évreux, pero no se detuvieron porque es una ciudad fortificada y cerrada. Cabalgaron hacia otra gran ciudad a la que llaman Louviers. Louviers era entonces una ciudad de Normandie en donde se hacían la mayor cantidad de telas, y era grande, rica y había mucho comercio. Los ingleses entraron y la conquistaron sin esfuerzo pues no estaba cerrada. Fue saqueada y devastada entera y allí los ingleses obtuvieron grandes ganancias. Cuando hubieron hecho su voluntad, siguieron adelante y entraron en el condado de Évreux quemándolo todo a excepción de las fortalezas. No atacaron ninguna ciudad cerrada ni ningún castillo, pues el rey quería ahorrar gente y artillería, porque tal y como

le había expuesto mi señor Godefroi de Harcourt, pensaba que le quedaba aún mucho por hacer.

El rey de Inglaterra continuó con toda su hueste por las orillas del Sena acercándose a Rouen, donde había gran cantidad de gentes de armas de Normandie. Los capitanes eran el conde de Harcourt, hermano de mi señor Godefroi, y el conde de Dreus. Los ingleses evitaron Rouen y se dirigieron a Vernon donde había un buen y resistente castillo. Quemaron la ciudad, pero ningún daño hicieron al castillo. Luego incendiaron Vernueil, todo el país de los alrededores de Rouen y el Pont de l'Arche. Llegaron a Mantes y a Meulent, y devastaron todos los alrededores. Pasaron junto al castillo de Roleboise pero no lo asaltaron. Encontraron a lo largo de todo el Sena los puentes destruidos. Tanto marcharon que llegaron a Poissy. Encontraron los puentes rotos y destruidos, pero en la orilla todavía estaban las estacas. El rey se detuvo y pasó allí cinco días. Mientras tanto reconstruyeron el puente para que pudiera pasar su hueste sin peligro y con comodidad. Los mariscales avanzaron hasta muy cerca de París, incendiaron Saint-Germain-en-Laye y Montjoie, Saint-Cloud y Boulogne cerca de París, y el burgo de la reina. Los de París no estaban muy seguros, pues entonces no era ciudad cerrada. Temían que los ingleses llegaran hasta allí para su ultraje.

El rey Philippe se puso en marcha, hizo allanar todas las cuestas de París para cabalgar mejor, y fue a Saint-Denis donde se encontraban el rey de Bohemia, mi señor Jean de Hainaut, el duque de Lorraine, el conde de Flandre, el conde de Blois y una gran baronía y caballería. Cuando las gentes de París vieron partir a su señor, se aterraron

más que antes, y echándose a sus rodillas, le dijeron: «¡Ay!, querido y noble señor, ¿qué vais a hacer? ¿Queréis abandonarnos así y dejar vuestra buena ciudad de París? Los enemigos están a dos leguas. En cuanto sepan que os habéis marchado, vendrán enseguida a esta ciudad. Y nosotros no tenemos ni tendremos a quien nos defienda de ellos. Señor, quedaos y ayudad a vuestra buena ciudad». Entonces el rey respondió y dijo: «Mi buena gente, no temáis nada. Los ingleses no se acercarán. Me voy a Saint-Denis con mis gentes de armas, pues quiero cabalgar contra los ingleses y les combatiré sea como sea». Así tranquilizó el rey de Francia a la comunidad de París que mucho temía que los ingleses les atacaran y destruyeran como habían hecho con los de Caen. Y el rey de Inglaterra se encontraba en la abadía de Dames de Poissy. Y allí estuvo el día de Nuestra Señora de mediados de agosto, que celebró con solemnidad, y se sentó a la mesa con vestidos forrados de armiño, sin mangas, y de color escarlata.

BATALLA DE CRECY



264. Mientras el rey Edward de Inglaterra cabalgaba con su hueste, mi señor Godefroi de Harcourt, uno de sus mariscales, cabalgaba a un lado formando la vanguardia con quinientos hombres de armas y doscientos arqueros. Mi señor Godefroi encontró por aventura a una gran cantidad de burgueses de Amiens, a caballo y a pie, muy ricamente equipados, que por órdenes del rey Philippe se dirigían a París. Muy pronto los atacó con su tropa. Ellos se defendieron muy bien, pues había mucha gente armada y en buen orden, con cuatro caballeros del país de Amiens como capitanes. El combate duró mucho. En los primeros asaltos cayeron muchos de un lado y de otro. Pero al final los ingleses ganaron la plaza y vencieron a los burgueses que fueron apresados y muertos. Los ingleses se quedaron con todo su acarreo y equipaje donde había gran cantidad de buenas cosas,

pues muy bien se habían provisto de todo y hacía mucho tiempo que no habían salido fuera de su ciudad. Murieron unos doscientos. Y mi señor Godefroi regresó hacia vísperas junto a la gran hueste del rey y le contó su aventura que mucho le alegró.

El rey cabalgó y entró en el país de Beauvaisis, incendiando y devastando el país como había hecho en Normandie. Y cabalgó de tal modo que llegó a acampar a una hermosa y rica abadía a la que llaman Saint-Luci. Está situada cerca de la ciudad de Beauvais y allí pasó el rey una noche. Al día siguiente, cuando ya se marchaba, miró hacia atrás y vio la abadía incendiada. Aquello le irritó muchísimo. Se detuvo en el acto y dijo que los que habían cometido aquel ultraje en contra de su prohibición, lo pagarían muy caro. Pues el rey había prohibido, bajo pena de morir colgado, violar aquella iglesia o incendiar la abadía. Hizo apresar a veinte de los que habían prendido el fuego y los hizo colgar sin demora para que los otros tomaran ejemplo.

Después de que el rey de Inglaterra hubiera partido de Saint-Luci cabalgó por el país de Beauvaisis y pasó junto a la ciudad de Beauvais sin detenerse para atacarla ni asediarla pues no quería cansar a sus gentes ni gastar artillería sin razón. Aquel día fue a acampar a altas horas a una ciudad que llaman Milly en Beauvoisis. Los dos mariscales de la hueste pasaron tan cerca de la ciudad de Beauvais y de sus barrios, que no pudieron dejar de asaltar y escaramuzar a los que estaban en las puertas. Dividieron a sus gentes en tres columnas y atacaron las tres puertas. El combate duró hasta después del mediodía, pero sacaron pocas ganancias, pues la ciudad de Beauvais era resistente y bien cerrada, y entonces

estaba defendida por gentes buenas y buenos ballesteros. Y allí se encontraba el obispo. Cuando los ingleses vieron que no podrían conquistar nada, se marcharon incendiando todos los barrios junto a las puertas y llegaron de noche al lugar donde el rey había acampado. Al día siguiente, el rey y toda su hueste desacamparon. Cabalgaron incendiando y devastando todo cuanto dejaban a su paso y fueron a acampar a una gran ciudad llamada Grandvilliers.

Al día siguiente, el rey desacampó y pasó delante de Dargies. Los exploradores no encontraron a nadie que defendiera el castillo. Lo atacaron y lo tomaron sin demasiado esfuerzo incendiándolo. Y luego continuaron su marcha, incendiando y devastando todo el país de los alrededores. Así llegaron hasta el castillo de Poix, donde encontraron una buena ciudad y dos castillos. Pero allí no estaba ningún señor ni ningún guardián, excepto dos hermosas doncellas, hijas del señor de Poix, que pronto hubieran sido violadas si dos gentiles caballeros de Inglaterra no las hubieran defendido y conducido hasta el rey para que las protegiera: fueron mi señor John Chandos y el señor de Basset. Por honor y gentileza, el rey les puso buena cara y las recibió con dulzura. Les preguntó dónde querían ir. Ellas le respondieron: «A Corbie». El rey hizo que las condujeran allí sin peligro. Aquella noche el rey se albergó en la ciudad de Poix y sus gentes en los alrededores donde pudieron.

Aquella noche los buenos hombres de Poix y los del castillo parlamentaron con los mariscales de la hueste para salvarse y evitar que lo incendiaran todo. Exigieron como rescate una suma de florines que debían pagar al día siguiente aunque el rey ya se hubiera marchado. Al

día siguiente por la mañana, el rey se puso en camino con toda su hueste y se quedaron algunos de parte de los mariscales para esperar el dinero que les debían entregar. Cuando los de la ciudad de Poix estuvieron reunidos y vieron que el rey y toda su hueste ya se había marchado y que los que habían quedado eran muy pocos, se negaron a pagar y se lanzaron sobre ellos para matarlos. Los ingleses se defendieron y enviaron a la hueste a pedir ayuda. Los que cabalgaban hacia la hueste, se esforzaron tanto que encontraron a la retaguardia que era conducida por mi señor Reginald Cobham y mi señor Thomas Holland. Agitaron a la hueste gritando: «¡Traición! ¡Traición!». Los que oyeron las noticias regresaron y encontraron a sus compañeros que aún estaban combatiendo con los de la ciudad. Los de Poix fueron ferozmente atacados y murieron casi todos, la ciudad incendiada y el castillo derribado. Luego regresaron junto a la hueste del rey que había llegado a Airaines. Ordenó acampar a todos y prohibió pasar el puente y bajo pena de colgamiento incendiar o perjudicar de cualquier modo a la ciudad, pues quería quedarse allí un día o dos para aconsejarse por qué paso podría cruzar con mayor facilidad el río Somme. Y buena falta le hacía pensarlo, como ya oiréis contar más adelante.

Ahora quiero volver al rey Philippe de Francia que estaba en Saint-Denis con toda su gente. Y todos los días acudían gentes de todos los lugares y había tanta que no se puede enumerar. El rey salió de Saint-Denis con gran baronía para encontrar al rey de Inglaterra y combatir con él pues mucho lo deseaba para vengarse de los incendios y las destrucciones que los ingleses habían

hecho en su reino. El rey de Francia cabalgó tanto que llegó a Coppegueule, a tres leguas de la ciudad de Amiens. Allá se detuvo para esperar a sus gentes que venían de todas partes, y para esperar la actuación de los ingleses.

Ahora hablaremos del rey de Inglaterra que se había detenido en Airaines, como ya habéis oído, y se había enterado muy bien que el rey de Francia le seguía con todas sus fuerzas. Aún no sabía por dónde podría pasar el río Somme, que era grande, ancho y profundo. Todos los puentes habían sido destruidos o estaban tan bien protegidos por buenas gentes de armas que el río era imposible de atravesar. El rey llamó a sus dos mariscales, el conde de Warwick y mi señor Godefroi de Harcourt, y les dijo que cogieran a mil hombres de armas y dos mil arqueros todos bien montados, y que se fueran a comprobar y a mirar a lo largo del río Somme si había algún paso por donde cruzar el río sin grandes dificultades. Los dos mariscales marcharon acompañados por gentes de armas y arqueros, y pasaron por Long-pré llegando a Pont-Rémy. Lo encontraron bien provisto de caballeros y escuderos y de gentes del país que se habían reunido allí para guardar el puente y defender el paso. Los ingleses desmontaron dispuestos a disputar el paso y a atacar a los franceses. Allí hubo un duro combate que se prolongó desde la mañana hasta la hora prima. Pero el puente y su defensa estaban tan bien preparados y fueron tan bien defendidos que los ingleses no pudieron conquistar nada allí. Tuvieron que abandonarlo sin haber logrado nada. Cabalgaron por otro lado y llegaron a una gran ciudad llamada Fontaine-sur-Somme. La saquearon e incendiaron pues no estaba cerrada. Luego marcharon

a otra ciudad que llaman Long-en-Ponthieu. Allí no pudieron conquistar el puente, pues estaba bien protegido y defendido. Se alejaron y cabalgaron a Picquigny y encontraron la ciudad, el puente y el castillo bien protegidos de modo que no lo habrían podido tomar. De este modo había hecho el rey de Francia proteger y vigilar los pasos del río Somme para que el rey de Inglaterra y su hueste no pudieran cruzarlo, pues les quería combatir a su voluntad o hacerles pasar hambre al otro lado del río Somme.

267. Cuando los dos mariscales del rey de Inglaterra hubieron explorado y cabalgado de este modo a orillas del río Somme y vieron que no encontraban paso, volvieron atrás a Airaines junto a su señor el rey y le contaron su cabalgada y lo que habían encontrado. Aquella misma noche el rey de Francia fue a albergarse a Amiens con más de cien mil hombres, y todo el país de alrededor estaba cubierto por gentes de armas. Cuando el rey Edward hubo oído la relación de sus dos mariscales no se contentó más ni se enojó menos. Empezó a vagar de un lado a otro muy melancólico y ordenó que al día siguiente muy pronto por la mañana estuviera toda su hueste preparada para seguir los estandartes de los mariscales adonde quisieran ir. Las órdenes del rey se cumplieron. Cuando hubo amanecido y el rey hubo oído misa a la salida del sol, sonaron las trompetas y desacamparon. Todos marcharon siguiendo los estandartes de los mariscales, que cabalgaban delante, tal y como se había ordenado. Y cabalgaron tanto por el país de Vimeu cerca de la buena ciudad de Abbeville, que llegaron a Oisemont, donde se había refugiado una gran

cantidad de gente del país confiando en la defensa aunque escasa que había allí. Pensaban poder resistir bien y defenderse de los ingleses, pero se equivocaron, pues fueron atacados con tanta violencia que perdieron la plaza. Los ingleses conquistaron la ciudad y todo lo que había en ella. Allí murieron y fueron hechas prisioneras muchísimas gentes de la ciudad y de los alrededores. El rey de Inglaterra se alojó en el gran hospital.

El rey de Francia se encontraba entonces en Amiens y sus espías y exploradores que recorrían todo el país, le traían noticias de los ingleses. Aquella noche el rey de Francia oyó de sus exploradores que el rey de Inglaterra desacamparía por la mañana de Airaines, tal y como hizo, y cabalgaría hacia Abbeville, pues los mariscales habían cabalgado el Somme río arriba y no habían encontrado paso en ningún lugar. Mucho se alegró el rey de Francia por aquellas noticias y pensó cercar al rey de Inglaterra entre Abbeville y el Somme, donde podría combatir a su voluntad. El rey ordenó enseguida a un gran barón de Normandie que se llamaba Godemar du Fay, que fuera a guardar el paso de Blanquetaque, situado abajo de Abbeville, y por donde los ingleses tendrían que pasar.

Mi señor Godemar se alejó del rey con mil hombres armados y cinco mil a pie, entre los que había genoveses. Tanto hizo que llegó a Saint-Riquier en Ponthieu y desde allí a Crotoy donde estaba el susodicho paso. Mientras cabalgaba hacia allí se fue llevando a gran cantidad de gentes del país y ordenó llamar a los burgueses de Abbeville para que se reunieran con él y le ayudaran a guardar el paso. Acudieron allí muy bien equipados. En

el paso delante de los ingleses se juntaron unos doce mil hombres, entre los que bien había dos mil combatientes con túnicas.

268. Después de estas disposiciones, el rey Philippe, que mucho deseaba encontrar a los ingleses y combatir con ellos, marchó de Amiens con todas sus fuerzas y cabalgó hacia Airaines a donde llegó hacia el mediodía. El rey de Inglaterra había salido de allí a primera hora. Los franceses aún pudieron encontrar allí gran cantidad de provisiones, carne en los asadores, panes y pastas en hornos, vino en toneles y barriles, y muchas mesas puestas que los ingleses se habían dejado, pues salieron con grandes prisas. En cuanto el rey de Francia llegó a Airaines, le aconsejaron acampar. Le dijeron: «Señor, acampad aquí y esperad a vuestros barones. Los ingleses no se os podrán escapar». Entonces el rey se albergó en la ciudad y a medida que iban llegando los señores, se iban alojando allí.

Ahora hablaremos del rey de Inglaterra, que estaba en Oisemont y bien sabía que el rey de Francia le seguía con todas sus fuerzas deseoso de combatir con él. Mucho le habría gustado al rey de Inglaterra haber podido cruzar el río Somme con toda su gente. Al anochecer, cuando hubieron regresado los dos mariscales que habían recorrido el país hasta las puertas de Abbeville y habían estado en Saint-Valéry donde habían hecho una gran escaramuza, el rey reunió a su consejo e hizo acudir a muchos prisioneros del país de Ponthieu y Vimeu. Con gran cortesía el rey les preguntó si alguno de ellos conocía un paso por debajo de Abbeville por donde pudiera pasar sin peligro con su hueste. «Si hay alguien

que nos lo quiera decir, le libraremos de su prisión, a él y a veinte de sus compañeros».

Un muchacho al que llamaban Gobin Agace se adelantó para hablar, pues conocía el paso de Blanquetaque mejor que nadie ya que se había criado muy cerca de allí y aquel mismo año lo había pasado en varias ocasiones. Dijo al rey: «Sí, en nombre de Dios. Os juro, so pena de perder la cabeza, conduciros al paso donde cruzaréis el río Somme, vos y vuestra hueste sin peligro. Hay algunos lugares de paso, por donde doce hombres podrían atravesarlo dos veces entre noche y día sin que el agua les alcanzara más arriba de las rodillas. Cuando llega la corriente del mar, el río se desborda de tal modo que nadie podría atravesarlo. Pero cuando la marea, que sube dos veces entre noche y día, ha bajado, entonces el río disminuye tanto que se puede atravesar sin dificultad, a pie o a caballo. Y esto sólo puede hacerse en ese lugar o en el puente de Abbeville que es una ciudad fortificada, grande y bien provista de gentes de armas. En ese paso que os digo, mi señor, hay una gravilla blanca y dura por donde bien pueden pasar carretas, y por eso el paso se llama Blanquetaque».

Cuando el rey de Inglaterra oyó las palabras del muchacho, se alegró tanto que le habría dado veinte mil escudos, y le dijo: «Compañero, si es cierto lo que dices, te libraré de la prisión a ti y a tus compañeros y haré que te entreguen cien nobles». Y Gobien Agace respondió: «Sí, es cierto, señor; si no, cortadme la cabeza. Pero disponedlo todo para estar allí a la salida del sol». Y el rey dijo: «Con mucho gusto». Luego anunció por toda su hueste que todos debían armarse y prepararse al son de la trompeta para marchar de allí hacia otro lugar.

269. Aquella noche no durmió mucho el rey de Inglaterra. Se levantó a medianoche e hizo sonar la trompeta para desacampar. Todos se prepararon, cargaron las acémilas y los carros. Salieron de la ciudad de Oisemont al amanecer y cabalgaron conducidos por aquel muchacho. Tanto hicieron que a la salida del sol llegaron muy cerca del vado al que llaman Blanquetaque, pero la marea no había bajado todavía. Además el rey tenía que esperar a sus gentes que venían detrás de él. Se quedó allí hasta después de prima, cuando la marea ya había bajado totalmente.

Cuando hubo bajado la marea, llegó por el otro lado mi señor Godemar du Fay al paso de Blanquetaque con gran cantidad de gentes de armas enviadas por el rey de Francia, tal y como habéis oído contar antes. Cabalgando hacia Blanquetaque mi señor Godemar había reunido a gran cantidad de gente del país, de tal modo que eran unos doce mil que enseguida se colocaron en orden de batalla junto al paso del río para guardar y defender el paso. Pero el rey Edward no dejó de cruzar por aquello. Ordenó a sus mariscales atacar en el agua y a sus arqueros disparar a los franceses que estaban en el agua y en la orilla. Los dos mariscales de Inglaterra hicieron cabalgar a sus estandartes, en nombre de Dios y de San Jorge, y ellos detrás. A pleno galope se metieron en el agua los más valerosos y los mejor montados delante. En el mismo río hubo muchas justas y muchos hombres derribados de un lado y de otro. Comenzó una gran pelea, pues mi señor Godemar y los suyos defendían con valor el paso. Allá había algunos caballeros y escuderos franceses, de Artois y Picardie y bajo el mando de mi

señor Godemar, que para aumentar su honor combatían en aquel vado y no querían encontrarse en los campos, sino que preferían justar en el agua. Como os digo, hubo allí muchas justas y hermosos hechos de armas. Al principio, los ingleses sufrieron un duro encuentro. Pues todos los que habían sido enviados allí junto a mi señor Godemar para defender y guardar el paso, era gente de élite. Mantenían las filas muy apretadas junto al paso del río, de modo que cuando los ingleses salían del agua a tierra, encontraban una dura acogida. Los genoveses causaban grandes daños con sus disparos. Pero los arqueros de Inglaterra disparaban con mucha fuerza y precisión, y así mientras ocupaban a los franceses, iban pasando las gentes de armas. Y sabed que los ingleses se esforzaban bien en combatirles, pues sabían que el rey de Francia les seguía con más de cien mil hombres. Algunos compañeros exploradores de parte de los franceses, ya habían llegado hasta los ingleses llevándoles insignias auténticas del rey de Francia, tal y como oiréis decir.

La batalla del paso de Blanquetaque fue dura y estuvo bien defendida por los franceses. Aquel día hubo de un lado y de otro hermosos hechos de armas, pero al final los ingleses lograron atravesar el río. Lo atravesaron el rey, su hijo el príncipe de Gales y todos los señores. Después, los franceses no pudieron seguir manteniendo el orden y los que pudieron, huyeron del paso a la desbandada. Cuando mi señor Godemar vio el desastre, se salvó lo más pronto que pudo, y lo mismo hizo toda su tropa. Algunos tomaron el camino hacia Abbeville y otros hacia Saint-Riquier. Tuvo lugar una gran matanza y hubo muchos muertos, pues los que iban a pie, no pudieron huir. Muchos de Abbeville, Montreuil, Rué y

Saint-Riquer murieron o fueron apresados. La persecución duró una gran legua. Aún no habían pasado el río todos los ingleses, cuando algunos escuderos y señores de Francia, que se querían aventurar, especialmente los del Imperio, del rey de Bohemia y de mi señor Jean de Hainaut, se lanzaron sobre ellos conquistando algunos caballos y equipajes de los últimos y matando e hiriendo a muchos que estaban en el río esforzándose en atravesarlo.

Las noticias llegaron al rey Philippe de Francia que había salido de Airaines y aquella mañana cabalgaba a grandes marchas. Le dijeron que los ingleses habían pasado Blanquetaque y derrotado a mi señor Godemar du Fay y a su tropa. Mucho le irritaron aquellas noticias al rey de Francia que pensaba encontrar a los ingleses a orillas del Somme y combatirles allí. Se detuvo y preguntó a sus mariscales qué era lo que podía hacer. Le respondieron: «Señor, vos no podréis pasar porque ha subido la marea, salvo por el puente de Abbeville». Entonces el rey de Francia regresó muy irritado y aquel jueves fue a albergarse a Abbeville. Le siguieron todas sus gentes, y los príncipes y los grandes señores se albergaron en la ciudad y sus gentes en los alrededores, pues eran tal cantidad que todos no podían albergarse dentro. Ahora hablaremos del rey de Inglaterra, cómo continuó después de vencer a mi señor Godemar du Fay en el paso de Blanquetaque.

271. Cuando el rey de Inglaterra hubo atravesado el río con su gente y hubo perseguido a sus enemigos librando el lugar, continuaron su marcha juntos y en orden. Después de reunir su acarreo, cabalgaron tal y como lo

habían hecho por el país de Vexin y Vimeu y más adelante hasta allí. Nada temían pues habían dejado a sus espaldas el río Somme. El rey de Inglaterra dio gracias a Dios muchas veces por haberle concedido la gracia de encontrar buen paso y seguro, y vencido a sus enemigos en batalla. Entonces el rey de Inglaterra hizo llamar al muchacho que le había enseñado el paso, y le libró de la prisión, a él y a sus compañeros, e hizo que le entregaran cien nobles de oro y un buen rocín. Del muchacho no sé nada más.

Después de esto, el rey y sus gentes cabalgaron tranquilamente y muy alegres. Aquel día pensaron albergarse en una buena y gran ciudad llamada Noyelles que estaba cerca de allí. Pero cuando se enteraron de que pertenecía a la condesa de Aumale, hermana de mi señor Robert de Artois que había muerto, garantizaron la seguridad de la ciudad y del país de la dama por amor a él. Ella se lo agradeció mucho al rey y a los mariscales. Fueron a acampar más adelante, en las proximidades de La Broye, pero los mariscales cabalgaron hasta Crotoy que está junto al mar, tomaron la ciudad y la incendiaron. En el puerto encontraron gran cantidad de barcas y naves cargadas con vino de Poitou que eran de comerciantes de Saintonge y de La Rochelle, pero pronto lo tuvieron todo vendido. Los mariscales hicieron acarrear los mejores a la hueste del rey de Inglaterra que estaba acampado a dos leguas de allí.

Al día siguiente, muy pronto por la mañana, el rey de Inglaterra desacampó y cabalgó hacia Crécy en Ponthieu. Sus dos mariscales cabalgaron en dos tropas, una a su derecha y otra a su izquierda. Una tropa llegó hasta las puertas de Abbeville y regresó hacia Saint-Riquier,

incendiando y devastando el país. La otra marchó hacia la ciudad de Saint-Esprit de Rué. Aquel viernes cabalgaron así hasta el mediodía en que las tres columnas volvieron a reunirse. El rey Edward acampó con toda su hueste muy cerca de Crécy en Ponthieu.

272. El rey de Inglaterra estaba bien informado de que su adversario, el rey de Francia, le seguía con todas sus fuerzas y tenía grandes deseos de combatir con él, tal y como se podía ver, pues le había perseguido con rapidez hasta muy cerca del paso de Blanquetaque y había regresado a Abbeville. Entonces dijo el rey de Inglaterra a sus gentes: «Acampemos aquí, pues no quiero seguir adelante hasta que hayamos visto a nuestros enemigos. Bien justo es que les espere, pues tengo derecho a la herencia de mi señora madre. Quiero defenderlo y disputarlo contra mi adversario Philippe de Valois».

Sus gentes le obedecieron y no siguieron adelante. El rey acampó con todas sus gentes. Como sabía que no contaba ni con la octava parte de gente que tenía el rey de Francia y quería esperar la aventura y fortuna de combatir, necesitaba prepararse bien. Hizo que sus dos mariscales, el conde de Warwick y mi señor Godefroi de Harcourt, y con ellos mi señor Reginald Cobham, caballero de inmenso valor, consideraran el lugar y el espacio donde ordenarían sus columnas. Los arriba nombrados cabalgaron por los campos y tuvieron muy en cuenta las características del paisaje. Hicieron trasladarse al rey con todas sus gentes a otro lugar. Enviaron a sus exploradores a Abbeville donde sabían que estaba el rey de Francia y que desde allí atravesaría el Somme, para enterarse si aquel viernes saldría de

Abbeville. Dijeron que no habían visto ningún indicio de ello.

Entonces el rey dio permiso a todas sus gentes para que se retiraran a descansar, y ordenó que al día siguiente, muy pronto por la mañana, al son de las trompetas, estuviera todo preparado para combatir en aquel mismo lugar. Todos se retiraron a sus campamentos y se pusieron a limpiar y a bruñir sus armaduras. Ahora hablaremos un poco del rey Philippe, que el jueves por la noche había llegado a Abbeville.

273. El rey de Francia permaneció todo el viernes en la buena ciudad de Abbeville, esperando a su gente que seguía llegando de todos los lados. Ordenó que algunos salieran de la ciudad y fueran a los campos para estar mejor preparados al día siguiente, pues su intención era salir fuera a combatir con sus enemigos. Aquel viernes el rey envió a sus mariscales, el señor de Saint-Venant y mi señor Charles de Montmorency, fuera de Abbeville a inspeccionar el país y saber la verdad de los ingleses. A hora de vísperas, los arriba mencionados le contaron al rey que los ingleses estaban acampados muy cerca de Crécy en Ponthieu y que por su actitud y orden bien parecía que esperaban a sus enemigos.

Mucho le alegró al rey de Francia aquel informe y dijo que si Dios quería, combatirían al día siguiente. Aquel viernes el rey invitó a cenar a todos los altos príncipes que habían acudido junto a él a Abbeville: en primer lugar, al rey de Bohemia, a su hermano el conde de Alencon, al conde de Blois su sobrino, al conde de Flandre, al duque de Lorraine, al conde de Auxerre, al conde de Sancerre, al conde de Harcourt, a mi señor Jean

de Hainaut y a otros muchos más. Pasaron aquella noche en gran recreación y parlamento de armas. Después de cenar, rogó a todos los señores que fueran corteses entre sí, que no sintieran envidia ni odio ni orgullo. Todos se lo prometieron. El rey aún esperaba al conde de Savoie y a su hermano, mi señor Louis de Savoie, que debían llegar con mil lanzas de Savoie y del Delphiné, pues habían sido llamados y pagados durante tres meses en Troyes de Champagne. Ahora volveremos al rey de Inglaterra y os contaremos algo acerca de sus disposiciones.

274. Aquel viernes, tal y como os he contado, el rey de Inglaterra se alojó a pleno campo con toda su hueste. Se contentaron con lo que tenían que no era poco, pues habían encontrado el país abundante de todo tipo de víveres, vinos y carnes. Incluso les seguían grandes provisiones en los carros, por si sufrían carestías. El rey dio una cena a los condes y barones de su hueste, y estuvo muy alegre. Luego les dio licencia para que fueran a descansar y así lo hicieron.

Aquella misma noche, según después lo he oído contar, cuando todas las gentes se hubieron despedido de él y se quedó con los caballeros de su cuerpo y de su cámara, entró en su oratorio. De rodillas ante el altar rogó a Dios con devoción que si combatía al día siguiente, le permitiera salir con honor de la empresa. Después de sus oraciones, a medianoche, se fue a acostar. Al día siguiente se levantó muy pronto por la mañana y oyó misa con su hijo el príncipe de Gales. Comulgaron al igual que la mayor parte de sus gentes. Así se confesaron y estuvieron en buen estado.

Después de la misa, el rey ordenó a todas sus gentes que se armaran y salieran de sus campamentos para dirigirse al lugar preciso que habían decidido el día anterior. El rey mandó hacer un gran cercado junto a un bosque, detrás de su hueste, para colocar allí todos los carros y carretas. Hizo entrar en el cercado a todos los caballos de modo que todos los hombres de armas y arqueros fueran a pie, y en aquel cercado sólo había una entrada. Luego hizo que su condestable y sus mariscales formaran tres columnas. En la primera se colocó su joven hijo el príncipe de Gales. Y junto al príncipe fueron elegidos el conde de Warwick, el conde de Oxford, mi señor Godefroi de Harcourt, mi señor Reginald Cobham, mi señor Thomas Holland, mi señor Richard Stadfford, el señor de Mauny, el señor de Delaware, mi señor John Chandos, mi señor Bartholomew Burghersh, mi señor Robert Neville, mi señor Thomas Clifford, el señor de Bourchier, el señor de Latimer y muchos otros buenos caballeros y escuderos que no puedo nombrar. En la columna del príncipe habría unos ochocientos hombres de armas, dos mil arqueros y mil salteadores entre los galeses. La columna marchó al campo en perfecto orden, cada señor bajo su estandarte o su pendón y entre su gente. En la segunda columna estaban los condes de Northampton, el conde de Arundel, el señor de Basset, el señor de St. Aubin, el señor de Ros, el señor de Lucy, el señor de Willoughby, mi señor Lewis Tufton, el señor de Multon, el señor de Alasselle, y muchos otros. En esta columna había unos quinientos hombres de armas y doscientos arqueros. El rey se quedó con la tercera columna llena de buenos caballeros y escuderos. En su

tropa debía haber unos setecientos hombres de armas y dos mil arqueros.

Cuando aquellas tres columnas estuvieron formadas y todos, señores, barones, condes y caballeros, supieron lo que debían hacer, el rey de Inglaterra montó en un palafrén blanco con un bastón blanco en la mano, acompañado por sus dos mariscales. Recorrió al paso todas las filas amonestando y rogando a condes, barones y caballeros, que se esforzaran por guardar su honor y defender su derecho. Lo decía sonriendo y con tanta dulzura, que al oírlo y mirarle se reconfortaban todos los que no lo estaban. Era la hora tercia cuando acabó de visitar todas sus columnas y a sus gentes, y les hubo amonestado y rogado que cumplieran bien su tarea. Se retiró a su columna y ordenó a todas sus gentes que comieran y bebieran a gusto. Se hizo tal y como se ordenó. Comieron y bebieron cuanto quisieron y luego llevaron los utensilios, barriles y provisiones a los carros, y regresaron a sus columnas, tal y como habían ordenado los mariscales. Se sentaron en el suelo con los bacinetes y arcos delante de ellos, descansando para estar más frescos cuando llegara el enemigo. Esa era la intención del rey de Inglaterra: esperar allí a su adversario, el rey de Francia, y combatirle a él y a su poder.

275. Aquel sábado por la mañana el rey de Francia se levantó pronto por la mañana y oyó misa en su hostal de Abbeville, en la abadía de Saint Pierre donde se había albergado. Lo mismo hicieron todos los señores, el rey de Bohemia, el conde de Alencon, el conde de Blois, el conde de Flandre, el duque de Lorraine, y todos los

principales señores que se habían albergado en Abbeville. Sabed que el viernes por la noche no se alojaron todos en Abbeville, sino también en los alrededores porque no cabían. Muchos se alojaron en Saint-Riquier, una buena ciudad cerrada. Aquel sábado, después de la salida del sol, el rey de Francia salió de Abbeville con una enorme cantidad de gente. El rey cabalgaba al paso para esperar a sus gentes, el rey de Bohemia y mi señor Jean de Hainaut.

Cuando el rey de Francia y su gran tropa se hubieron alejado unas dos leguas de la ciudad de Abbeville acercándose a los enemigos, le dijeron: «Señor, deberíais formar vuestras columnas y hacer pasar delante a todas las gentes de a pie para que no sean pisoteados por los de a caballo, y enviad tres o cuatro de vuestros caballeros para que se adelanten y vean en qué estado se encuentran vuestros enemigos». Estas palabras complacieron al rey y envió a cuatro de sus muy valientes caballeros, a Le Moine de Bazeilles, a los señores de Noyers, de Beaujeu y de Aubigny.

Estos cuatro caballeros cabalgaron tanto que se aproximaron a los ingleses y vieron gran parte de sus movimientos. Los ingleses se dieron cuenta de que habían ido allí a verles, pero no se inmutaron y les dejaron regresar en paz. Los cuatro caballeros regresaron junto al rey de Francia y los señores de su consejo, que cabalgaban al paso para esperarles. En cuanto les vieron venir, se detuvieron. Los arriba mencionados llegaron entre el gentío hasta el rey. Entonces el rey les preguntó en voz alta: «Señores, ¿qué noticias traéis?» Se miraron unos a otros sin decir palabra, pues ninguno quería hablar antes que su compañero. Y se decían unos a otros:

«Señor, hablad al rey, yo no hablaré antes que vos». Estuvieron discutiendo así un rato, pues ninguno quería por honor adelantarse al otro. Al final de la boca del rey salió la orden de que hablara Le Moine de Bazeilles, que por aquel entonces era considerado uno de los más valientes y esforzados caballeros del mundo. Era un caballero de mi señor Charles, rey de Bohemia que cuando lo tenía junto a él, se sentía muy bien acompañado.

276. «Señor, dijo Le Moine de Bazeilles, hablaré cuando así os place, con la excusa de mis compañeros. Hemos cabalgado tan hacia delante, que hemos visto la posición de los enemigos. Sabed que están ordenados en tres columnas. No hacen ningún ademán de huir, sino que os esperan. Por mi parte os aconsejo que hagáis detener a vuestras gentes aquí y que acampen por esta jornada. Pues ya será tarde cuando los últimos hayan podido llegar hasta vos y vuestras columnas estén formadas. Vuestra gente ya estará cansada y vos encontraréis a vuestros enemigos reposados y frescos, y sabiendo todo lo que deben hacer. Por la mañana podréis formar vuestras columnas mejor y considerar con mayor tranquilidad por dónde podréis combatir a vuestros enemigos, pues estad seguro de que os esperan».

Este consejo y opinión complacieron mucho al rey de Francia, y ordenó que se hiciera lo que Le Moine había dicho. Sus dos mariscales cabalgaron, uno delante y otro detrás, diciendo y ordenando a los estandartes: «Deteneos, estandartes, por orden del rey, en nombre de Dios y de mi señor Saint-Denis». Con esta orden, los que iban primeros se detuvieron, pero los últimos seguían

cabalgando hacia delante. Decían que no se detendrían hasta estar tan delante como los primeros. Y cuando los primeros vieron que se les acercaban, cabalgaron hacia delante. Así ocurrió con gran orgullo, pues cada uno quería adelantar a su compañero. Nadie escuchó las palabras del valiente caballero, por lo que gran desgracia les sucedió, como oiréis contar en seguida. Ni el rey ni los mariscales pudieron dominar a sus gentes, pues había gran cantidad de grandes señores que cada uno por envidia quería demostrar allí su poder. Cabalgaron sin orden tan hacia delante, que se acercaron a los enemigos y los vieron.

Fue una gran vergüenza para los primeros y más habría valido que se hubieran detenido a la orden del valiente caballero, que hacer lo que hicieron. Pues en cuanto vieron a los enemigos, retrocedieron en tal desorden que los que iban detrás se aterraron pensando que los primeros ya habían combatido y habían sido derrotados. Mucho espacio tenían para seguir adelante si hubieran querido, pero ninguno siguió y la mayoría se quedó quieta allí mismo. En los campos había gran cantidad de gente de las comunas. Todos los caminos entre Abbeville y Crécy estaban llenos de gente. A tres leguas de los enemigos ya sacaron sus espadas gritando: «¡Muerte! ¡Muerte!» y todavía no habían visto a nadie.

277. Durante aquella jornada no hubo nadie que pudiera ver ni imaginar cómo ocurrió todo ni que supiera la verdad, y especialmente nadie de entre los franceses por el pobre y escaso orden de sus filas. Todo lo que yo sé, lo supe por los ingleses que pensaron bien sus movimientos, y también por las gentes de mi señor Jean

de Hainaut que permaneció siempre junto al rey de Francia. Los ingleses, que estaban formados en tres columnas y sentados tranquilamente en el suelo, cuando vieron acercarse a los franceses, se levantaron con gran orden, sin asustarse nada, y se alinearon en sus columnas, delante de todo la del príncipe con los arqueros colocados a modo de rastrillo y las gentes de armas al fondo de la columna. El conde de Northampton y el conde de Arundel en su segunda columna estaban colocados con mucho orden en un ala, atentos para ayudar al príncipe si lo necesitaba. Habéis de saber que los señores, reyes, duques, condes y barones franceses no llegaron hasta allí juntos, sino unos delante y otros detrás, sin guardar ningún orden de batalla.

278. Cuando el rey Philippe se acercó al lugar donde los ingleses se habían formado y les vio, se le alteró la sangre pues mucho los odiaba. Entonces no se retuvo de combatirles y dijo a sus mariscales: «¡Haced pasar delante a nuestros genoveses y comencemos la batalla, en nombre de Dios y de mi señor Saint-Denis!» Había allí unos quince mil genoveses ballesteros que nada deseaban empezar en aquellos momentos la batalla, pues estaban agotados después de haber andado más de seis leguas completamente armados y llevando las ballestas. Dijeron a sus condestables que no estaban preparados para una gran batalla. Aquellas palabras volaron hasta el conde de Alencon, que se encolerizó mucho y dijo: «¡Cargar con gentuza, para que luego te fallen en el momento de mayor necesidad!»

Mientras corrían estas palabras y los genoveses se retiraban y apartaban, cayó del cielo una lluvia muy

gruesa y espesa, y truenos y rayos grandes y horribles. Antes de la lluvia, una gran cantidad de cuervos habían sobrevolado las columnas de unos y otros, y traído la mayor tempestad del mundo. Algunos caballeros prudentes dijeron que aquello era un signo de gran batalla y de gran efusión de sangre. Después de todo esto, comenzó a aclarar y salió el sol reluciente. Los franceses lo tenían directamente en los ojos y los ingleses de espaldas.

Cuando los genoveses se hubieron reunido todos y debían acercarse a sus enemigos, empezaron a gritar muy alto, y lo hicieron para asustar a los ingleses, pero los ingleses se quedaron quietos y no hicieron ademán de nada. Gritando de este modo, dieron luego un paso adelante, pero los ingleses continuaron sin moverse. Volvieron a gritar muy alto y avanzaron, tendieron sus ballestas y empezaron a disparar. Al ver esto, los arqueros de Inglaterra dieron un paso adelante e hicieron volar sus flechas de tal modo que cayeron sobre los genoveses con tanta persistencia que parecía nieve. Los genoveses, que jamás habían visto a unos arqueros como los de Inglaterra, cuando notaron que las flechas les agujereaban brazos, cabezas y bocas, salieron a la desbandada. Muchos de ellos cortaron las cuerdas de sus arcos y algunos los tiraron. Así se dispusieron a retirarse.

Entre ellos y los ingleses había una gran hilera de gentes de armas montadas y ricamente equipadas, que estaban mirando la actuación de los genoveses, de tal modo que cuando quisieron volver atrás, no pudieron. Pues el rey de Francia de muy mal talante al ver el desorden y que se retiraban, ordenó y dijo: «Enseguida, matad a estos rufianes. Nos obstaculizan el camino sin razón». Allí

habríais visto una gran confusión de gentes de armas atacándose y golpeándose unos a otros, y caer a muchos que ya no se volvieron a levantar más. Y los ingleses continuaban disparando sin cesar en el mayor tumulto, sin perder un disparo, pues agujereaban y herían en el cuerpo o en los miembros a caballos y gentes de armas que cayeron allí para su gran desdicha. No los podían volver a levantar sin la ayuda y fuerza de mucha gente. Así comenzó la batalla entre La Broye y Crécy en Ponthieu aquel sábado a hora de vísperas.

El valiente y gentil rey de Bohemia, que se llamaba Charles de Luxembourg, oyó de sus gentes que la batalla había comenzado. Aunque estuviera allí armado y con gran séquito, no veía gota y era ciego. Preguntó a sus caballeros que estaban junto a él. cómo se comportaban sus gentes. Estos le contaron la verdad y le dijeron: «Las cosas van así. Los genoveses han sido derrotados y el rey de Francia ha ordenado matarlos a todos. De todos modos, entre nosotros y ellos hay una gran matanza, caen unos encima de otros y nos están obstaculizando mucho». «¡Ah!, respondió el rey de Bohemia, esto es un mal comienzo para nosotros». Entonces preguntó por su hijo el rey de Alemania y dijo: «¿Dónde está mi hijo mi señor Charles?» Le respondieron los que le oyeron: «Mi señor, no lo sabemos. Creemos que está en la otra parte combatiendo».

Entonces el valiente rey dijo a sus gentes una gran valentía: «Señores, vos sois mis hombres, mis amigos y mis compañeros. En el día de hoy os ruego muy especialmente que me conduzcáis delante para que pueda dar un golpe de espada». Y los que estaban junto a él y que amaban su honor e intrepidez, se lo acordaron.

Allí estaba Le Moine de Bazeilles a su freno y también estaban muchos buenos caballeros del condado de Luxembourg. Para no perderlo en la pelea, ataron todos juntos los frenos de sus caballos y colocaron a su señor el rey delante a fin de que pudiera cumplir mejor su deseo. De este modo marcharon contra sus enemigos. Bien es verdad que de la gran gente de armas y de la tan noble caballería que el rey de Francia tenía allí en gran cantidad, salieron muy pocos hechos de armas grandes, pues la batalla empezó tarde, y los franceses estaban muy cansados y agotados. De todas maneras, los hombres valientes y los caballeros cabalgaron siempre delante por su honor, pues preferían morir a que se les reprochara villana huida. Allí estaban el conde de Alencon, el conde de Blois, el conde de Flandre, el duque de Lorraine, el conde de Harcourt, el conde de Saint Pol, el conde de Namur, el conde de Auxerre, el conde de Aumale, el conde de Sancerre, el conde de Saarbrück y tantos condes, barones y caballeros que no se pueden nombrar. Allí estaba mi señor Charles de Bohemia, que ya se hacía llamar y escribir rey de Alemania y llevaba las armas, y llegó en gran orden hasta la batalla. Pero cuando vio que la cosa iba mal para ellos, se marchó, y no sé qué camino tomó.

Su padre el buen rey no actuó así para nada, pues marchó tan delante con sus hombres que dio un golpe de espada, tres, cuatro, y combatió con gran valor. Y lo mismo hicieron todos los que le acompañaban. Bien le sirvieron y tan delante atacaron a los ingleses que todos se quedaron allí. No salió ni uno y al día siguiente fueron encontrados en el lugar rodeando a su señor y a sus caballos atados todos juntos.

280. Debéis saber que el rey de Francia tenía gran angustia en el corazón al ver derrotar así a sus gentes y caer unos encima de otros, por un puñado de gente como eran los ingleses. Pidió consejo a mi señor Jean de Hainaut que estaba a su lado. Mi señor Jean le respondió y dijo: «Ciertamente señor, no sabría aconsejaros. Lo mejor para vos sería retiraros y poneros a salvo, pues no veo recuperación posible. Pronto será tarde, bien podrías cabalgar sobre vuestros enemigos y estar perdido».

El rey, que temblaba de ira, no respondió y cabalgó un poco hacia delante. Pareció dirigirse hacia su hermano el conde de Alencon cuyos estandartes se veían en una colina. El conde de Alencon descendió en gran orden sobre los ingleses y fue a combatirles, y el conde de Flandre fue por el otro lado. Os digo que estos dos señores y sus tropas llegaron rodeando a los arqueros hasta la columna del príncipe y allí combatieron durante mucho rato con gran valor. Y con mucho gusto habría acudido el rey Philippe, si hubiera podido. Pero delante de él había una fila de arqueros y de gentes de armas tan grande, que jamás habría podido pasar, pues cuanto más se acercaba, más se dispersaban sus filas.

Aquel día por la mañana, el rey Philippe le había dado a mi señor Jean de Hainaut un corcel negro muy grande y hermoso. Mi señor Jean lo había entregado a unos de sus caballeros, mi señor Thierry de Senzeilles que llevaba su estandarte. Sucedió que el caballero montado en aquel corcel y con el estandarte de mi señor Jean de Hainaut, atravesó las filas de los ingleses. Cuando ya estaba dispuesto a regresar, tropezó en un foso pues había sido herido con un disparo de los arqueros, y allí cayó. Habría

muerto sin remedio, pero su paje le había perseguido en su corcel por las columnas, y lo encontró yaciendo allí sin poderse levantar. No tenía más impedimento que el caballo, porque los ingleses no salían de sus columnas para apresar ni atacar a nadie. Entonces el paje desmontó y logró levantar a su señor. Le hizo un hermoso servicio. Y sabed que el señor de Senzeilles no volvió por el mismo camino que había venido, pues, a decir verdad, no podía.

281. Aquel sábado, la batalla entre Labroye y Crécy fue muy felona y horrible. Hubo grandes hechos de armas que no hemos podido conocer jamás, pues cuando empezó la batalla, era ya muy tarde. Esto perjudicó a los franceses más que ninguna otra cosa. Pues muchas gentes de armas, caballeros y escuderos, perdían por la oscuridad a sus señores. Vagaban por los campos y con frecuencia se metían en escaso orden entre los ingleses que los mataban enseguida. Mataban sin merced y no hicieron ningún prisionero de rescate, pues por la mañana así se había ordenado dada la gran cantidad de gente que les seguía, tal y como les habían informado.

El conde Louis de Blois, sobrino del rey Philipe y del conde de Alencon, fue con sus gentes y su estandarte a combatir a los ingleses, y se comportó muy valientemente, al igual que el duque de Lorraine. Muchos dicen que si la batalla hubiera comenzado por la mañana tan bien como por la noche, los franceses habrían podido recuperar mucho y habrían hecho grandes gestas de armas que no hicieron. Algunos señores, caballeros y escuderos franceses, y de sus aliados, tanto alemanes como de Savoie, rompieron por la fuerza de las armas las

filas de los arqueros de la columna del príncipe y llegaron hasta las gentes de armas para combatir con espadas, mano a mano, con gran valor. Allá hubo muchos hechos de armas.

En el lado de los ingleses había muy buenos caballeros: mi señor Reginald Cobham y mi señor John Chandos. Y también muchos otros a los que no puedo nombrar, pues junto al príncipe estaba toda la flor de la caballería de Inglaterra. Y entonces el conde de Northampton y el conde de Arundel que dirigían la segunda columna y que estaban en el ala, fueron a refrescar la columna del príncipe que bien lo necesitaba. Los que cuidaban y servían al príncipe, al ver aquel peligro, enviaron a un caballero de sus filas junto al rey que estaba más arriba, en lo alto de un molino de viento, para obtener ayuda. Cuando llegó junto al rey, el caballero dijo: «Mi señor, el conde de Warwick, el conde de Oxford y mi señor Reginald Cobham que están junto a vuestro hijo el príncipe, están muy ocupados pues los franceses les combaten con dureza. Os ruegan que vos y vuestra columna vayáis a ayudarles y a salir del peligro, pues temen por vuestro hijo, si el esfuerzo crece y se prolonga mucho».

Entonces el rey preguntó al caballero que se llamaba mi señor Thomas de Norwich: «Mi señor Thomas, ¿acaso mi hijo está muerto o tan malherido que no se pueda ayudar?» Aquél le respondió: «No, mi señor, si a Dios le place, pero se encuentra en una dura partida de armas y mucha falta le haría vuestra ayuda». «Mi señor Thomas, le dijo el rey, regresad junto a él y los que os envían. Decidles de mi parte que no me vuelvan a buscar otra vez por aventura que les suceda, mientras mi hijo esté

vivo. Y decidles que les ordeno que dejen a mi hijo ganar sus espuelas, pues quiero que la jornada sea suya y el honor para él y para quienes en cuyo cuidado lo he dejado».

Con estas palabras el caballero regresó y contó a sus señores todo lo que habéis oído. La respuesta los animó mucho y se culparon a sí mismos por haber enviado a pedir ayuda. Fueron mejores caballeros que antes y realizaron muchos hechos de armas, tal y como pudo verse, pues la plaza quedó para su honor.

Bien debe creerse y suponerse que allí donde había tantos hombres valientes y tal cantidad de gentes y donde tantos franceses cayeron, hubo aquella noche grandes hechos de armas que no han llegado a nuestro conocimiento. Bien cierto es que mi señor Godefroi de Harcourt, que estaba junto al príncipe y en su columna, mucho se esforzó por salvar al conde de Harcourt, pues había oído decir a algunos ingleses que habían visto su estandarte y que estaba con su gente combatiendo a los ingleses. Pero mi señor Godefroi no pudo llegar a tiempo. Allí murieron el conde de Harcourt y su sobrino el conde de Aumale.

Por otro lado, el conde de Alencon y el conde de Flandre, que combatían valientemente a los ingleses, cada uno con su estandarte y sus gentes, no pudieron resistir al poder de los ingleses. Los mataron junto a gran cantidad de buenos caballeros y escuderos que los servían y acompañaban.

El conde Louis de Blois y el duque de Lorraine, su cuñado, combatían con sus gentes y estandartes por otro lado con gran valor. Habían sido rodeados por una tropa de ingleses y galeses que no tenían merced con nadie.

Realizaron grandes hechos de armas, pues eran muy valientes caballeros y buenos guerreros. Pero de nada les valió su proeza pues allí cayeron con todos los suyos. Lo mismo les ocurrió al conde de Auxerre, que era muy valiente caballero, y al conde de Saint-Pol, y a tantos otros que sería imposible de recordar.

Muy tarde por vísperas, a la caída del día, el rey Philippe se marchó con gran desconsuelo, razones tenía para ello, con cinco barones solamente: el primero y más próximo a él era mi señor Jean de Hainaut, luego, el señor de Montmorency, el señor de Beaujeu, el señor de Aubigny y el señor de Montsault. El rey cabalgó lamentándose y quejándose por sus gentes hasta el castillo de Labroye. Cuando llegó a la puerta, la encontró cerrada y el puente alzado, pues era muy de noche y estaba todo muy oscuro. Entonces el rey hizo llamar al señor del castillo, pues quería entrar. Fue llamado y acudió a la garita preguntando en alto quién era a aquellas horas. Al oír la voz, el rey Philippe respondió: «Abre castellano, es el infortunado rey de Francia». El señor del castillo salió enseguida al reconocer las palabras del rey. Bien sabía que habían sido derrotados por algunos que habían huido y habían pasado por el castillo.

Bajó el puente y abrió la puerta. El rey entró con su séquito que no era muy grande. Estuvieron allí hasta medianoche. No se aconsejó al rey que se quedara allí. Bebió algo y lo mismo hicieron sus gentes. Luego salieron del castillo, montaron en sus caballos y llamaron a guías que conocían el país para que los acompañaran. Se pusieron en camino hacia medianoche y cabalgaron tanto que al amanecer entraron en la buena ciudad de Amiens. El rey se detuvo y se albergó en una abadía y

dijo que no continuaría más adelante hasta saber la verdad de su gente, cuántos habían caído y cuántos habían escapado. Ahora volvemos a la derrota de Crécy y a la disposición de los ingleses y a cómo continuaron el domingo por la mañana aquella batalla que había comenzado el sábado.

284. Debéis saber que la derrota y la pérdida fue muy grande y horrible para los franceses y que en el campo cayeron muchos nobles y valientes hombres, duques, condes, barones y caballeros, por lo que el reino de Francia mucho se debilitó desde entonces en honor, poder y consejo. Sabed que si los ingleses les hubieran perseguido como luego hicieron en Poitiers, aún habrían caído más, hasta el propio rey de Francia, pero no hicieron nada de esto. Durante todo el sábado no abandonaron ni por un momento las filas para perseguir a nadie. Se mantuvieron en sus sitios defendiéndose de los que les atacaban. El rey de Francia se salvó de ser apresado pues se quedó tanto tiempo cerca de sus enemigos, tal y como ya se ha dicho, que se hizo muy tarde y cuando marchó no había a su lado más de sesenta hombres. Mi señor Jean de Hainaut, que debía protegerle y aconsejarle, y que ya le había ayudado a levantarse porque de un disparo habían matado al corcel del rey, le cogió por el freno y le dijo: «Señor, venid, ya es hora, no merece la pena que os quedéis. Si habéis perdido en esta ocasión, ya os recuperaréis en otra». Y mi señor Jean de Hainaut se lo llevó de allí por la fuerza.

Os digo que aquel día los arqueros de Inglaterra fueron de gran ayuda para los suyos, y muchos dicen que el trabajo se hizo por sus disparos, aunque hubo allá

algunos valientes caballeros que combatieron mano a mano con valor y realizaran hermosos hechos de armas. Pero hay que reconocer que los arqueros cumplieron un gran cometido, pues por sus disparos fueron derrotados los genoveses que eran unos quince mil, lo que para los ingleses fue una gran ventaja. Una gran cantidad de gente ricamente armada y equipada y bien montada, según se montaba entonces, fueron destruidos y perdidos por los genoveses que tropezaban entre ellos y se mataban entre sí, de modo que no se podían levantar ni recuperar. Entre los ingleses había muchos saqueadores y ribaldos, de Gales y Cornuailles, que perseguían a las gentes de armas y arqueros con grandes cuchillos y metiéndose entre las gentes de armas y arqueros, mataban sin merced a condes, barones, caballeros y escuderos, por muy grandes señores que fueran. De ese modo fueron muchos asesinados, lo que fue una gran pena, y por lo que luego el rey de Inglaterra se irritó mucho de no haberlos hecho prisioneros con rescate.

285. Cuando la noche del sábado hubo pasado y ya no se oía ni gritar ni nombrar ninguna enseña ni a ningún señor, los ingleses consideraron haber ganado la plaza y derrotado a sus enemigos. En su hueste encendieron gran cantidad de antorchas pues todo estaba muy oscuro. Entonces el rey Edward que en todo el día no se había puesto su bacinete, bajó y se dirigió con su columna muy bien formada junto a su hijo el príncipe. Le abrazó y besó, y dijo: «Buen hijo, Dios os conceda buena perseverancia. Sois mi hijo, lealmente lo habéis ganado. Sois digno de mantener la tierra». Con estas palabras el

príncipe se inclinó y humilló honrando a su padre el rey, y fue bien justo.

Debéis saber que entre los ingleses hubo una gran alegría y regocijo cuando vieron que habían ganado la plaza y que la noche había sido suya. La aventura les pareció hermosa y para su gran gloria. Alabaron y agradecieron a los señores y hombres prudentes muchas veces aquella noche, y a Nuestro Señor por haberles concedido tal gracia.

Pasaron aquella noche sin jactancias, pues el rey de Inglaterra las prohibió. El domingo por la mañana, había tal bruma que apenas se podía ver más allá de un arpende de tierra. Por órdenes del rey y de los mariscales se separaron de la hueste unos quinientos hombres de armas y dos mil arqueros y cabalgaron para ver si encontraban a franceses que se hubieran refugiado.

Aquel domingo por la mañana habían salido de Abbeville y de Saint Riquier en Ponthieu las comunidades de Rouen y Beauvais que nada sabían de la derrota del sábado. Para su mala suerte se encontraron con aquellos ingleses que cabalgaban, y se dirigieron hacia ellos pensando que eran de los suyos. En cuanto los ingleses los vieron, se lanzaron sobre ellos y allá hubo un gran combate. Los franceses fueron pronto derrotados y perseguidos. Mientras huían, iban cayendo muertos por los campos, los cercados, y matorrales, más de siete mil, y si hubiera habido claridad, no se habría escapado ni uno.

Muy poco después, los ingleses encontraron en otra tropa al arzobispo de Rouen y al gran prior de Francia que nada sabían de la derrota. Habían oído que el rey no combatiría hasta el domingo y tomaron a los ingleses por

su gente. Se dirigieron hacia ellos y los ingleses los atacaron enseguida. Allá hubo una dura batalla. Los dos señores estaban provistos de buenas gentes de armas pero no pudieron resistirse a los ingleses por mucho tiempo. Fueron derrotados y casi todos muertos. Muy pocos se salvaron, y allí murieron los dos jefes que les conducían y no se hicieron rehenes.

Así cabalgaron aquella mañana los ingleses buscando aventuras. Encontraron a muchos franceses que se habían perdido el sábado y que habían pasado la noche en el campo sin noticias ni de su rey ni de sus conductores. Muy mala suerte tuvieron al encontrarse a los ingleses que no se apiadaron de nadie y los pasaron a todos por la espada. Me dijeron que aquel domingo por la mañana hubo cuatro veces más muertos, entre las comunidades y gentes de a pie de las ciudades y las buenas villas, de los que hubo el sábado, que fue la gran batalla.

Aquel domingo, cuando el rey de Inglaterra salía de misa, regresaron los de a caballo y los arqueros que habían sido enviados para reconocer el país y ver si los franceses volvían a unirse. Contaron al rey todo lo que habían visto y encontrado, y le dijeron que no había rastro de ninguna concentración.

El rey decidió entonces enviar a buscar a los muertos para saber qué señores habían muerto. Mandaron a dos valientes caballeros que fueron acompañados de tres heraldos para reconocer las armas y dos clérigos para registrar y escribir los nombres de los que encontraran. Los dos caballeros fueron Reginald Cobham y mi señor Richard Stafford. Se alejaron del rey y de su campamento y se pusieron a visitar a los muertos. Se maravillaron de

encontrar tal cantidad y exploraron los campos aquel día lo mejor que pudieron hasta bien avanzada la víspera. Por la noche, cuando el rey de Inglaterra debía ir a cenar, regresaron los dos caballeros junto al rey y le dijeron que había en el campo once cabezas de príncipes, ochenta estandartes, doscientos caballeros de un escudo, y unos treinta mil hombres. El rey de Inglaterra, su hijo el príncipe y todos los señores alabaron grandemente a Dios y de buen corazón por aquella hermosa jornada que les había concedido, al haber derrotado a sus enemigos siendo sólo un puñado de gente en comparación con los franceses. De modo especial, el rey de Inglaterra y su hijo lamentaron la muerte del valiente rey de Bohemia y de los que se habían quedado a su lado. Aquella noche aún permanecieron allí y el lunes por la mañana ordenaron la marcha.

Por piedad y gracia el rey de Inglaterra ordenó llevar los cuerpos de los grandes señores que habían muerto allí a un monasterio que estaba cerca y se llama Maintenay, y sepultarlos en santa tierra. Hizo saber a los del país que concedía una tregua de tres días para reconocer el campo de Crécy y enterrar a los muertos. Luego cabalgó a Montreuil-sur-Mer. Sus mariscales se adelantaron hasta Hesdin e incendiaron Waben y Beaurain, pero no pudieron dañar nada el castillo pues era muy fuerte y bien protegido. Aquel lunes acamparon junto al río Hesdin del lado de Blangy. Al día siguiente continuaron cabalgando hasta Boulogne. En su camino incendiaron la villa de Saint-Josse y Neufchâtel, y luego Etaples y Le Delue y todo el país de Boulogne. Pasaron por los bosques de Boulogne y Hardelot, y llegaron hasta la gran villa de Wissant. Allí se albergó el rey y toda su hueste

para descansar un día. El jueves salieron de allí y llegaron delante de la fuerte villa de Calais. Ahora hablaremos un poco del rey de Francia y contaremos cómo siguió.

287. Cuando el rey Philippe salió de Labroye, tal y como os he dicho, con muy poca gente, cabalgó tanto aquella noche que el domingo llegó a la buena ciudad de Amiens y se albergó en la abadía Du Gardd. Los barones y los señores de Francia y de su consejo también se quedaron allí a medida que iban llegando. Aún no sabía el rey cuántos nobles y próximos de su sangre había perdido. Aquel domingo por la noche supo la verdad. Mucho lamentó a su hermano mi señor Charles, el conde de Alencon, a su sobrino el conde de Blois, a su cuñado el buen rey de Bohemia, al conde de Flandre, al duque de Lorraine, y a todos los demás barones y señores, uno detrás de otro.

Os digo que mi señor Jean de Hainaut estaba entonces a su lado y era en quien más confiaba el rey. Y éste le hizo un bello servicio a mi señor Godemar du Fay, pues el rey estaba tan encolerizado con él que lo quería hacer colgar. Y lo habría hecho sin falta, si no hubiera sido por mi señor Jean de Hainaut que le tranquilizó y excusó a mi señor Godemar. El rey decía que muy mal había defendido Blanquetaque y que por su mala defensa los ingleses habían pasado a Ponthieu por lo que él había recibido aquella pérdida y aquel gran daño. Algunos del consejo eran del parecer del rey y bien habrían querido que mi señor Godemar lo hubiera pagado caro, y le llamaban traidor. Pero el gentil caballero lo excusó y con razón. Pues, ¿cómo habría podido él defenderse ni

resistirse al poder de los ingleses cuando toda la flor de Francia reunida no había podido hacer nada?

El rey se apaciguó lo mejor que pudo y mandó hacer los funerales por sus parientes. Luego salió de Amiens dando licencia a todas las gentes de armas, y regresó a París.

Y el rey de Inglaterra ya había asediado la fuerte villa de Calais.

CAPTURA DE CHARLES DE BLOIS



304. Durante mucho rato he dejado de hablar de mi señor Charles de Blois, duque de Bretagne por aquel entonces, y de la condesa de Montfort. Así lo he hecho debido a las treguas que fueron acordadas ante la ciudad de Vannes y muy bien mantenidas. Y durante las treguas, cada una de las partes disfrutaron en paz de ellas. Tan pronto como pasaron, empezaron a combatir con gran

fuerza, el rey de Francia ayudando a su sobrino mi señor Charles de Blois y el rey de Inglaterra a mi señora la condesa de Montfort, tal y como se lo había prometido y acordado. De parte del rey de Inglaterra habían llegado a Bretagne dos muy grandes y valientes caballeros, y habían partido de Calais con doscientos hombres de armas y cuatrocientos arqueros. Eran mi señor Thomas Dagworth y mi señor Jean de Hartsel, y se quedaron junto a la condesa en la villa de Hennebont. Junto a ellos estaba un caballero bretón, muy valiente y muy buen hombre de armas, que se llamaba mi señor Tannegui du Châtel. Estos ingleses y el bretón hacían con frecuencia cabalgadas contra las gentes de mi señor Charles de Blois y el país que estaba de su parte, y las gentes de mi señor Charles hacían lo mismo. Una vez perdían unos y otra, los otros. El país era devastado y saqueado por aquellas gentes de armas y todo lo pagaban las gentes pobres.

Sucedió un día que los tres caballeros arriba mencionados habían reunido a una gran cantidad de gentes de armas a caballo y soldados de a pie. Fueron a asediar una buena y fuerte villa y un buen castillo llamado la Roche-Derrien, y que atacaron fuertemente muchas veces. Los de la villa y del castillo se defendieron con tanto valor que no perdieron nada. En la guarnición había un capitán de la parte de mi señor Charles, un escudero, que se llamaba Tassart de Guiñes y era un hombre muy experto en armas. Pero sucedió la desgracia de que las tres partes de las gentes de la villa eran más ingleses de corazón que franceses. Cogieron a su capitán y le dijeron que lo matarían, si no se hacía inglés con ellos. Tassart temió la muerte y dijo que haría todo lo que quisieran. Le dejaron ir y comenzaron a tratar con

los caballeros ingleses. Al final, acordaron ponerse de parte de la condesa de Montfort. Tassart siguió siendo como antes capitán de la villa. Y cuando los ingleses se marcharon para volver a Hennebont, le dejaron gran cantidad de gentes de armas y arqueros para ayudarle a defender la fortaleza.

Cuando mi señor Charles de Blois se enteró de que la Roche-Derrien se había vuelto inglesa, se irritó terriblemente y juró que la cosa no quedaría así. Mandó llamar a los señores que estaban de su parte en Bretagne y Normandie y reunió una multitud de gentes de armas en la ciudad de Nantes, de tal modo que bien debían ser unas seiscientas armaduras de hierro y doce mil hombres de a pie. Bien había allí cuatrocientos caballeros, y de esos cuatrocientos, veintitrés estandartes. Mi señor Charles salió de Nantes con toda su gente. Tanto hicieron que llegaron delante de la Roche-Derrien y asediaron toda la villa y también el castillo. Hicieron levantar delante grandes ingenios que disparaban noche y día y que mucho cansaban a los de la villa. Mandaron enseguida mensajes a la condesa de Montfort exponiéndole cómo estaban asediados y pidiéndole ayuda, pues así se lo habían prometido en caso de asedio. La condesa y los tres caballeros arriba mencionados no lo habrían dejado por nada. La condesa envió mensajeros a todos aquellos lugares de donde pensaba obtener gentes y en poco tiempo reunió mil armaduras de hierro y mil hombres de a pie. Los puso a todos a las órdenes de aquellos tres caballeros que los recibieron con gran alegría. Al partir, le dijeron que no volverían hasta haber acabado con el asedio de la villa y del castillo. Luego se pusieron en camino y se dirigieron al lugar a grandes

marchas. Tanto hicieron que llegaron cerca de la hueste de mi señor Charles de Blois.

Cuando mi señor Thomas Dagworth, mi señor Jean de Hartsel y mi señor Tannegui du Châtel junto a todos los otros caballeros, llegaron a dos leguas de la hueste de los franceses, acamparon junto a un río con la intención de combatir a la mañana siguiente. Después de acampar y descansar, mi señor Thomas Dagworth y mi señor Jean de Hartsel cogieron a la mitad de sus gentes y les hicieron armar y montar en los caballos con gran sigilo. Salieron de allí hacia medianoche y se precipitaron sobre uno de los lados de la hueste de mi señor Charles. Allí causaron gran daño y mataron a mucha gente. Mientras hacían esto, transcurrió mucho tiempo, de modo que toda la hueste se despertó. Se armaron todas las gentes y no pudieron marcharse sin batalla. Fueron rodeados y combatidos muy duramente y no pudieron soportar el peso de los franceses. Mi señor Thomas Dagworth fue gravemente herido y apresado. Mi señor Jean de Hartsel se salvó lo mejor que pudo con una parte de sus gentes, pero cayeron muertos la mayoría. Mi señor Jean regresó derrotado con sus otros compañeros y se encontró a mi señor Tannegui du Châtel y los otros a quienes contó su aventura. Mucho se maravillaron y se asustaron, y decidieron desacampar y retirarse a Hennebont.

Aquella misma hora y en aquel estado, mientras estaban decidiendo desacampar, llegó un caballero de parte de la condesa, que se llamaba Ganier, señor de Cadoudal, con cien armaduras de hierro y no había podido llegar antes. En cuanto se enteró del estado en el que se encontraban y cómo habían perdido la empresa, les dio un nuevo consejo. Nada se atemorizó y dijo a mi señor Jean y a mi

señor Tannegui: «Armaos en seguida y haced armar a vuestras gentes y montar a caballo los que tengan, y quien no tenga que vaya a pie, pues vamos a ver a nuestros enemigos. No temáis nada porque se creen muy seguros y no temen que les derrotemos ni nos recuperemos del daño y de nuestras gentes».

Aquel consejo fue bien escuchado, y se armaron diciendo que se aventurarían. Salieron antes los que iban a caballo y los de a pie les siguieron. A la salida del sol llegaron a atacar a la hueste de mi señor Charles de Blois, que estaban durmiendo y reposando, pues no pensaban ser molestados. Bretones e ingleses se apresuraron en derribar tiendas y pabellones y en matar y decapitar a gentes. Como no habían puesto vigías, fueron sorprendidos de tal modo que no pudieron ayudarse. Hubo allí una gran derrota de las gentes de mi señor Charles, y muertos más de doscientos caballeros y cuatro mil de otra gente. Mi señor Charles de Blois fue apresado y también los barones de Bretagne y Normandie que estaban con él, y rescataron a mi señor Thomas Dagworth y todos sus compañeros. Jamás sucedió a gentes de armas una aventura tan bella como les sucedió allí a ingleses y bretones: derrotar en una mañana a tantas gentes nobles. Bien se debió a gran proeza y experiencia en armas.

Así fue capturado mi señor Charles de Blois por las gentes del rey de Inglaterra y la condesa de Montfort, y con él toda la flor de su país. Fue conducido al castillo de Hennebont y levantado así el asedio de la Roche-Derrein. La guerra de la condesa de Montfort se embelleció mucho con esto. Pero las villas, ciudades y fortalezas de mi señor Charles se mantuvieron pues mi señora, su

mujer, la duquesa de Bretagne, se hizo cargo de la guerra con mucho gusto. Así fue ésta una guerra entre dos damas. Debéis saber que cuando las noticias llegaron a Calais donde estaban el rey de Inglaterra y sus barones, mucho se regocijaron y contaron a sus gentes la hermosa aventura. Ahora hablaremos del rey Philippe y de su consejo, y del asedio de Calais.

BATALLA DE POITIERS



371. Cuando el rey Jean de Francia hubo hecho sus cabalgadas y reconquistado así en la Baja Normandie y las villas y castillos del rey de Navarra al que mantenía en prisión, y se hubo retirado a la ciudad de París, no había permanecido allí mucho tiempo cuando oyó que el príncipe de Gales había entrado en su país con todas sus fuerzas y ya estaba muy cerca del buen país de Berry. Nada agradaron aquellas noticias al rey. Juró cabalgar contra él y combatirle en el lugar donde lo encontrara.

Entonces el rey, con el ánimo de defender y proteger su reino, dio muy especial orden a todos los nobles y feudatarios de que nadie, vistas sus cartas, se excusara de acudir junto a él a las marcas de Blois y de Touraine pues

quería combatir a los ingleses. Todos los gentileshombres que fueron llamados, se pusieron en movimiento, pues la mayoría sentían grandes deseos de vengarse de las humillaciones y perjuicios que los ingleses les habían causado desde tiempo pasado.

El propio rey salió de París para adelantar trabajo, pues aún tenía a gran cantidad de gentes de armas en los campos, y cabalgó hasta la buena ciudad de Chartres. Allí se quedó quieto para enterarse mejor de los movimientos de los ingleses. No dejaban de acudir gentes de armas de todos lados, de Auvergne, de Berry. Bourgogne, Lorraine, Hainaut, Artois, Vermandois, Picardie, Bretagne y Normandie. Mientras iban llegando, se anunciaban y acampaban por el país a las órdenes de los mariscales, mi señor Jean de Clermont y mi señor Arnoul de Audrehem.

El rey hacía proveer las fortalezas y guarniciones de buenas gentes de armas de Anjou, Poitou, Maine, Touraine, por las marcas y fronteras por donde se esperaba que los ingleses pasaran, para cerrarles el paso y quitarles víveres y provisiones, de modo que no los pudiesen recuperar ni para ellos, ni para sus caballos.

A pesar de todo, el príncipe de Gales y su tropa, en la que bien había dos mil hombres de armas y seis mil arqueros, cabalgaban a su gusto y conseguían gran cantidad de víveres. Encontraron el país de Auvergne, donde ya habían entrado, tan rico y lleno de todos los bienes que sería imposible describirlo. Pero por muy abundante que lo encontraran, poco se satisfacían por aquello, pues querían guerrear y perjudicar a sus enemigos. Incendiaban y saqueaban todo el país. Y cuando entraban en una villa y la encontraban llena y

bien provista de todos los víveres, descansaban dos o tres días y se marchaban, saqueando todo el resto, vaciando los toneles llenos de buen vino y quemando trigo y avena a fin de que sus enemigos no lo pudieran aprovechar. Luego continuaban cabalgando hacia delante. Siempre encontraban el país abundante, pues Berry, Touraine, Anjou, Poitou, y Maine son una de las marcas más ricas del mundo para las gentes de armas.

372. Así cabalgaban los ingleses, incendiando y devastando todo el país delante de ellos. Llegaron a la buena ciudad de Bourges donde se encontraban el arzobispo y dos caballeros enviados por el rey de Francia para proteger la ciudad en caso de necesidad. Y lo necesitó, porque los ingleses se acercaron tanto que incendiaron los arrabales. En una de las puertas tuvo lugar una gran escaramuza y allí estuvieron buenos caballeros de la ciudad, el señor de Gousant y mi señor Hustin de Vremelles. Aquel día durante la escaramuza tuvieron lugar hermosos hechos de armas. Los ingleses se marcharon de allí y continuaron hasta Issoudun en Berry, un fuerte castillo que atacaron con gran ímpetu. Allí se reunió toda la hueste, pero no lo pudieron conquistar, pues los gentileshombres que estaban dentro, lo defendieron muy bien. Los ingleses partieron y se dirigieron a Vierzon, una gran villa y un buen castillo. Pero la villa estaba escasamente fortificada y había poca gente para defenderla. Fue tomada por la fuerza y los ingleses encontraron innumerables vinos y víveres. Se quedaron allí tres días descansando.

Al príncipe de Gales le llegaron las noticias de que el rey de Francia estaba en Chartres con gran cantidad de

gentes de armas, y que todas las villas y pasos del río Loire estaban tan bien vigilados que de ningún modo podrían pasar el río. El príncipe mantuvo consejo y se decidió volver atrás y pasar por Touraine y Poitou y regresar guerreando e incendiando el país de Bordeaux que era de donde había salido. Se prepararon para desalojar Vierzon después de haber hecho su voluntad en la villa. Durante su estancia habían tomado el castillo y matado a la mayor parte de los que estaban dentro. Luego cabalgaron hacia Romorantin.

Al país de Berry habían sido enviados por el rey tres grandes barones y buenos caballeros para vigilar las fronteras e informar de los movimientos de los ingleses. Éstos eran: mi señor Boucicaut, mi señor de Craon, y Hermit de Chaumont. Sucedió que estos tres señores con sus tropas, en las que bien había trescientas lanzas, cabalgaban por las fronteras vigilando a los ingleses, y les habían perseguido durante seis días sin haberles podido atacar. Los ingleses cabalgaban y acampaban con tal prudencia que no se les podía asaltar por ningún lado por donde se pudiera conquistar algo. Un día los arriba mencionados les prepararon una emboscada cerca de Romorantin junto a un paso por donde debían pasar los ingleses.

Aquel día se habían separado de las tropas del príncipe y de la columna de los mariscales, mi señor Bartholomew Burghersh, el señor de Monchident, gascón, mi señor Pierre de Curton, el señor de Wake, el señor de Basset, mi señor Daniel Pasele, mi señor Richard Punchardoun, mi señor Neil Loring, el joven señor Edward Despenser, y mi señor Eustace de Abrechicourt. Todos estos caballeros iban bien montados, debían ser unos

doscientos y se dirigían delante de todos hacia Romorantin. Pasaron por la emboscada de los franceses sin darse cuenta.

En cuanto hubieron pasado, los franceses abrieron su emboscada y espolearon sus caballos que también eran muy buenos corceles y briosos rocines. Los ingleses, que ya estaban bastante delante, oyeron el ruido de los caballos a sus espaldas. Se giraron y bien vieron que eran sus enemigos acosándoles. Pararon en seco para esperarles. Los franceses, que iban por su gusto y ya tenían pensado lo que debían hacer, se lanzaron contra ellos en filas apretadas y con las lanzas bajadas.

En esto, los ingleses se abrieron y les dejaron pasar de largo. Sólo cinco o seis de los suyos rodaron por los suelos en aquel choque. Enseguida se reagruparon y todos juntos se dirigieron hacia sus enemigos. Allá hubo, siempre a caballo, buenos golpes de lanzas. Mucho duraron los choques y allí hubo hermosos hechos de armas, muchos caballeros y escuderos derribados unos junto a otros y luego levantados y rescatados por la fuerza. Aquello duró un buen rato, de modo que no se podía decir: «éste y aquél lo han hecho mejor». Tan juntos y confundidos estaban unos con otros, y tan valientemente se combatían.

Mientras se encontraban en aquella situación, se acercó la columna de los mariscales. Los franceses vieron cómo se les echaban encima rodeando un bosque. Temieron perderlo todo si se quedaban, lo que realmente les habría ocurrido. Así que se alejaron, cada uno lo mejor que pudo, tomando dirección a Romorantin. Los ingleses les siguieron espoleando fuertemente a sus caballos. Hubo

allí una gran persecución y muchos hombres fueron derribados y cayeron en infortunio.

De todas formas, se salvaron más de la mitad y se metieron en el castillo de Romorantin que lo encontraron en buen momento, pues de otro modo habrían sido todos apresados. Escaparon los tres barones arriba nombrados y también algún otro caballero y escudero que iban muy bien montados. La villa de Romorantin fue tomada sin dificultad porque entonces no estaba muy fortificada, y los franceses trataron de salvarse metiéndose en el castillo.

Al príncipe llegaron las noticias de que sus gentes habían sido atacadas. Preguntó por quiénes y se le dijo, así como también todo lo que había sucedido y cómo sus gentes habían rechazado a sus enemigos hasta el castillo de Romorantin. «Cabalguemos hacia ese lado, dijo el príncipe, pues quiero verlos más de cerca». Toda la hueste se puso en camino hacia aquella parte y llegaron a la villa de Romorantin que ya había sido tomada por sus gentes que estaban estudiando cómo atacar el castillo para su ventaja. El príncipe llegó allí armado con todas sus piezas, montado sobre un corcel negro, y acompañado por John Chandos. Empezaron a observar e imaginar la fortaleza y vieron que se podía tomar.

El príncipe llamó a John Chandos y le dijo: «John, id a las puertas y hablad con los caballeros que están dentro para saber si querrían entregarse por las buenas sin necesidad de asalto». Mi señor John Chandos se alejó del príncipe y se acercó a las puertas, haciendo ademán de querer parlamentar. Los que estaban de guardia le preguntaron su nombre y de parte de quién venía. El se nombró y dijo que había sido enviado por su señor mi

señor el príncipe. Aquellos a los que el caballero había dirigido su palabra, acudieron junto a sus señores y le contaron lo que habéis oído.

Entonces bajaron hasta las puertas mi señor Boucicaut y Hermit de Chaumont. En cuanto mi señor John Chandos los vio, les saludó y les dijo: «Señores, he sido enviado junto a vosotros por mi señor el príncipe que mucho desea ser cortés con sus enemigos. Dice que si aceptáis ser sus prisioneros y entregarle esta fortaleza, tendrá merced con todos y os hará muy buena compañía». «Mi señor John, respondió mi señor Boucicaut, agradeced mucho a mi señor el príncipe su cortesía, pero no tenemos ninguna intención de actuar de ese modo. No plazca a Dios que con tanta facilidad nos conquiste». «¿Cómo? dijo mi señor John Chandos, Boucicaut, ¿tan buen caballero os creéis como para mantener esta fortaleza contra el ataque de mi señor el príncipe y sus fuerzas sin ayuda alguna?» «Chandos, Chandos, respondió mi señor Boucicaut, para nada me considero buen caballero, pero sería una locura meternos en tal partida de armas como la que vos nos ofrecéis y mayor aún sería aceptarla, cuando todavía no hay necesidad. Decid a mi señor el príncipe, si os place, que haga lo que le parezca bien. Nosotros estamos muy contentos de esperarle». Así se separaron uno de otro. Mi señor John Chandos volvió junto al príncipe y le contó lo mejor que supo las palabras que se habían dicho. Cuando el príncipe oyó la respuesta de mi señor Boucicaut, no lo estimó menos y ordenó a todas sus gentes acampar para pasar allí el día y la noche siguientes. Pensaba atacar la fortaleza a la mañana siguiente y probar si la podían conseguir por ataque. Todas las gentes obedecieron a las

órdenes del príncipe y de los mariscales, y fue bien justo. Se alojaron muy bien dentro y fuera de la villa de Romorantin.

374. Al día siguiente muy pronto por la mañana, todas las gentes se armaron y también los arqueros, y cada uno se dirigió a su puesto. Comenzaron a atacar el castillo de Romorantin con gran fuerza. Allá hubo un duro y gran asalto. Los arqueros disparaban incesantemente desde los fosos, de modo que apenas nadie se atrevía a salir a las defensas. Algunos se metían en el agua hasta el cuello y llegaban a las murallas, y otros nadaban por debajo de las puertas y rejas, y con picas y ganchos, arcos y flechas en las manos, se acercaban al fondo del muro para picar y clavar.

Arriba estaban los caballeros: el señor de Craon, mi señor Boucicaut y Hermit de Chaumont, que bien se esforzaban en defenderse. Arrojaban y hacían arrojar abajo piedras y vasijas llenas de cal que herían terriblemente a los que habían llegado hasta allí. Un buen escudero de Gascogne que estaba del lado de los ingleses, un gentilhombre llamado Raymond de Zedulach, murió allí y fue muy lamentado. Aquel asalto duró todo el día y se descansó muy poco. Luego todos se fueron a sus campamentos. Se ocuparon de los heridos y así pasaron la noche.

Al salir el sol, los dos mariscales de la hueste hicieron sonar las trompetas para armar a todas sus gentes y continuar el asalto. Todos los que habían sido llamados para el asalto, se pusieron en orden. Comenzó una pelea y un asalto mucho más duro y fuerte que el día anterior. El príncipe de Gales acudió personalmente y les

amonestaba para que lo hicieran bien. A veces decía: «¿Cómo podrá resistirnos ahora esta fortaleza?» Sus palabras y su presencia animaba muchísimo a todas las gentes de armas y arqueros que hacían el asalto, y algunos se arriesgaban sin prudencia para jactarse.

Muy cerca del príncipe murió de una pedrada un muy buen escudero de Gascogne hermano del señor de Albret, y que se llamaba Bernadet. Todos sus parientes, de los que había allí gran cantidad, se encolerizaron mucho, y de modo especial el príncipe. Entonces juró muy alto para que todos lo oyeran, que no se marcharía de allí hasta haber conquistado el castillo con todos los que estaban dentro. Con gran ira reforzó el asalto por todas partes para adelantar el trabajo y por el modo en que había hablado el príncipe, tal y como habéis oído.

Unos astutos hombres de armas comprendieron que estaban trabajando en vano y que herían y mataban a sus gentes sin razón, y que jamás lo conquistarían con aquel asalto de disparar y lanzar. Ordenaron traer delante los cañones para disparar piedras y fuego griego al patio. Si el fuego prendía, podría crecer hasta llegar a los tejados de las torres del castillo, que en aquel tiempo estaban cubiertas de paja. Si de este modo no lo conquistaban, no veían cómo podrían obtener el castillo ni a los caballeros que lo defendían. Trajeron el fuego que dispararon por medio de bombardas y cañones al patio. Prendió y creció tanto que todo ardió y llegó al techo de una gran torre que era de paja, donde se encontraban tres caballeros que habían hecho muchas armas aquel día y el anterior. Cuando vieron el fuego por encima de ellos y que se entregaban o morían allí, bajaron enseguida y se entregaron a la voluntad del príncipe. De otro modo no

les habría recibido, dada la forma en que habían jurado y hablado antes.

Así obtuvo el príncipe de Gales a los caballeros arriba nombrados, y les hizo ir y cabalgar con él con sus prisioneros, así como a muchos otros gentileshombres, caballeros y escuderos que estaban en el castillo de Romorantin que fue saqueado, incendiado y devastado.

375. Después de la toma del castillo de Romorantin y de sus caballeros, el príncipe y sus gentes cabalgaron como antes, incendiando y devastando el país, acercándose mucho a Anjou y a Touraine.

Al rey de Francia que se encontraba en la ciudad de Chartres llegaron las noticias de que el príncipe de Gales maltrataba terriblemente a su país, incendiando y devastando todo lo que le salía a su encuentro. El rey se encolerizó mucho y dijo que ya pondría remedio. Partió de Chartres y cabalgó hacia Blois, y ordenó a sus mariscales que apremiaran e hicieran avanzar a todas sus gentes de armas para pasar el río Loire, pues quería ir a combatir a los ingleses. El rey se dirigió a Blois y allí se detuvo dos días. Sus órdenes se cumplieron. Las gentes de armas, duques, condes, barones, caballeros y sus tropas comenzaron a bajar siguiendo al rey que siempre iba hacia adelante. Salió de Blois y aquel día durmió en Amboise, y al día siguiente en Loches, y allí se quedó para saber los movimientos de los ingleses de los que todos los días tenía noticias. Los ingleses eran perseguidos por algunos expertos caballeros de Francia y de Bourgogne que yendo y viniendo le llevaban noticias seguras.

El rey partió de Loches y se dirigió a la Haye en Touraine, y sus gentes habían pasado el Loire por el puente de Orléans, Meung, Saumur, Blois, Tours, y por donde podían. Allí se reunieron un gran número de buenas gentes, unos veinte mil hombres de armas sin contar a los otros. Había unos veintiséis duques y condes, y más de ciento cuarenta estandartes. El rey tenía allí a sus cuatro hijos que en aquel entonces eran muy jóvenes: mi señor Charles, duque de Normandie, mi señor Louis que luego fue duque de Anjou, mi señor Jean que luego fue duque de Berry, y el pequeño mi señor Philippe que fue duque de Bourgogne. Bien podéis creer que estaba allí toda la flor de Francia, de caballeros y escuderos, cuando allí se encontraban en persona el rey y sus cuatro hijos.

En aquel tiempo había sido enviado a Francia de parte de nuestro Santo Padre el Papa Inocencio VI, mi señor Tayllerand cardenal de Périgord, y mi señor Nicolau, cardenal de Urgel, para tratar paz y concordia entre el rey de Francia y sus malquerientes, en primer lugar, con el rey de Navarra al que tenía en prisión. Durante el asedio de Breteuil ya habían ido a hablar y parlamentar con el rey muchas veces, pero no habían logrado nada.

Después de la toma de Breteuil y del levantamiento del asedio, el cardenal de Périgord se había retirado a la buena ciudad de Tours en Touraine. Allí le llegaron las noticias de que el rey de Francia mucho se apremiaba para encontrar a los ingleses. El cardenal, con el ánimo de poner algún remedio en aquel asunto y de apaciguar por algún medio a aquellos dos señores o de lograr calmarlos para que no se entablara la batalla, salió de

Tours y cabalgó hacia la ciudad de Poitiers, pues creía que allí se dirigían las dos huestes.

Ahora dejaremos un rato de hablar del cardenal de Périgord y hablaremos del rey de Francia, que mucho se esforzaba en encontrar a su adversario, el príncipe de Gales, y combatirle, para vengarse de los grandes perjuicios que había causado en su reino.

Al rey de Francia le llegaron las noticias de que el príncipe de Gales estaba tratando por todos los medios de regresar al país de donde había venido. El rey temió que se le escapara, lo que nada le habría complacido, pues estaba deseando combatirle. El rey de Francia salió con toda su gente de la Haye en Touraine y cabalgaron hacia Chauvigny, y allí llegó el rey el jueves por la noche. Una gran cantidad de señores se alojaron en la villa de Chauvigny y fuera en un hermoso prado que se extendía a lo largo del río Creuse. El viernes, después de desayunar, el rey de Francia cruzó aquel río por el puente de Chauvigny, pensando que los ingleses estaban delante de él, pero no lo estaban. Aquel viernes cruzaron el río detrás del rey unos sesenta mil caballos y aún cruzaron más en Châtellerault. A medida que iban pasando, tomaban el camino hacia Poitiers.

En el otro lado, el príncipe de Gales y sus gentes no sabían nada de los franceses ni podían saber. Habían oído que estaban en los campos, pero no sabían concretamente dónde, salvo que suponían que no podían estar lejos. Los exploradores no encontraban víveres, por lo que había una gran carestía en la hueste. Muchos se arrepentían de los saqueos que habían hecho en Berry, Anjou y Touraine, y de no haberse provisto de nada.

Aquel viernes en que el rey de Francia y su gran hueste cruzaron el río en el puente de Chauvigny, sucedió que por el gran tumulto y para estar alojados con mayor comodidad, tres grandes barones de Francia, a saber el señor de Craon, mi señor Raoul de Coucy y el conde de Jony, permanecieron con una parte de sus gentes en la villa de Chauvigny. Los demás pasaron con todo su equipaje, salvo los que habían retenido para su servicio.

El sábado por la mañana desacamparon y cruzaron el puente siguiendo la tropa del rey que debía estar a tres leguas por los campos y caminos de brezales por fuera de un bosque para llegar a Poitiers.

Aquel sábado por la mañana habían desacampado de una aldea cercana el príncipe y sus gentes, y habían enviado a algunos compañeros a reconocer el terreno para saber si encontrarían alguna aventura o si oían alguna noticia de los franceses. Estos exploradores eran unas sesenta armaduras de hierro, todos bien montados para su cometido, aunque sus caballos estaban bastante cansados. Entre sus compañeros había dos caballeros de Hainaut, mi señor Eustace de Abrechicourt y mi señor Jean de Ghistelles. Por aventura se encontraron de pronto fuera del bosque en esos brezales de los que os hablaba ahora.

Los barones de Francia y sus gentes que debían ser unas doscientas armaduras de hierro, en cuanto vieron cabalgar a los ingleses, reconocieron que eran sus enemigos. Se colocaron sus bacinetes lo más rápidamente que pudieron, y bajando las lanzas picaron espuelas a sus caballos.

Mi señor Eustace de Abrechicourt y sus compañeros, que montaban magníficos corceles, vieron venir hacia

ellos una gran tropa de sus enemigos. En comparación eran sólo un puñado de gente y no tuvieron intención de esperarles, sino que pensaron hacerse perseguir, pues el príncipe y su hueste no estaban lejos de allí. Giraron los frenos de sus caballos y se fueron por un bosque, y los franceses detrás de ellos, gritando sus gritos y haciendo un gran jaleo, y ya pensaban haberlos cogido a todos de antemano. Mientras cabalgaban así persiguiéndoles, fueron avanzando tanto que llegaron hasta la columna del príncipe que se había detenido fuera de un bosque, entre unos brezales y matorrales. Esperaban allí oír las noticias de sus compañeros. Muchos se maravillaron al verlos perseguidos.

Mi señor Raoul de Coucy y su estandarte los siguieron tan delante que se metieron derechos en el estandarte del príncipe. Allá hubo una gran y dura pelea. Ese caballero hizo muchas armas y combatió con gran valor, pero de todos modos fue apresado por las gentes del príncipe, y también el conde de Jony y el señor de Chauvigny. Todos los demás murieron o fueron apresados, y se salvaron muy pocos. Por estos prisioneros supieron el príncipe de Gales y sus gentes que el rey de Francia se les había adelantado con tal cantidad de gente que era difícil de imaginar.

577. Cuando el príncipe de Gales y sus consejeros oyeron que el rey Jean y sus columnas estaban delante de ellos y que el viernes habían pasado el puente en Chauvigny, y que de ningún modo podrían salir del país sin combate, se reunieron todos aquel sábado en los campos. El príncipe ordenó que so pena de perder la cabeza nadie cabalgara delante del estandarte sin la

orden de los mariscales. Así se proclamó y aquel sábado los ingleses cabalgaron desde la hora prima hasta vísperas, de modo que llegaron a dos leguas de Poitiers.

Entonces fueron mandados a explorar y a saber dónde estaban los franceses, el captal de Buch, mi señor Aymon de Pommiers, mi señor Batholomew Burghersh y mi señor Eustace de Abrechicourt. Estos caballeros marcharon con doscientas armaduras de hierro, bien montados en magníficos corceles y cabalgaron tan hacia delante, de un lado y de otro, que vieron y reconocieron con claridad la gruesa columna del rey. Todo el campo estaba cubierto por gentes de armas. Los exploradores ingleses no pudieron abstenerse de atacar la cola de los franceses, derribando a unos y haciendo a otros prisioneros, de tal modo que la hueste comenzó a agitarse. Al rey de Francia le llegaron las noticias cuando iba a entrar en la ciudad de Poitiers.

Cuando el rey oyó que sus enemigos a los que tanto deseaba encontrar, estaban detrás de él y no delante, se regocijó muchísimo. Dio la vuelta de inmediato e hizo regresar bien delante en los campos a todas sus gentes para que acamparan allí. Antes de que hubieran acampado todos, era ya muy tarde aquel sábado. Los exploradores del príncipe volvieron junto a él y le contaron acerca de la posición de los franceses, diciéndole que eran una cantidad enorme. Nada se asustó el príncipe por aquello y dijo: «¡Dios nos ayude! Ahora debemos aconsejarnos acerca de cómo les combatiremos para nuestra ventaja». Aquella noche los ingleses acamparon en lugar seguro, entre setos, viñedos y matorrales, y su hueste estuvo bien guardada y vigilada, como también la de los franceses.

378. Cuando llegó el domingo por la mañana, el rey de Francia, que tenía grandes deseos de combatir a los ingleses, ordenó cantar misa muy solemne en su pabellón y comulgó con sus cuatro hijos. Después de la misa acudieron a verle los más grandes y próximos de su linaje: su hermano el duque de Orléans, el duque de Bourbon, mi señor Jacques de Bourbon, conde de Ponthieu, el duque de Athénes, condestable de Francia, el conde de Eu, el conde de Tancarville, el conde de Saarbrück, el conde de Dammartin, el conde de Mont Ventadour, y muchos otros grandes barones de Francia y de feudos vecinos, tales como mi señor Jean de Clermont, mi señor Arnoul de Audrehem, mariscal de Francia, el señor de Saint-Venant, mi señor Jean de Landas, mi señor Eustace de Ribemont, el señor de Vienne, mi señor Geoffroi de Charny, el señor de Châtillon, el señor de Sully, el señor de Nielle, mi señor Robert de Duras y muchos otros que fueron llamados. Allí estuvieron en gran consejo y parlamento durante mucho rato para ver cómo actuarían. Entonces se ordenó que todas las gentes se dirigieran a los campos y que cada señor extendiera su estandarte y se colocara delante en el nombre de Dios y de Saint Denis, y que todos se colocaran en orden de batalla para combatir enseguida.

Mucho le agradó al rey de Francia aquel consejo y decisión. Por la hueste sonaron las trompetas. Todas las gentes se armaron, montaron a caballo y acudieron a los campos, allí donde venteaban los estandartes del rey y, en especial, la oriflama que llevaba mi señor Geoffroi de Charny. Podía verse gran nobleza de hermosas armaduras, de ricos blasones, estandartes y pendones, de

hermosa caballería y escudería, pues allí estaba toda la flor de Francia, y en el hostal no había quedado caballero ni escudero si no quería ser deshonrado. Por orden de los mariscales y del condestable se formaron tres gruesas columnas, en cada una de las cuales había seis mil hombres de armas. Dirigía la primera el duque de Orléans con treinta y seis estandartes y el doble de pendones. La segunda era dirigida por el duque de Normandie y sus dos hermanos, mi señor Louis y mi señor Jean. El rey de Francia debía mandar la tercera. Bien debéis creer que en su columna había gran cantidad de buena y noble caballería.

Mientras estas columnas se iban formando y poniéndose en orden, el rey de Francia llamó a mi señor Eustace de Ribemont, a mi señor Jean de Landas, a mi señor Guichard de Beaujeu y a mi señor Guichard de Angle y les dijo: «Cabalgad hacia delante, cerca de la posición de los ingleses y observad su orden y cómo están colocados, para ver de qué manera les podremos combatir, si a pie o a caballo». Y aquéllos le respondieron: «Con mucho gusto, señor». Entonces los cuatro caballeros del rey se alejaron y cabalgaron hacia delante, tan cerca de los ingleses, que pudieron ver parte de sus posiciones. Dijeron la verdad al rey que les esperaba en el campo montado sobre un corcel blanco, y que de vez en cuando miraba a sus gentes y agradecía a Dios que fueran tantos, y en voz alta decía: «Cuando estabais en París, Chartres, Rouen u Orléans, amenazabais a los ingleses. Ahora estáis delante de ellos. Yo os los enseñaré. Si queréis demostrarles vuestra ira y vengar las humillaciones y perjuicios que nos han causado, les combatiremos sin

falta». Y los que lo habían oído, respondían: «Señor, Dios nos ayude. Les combatiremos con mucho gusto».

379. En estas palabras que el Rey de Francia decía a sus gentes para animarlos, llegaron los cuatro caballeros arriba nombrados, que se abrieron paso entre el tumulto y se detuvieron ante el rey. Allí estaban el condestable de Francia y los dos mariscales, y gran cantidad de buena caballería, que habían acudido para saber cómo combatirían. El rey preguntó a los mencionados en voz muy alta: «Señores, ¿qué nuevas traéis?» Ellos respondieron: «Buenas, señor. Si a Dios le place, tendréis hoy una buena jornada contra vuestros enemigos». «Así lo esperamos, por la gracia de Dios, respondió el rey. Ahora decidnos su posición y cómo les podremos combatir».

Según me informaron, mi señor Eustace de Ribemont respondió por todos y dijo así: «Señor, hemos visto y observado a vuestros enemigos. Deben ser según nuestras estimaciones unos dos mil hombres de armas, cuatro mil arqueros y mil quinientos salteadores». «¿Y cómo están colocados?», preguntó el rey, «Señor, respondió mi señor Eustace, están colocados en un lugar muy bien protegido y sólo hemos podido ver una columna, pero muy bien formada. Se han situado a lo largo de un camino rodeado de setos y matorrales. Han recubierto el seto, por un lado y otro, de arqueros, de tal modo que no se puede entrar ni cabalgar por el camino si no es a través de ellos. Si les queremos combatir, debemos ir por ese camino. En el sendero sólo hay una entrada y una salida, y apenas cuatro hombres de armas podrían cabalgar de frente. En lo alto del seto, entre

viñas y espinas, por donde no se puede cabalgar, están sus gentes de armas a pie. Han colocado sus gentes de armas detrás de sus arqueros situados a modo de rastrillo. Me parece que están muy sabiamente formados, pues quien quiera llegar hasta ellos por hechos de armas, tendrá que hacerlo por los arqueros, que no serán fáciles de derrotar».

Entonces habló el rey y dijo: «Mi señor Eustace, ¿cómo aconsejaríais ir a combatir?» El caballero respondió: «Señor, a pie, excepto vuestras trescientas mejores armaduras, los más hábiles, audaces, duros, fuertes y decididos de vuestra hueste, bien armados y bien montados sobre los mejores corceles, para romper y abrir las filas de los arqueros, y luego vuestras columnas y gentes de armas detrás, para que combatan con las gentes de armas mano a mano. Éste es todo el consejo que puedo daros. Si alguien conoce otro mejor, que lo diga».

Aquel consejo agradó mucho al rey de Francia y dijo que así lo haría. Entonces por orden del rey se marcharon los dos mariscales y cabalgaron de columna en columna, eligiendo según su juicio a trescientos caballeros y escuderos, los más veloces y expertos de toda la hueste, montados en los mejores corceles y armados con todas las piezas.

Enseguida después se formó la columna de los alemanes que debían quedarse a caballo para ayudar a los mariscales, y cuyos conductores eran el conde de Saarbrück, el conde de Nidau y el conde Jean de Nassau. Allí estaba el rey Jean de Francia, armado el vigésimo en sus galas, y había encomendado a su primogénito al cuidado del señor de Saint Venant, de mi señor Jean de

Landas y de mi señor Thibaut de Voudenay, y a sus otros tres hijos Louis, Jean y Philippe, al cuidado de buenos caballeros y escuderos. Mi señor Geoffroi de Charny, el más prohombre y valiente de todos, llevaba el soberano estandarte del rey.

Cuando las columnas del rey de Francia estuvieron todas formadas y preparadas, cada señor bajo su estandarte y entre sus gentes, y cada uno sabía lo que tenía que hacer, por orden del rey se hizo que todos fueran a pie, excepto aquellos a los que junto a los mariscales se les mandaba abrir las filas de los arqueros, y que todos los que tuvieran lanzas las recortaran unos cinco pies de largo para que se pudieran servir mejor y que también se quitaran las espuelas. La orden fue cumplida y a todos les pareció bien.

En el momento en que ya iban a salir y bien parecía que iban a buscar a sus enemigos, apareció el cardenal de Périgord que había salido muy de mañana de Poitiers y se acercaba a galope al rey. Se inclinó ante el rey como humillación y con las manos le rogó que se detuviera hasta haber hablado con él.

El rey de Francia, que se avenía bien a razones, se lo concedió y le dijo: «¿Qué os place decirme?» «Muy querido señor, dijo el cardenal, habéis reunido aquí a toda la flor de la caballería de vuestro reino para combatir a un puñado de gente como son los ingleses en comparación con vos. Si lográis que se pongan a vuestra merced sin batalla, será más honroso y provechoso para vos, en lugar de aventurar a tan grande y noble caballería como la que tenéis aquí. En nombre de Dios y de la humildad, os ruego que me permitáis cabalgar junto al príncipe y exponerle el gran peligro que corre». El rey

se lo concedió y le dijo: «Nos place, señor, pero regresad enseguida».

Con estas palabras se separó el cardenal del rey de Francia y acudió junto al príncipe, que estaba entre sus gentes a pie al lado de un viñedo y al parecer muy tranquilo esperando el poder del rey de Francia. En cuanto llegó allí, el cardenal desmontó y se acercó al príncipe que lo recibió con gran benignidad. Cuando le hubo saludado, el cardenal le dijo: «Ciertamente, buen hijo, si vos habéis considerado correctamente el poder del rey de Francia, me permitiréis que, si puedo, os haga llegar a un acuerdo con él». Entonces respondió el príncipe, que entonces era joven, y le dijo: «Señor, si mi honor y el de mis gentes está a salvo, bien me quisiera avenir a todas las razones». Entonces el cardenal le respondió: «Buen hijo, decís bien, y si puedo, lograré acuerdo, pues gran piedad sería que tantas buenas gentes como las que están aquí, de un lado y de otro, se reunieran para una batalla en la que grandes desgracias pueden suceder».

Con estas palabras, el cardenal se alejó del príncipe sin decir más y volvió junto al rey de Francia y empezó con los tratados de paz y a hacer repartos, y al rey le dijo para atraérselo mejor a sus intenciones: «Señor, nada os debéis apresurar en combatirles, pues todos son vuestros sin dar un solo golpe, y no pueden huir ni se os pueden escapar. Os ruego que sólo por hoy hasta la salida del sol de mañana les concedáis descanso».

Entonces el rey de Francia reflexionó un poco y no quiso concederles respiro ni al primer ruego del cardenal, ni al segundo, pues una parte de su consejo no lo consentía, en especial, mi señor Eustace de Ribemont y mi señor

Jean de Landas, que eran del consejo más secreto del rey. Pero al final el cardenal se esforzó tanto con la mejor intención, y le rogó tanto al rey de Francia que el rey consintió y les dio tregua todo el domingo hasta el día siguiente a la salida del sol. El cardenal se lo anunció rápidamente al príncipe y a sus gentes, que nada se encolerizaron, pues estaban dispuestos al acuerdo.

El rey de Francia hizo levantar en el campo, en el mismo lugar donde había concedido la tregua, un pabellón de seda rojo muy rico, y dio licencia a sus gentes para que se retiraran a sus campamentos, excepto a la columna del condestable y de los mariscales. Junto al rey estaban sus hijos y los más grandes de su linaje de quienes tomaba consejo en sus empresas.

Aquel domingo el cardenal cabalgó y se esforzó en uno y otro lado y con mucho gusto habría logrado el acuerdo, si hubiera podido. Pero encontró tan fríos al rey de Francia y a su consejo de modo que no querían aceptar acuerdo alguno si de cinco no conseguían cuatro, y si el príncipe no se entregaba con sus gentes, cosa que él no hubiera hecho jamás. Hubo muchas ofertas, muchos repartos y muchas palabras.

Las gentes del cardenal de Périgord que estuvieron allí presentes y que bien sabían algo de lo que ocurría, me dijeron antaño que el príncipe ofrecía al rey de Francia entregarle todo lo que había conquistado en el viaje, villas y castillos, liberar a todos los prisioneros y jurar no armarse contra el reino de Francia durante siete años enteros. Pero ni el rey de Francia ni sus consejeros querían saber nada de esto y se mantuvieron en la postura de que el príncipe y cien caballeros de los suyos se entregaran prisioneros al rey de Francia. De otro

modo no les dejarían pasar. Pero ni el príncipe de Gales ni sus consejeros habrían aceptado jamás aquel tratado.

381. Mientras el cardenal de Périgord llevaba las palabras cabalgando de un lado a otro y duraba la tregua, algunos jóvenes caballeros, intrépidos y enamorados, tanto de la parte de los franceses como de los ingleses, cabalgaron aquel día costeando las columnas, los franceses para ver la posición de los ingleses, y los caballeros de Inglaterra la de los franceses, tal y como suele hacerse en estas empresas.

Sucedió entonces que mi señor John Chandos, que era un valiente caballero, gentil y noble de corazón y de muy gran sentido, había cabalgado aquel día y costeado por el ala de la columna del rey de Francia. Sintió gran placer de contemplarla, al ver tan gran multitud de noble caballería ricamente armada. Se decía a sí mismo: «No plazca a Dios que marchemos sin combatir, pues si somos apresados o derrotados por tan hermosa gente de armas y en tal cantidad como estoy viendo, de ningún modo seremos vituperados. Y si la jornada es nuestra pues la fortuna así lo quiere consentir, seremos la gente más honrada del mundo».

Del mismo modo que mi señor John Chandos había cabalgado y observado parte de la posición de los franceses, le había ocurrido a uno de los mariscales de Francia, mi señor Jean de Clermont. Tanto cabalgaron aquellos dos caballeros que se encontraron por aventura. Entre ellos hubo gruesas palabras y felones reproches. Os diré por qué. Aquellos dos caballeros que eran jóvenes y estaban enamorados —así se debe y puede entenderse— llevaban la misma divisa de una dama azul con un rayo

de sol bordado en el brazo izquierdo. Nada le agradó a mi señor Jean de Clermont ver llevar su divisa a mi señor John Chandos, se detuvo ante él y le dijo: «Chandos, mucho deseaba encontraros. ¿Desde cuándo lleváis mi divisa?» «Y vos la mía, le respondió mi señor John Chandos, pues es tanto mía como vuestra». «Os lo prohibo, dijo mi señor Jean de Clermont. Si no fuera por el sufrimiento que hay entre los nuestros y los vuestros, os mostraría enseguida que no tenéis razón de llevarla». «¡Ay!, respondió mi señor John Chandos, mañana por la mañana me encontraréis dispuesto a defender y a demostrar por hecho de armas que es tanto mía como vuestra».

Con estas palabras pasaron de largo y mi señor Jean de Clermont siguió insultando a mi señor John Chandos y le dijo: «Chandos, Chandos, mucha arrogancia hay entre vosotros, los ingleses, que no saben ver nada nuevo, pero que todo lo que ven, les parece hermoso». Entonces ya no se hizo ni se dijo nada más. Cada uno regresó junto a sus gentes y la cosa quedó así.

Bien habéis oído antes contar cómo el cardenal de Périgord se esforzó todo el domingo cabalgando de un lado a otro para conciliar a aquellos dos señores, el rey de Francia y el príncipe de Gales. Pero no logró llevarlo a buen término y fue muy tarde por vísperas cuando salió de allí y entró en la ciudad de Poitiers. Aquel domingo los franceses permanecieron todo el día en el campo y por la noche se retiraron a sus campamentos acomodándose todo lo que pudieron. Tenían muchos víveres y provisiones, y en cambio los ingleses sufrían gran carestía. Eso era lo que más les preocupaba, pues no sabían dónde aprovisionarse ya que los pasos estaban

cerrados y no podían salir de allí sin peligro de los franceses. A decir verdad, no temían tanto la batalla como que los tuvieran en aquel estado, asediados y hambrientos. Durante todo el domingo se dedicaron a sus tareas y lo pasaron lo mejor que pudieron, e hicieron que los arqueros cavaran fosos y levantaran setos alrededor de ellos para su mayor resistencia.

Cuando llegó el lunes por la mañana, el príncipe y sus gentes se prepararon y formaron como habían hecho antes, sin el menor desorden ni agitación, y lo mismo hicieron los franceses. El lunes por la mañana hacia la salida del sol volvió el cardenal de Périgord junto a una y otra hueste para conciliarios por sus ruegos, pero no pudo. Los franceses le dijeron muy airados que se marchara a Poitiers o a donde quisiera y que no volviera con palabras de tratados ni de acuerdos, porque mal le podría ir.

El cardenal, que se preocupaba por el bien de todos, no quiso arriesgarse y pidió licencia al rey de Francia, pues bien vio que se esforzaba en vano, y al marcharse acudió junto al príncipe y le dijo: «Buen hijo, haced lo que podáis. Tendréis que combatir, pues no he conseguido gracia ni acuerdo de paz por parte del rey de Francia». Estas últimas palabras enardecieron grandemente el corazón del príncipe y respondió: «Ésa es nuestra intención. ¡Dios quiera hacer justicia!» En esto se marchó el cardenal y volvió a Poitiers.

En su compañía había algunos expertos escuderos y hombres de armas que eran más favorables al rey de Francia que al príncipe. Cuando vieron que habría combate, se metieron con sus señores en la tropa de los franceses. Hicieron su jefe al señor del castillo de

Amposta, un hombre de armas muy valiente, que en aquel tiempo pertenecía al hostal del cardenal. El cardenal no se enteró de nada de esto y volvió a Poitiers. Si lo hubiera sabido no lo habría podido soportar después de haber tratado tanto de apaciguar a una y otra parte. Ahora hablaremos un poco de la formación de los ingleses, como ya hemos hablado de la de los franceses.

La formación de las columnas del príncipe de Gales era tal y como los cuatro caballeros de Francia ya nombrados le habían contado al rey, salvo que después habían ordenado a algunos expertos caballeros jóvenes que permanecieran a caballo entre las columnas y contra la columna de los mariscales de Francia. Además, en el lado derecho, en una montaña que no era demasiado elevada ni demasiado escarpada, habían colocado a trescientos hombres a caballo y a otros tantos arqueros también a caballo, para atacar por el ala de la columna del duque de Normandie que estaba con su columna a pie debajo de la montaña. Esto era todo lo que habían cambiado. El príncipe estaba con su gruesa columna al fondo de los viñedos, a pie, con los caballos muy cerca para montar enseguida si era necesario. En el lado más débil se habían fortificado y rodeado con los acarreos y los bagajes, de modo que tampoco se les podían acercar por aquel costado.

Ahora os quiero nombrar a algunos de los más famosos caballeros de Inglaterra y Gascogne que estaban junto al príncipe de Gales: en primer lugar, el conde de Warwick, el conde de Suffolk, mariscal de hueste, el conde de Salisbury y el conde de Oxford, mi señor John Chandos, mi señor Reginald Cobham, mi señor Richard Stafford, mi señor Edward Despenser, mi señor James Audley y su

hermano mi señor Peter, el señor de Berkeley, el señor de Basset, mi señor William Fitzwarin, el señor de Wake, el señor de Mauny, el señor de Willoughby, mi señor Bartholomew Burghersh, mi señor Richard Pembroke, mi señor Stephen de Cosington, el señor de Bradeston y muchos más. Entre los gascones estaban el señor de Albret, el señor de Pommiers, mi señor Helye y mi señor Aymon de Pommiers, el señor de Longueren, mi señor Jean de Grailly, captal de Buch, mi señor Jean de Chaumont, el señor de Epée, el señor de Montchident, el señor de Curton, el señor de Ros, el señor de Condon, el señor de Montferrant, el señor de Landas, mi señor de Latrau y muchos otros a los que no puedo nombrar. De Hainaut estaban: mi señor Eustace de Abrechicourt y mi señor Jean de Ghistelles y otros dos buenos caballeros extranjeros: mi señor Daniel Passelle y mi señor Denis de Morbecque. Os digo en verdad que el príncipe de Gales había reunido a la flor de la caballería, aunque no fueran muchos, pues entre todos no eran más de ocho mil hombres. Los franceses eran cincuenta mil combatientes, entre los que había tres mil caballeros.

Cuando aquel joven príncipe de Gales vio que tendrían que combatir y que el cardenal de Périgord se marchaba sin haber conseguido nada, y que su enemigo el rey de Francia los valoraba en muy poco, se consoló a sí mismo y reconfortó muy sensatamente a sus gentes diciéndoles: «Buenos señores, si somos pocos contra el poder de los enemigos, nada debemos atemorizarnos, pues la victoria no se consigue por la cantidad de gente, sino porque Dios la quiera enviar. Si sucediera que la jornada fuera nuestra, seríamos los más honrados del mundo. Si morimos, aún tengo a mi señor padre y a mis buenos

hermanos, y vosotros también tenéis a buenos amigos que nos vengarán. Os ruego que hoy os esforcéis en combatir bien, pues si a Dios y a San Jorge les place, hoy veréis en mí a un buen caballero».

Mucho se reconfortaron todos al oír éstas y otras bellas palabras que el príncipe pronunció e hizo repetir a sus mariscales. Junto al príncipe, para protegerle y aconsejarle, estaba mi señor John Chandos, que en todo el día no se separó de él por nada que le ocurriera. También permaneció mucho tiempo junto a él mi señor James Audley con cuyo consejo se hizo aquel domingo la mayor parte de la formación de las columnas, pues era hombre sensato y muy valiente, y bien lo demostró ese día, tal y como os contaré. Mi señor James Audley había jurado hacía ya mucho tiempo, que si algún día se encontraba en una empresa en la que estuviera el rey de Inglaterra o uno de sus hijos y se entablara batalla, sería el primero en atacar y el mejor combatiente o moriría en el esfuerzo. Así, cuando vio que iba a haber combate y que allí estaba el príncipe de Gales, el primogénito de su señor el rey, mucho se alegró, pues quería cumplir su promesa con todo su leal poder. Se acercó al príncipe y le dijo: «Mi señor, he servido siempre con toda lealtad a mi señor vuestro padre y también a vos, y lo haré así mientras viva. Querido señor, hace tiempo juré que en la primera necesidad en que estuviera vuestro padre el rey o uno de sus hijos sería el primero en atacar. Os ruego encarecidamente, como recompensa a los servicios prestados a vuestro padre y a vos, que me concedáis licencia para separarme de vos por mi honor y pueda así cumplir mi promesa».

El príncipe, al ver la bondad del caballero y su gran voluntad de ir al encuentro de los enemigos, se lo otorgó y le dijo: «Mi señor James, ¡Dios os conceda la gracia de ser el mejor guerrero!», y entonces le dio la mano. El caballero se separó del príncipe y se fue al primer frente de todas las columnas acompañado solamente de cuatro valientes escuderos a los que había rogado que le acompañaran y ayudaran. El caballero se fue delante de todo a combatir y a atacar la columna de los mariscales de Francia, y combatió con mi señor Arnoul de Audrehem y su tropa. Y allí hizo maravillas de armas, tal y como oiréis contar en el relato de esta batalla. También mi señor Eustace de Abrechicourt, que en aquel tiempo era un joven caballero y estaba deseoso de conquistar honor y gracia en las armas, se esforzó mucho en ser de los primeros en atacar. Lo hizo más o menos cuando mi señor James Audley avanzó el primero en busca de sus enemigos, pero tal y como os contaré, mal le fue a mi señor Eustace.

Antes habéis oído decir al hablar de la formación de las columnas, que los alemanes que costeaban a los mariscales permanecieron a caballo. Mi señor Eustace de Abrechicourt, que iba a caballo, bajó su lanza, embrazó la adarga, picó espuelas al caballo y se adelantó entre las columnas. Un caballero de Alemania llamado Louis de Recombes y que llevaba armas de argent con cinco rosas de gules vio venir a mi señor Eustace de Abrechicourt que llevaba armiño con dos barras de gules. Salió de su fila de la tropa del conde Jean de Nassau y bajó su lanza dirigiéndose contra mi señor Eustace. Se enfrentaron a pleno galope y se derribaron al suelo. El caballero alemán fue herido en el hombro y no se levantó tan

pronto como mi señor Eustace. Cuando mi señor Eustace se levantó, cogió su lanza y fue a atacar al caballero que yacía en el suelo. Pero no pudo, porque se le abalanzaron cinco hombres de armas alemanes que le derribaron. Nadie salió en su ayuda de modo que lo apresaron y fue conducido prisionero entre las gentes del conde Jean de Nassau que en aquel momento no le hicieron mucho caso. No sé si le hicieron jurar prisión, pero le ataron en un carro con sus equipajes.

Muy poco tiempo después de que mi señor Eustace cayera prisionero, comenzó la batalla por todos lados, y la columna de los mariscales ya se había acercado. Cabalgaron delante los que debían romper la columna de los arqueros y entraron a caballo en el camino donde el grueso y espeso seto estaba a ambos lados. En cuanto se metieron allí las gentes de armas, los arqueros comenzaron a disparar con gran fuerza, atravesando a los caballos con sus largas flechas arpadas. Al notar el hierro de las largas flechas, los caballos relinchaban y no querían seguir adelante. Se giraban de lado y a través, tropezaban y caían encima de sus jinetes que no podían levantarse. En ningún momento la columna de los mariscales pudo acercarse a la columna del príncipe. Algunos caballeros y escuderos bien montados lograron por la fuerza de sus caballos romper las filas y pasar delante creyendo acercarse a la columna del príncipe y sus estandartes, pero no lo lograron.

Mi señor James Audley, al cuidado de sus cuatro escuderos y espada en mano, estaba como ya os he dicho en la primera fila de la columna, y mucho más delante que los otros, hacía maravillas de armas. Con gran valor se fue a combatir bajo el estandarte de mi señor Arnoul

de Audrehem, mariscal de Francia, un intrépido y valiente caballero. Combatieron mucho tiempo y allí fue gravemente herido mi señor Arnoul, pues la columna de los mariscales fue destruida por los disparos de los arqueros con la ayuda de los hombres de armas que cuando habían sido derribados, se metían entre ellos y los cogían y mataban a su gusto. Allí fue malherido y apresado mi señor Arnoul de Audrehem, pero eso no lo hicieron ni mi señor James Audley ni sus cuatro escuderos, pues ese caballero no cogió un prisionero en todo el día ni se interesó por eso, sino que siempre se esforzó en combatir y en avanzar sobre sus enemigos.

385. Por otro lado, mi señor Jean de Clermont, mariscal de Francia y caballero muy valiente y gentil, combatía bajo su estandarte y realizó muchas armas mientras pudo durar. Pero fue derribado y ya no se pudo levantar ni ser apresado. Allí murió sirviendo a su señor. Algunos dicen que fue por las palabras que había tenido el día anterior con mi señor John Chandos. Pocas veces se había visto que sucedieran tantas calamidades a gentes de armas y buenos combatientes, como las que les ocurrieron a las columnas de los mariscales de Francia. Caían unos sobre otros sin poder avanzar.

Los que estaban detrás y veían la desgracia y que no podían avanzar, retrocedían y se iban a la columna del duque de Normandie que delante era grande y espesa. Pero pronto se vació por detrás, cuando oyeron que los mariscales habían sido derrotados. Muchos montaron a caballo y se marcharon. Una tropa de ingleses con gran cantidad de arqueros delante de ellos y montados a caballo bajaba por una montaña costeando a las

columnas, y fueron a atacar por el ala a la columna del duque de Normandie. A decir verdad, los arqueros de Inglaterra proporcionaron a sus gentes una gran ventaja y mucho aterraron a los franceses, pues disparaban sin cesar y de modo tan espeso, que los franceses no sabían dónde ponerse para no ser alcanzados, y los arqueros iban avanzando siempre y conquistando terreno.

Cuando las gentes de armas de Inglaterra vieron que la primera columna había sido destruida y que la columna del duque de Normandie se tambaleaba y empezaba a abrirse, crecieron sus fuerzas y se enardecieron mucho. Enseguida montaron todos en los caballos que habían dejado junto a ellos. Cuando todos estuvieron bien montados, se juntaron y empezaron a gritar en voz muy alta para atemorizar a sus enemigos: «¡Saint George! ¡Guyenne!» Mi señor John Chandos dijo entonces al príncipe palabras grandes y honorables: «Señor, señor, cabalgad hacia delante. Vuestra es la jornada. Dios está de vuestra parte. Vayamos contra nuestro adversario el rey de Francia pues en esa parte están todas sus fuerzas. Bien sé que por valor no huirá. Si le place a Dios y a San Jorge nos esperará y será bien combatido. Dijisteis que hoy vería en vos a un buen caballero».

Estas palabras enardecieron al príncipe que en voz alta dijo: «Vamos, John, que hoy no habréis de verme retroceder, sino cabalgar siempre hacia delante». Entonces dijo a su estandarte: «En nombre de Dios y de San Jorge, cabalgad hacia delante, estandarte». Y el caballero que lo llevaba, cumplió la orden del príncipe. Allá hubo pelea y persecución grande y peligrosa, y muchos hombres fueron derribados. Sabed que quien caía, ya no podía levantarse si no le ayudaban. Cuando el

príncipe y su estandarte iban cabalgando con sus gentes detrás y penetrando entre sus enemigos, miró a su derecha junto a un pequeño matorral y vio a mi señor Robert de Duras, que yacía muerto al lado de su estandarte que era de Francia con aspas de gules, y a su alrededor había diez o doce de los suyos. Ordenó a dos de sus escuderos y a tres arqueros: «Colocad el cuerpo de este caballero sobre una adarga y llevadla a Poitiers. Presentádsela de mi parte al cardenal de Périgord y decidle que le saludo con estas enseñas». Aquellos muchachos hicieron enseguida y sin demora lo que se les había ordenado.

Ahora os diré qué impulsó al príncipe a obrar así. Algunos dicen que lo hizo como burla. Al príncipe ya se le había informado que las gentes del cardenal de Périgord se habían quedado en los campos y armado contra él, lo cual no era muy adecuado ni justo hecho de armas, pues gentes de iglesia que se esfuerzan en un lado y otro para conseguir un tratado de paz, no se deben armar ni combatir contra uno o contra otro. Pero como así lo habían hecho, el príncipe estaba muy irritado con el cardenal y le envió realmente a su sobrino mi señor Robert Duras, tal y como aquí se ha relatado. Y al castellano de Amposta, que allí fue apresado, le quería hacer cortar la cabeza. Y lo habría hecho sin falta, pues era de la familia del cardenal, si no hubiera estado allí mi señor John Chandos, que con dulces palabras le calmó y le dijo: «Mi señor, dejadlo estar y ocupaos de cosas más importantes que ésta. El cardenal de Périgord excusará tan bien a sus gentes que mucho os alegrará». El príncipe ordenó que el castellano fuera bien vigilado y se descuidó de aquel asunto.

387. Cuando la columna de los mariscales fue destruida sin que ya pudiera recuperarse, y la del duque de Normandie comenzó a romperse y abrirse, y la mayoría de los que estaban allí en lugar de combatir montaron a caballo y huyeron. Los ingleses avanzaron a caballo y primero se dirigieron a la columna del duque de Athénes, condestable de Francia. Allí hubo un gran tumulto y gran pelea, y muchos hombres derribados al suelo. Algunos caballeros y escuderos de Francia que combatían en tropel, gritaban: «¡Monjoie! ¡Saint Denis!» y los ingleses: ¡Saint George! ¡Guyenne!» Hubo allí gran demostración de armas, pues no había ninguno que no fuera buen hombre de armas.

El príncipe y sus gentes se encontraron con la columna de los alemanes, del conde de Saarbrück, del conde Jean de Nassau y del conde de Nidau y sus gentes, que no duraron mucho pues fueron rechazados con gran violencia y perseguidos. Los arqueros de Inglaterra fueron allí rápidos en disparar de modo tan incesante y espeso que nadie podía ni se atrevía a ponerse a su alcance. En ese encuentro hirieron y mataron a muchos hombres que no encontraron merced ni pudieron pagar rescate. Los tres condes arriba nombrados fueron apresados y muchos caballeros y escuderos de su tropa también fueron hechos prisioneros o murieron.

En esta pelea y retroceso fue rescatado mi señor Eustace Abrechicourt por sus gentes que lo buscaban y le sabían prisionero de los alemanes. Mucho se esforzó en esto mi señor Jean de Ghistelles y mi señor Eustace volvió a montar a caballo. A partir de ese momento realizó grandes hechos de armas y apresó a tan buenos

prisioneros de los que luego obtendría alto rescate y que mucho le ayudaron a progresar.

Cuando la columna del duque de Normandie vio acercarse con tanto ímpetu las columnas del príncipe que ya habían derrotado la de los mariscales y la de los alemanes, tal y como ya os he dicho, la mayoría sintieron gran temor. Casi todos trataron de salvarse y también los hijos del rey, el duque de Normandie, el conde de Poitiers y el conde de Touraine, que en aquel tiempo eran muy jóvenes y de escasa opinión y creían fácilmente a los que les conducían. De todos modos, mi señor Guichard de Angle y mi señor Jean de Saintré, que estaban junto al conde de Poitiers, no quisieron huir, sino que se metieron allá donde más dura era la batalla. Así se marcharon por consejo los tres hijos del rey y con ellos más de ochocientas lanzas sanas y enteras pues ni se habían acercado a los enemigos, y cogieron el camino a Chauvigny.

Cuando mi señor Jean de Landas y mi señor Thibaut de Voudenay, que estaban al cuidado del duque Charles de Normandie junto con el señor de Saint-Venant, hubieron cabalgado una buena legua en compañía del duque, se despidieron de él y rogaron al señor de Saint-Venant que no le abandonara y que le acompañara hasta que estuviera a salvo, y que así protegiéndole conquistaría tanto honor como quedándose en la batalla. Ellos deseaban regresar junto al rey y su columna, y él les respondió que acompañaría al duque. Así regresaron los dos caballeros y se encontraron con el duque de Orleáns y su gruesa columna santa y entera, que se había marchado ocultándose detrás de la columna del rey. Bien es verdad que muchos buenos caballeros y escuderos no

quisieron marcharse por mucho que lo hicieran sus señores, y preferían morir a que su huida les fuera reprochada.

Bien habéis oído antes en esta historia hablar de la batalla de Crécy y de lo terrible que fue para los franceses. La batalla de Poitiers también fue para ellos horrible y algo parecida a la de Crécy, pues los franceses eran siete contra uno. Considerad ahora si no fue para ellos un infortunio cuando no lograron ganar la plaza a sus enemigos. Aunque a decir verdad, se combatió mejor en la batalla de Poitiers que en la de Crécy y todos los tipos de gentes de armas se esforzaron más en observar a sus enemigos de lo que lo hicieron en Crécy. Pues la batalla de Crécy comenzó muy tarde a vísperas, en desorden y sin formación, y la de Poitiers pronto por la mañana, a hora prima, y en muy buena posición, si hubiera habido suerte para los franceses. Allí tuvieron lugar hermosos hechos de armas, sin comparación con los que hubo en Crécy, aunque no murieran tantos jefes como por el contrario ocurrió en Crécy.

Tan lealmente se comportaron con sus señores todos los que se quedaron en Poitiers, muertos o prisioneros, que aún debe honrarse a sus herederos y recomendarse a los valientes hombres que allí combatieron. Y no se puede decir ni suponer que el rey Jean de Francia se atemorizara por nada de lo que oyera o viera. En todo momento demostró ser buen caballero y buen combatiente y no hizo ademán alguno de huir o retroceder cuando dijo a sus hombres: «¡A pie! ¡A pie!», e hizo desmontar a todos los que iban a caballo. Él desmontó delante de todos y a pie y con un hacha de guerra en sus manos hizo avanzar a sus estandartes en

nombre de Dios y de Saint Denis. Mi señor Geoffroi de Charny llevaba el estandarte soberano y de este modo la gruesa columna del rey fue a atacar a los ingleses. Hubo allí una gran pelea, cruel y feroz, y se asestaron grandes golpes de hachas, espadas y otros bastones de guerra. El rey de Francia y su primogénito mi señor Philippe combatieron con la columna de los mariscales de Inglaterra, el conde de Warwick y el conde de Suffolk. También había allí gascones: mi señor el captal, el señor de Pommiers, mi señor Aimery de Tastes, el señor de Mussidan, el señor de Longueren, y el susodicho de Latrau. El rey Jean de Francia bien sabía que sus gentes estaban en peligro, pues veía cómo sus columnas se abrían, y tropezar y retroceder a estandartes y pendones por la fuerza de sus enemigos. Pero pensaba recuperarse por hecho de armas. Los franceses gritaban su grito: «¡Monjoie! ¡Saint Denis!» y los ingleses: «Saint George! ¡Guyenne!».

Los dos caballeros que habían dejado la tropa del duque de Normandie, mi señor Jean de Landas y mi señor Thibaut de Voudenay, regresaron a tiempo y combatieron con gran valor a pie en la columna del rey.

En otro lado combatían el duque de Athénes, condestable de Francia, y sus gentes, y un poco más arriba, el duque de Bourbon rodeado de buenos caballeros de su país y la Picardie.

A un lado estaban los de Poitou, el señor de Pons, el señor de Parthenay, el señor de Poyanne, el señor de Tannay Bouton, el señor de Surgieres, mi señor Jean de Saintré, mi señor Guichard de Angle, el señor de Argenten, el señor de Lignieres, el señor de Montendre y

muchos otros, el vizconde de Rochechouart y el vizconde de Aunay.

Allá hubo gran demostración de caballería y de todos los hechos de armas. Bien podéis creer que en un lado y otro estaba toda la flor de la caballería. Allí combatían valientemente mi señor Guichard de Beaujeu, el señor de Châteauvillain y muchos buenos caballeros y escuderos de Bourgogne.

En otro lado estaban el conde de Ventadour y de Montpensier, mi señor Jacques de Bourbon en gran orden, y también mi señor Jean de Artois y su hermano mi señor Charles, y mi señor Renaud de Cervoles, llamado el Arcipreste, armados para el joven conde de Alencon.

También había muchos grandes barones y buenos caballeros de Auvergne, tales como el señor de Mercueil, el señor de la Tour, el señor de Calencon, mi señor Guillaume de Montagut, el señor de Rochefort, el señor de Acier y el señor de Acon. Y del Limousin estaban: el señor de Melval, el señor de Moruel, y el señor de Pierebuffiére, y de Picardie, mi señor Guillaume de Nielle, mi señor Raoul de Raineval, mi señor Jofroi de Saint Digier, el señor de Cauny, el señor de Helli, el señor de Montsault, el señor de Hanges y muchos otros.

En la columna del rey también estaba el conde Douglas de Escocia combatiendo con gran valor, pero cuando vio que la derrota se decantaba por el lado de los franceses, partió y se salvó lo mejor que pudo, pues de ningún modo habría querido ser apresado ni caer en manos de los ingleses. Habría preferido que lo mataran en el lugar.

Es imposible hablaros de todos y decir y contar, «éste lo hizo bien y aquél mejor», pues faltarían las palabras. De

todos modos, en cuestión de armas no se puede hablar a la ligera ni pasar nada por alto. Hubo allí muy buenos caballeros y escuderos en un lado y otro. Bien lo demostraron los que allí fueron muertos o apresados de la partida del rey de Francia, pues no huyeron y permanecieron con gran valor junto a su señor combatiendo con ardor. En el otro lado se veía a los caballeros de Inglaterra y de Gascogne aventurarse intrépidamente, cabalgar en orden y buscar a sus enemigos abandonándose al combate. Mucho tuvieron que esforzarse y sufrir antes de que pudieran entrar en la columna del rey de Francia, pues en modo alguno la tenían ganada de antemano.

Allí estaban junto al príncipe y su freno mi señor John Chandos y mi señor Peter Audley, hermano de mi señor James Audley del que ya hemos hablado y que fue uno de los primeros en atacar, tal y como había prometido, y que ya había hecho tantas armas con la ayuda de sus cuatro escuderos, que bien se le debía considerar y recomendar como probo. Pues como buen caballero había entrado en lo más fuerte de las columnas y combatido con tal valor, que fue gravemente herido en cuerpo, cabeza y rostro, y mientras le duraron el aliento y las fuerzas continuó combatiendo y avanzando de tal forma que se desangró mucho. Hacia el final de la batalla lo cogieron los cuatro escuderos que le acompañaban, y le llevaron muy débil y malherido fuera de las columnas junto a un seto para refrescarle un poco, y le desarmaron con la mayor dulzura que pudieron, y le vendaron y le ataron las heridas más peligrosas.

Ahora volvemos al príncipe de Gales que seguía cabalgando hacia adelante, derribando y matando a sus

enemigos. A su lado iba mi señor John Chandos con cuyo consejo actuó el príncipe aquella jornada. Y el gentil caballero se entregó con tanta lealtad que en todo el día no intentó hacer prisioneros, sino que decía al príncipe: «Cabalgad hacia delante, señor. Dios está de vuestra parte. La jornada es nuestra». El príncipe, inclinado siempre a toda perfección de honor, cabalgaba hacia delante con su estandarte y acudía a ayudar a sus gentes donde les veía abrirse o tambalear, y fue allí muy buen caballero.

Aquel lunes, la batalla entre franceses e ingleses muy cerca de la ciudad de Poitiers fue muy dura y muy fuerte. Allí estuvo el rey Jean con muy buenos caballeros, y si la cuarta parte de su gente se le hubieran unido, la jornada habría sido suya, pero no sucedió así.

De todos modos, los duques, condes, barones, caballeros y escuderos que se quedaron, se comportaron bien y lealmente, y combatieron tanto que todos murieron o fueron apresados. Se salvaron muy pocos de los que desmontaron y lucharon a pie junto a su señor el rey.

Allí murieron el gentil duque de Bourbon, que se llamaba mi señor Pierre, y muy cerca de él mi señor Guichard de Beaujeau y mi señor Jean de Landas, lo que fue gran pena. Fueron apresados y gravemente heridos el Arcipreste, mi señor Thibaut de Voudenay, mi señor Baudouin de Annequin, y muertos, el duque de Athénes, condestable de Francia, y el obispo de Châlons en Champagne. Por otro lado fueron apresados el conde de Vaudemont y de Genville, el conde de Vendôme y los de Ventadour y Montpensé, y un poco más arriba murieron mi señor Guillaume de Nielle y mi señor Eustace de Ribemont, y de Auvergne, el señor de la Tour y mi señor

Guillaume de Montagut. Fueron apresados mi señor Louis de Melval, el señor de Pierebuffière y el señor de Seregnach. En este ataque hubo más de doscientos caballeros muertos y apresados.

En otra parte combatían algunos buenos caballeros de Normandie con una tropa de ingleses. Allí murieron Grimouton de Cambli y mi señor Baudrain de le Huese y muchos otros que habían sido dispersados y combatían en tropeles y compañías cuando se encontraban. El príncipe seguía cabalgando hada delante en dirección a la columna del rey. La mayor parte de los suyos se esforzaba por su lado en la tarea lo mejor que sabían, pues todos no podían estar juntos. Aquel día hubo hermosos hechos de armas, muchas capturas y muchos rescates, pero no todos se conocieron. Pues no se puede verlo ni saberlo todo, ni decidir quiénes fueron los más valientes y esforzados. Quiero hablar con la mayor precisión posible, según luego fui informado por caballeros y escuderos que estuvieron en una y otra parte.

De los combates, encuentros y persecuciones que hubo aquel día en los campos, os voy a contar lo que le sucedió a mi señor Oudart de Renty. Mi señor Oudart se había marchado de la batalla, pues bien veía que estaba perdida sin recuperación posible. De ningún modo quería ponerse en peligro de los ingleses si lo podía remediar, y ya se había alejado bien una legua. Un caballero de Inglaterra lo perseguía con la lanza empuñada, mientras a un tiempo le gritaba: «Regresad, caballero. Gran vergüenza es huir de ese modo».

Mi señor Oudart, que se sabía perseguido, se avergonzó y se detuvo. Se quedó muy quieto, colocó la espada en el

fieltro, y se dijo a sí mismo que esperaría al caballero de Inglaterra. El caballero inglés pensó dirigirse contra mi señor Oudart metiéndole su lanza por encima de la adarga. Pero falló, porque mi señor Oudart desvió el golpe y no dejó de atacar al caballero. Muy al contrario, le asestó tal golpe con su espada en el bacinete, que le hizo tambalearse derribándolo de su caballo al suelo y allí se quedó un rato sin moverse.

Entonces puso pie en tierra mi señor Oudart y se acercó al caballero que allí yacía, y apoyándole su espada en el pecho, le dijo que le mataría si no se le entregaba y le juraba prisión. El caballero no se vio por encima de la situación y se entregó a mi señor Oudart como prisionero y se fue con él. Más tarde tuvo que pagarle alto rescate. Aún hubo otra hermosa aventura y mayor en medio de los combates y persecuciones que le sucedió a un escudero de Picardie llamado Jean de Allaines, un hombre muy experto en armas. Aquel día había combatido con gran valor en la columna del rey y se había dado cuenta de la derrota y la gran pestilencia que corría por allí. Tuvo la suerte de que su paje le llevara su corcel. El escudero montó y se alejó del peligro, pues encontró a su corcel fresco y descansado, lo que le fue muy bien.

En esto, se encontraba por allí el señor de Berkeley, un joven y hábil caballero, que aquel día había llevado estandarte. Vio el comportamiento de Jean de Allaines y salió de las filas detrás de él montando también una flor de corcel. Para mayor valentía de armas, se alejó de su tropa él solo y solo quiso perseguir a Jean. Cabalgaron muy lejos de las columnas sin acercarse, Jean de Allaines delante y el señor de Berkeley detrás esforzándose

mucho en alcanzarle. La intención del escudero francés era realmente combatirle, pero antes quería llevar al caballero más hacia delante. Cabalgaron dejando a sus corceles sin aliento más de una legua y se alejaron mucho de las columnas. El señor de Berkeley iba gritando a Jean de Allaines: «Regresad, regresad, hombre de armas. No es honor ni proeza huir de este modo».

Cuando el escudero comprendió que había llegado el momento, se giró con acritud hacia el caballero empuñando la espada bajo el brazo a modo de lanza y así se lanzó contra el señor de Berkeley que ni por un momento pensó en rechazarle, sino que cogió su espada de Bordeaux, buena, ligera y muy resistente, y empuñándola la alzó para arrojársela al escudero al pasar y así cabalgó contra él. Jean de Allaines, al ver la espada volando hacia él, la esquivó y por aquella vez perdió el golpe el caballero. Pero Jean no perdió el suyo, sino que al pasar alcanzó el brazo del caballero de modo que le hizo volar la espada al suelo. Cuando el señor de Berkeley vio que no tenía espada y que el escudero conservaba la suya, saltó del corcel y fue corriendo al lugar donde había caído su espada, pero no logró llegar sin que Jean de Allaines le acosara. Arrojó con tal fuerza su espada al caballero que estaba en tierra, que le alcanzó en los muslos. La espada, que era fuerte y bien afilada y había sido arrojada por un fuerte brazo y con gran voluntad, entró en el muslo hasta la cadera. Con este golpe el caballero cayó malherido y sin poder ayudarse.

Cuando el escudero lo vio en aquel estado, desmontó de su corcel y se acercó a la espada del caballero que estaba en el suelo. La cogió y enseguida acudió junto al caballero, y le preguntó si se le quería entregar. El

caballero le preguntó su nombre y él le dijo: «Me llaman Jean de Allaines, ¿y a vos cómo?» «Ciertamente, compañero, le respondió el caballero, me llaman Thomas y soy señor de Berkeley, un hermoso castillo que está junto al río Severn en la marca de Gales». «Señor de Berkeley, dijo el escudero, seréis mi prisionero tal y como os he dicho. Os pondré a salvo y trataré de curaros, pues me parece que estáis gravemente herido». El señor de Berkeley respondió: «Os lo otorgo. Realmente soy vuestro prisionero, pues lealmente me habéis conquistado». Allí le juró por su fe que sería su prisionero.

Entonces Jean le sacó la espada del muslo y la herida quedó abierta, pero Jean se la ató y vendó lo mejor que pudo. Hizo tanto que lo volvió a montar sobre su caballo y aquel día lo llevó al paso hasta Châtellerault. Allí se quedó más de quince días por amor a él y le hizo medicarse. Cuando estuvo un poco mejor, lo puso en una litera y lo hizo llevar con gran cuidado a su hostal de Picardie. Estuvo allí más de un año hasta que se curó, pero quedó herido. Cuando se marchó, le pagó seis mil nobles. El escudero se hizo caballero con el gran provecho que obtuvo de su prisionero, el señor de Berkeley. Ahora volvamos a la batalla de Poitiers.

Así suelen ocurrir las fortunas en armas y en amores, más felices y más terribles de lo que uno jamás podría imaginar, tanto en batallas como en encuentros y persecuciones. A decir verdad, esta batalla, que tuvo lugar muy cerca de Poitiers, en las llanuras de Beauvoir y de Maupertuis, fue muy grande y muy peligrosa, y bien pudieron suceder grandes acontecimientos y hermosos hechos de armas que no han llegado a nuestro

conocimiento. La batalla fue muy bien combatida, bien continuada y mejor acabada por los ingleses, y mucho se esforzaron los combatientes de uno y otro lado.

El rey Jean hizo maravillas de armas y muy bien combatía con el hacha. Al abrirse y romperse el tumulto, fueron apresados muy cerca de él el conde de Tancarville y mi señor Jacques de Bourbon, conde de Ponthieu en aquellos tiempos, y mi señor Jean de Artois, conde de Eu, y en el otro lado, un poco más arriba, bajo el pendón del captal, mi señor Charles de Artois y muchos otros caballeros.

La persecución duró hasta las puertas de Poitiers. Allí hubo una gran matanza de gentes de armas y de caballos, pues los de Poitiers cerraron sus puertas y no dejaron entrar a nadie por el peligro. Por ello hubo en la calzada ante la puerta tan espantosa matanza de gentes que resulta terrible pensarlo. Los franceses se entregaban en cuanto veían a un inglés de modo que muchos ingleses, arqueros y demás, tenían cuatro o cinco o seis prisioneros. Nunca se ha oído hablar de tanta desgracia como la que le sobrevino a los franceses aquel día.

Allí murió el señor de Pons, un gran barón de Poitou, y muchos otros caballeros y escuderos. Apresaron al vizconde de Rochechouart, al señor de Poyanne y al señor de Parthenay y al de Saintonge, el señor de Montendre. Mi señor Jean de Saintré fue hecho prisionero y fue tan golpeado que jamás recuperó la salud, y le consideraban uno de los mejores y más valientes caballeros de Francia. Mi señor Guichard de Angle, que con gran valor combatió aquella jornada, también fue gravemente herido.

Con gran valor y muy cerca del rey combatió mi señor Geoffroi de Charny que tenía encima todo el tumulto porque llevaba la oriflama del rey y también tenía su estandarte en el campo que era de gules con tres escudos de argent. Llegaron de todas partes tantos ingleses y gascones que abrieron por la fuerza la columna del rey de Francia. Los franceses se mezclaron tanto con sus enemigos que en aquel lugar y por aquella vez bien había cinco hombres de armas por cada gentilhombre. Fue apresado mi señor Badouin de Annequin por mi señor Bartholomew Burghersh. Mataron a mi señor Geoffroi de Charny con la oriflama de Francia entre las manos. El conde de Dammartin fue apresado por mi señor Reginald Cobham. Un gran tumulto y una gran pelea tuvo lugar en torno al rey Jean por la codicia de apresarle, y los que le conocían y estaban más cerca, le gritaban: «Entregaos, entregaos, porque de otro modo estáis muerto».

Había allí un caballero de la nación de Saint-Omer al que llamaban Denis de Morbecque. Desde hacía unos cinco años servía a los ingleses, pues en su juventud había cometido delitos en el reino de Francia por guerras de amigos y un homicidio en Saint-Omer. El rey de Inglaterra lo retenía a salvo y a sueldo. A este caballero le sucedió estar muy cerca del rey cuando estaban tratando de apresarle. A fuerza de brazos y cuerpo avanzó en el tumulto y cuando era el más próximo al rey, le dijo en buen francés: «Señor, señor, entregaos».

El rey, que se veía en duro partido y tan acosado por sus enemigos que de nada le valía su defensa, preguntó mirando al caballero: «¿A quién me debo entregar? ¿A quién? ¿Dónde está mi primo el príncipe de Gales? Si le veo, hablaré con él». «Señor, respondió Denis de

Morbecque, no está aquí. Pero entregaos a mí que os llevaré junto a él». «¿Quién sois?», preguntó el rey. «Señor, soy Denis de Morbecque, un caballero de Artois. Sirvo al rey de Inglaterra porque no puedo hacerlo en el reino de Francia debido a los delitos que he cometido».

Según me informaron después, el rey de Francia respondió: «Me entrego a vos», y le ofreció su guante derecho. El caballero lo cogió con gran alegría. Entonces hubo allí un gran tumulto en torno al rey, pues todos decían: «Lo he cogido yo, lo he cogido yo», y ni el rey ni su hijo mi señor Philippe podían avanzar. Ahora dejaremos de hablar un poco de esta confusión en torno al rey de Francia y hablaremos del príncipe de Gales y del final de la batalla.

393. El príncipe de Gales, que era de gran valor y audacia, con el bacinete en la cabeza estaba como un león enfurecido y aquel día había cogido gran placer en combatir y perseguir a sus enemigos, de tal modo que al final de la batalla estaba muy caliente. Mi señor John Chandos, que no le había abandonado ni un momento en todo el día, le dijo: «Señor, es mejor que os detengáis aquí y coloquéis en lo alto de este matorral vuestro estandarte. Así se reunirán vuestras gentes que están muy dispersas, pues a Dios gracias, la jornada es vuestra. Ya no veo estandartes ni pendones franceses, ni filas que puedan reagruparse. Así os refrescaréis un poco, pues os veo muy caliente».

El príncipe se avino a la sugerencia de mi señor John Chandos e hizo colocar su estandarte en lo alto de un matorral para reunir a sus gentes. Hizo que sus ministriles tocaran los cuernos y se quitó el bacinete.

Pronto se presentaron sus caballeros, los del cuerpo y los de su cámara. Levantaron un pequeño pabellón bermejo donde entró el príncipe, y le sirvieron bebida, a él y a los señores que estaban a su lado. Cada vez iban aumentando en número pues iban volviendo de la persecución. Se detenían allí o en los alrededores y se ocupaban de sus prisioneros.

En cuanto llegaron los dos mariscales, el conde de Warwick y el conde de Suffolk, el príncipe les preguntó si tenían noticias del rey de Francia. Le respondieron: «No, señor. Creemos que ha muerto o ha sido apresado, pues con toda seguridad no se ha alejado de las columnas». Entonces el príncipe se apresuró a decir al conde de Warwick y a mi señor Reginald Cobham: «Os lo ruego, marchad y cabalgad hasta que me podáis decir la verdad».

Aquellos dos señores montaron de inmediato y se separaron del príncipe. Subieron a una colina para ver mejor. Divisaron una gran cantidad de gentes de armas que iban muy lentamente a pie. Allí estaba el rey de Francia en gran peligro, pues se habían adueñado de él ingleses y gascones que se lo habían arrebatado a mi señor Denis de Morbecque. Los más fuertes decían: «Lo he cogido yo, lo he cogido yo». El rey de Francia, que notaba la envidia que había entre ellos por él, dijo para evitar el peligro: «Señores, señores, conducidme cortésmente hasta mi primo el príncipe, a mí y a mi hijo. No os peleéis por mí, porque soy señor suficientemente grande para haceros ricos a todos».

Estas palabras y otras que el rey les decía, los calmaba un poco, pero enseguida volvían a empezar la pelea, y no andaban un pie adelante sin querella. Los dos barones

arriba nombrados, cuando vieron aquella muchedumbre y todas aquellas gentes de armas juntas, decidieron dirigirse hacia aquella parte. Espolearon a sus corceles y llegaron hasta allí donde preguntaron: «¿Qué es esto? ¿Qué es esto?» Les dijeron: «Es el rey de Francia que ha sido apresado. Se lo están disputando más de diez caballeros y escuderos».

Entonces los dos barones, sin mediar palabra, rompieron el tumulto por la fuerza de los caballos y obligaron a todo tipo de gentes a retirarse. Ordenaron de parte del príncipe y so pena de perder la cabeza, que todos se retiraran y que nadie se le acercara, a menos que fuera requerido. Las gentes se alejaron, pues no se atrevieron a quebrantar la orden. Mucho se retiraron del rey y de los dos barones que enseguida desmontaron y se inclinaron ante el rey todo lo que pudieron. El rey mucho se alegró de su llegada, pues le habían librado de un gran peligro. Ahora hablaremos un poco de las disposiciones del príncipe, que estaba en su pabellón, y de lo que hizo mientras esperaba a los caballeros arriba nombrados.

394. En cuanto el conde de Warwick y mi señor Reginald Cobham se separaron del príncipe, tal y como se acaba de relatar, el príncipe preguntó a los caballeros que estaban junto a él: «¿Hay alguien que sepa algo de mi señor James Audley?» «Sí. señor, respondieron algunos caballeros que le habían visto. Está gravemente herido y acostado en una litera muy cerca de aquí». «A fe mía, dijo el príncipe, mucho me irrita su herida, pero mucho me agradaría verle. Os ruego que os enteréis si podría aguantar que lo traigan hasta aquí, pues si no puede, iré yo a verle».

Dos caballeros se separaron del príncipe y llegaron junto a mi señor James Audley. Le dijeron que el príncipe había preguntando por él y cuánto deseaba verle. «Agradecedle a mi señor el príncipe, dijo mi señor James, que se haya acordado de un pobre caballero como yo». En esto, llamó a ocho de sus criados y se hizo llevar en su litera hasta donde estaba el príncipe.

Cuando el príncipe de Gales vio a mi señor James, se inclinó sobre él, recibiéndole con gran alegría y dulzura, y le dijo así: «Mi señor James, bien os debo honrar, pues por vuestro valor y proeza habéis conquistado hoy la gracia y la fama de todos nosotros. Sois tenido unánimemente por el más valeroso». «Mi señor, respondió mi señor James, bien querría que así fuese. Vos podéis decir lo que os plazca, pero si hoy me he esforzado en serviros y cumplir una promesa que había hecho, no se debe considerar eso proeza».

El príncipe le respondió: «Mi señor James, yo y todos los nuestros os consideramos el mejor de la jornada en nuestro lado. Para aumentar vuestra gracia y para que os podáis equipar mejor de armas, os retengo para siempre como mi caballero a quinientos marcos de renta al año, que os asignaré sobre mi herencia en Inglaterra». «Señor, respondió mi señor James Audley, Dios me permita merecer los grandes bienes que me hacéis».

Con estas palabras pidió licencia al príncipe, pues estaba muy débil, y sus criados lo volvieron a llevar a su campamento. No debía estar muy lejos cuando el conde de Warwick y mi señor Reginald Cobham entraron en el pabellón del príncipe y le presentaron al rey de Francia. El príncipe lo recibió con gran nobleza. Se inclinó muy bajo ante el rey y lo acogió con gran hermosura y

prudencia, tal y como sabía hacerlo. Hizo traer vino y especias, y él mismo sirvió al rey en señal de muy gran amor.

395. Así fue vencida esta batalla que habéis oído y que tuvo lugar en las llanuras de Maupertuis, a dos leguas de la ciudad de Poitiers, el veintiún día de septiembre del año de gracia de Nuestro Señor mil trescientos cincuenta y seis. Comenzó hacia hora prima y a nonas ya había terminado, aunque todavía no habían regresado todos los ingleses que se habían ido en persecución. Por eso, el príncipe había hecho colocar su estandarte sobre un matorral para reagrupar a sus gentes, tal y como hicieron, aunque hasta vísperas no volvieron todos de la persecución.

Tal y como se dijo entonces, allí murió toda la flor de la caballería de Francia, por lo que el noble reino se debilitó mucho y cayó en una gran miseria y tribulación como oiréis contar aquí después. Con el rey y su joven hijo mi señor Philippe fueron apresados diecisiete condes, sin contar a los barones, caballeros y escuderos. Murieron unos cinco mil setecientos o seis mil hombres. Cuando regresaron de la caza y volvieron junto al príncipe que les esperaba en los campos, se encontraron con que los prisioneros los doblaban en número. Debido a la gran cantidad, decidieron exigir los rescates allí mismo.

Los caballeros y escuderos prisioneros encontraron muy corteses a los ingleses y gascones. Aquel mismo día se liberaron a muchos bajo fianza o simplemente bajo palabra de regresar por Navidad a Bordeaux-sur-Gironde para hacer los pagos. Después de que todos se hubieran reunido, se retiraron a sus campamentos situados en el

mismo lugar de la batalla. Algunos se desarmaron e hicieron desarmar a sus prisioneros, y les honraron todo lo que pudieron, cada uno a los suyos, pues quien cogía en batalla a un prisionero, se quedaba con él y podía pedir el rescate que quisiera.

Bien podéis imaginar que todos los que estuvieron en aquella afortunada batalla junto al príncipe de Gales, fueron ricos en honor y bienes, tanto por los rescates de los prisioneros como por las ganancias de oro y plata que encontraron en las vajillas de oro y plata, en ricas joyas, en maletas llenas de ricos cinturones y buenos mantos. Ni se podían contar las armaduras, los arneses de piernas y los bacinetes, pues los franceses habían llegado allí muy ricamente equipados, como quienes piensan que la jornada es suya. Ahora hablaremos un poco de cómo mi señor James Audley actuó con los quinientos marcos de plata que el príncipe de Gales le otorgó, tal y como se ha contado antes.

Cuando mi señor James Audley fue llevado otra vez en la litera al campamento y hubo agradecido mucho al príncipe el don que le había concedido, no descansó mucho en su campamento y pronto mandó llamar a su hermano mi señor Peter Audley, a mi señor Bartholomew Burghersh, a mi señor Stephen de Cosington, al señor de Willoughby y a mi señor Rauf de Ferrers. Eran de su sangre y de su linaje. Cuando estuvieron en su presencia, empezó a hablar lo mejor que pudo, pues estaba muy débil por las heridas. Hizo que los escuderos que habían estado a su lado en la jornada, se adelantaran, y dijo a los caballeros que estaban allí: «Señores, a mi señor el príncipe le ha complacido darme quinientos marcos de renta al año y en herencia. Poco

servicio le he prestado para semejante don y sólo con mi cuerpo. Bien cierto es que aquí están cuatro escuderos que me han servido con lealtad, en especial, durante la jornada de hoy, y el honor que he recibido es gracias a su valor e intrepidez. Por ello y en presencia de vosotros que sois de mi linaje, quiero ahora remunerar los grandes y buenos servicios que me han hecho. Tengo la intención de darles el don y los quinientos marcos que mi señor el príncipe me ha dado y acordado del mismo modo y en la misma forma que él me los ha concedido. Renuncio a mi herencia y se la doy a ellos con toda franqueza y sinceridad, sin que esto pueda ser revocado».

Entonces los caballeros se miraron unos a otros y se dijeron: «Este don ha permitido a mi señor James realizar acto de gran valor». Y le respondieron todos a la vez: «Señor, ¡Dios sea testigo! Así lo atestiguaremos ante quien lo desee». En esto, se separaron de él y algunos fueron junto al príncipe que iba a dar una cena al rey de Francia y a su hijo, y a la mayor parte de condes y barones que estaban prisioneros, y todo con sus provisiones, pues los franceses habían traído consigo una gran cantidad que había caído en manos de ingleses y gascones, y entre ellos había muchos que no habían probado el pan desde hacía tres días.

397. Al anochecer, el príncipe de Gales dio de cenar en su pabellón al rey de Francia, a su hijo mi señor Philippe, a mi señor Jacques de Bourbon y a la mayor parte de condes y barones de Francia, que estaban prisioneros. El príncipe sentó en una mesa muy alta y muy bien puesta al rey Jean, a mi señor Jacques de Bourbon, a mi señor

Jean de Artois, al conde de Tancarville, al conde de Étampes, al conde de Dammartin, al conde de Genville y al señor de Parthenay, y a los otros señores, barones y caballeros en otras mesas.

El príncipe sirvió la mesa del rey y también otras con toda la humildad que pudo. En ningún momento quiso sentarse a la mesa del rey por mucho que el rey se lo rogara, y decía que no le correspondía sentarse a la mesa de tan gran príncipe y valiente hombre como había demostrado en aquella jornada. Se arrodillaba delante del rey y le decía: «Querido señor, no estéis triste, porque Dios no haya querido consentir hoy vuestra voluntad. Ciertamente mi señor padre os concederá todo el honor y la amistad que pueda, y se reconciliará con vos de modo que seáis siempre amigos. Creo que tenéis grandes razones para alegraros, aunque la jornada no haya resultado de vuestro agrado, pues hoy habéis conquistado el alto nombre de proeza y habéis tenido a los mejores de vuestro lado. Sabed, querido señor, que no lo digo para alabaros, pues todos los nuestros que han visto a unos y otros, han acordado unánimemente concederos el premio y la corona de flores, si la deseáis llevar».

En esto, todos empezaron a murmurar y se decían, franceses e ingleses, que con gran nobleza y oportunidad había hablado el príncipe. Mucho lo estimaron y todos dijeron que en él había y habría un gentil señor, si vivía largamente y podía perseverar en tal fortuna.

398. Cuando hubieron cenado y festejado suficientemente, cada uno se fue con sus prisioneros a descansar. Aquella noche hubo una gran cantidad de

prisioneros, caballeros y escuderos, que estimaron los rescates que debían pagar a quienes los habían apresado, pues éstos les permitían hacerlo con mayor cortesía que nadie. No les obligaban a nada y sólo les preguntaban cuánto podrían pagar y con facilidad creían en lo que les decían. Y por lo general, afirmaban que no querían exigir a caballero o escudero tan alto rescate que no pudiera mantenerse según su condición, servir a sus señores y cabalgar por el país para hacer prosperar su honor.

Entre los alemanes no es esa la costumbre ni la cortesía, pues no sienten piedad de ningún gentilhombre que caiga prisionero en sus manos. Exigían como rescate todo lo que tenían y más, y los encerraban en las prisiones más estrechas que podían para arrancarles mayor rescate.

A la mañana siguiente, después de que los señores hubieran oído misa, comido y bebido un poco, y los criados lo hubieran cargado todo y el acarreo estuvo dispuesto, desacamparon y se pusieron en camino hacia la ciudad de Poitiers.

A la ciudad de Poitiers había llegado la misma noche de la batalla, mi señor Mahieus de Roye con cien lanzas que no habían estado en la batalla. Se había encontrado en el campo muy cerca de Chauvigny al duque de Normandie que se marchaba a Francia, tal y como aquí se ha contado. El duque le dijo que se dirigiera a Poitiers con toda su tropa y se hiciera capitán de la ciudad hasta que tuviera noticias. El señor de la Roye marchó a Poitiers y allí, al oír cerca a los ingleses, había vigilado durante toda la noche las puertas y las torres de la ciudad y por la mañana había hecho armar a todo tipo de gente y ocupar a cada uno un lugar de defensa.

Los ingleses pasaron de largo sin acercarse, pues iban cargados de oro, plata, joyas y buenos prisioneros, de modo que no tenían ninguna intención de atacar a su regreso ninguna fortaleza. Les parecía una gran hazaña poder conducir a salvo al rey de Francia y sus conquistas a la ciudad de Bordeaux. Marchaban a pequeñas jornadas y no podían esforzarse más debido a las pesadas acémilas y al gran acarreo que llevaban. No hacían en un día más de cuatro o cinco leguas y acampaban a altas horas. Cabalgaban todos juntos y en orden, salvo las columnas de los mariscales, el conde de Warwick y el conde de Suffolk, que iban delante con quinientas armaduras de hierro para abrir paso y explorar el país. Pero no tuvieron ningún encuentro ni nadie intentó detenerles, pues todo el país estaba aterrado por la gran derrota de Poitiers y la matanza y prisión de los nobles del reino de Francia, y la prisión del rey su señor, de tal modo que nadie decidió salirles al paso, sino que todas las gentes de armas se quedaron quietas defendiendo sus fortalezas.

Por el camino llegó al conocimiento del príncipe de Gales cómo mi señor James Audley había dado a cuatro escuderos la renta de quinientos marcos que él había concedido. Mucho se maravilló y en cuanto acampó, le mandó llamar. Cuando mi señor James se enteró que el príncipe le llamaba, supo enseguida la causa, y se hizo llevar en su litera, pues no podía andar ni cabalgar. Se inclinó ante el príncipe en cuanto lo vio. El príncipe lo recibió con gran cortesía y le dijo: «Mi señor James, nos han hecho saber que la renta que os otorgamos, se la disteis a cuatro escuderos en cuanto os separasteis de nos y volvisteis a vuestro campamento. Nos gustaría saber

por qué lo hicisteis y si el don no os resultó nada agradable».

«Sí señor, por mi fe, le respondió el caballero. Y os diré la razón que me movió a hacer tal cosa. Estos cuatro escuderos que están aquí, me han servido muy lealmente durante mucho tiempo y en muchas grandes ocasiones. Hasta el día en que les hice ese don, nada les había ofrecido por sus servicios. Y aunque nunca en su vida me hubieran servido, salvo lo que hicieron en Poitiers, estaba obligado a ello e incluso a más. Pues, querido señor, yo sólo soy un hombre y no puedo más que un hombre, y por su ayuda, pude cumplir el voto que había prometido desde hacía tiempo y por su fuerza y bondad fui el primero en atacar y si ellos no hubieran estado conmigo habría muerto en la empresa. Después de ver la bondad y el amor que me demostraron, no habría sido cortés, si no les hubiera recompensado así. Mi señor, gracias a Dios, yo siempre he tenido bastante y lo tendré mientras viva, y nunca me tendré que preocupar de nada. Si esta vez, querido señor, no he cumplido vuestra voluntad, os ruego que me perdonéis y os consoléis pues os continuaré sirviendo como antes, al igual que mis escuderos a los que he concedido el don».

El príncipe consideró las palabras del caballero y vio que había hablado con honor y razón, y le dijo: «Mi señor James, no os vituperaré nada de lo que hagáis, sino que os lo agradezco. Por la bondad de los escuderos a los que tanto alabáis, les concedo vuestro don y a vos os entrego seiscientos marcos que tenéis aquí delante». Mi señor James Audley se lo agradeció mucho al príncipe, y fue bien justo. Enseguida después pidió licencia y se retiró a su tienda. Según me informaron, eso es lo que ocurrió

con el príncipe y mi señor James Audley y sus cuatro escuderos.

Tanto cabalgaron el príncipe de Gales y sus tropas que pasaron sin peligro y sin perjuicio Poitou y Saintonge y llegaron a Blaye. Y de allí pasaron el Gironde y llegaron a la buena ciudad de Bordeaux. No os podría contar la fiesta y la solemnidad que los de Bordeaux, burgueses y clérigos, hicieron al príncipe, los honores con los que fue recibido, así como también el rey de Francia. El príncipe condujo al rey de Francia y a su hijo a la abadía de Saint-André y allí se alojaron los dos, el rey de Francia en un lado, y el príncipe en el otro. El príncipe compró a los barones y caballeros y a los escuderos de Inglaterra y de Gascogne la mayor parte de los condes del reino de Francia que habían sido apresados, tal y como os he contado, y pagó en dinero. Y allí hubo grandes discusiones entre los caballeros y escuderos de Gascogne y de fuera por la prisión del rey de Francia.

Mi señor Denis de Morbecque lo disputaba por derecho de armas y verdaderas enseñas. Otro escudero de Gascogne llamado Bernard de Truttes, afirmaba tener derecho. Hubo muchas palabras delante del príncipe y de los barones que allí estaban. Como aquellos dos no dejaban de pelearse, el príncipe paró el asunto hasta que hubieran vuelto a Inglaterra para que las declaraciones se hicieran delante de su padre el rey. Pero como el rey de Francia ayudaba a mantener la opinión de mi señor Denis de Morbecque y se inclinaba más por él que por ningún otro, el príncipe hizo que entregaran en secreto a mi señor Denis dos mil nobles para mejorar su situación.

Muy poco tiempo después de la llegada del príncipe a Bordeaux, acudió el cardenal de Périgord que había sido

enviado por el Papa en delegación, tal y como se contó más arriba. Pasaron más de quince días antes de que el príncipe quisiera hablar con él a causa del castellano de Amposta y de sus gentes que habían estado en la batalla de Poitiers, y el príncipe había sido informado de que el cardenal los había enviado allí. Pero mi señor Talleyrand de Périgord logró por medio del señor de Chaumont, el señor Montferrant, y su primo el captal de Buch, mostrar tan buenas razones al príncipe que al final tuvo acceso a él. Cuando estuvo en su presencia, se excusó tan bien y con tanta sensatez que el príncipe y sus consejeros lo consideraron excusado, y recuperó la estima del príncipe. Todas sus gentes fueron estimadas en rescates convenientes y razonables. Y por el castellano de Amposta pagó diez mil francos.

Luego, el cardenal empezó a tratar la liberación del rey y a hacer repartos, pero como no logró nada, lo pasaré por alto. El príncipe de Gales, los gascones y los ingleses pasaron toda la estación hasta cuaresma en la ciudad de Bordeaux descansando y divirtiéndose. Gastaron sin mesura y con gran generosidad el oro y la plata que habían ganado y lo que valían los rescates.

Todavía no os he contado la alegría y el gran regocijo que hubo en Inglaterra, cuando llegaron noticias ciertas del suceso de Poitiers y de la prisión del rey de Francia. No hay ni que decir cómo se congratularon el rey de Inglaterra y la reina Philippa, su mujer. Se hicieron tales ceremonias en las iglesias, tan grandes y tan nobles, que sería imposible describirlas. Los caballeros y escuderos que volvían a Inglaterra y que habían participado en la empresa, eran muy bien recibidos y más honrados que los demás.

En la época en que ocurrió el asunto de Poitiers, el duque de Lancaster estaba en el condado de Evreux y mi señor Felipe de Navarra con mi señor Godefroi de Harcourt en las marcas de Cotentin. Guerreaban a los normandos y habían guerreado durante toda la estación por la causa del rey de Navarra a quien el rey de Francia había aprisionado tal y como sabéis. Estos señores se habían esforzado por acudir a la cabalgada del príncipe, pero no lo lograron, pues el paso del río Loire estaba muy bien defendido por todos lados, de modo que no lo pudieron atravesar. Cuando oyeron decir que el príncipe había apresado al rey de Francia y toda la verdad de la empresa tal y como había sucedido, se alegraron mucho y dejaron su cabalgada, pues el duque de Lancaster y mi señor Felipe de Navarra quisieron ir a Inglaterra. Así lo hicieron y enviaron a mi señor Godefroi de Harcourt a mantener la frontera en Saint-Sauveur-le-Vicomte.

JACQUERIE Y REVUELTA EN PARÍS



410. En el tiempo en que gobernaban los tres estados, comenzaron a levantarse unos tipos de gentes que se llamaban Compañeros y que saqueaban a todos los que llevaban cofres. Os digo que los nobles del reino de Francia y los prelados de la santa Iglesia se empezaron a cansar de la empresa y del orden de los tres estados. Dejaban actuar al preboste de los comerciantes y a algunos burgueses de París, pero intervenían más de lo que hubieran querido.

Sucedió un día que el duque de Normandie estaba en su palacio con gran cantidad de caballeros, y el preboste de los comerciantes reunió también gran cantidad de comunas de París que eran de su secta y de su partido. Todos llevaban caperuzas iguales para reconocerse. Este

preboste se dirigió al palacio rodeado por sus gentes y entró en la cámara del duque. Con gran acritud le requirió a que se ocupara de los asuntos del reino y mantuviera consejo, de modo que el reino que debía heredar estuviera bien protegido de aquellos Compañeros que lo dominaban, saqueando y robando por todo el país. El duque respondió que se ocuparía con mucho gusto, si obtenía sentencia de hacerlo así, pero que correspondía decidir al que levantaba los dictámenes y juicios del reino.

No sé por qué ni cómo sucedió, pero las palabras fueron creciendo tanto y tan alto, que en la presencia del duque de Normandie mataron a los tres más grandes de su consejo, tan cerca de él, que su vestimenta quedó ensangrentada. Él mismo corrió un gran peligro, pero le dieron una de las caperuzas y concedió perdonar la muerte de aquellos tres caballeros, dos de armas y el tercero de leyes. Uno de ellos se llamaba mi señor Robert de Clermont, un hombre noble y muy gentil, el otro, señor de Conflans, mariscal de Champagne, y el caballero de leyes, mi señor Simón de Buey. Fue gran pena que allí murieran por hablar y aconsejar bien a su señor.

411. Después de este suceso, ocurrió que algunos caballeros de Francia, mi señor Jean de Picquigny y otros, acudieron con la ayuda del preboste de los comerciantes y de los consejeros de algunas buenas villas, al fuerte castillo de Arleux, en la Picardie, donde el rey de Navarra había sido aprisionado bajo la vigilancia de mi señor Tristán de Bos. Estos hábiles caballeros llevaron tales enseñas al señor del castillo que lograron

liberar de su prisión al rey de Navarra y conducirlo con gran regocijo a la ciudad de Amiens, donde fue muy bien recibido. Se alojó en casa de un canónigo que lo apreciaba mucho y al que llamaban Guy Kieret. El rey de Navarra pasó quince días en el hostal del canónigo hasta que hubieron preparado su equipaje y estuvo bien seguro del duque de Normandie, pues el preboste de los comerciantes que le quería mucho y por cuyo esfuerzo había sido liberado, consiguió y confirmó la paz con respecto al duque y a los de París.

El rey de Navarra fue conducido a París por mi señor Jean de Picquigny y algunos burgueses de la ciudad de Amiens y allí fue recibido con gran alegría. Todo tipo de gentes lo acogieron con agrado, e incluso el duque de Normandie le festejó mucho, cosa que le convenía, pues el preboste de los comerciantes y los de su secta le obligaban a hacerlo. El duque obraba por disimulo al agrado del preboste y de algunos de París.

Cuando el rey de Navarra hubo pasado un tiempo en París, reunió un día a todo tipo de gentes, prelados, caballeros, clérigos de la universidad y todos aquellos que quisieran acudir, y allí habló al principio en latín muy bien y con gran sensatez, en presencia del duque de Normandie, lamentando los perjuicios y villanías que se le habían hecho con gran injusticia y sin razón. Dijo que nadie sospechara de él, pues quería vivir y morir defendiendo el reino de Francia. Y bien lo debía hacer, pues le correspondía por derecho de padre y madre, y de sus antepasados. En sus palabras dejó entender que si quisiera disputar la corona de Francia, bien demostraría por derecho que él era más próximo que el rey de Inglaterra. Sabed que su discurso fue oído con agrado y

fue muy alabado. Así, poco a poco fue haciéndose con la estima de los de París, hasta tal punto que le eran más favorables que al regente, el duque de Normandie, y también en muchas otras buenas villas y ciudades del reino de Francia. Pero por mucho amor que le mostraran el preboste de los comerciantes o los de París al rey de Navarra, mi señor Felipe de Navarra no quiso consentir en ello ni quiso ir a París, y decía que con la comunidad no se podía mantener ningún trato seguro.

Muy poco tiempo después de la liberación del rey de Navarra sucedió una terrible y gran tribulación en muchas partes del reino de Francia, en Beauyaisis, en Brie, junto al río Marne, en Laon, Valois, la tierra de Coucy y los alrededores de Soissons. Algunas gentes de las villas campesinas se reunieron sin jefe en Beauvaisis. Al principio no eran ni cien hombres y dijeron que todos los nobles del reino de Francia, caballeros y escuderos traicionaban al reino, y que sería gran bien destruirlos a todos. Cada uno de ellos decía: «Es verdad, es verdad. Maldito sea quien por él no sean destruidos todos los gentileshombres».

Entonces, sin otro consejo y sin otra armadura más que bastones con puntas de hierro y cuchillos, se fueron a la casa de un caballero que estaba cerca de allí. Destruyeron la casa, mataron al caballero, a la dama y a los hijos, grandes y pequeños, y lo incendiaron todo. Luego, se fueron a un castillo y allí aun actuaron peor, pues cogieron al caballero y lo ataron a una estaca muy fuertemente, y muchos violaron a la mujer y a la hija delante del caballero. Después mataron a la mujer, que estaba encinta, a su hija y a todos los niños, y al marido

después de torturarlo, y quemaron y destruyeron el castillo.

Así hicieron en muchos castillos y buenas casas, y fueron creciendo tanto que llegaron a seis mil. Iban aumentando porque todos los de su condición les seguían por todos lados por donde pasaban, de tal modo que caballeros, damas, escuderos, sus mujeres y sus hijos huían de ellos. Damas y doncellas se llevaban a los niños diez o veinte leguas lejos, allí donde se podían proteger, abandonando sus casas con todos sus bienes. Y todos estos criminales reunidos, sin jefe y sin armaduras, saqueaban y lo incendiaban todo, matando a todos los gentileshombres que encontraban, forzando a damas y doncellas sin piedad y sin merced como perros rabiosos.

Ciertamente jamás hubo entre cristianos y sarracenos los crímenes que cometían estos miserables, pues quien mayores actos villanos cometía, actos que ninguna criatura humana debería jamás ni imaginar, ése era el más estimado y valorado entre ellos. No me atrevo a escribir ni contar los horribles e inconvenientes actos que realizaban con las damas. Pues, entre otras villanías, mataron a un caballero y lo clavaron en un asador para asarlo al fuego delante de su dama y de sus hijos. Después de que diez o doce hubieran forzado y violado a la dama, se lo quisieron hacer comer a la fuerza y luego les hicieron morir de mala muerte. Entre ellos tenían a un rey al que llamaban Jacques Bonhomme que era, como entonces se decía, de Clermont en Beauvaisis, y lo eligieron el peor de los peores.

Estas gentes miserables incendiaron y destruyeron más de sesenta buenas casas y fuertes castillos del país de Beauvaisis, y de los alrededores de Corbie, Amiens y

Montdidier. Y si Dios no hubiera puesto remedio con su gracia, la desgracia habría crecido de modo que todas las comunidades habrían destruido a los gentileshombres, después a la santa Iglesia, y a todas las gentes ricas de todo el país, pues así sucedió en el país de Brie y Artois. Las damas y doncellas del país, caballeros y escuderos que pudieron escapar, tuvieron que huir a Meaux en Brie. Así tuvieron que hacerlo la duquesa de Normandie y la duquesa de Orleáns y gran cantidad de altas damas, como cualquier otra, para protegerse de ser forzadas y violadas, y luego muertas y asesinadas.

Estas gentes se mantenían unidas entre París y Noyon y entre París y Soissons, y entre Soissons y Eu en Vermandois y por toda la tierra de Coucy. Ahí se encontraban los grandes violadores y criminales, y saquearon entre las tierras de Coucy, el condado de Valois, los obispados de Laon, Soissons y Noyon, más de cien castillos y buenas casas de caballeros y escuderos, matando y robando todo lo que encontraban. Pero Dios, por su gracia puso remedio a todo esto, lo que mucho se le debe agradecer, tal y como oiréis seguidamente.

414. Cuando los gentileshombres de Beauvaisis, de Corbiois, Vermandois y Valois y de las tierras donde aquellos miserables cometían sus crímenes, vieron sus casas destruidas y muertos sus amigos, pidieron ayuda a sus amigos en Flandre, Hainaut, Brabant y Belgique y acudieron de todos lados. Extranjeros y gentileshombres del país se unieron y empezaron a matar y decapitar a aquellos miserables, sin piedad ni merced, y los colgaban en las horcas de los árboles allí donde los encontraban. El propio rey de Navarra acabó un día con tres mil muy

cerca de Clermont en Beauvaisis. Pero se habían multiplicado de tal forma que si se hubieran juntado todos, habrían sido cien mil hombres. Cuando les preguntaban por qué hacían aquello, respondían que no lo sabían, pero que como lo veían hacer a los demás, ellos también lo hacían. Pensaban que debían destruir de ese modo a todos los hombres gentiles y nobles del mundo para que no quedara ninguno.

En esa época, el duque de Normandie se marchó de París con toda su tropa, sin que se enteraran los de París, pues temían al rey de Navarra, al preboste de los comerciantes y a los de su secta, pues todos estaban aliados. Se dirigió al puente de Charenton junto al Marne e hizo un gran llamamiento de los gentileshombres donde creía conseguirlos, y desafió al preboste de los comerciantes y a los que le querían ayudar. Cuando el preboste de los comerciantes oyó que el duque de Normandie estaba en el puente de Charenton y que estaba allí reuniendo a su gente de armas, caballeros y escuderos, y que quería perjudicar a los de París, temió que le sobrevinieran grandes males, y que acudiera de noche a atacar París, que en aquella época no estaba fortificada. Puso a cuantos obreros pudo encontrar, a trabajar, e hizo hacer grandes fosos alrededor de París, murallas y puertas, y trabajaban noche y día. Al cabo de un año había reunido a tres mil obreros y fue una gran empresa la de fortificar en un año una ciudad como París de tan gran contorno. Y os digo que ésta fue la mejor acción que el preboste de los comerciantes hizo en toda su vida, pues de otro modo habría sido saqueada muchas veces y por muchas causas, tal y como oiréis después. Ahora quiero volver a aquellos

y a aquellas que se habían refugiado a salvo en Meaux en Brie.

415. En la época en que aquellas gentes miserables saqueaban el país, volvieron de Prusia el conde de Foix y su primo el captal de Buch. Por el camino, cuando iban a entrar en Francia, oyeron la pestilencia y los horribles hechos que acosaban a los gentileshombres. Estos dos señores sintieron gran piedad. Cabalgaron tanto que llegaron a Châlons en Champagne donde no habían entrado los campesinos. En la villa de Châlons les dijeron que la duquesa de Normandie y la duquesa de Orléans con otras trescientas damas y doncellas, y el propio duque de Orléans estaban en Meaux en Brie en terrible angustia por la Jacquerie.

Estos dos buenos caballeros decidieron ir a ver a las damas para reconfortarlas todo lo que pudieran, aunque el captal fuera inglés. Pero en aquel tiempo había tregua entre el reino de Francia y el reino de Inglaterra. El captal podía cabalgar por donde quisiera, y quiso también demostrar su gentileza en la compañía del conde de Foix. En su tropa debía haber unas cuarenta lanzas, no más, pues como os he dicho venían de una peregrinación. Tanto cabalgaron que llegaron a Meaux en Brie. Enseguida fueron a ver a la duquesa y a las otras damas que se alegraron mucho de su llegada, pues todas estaban amenazadas por los «jacques» y los campesinos de Brie, e incluso por los de la villa, tal y como pudo verse, Aquellos miserables, al enterarse de que había gran cantidad de damas, doncellas y jóvenes y gentiles niños, se unieron, también con los del condado de Valois, y se dirigieron a Meaux.

Por otro lado, los de París, que se enteraron de la asamblea, salieron en tropel un día de París, y se reunieron con los demás. Entre todos debía haber unos nueve mil con gran voluntad de crímenes. Constantemente se les agregaban gentes por los distintos lugares y caminos que conducían a Meaux, y todos llegaron a las puertas de la susodicha villa. Los miserables de la villa no quisieron prohibir la entrada a los de París, sino que les abrieron las puertas. Entraron en el burgo tal cantidad de gentes que llenaron todas las calles hasta el mercado.

Ahora observad la gran gracia que Dios concedió a las damas y doncellas, pues en verdad habrían sido violadas, forzadas y perdidas, por nobles que fueran, si no hubiera sido por los gentileshombres que allí estaban, y de modo especial, por el conde de Foix y mi señor captal de Buch, pues estos dos caballeros avisaron para destruir a aquellos campesinos.

Cuando aquellas nobles damas, que estaban albergadas en el mercado de Meaux bien protegido porque lo rodea el río Marne, vieron tal cantidad de gentes, sintieron miedo y terror. Pero el conde de Foix y el captal con sus tropas, que estaban armadas, se formaron en el mercado y llegaron hasta la puerta del mercado que hicieron abrir. Luego se colocaron delante de aquellos villanos negros, pequeños y mal armados, con el estandarte del conde de Foix y el del duque de Orléans, y el pendón del captal, empuñando lanzas y espadas, bien dispuestos para defenderse y proteger el mercado.

Cuando aquellos miserables los vieron así formados, olvidaron el furor de antes. Aunque no fueran muchos contra ellos, los primeros empezaron a retroceder, y los

gentileshombres a perseguirlos y a arrojarles lanzas y espadas y a derribarlos. Entonces los que estaban delante y sentían los golpes o temían recibirlos, retrocedieron de terror todos de una vez y cayeron unos encima de otros.

En esto, todo tipo de gentes de armas salieron de las filas y ganaron pronto la plaza metiéndose entre los villanos. Los derribaban a montones y los mataban como a bestias, y los sacaron fuera de la villa pues entre ellos no había ningún orden ni formación. Mataron a tantos que se cansaron y quedaron hartos, y los arrojaban a montones en el río Marne. Dicho brevemente, aquel día acabaron con siete mil, y no se les escapó ni uno al que no cogieran más hacia delante.

Cuando los gentileshombres regresaron, prendieron fuego en la parte baja de la villa de Meaux y lo incendiaron todo y a todos los villanos del burgo que cogieron dentro. Después de esta destrucción que se hizo en Meaux, no se volvieron a unir en ninguna parte, pues el joven señor de Coucy, que se llamaba mi señor Enguerrand, iba con muchos gentileshombres acabando con todos los que se encontraban sin piedad ni merced.

417. Muy poco después de este suceso, el duque de Normandie reunió a todos los nobles y gentileshombres que pudo encontrar tanto del reino como del imperio, además de sus mercenarios, y bien debían ser unas tres mil lanzas, y se fue a asediar París por Saint-Antoine, por abajo del río Sena. Acampó en Saint Mor y sus gentes por los alrededores, que todos los días se acercaban a París. El duque se colocaba unas veces en el puente de Charenton y otras en Saint Mor, de modo que no entraba nada en París por ese lado, ni por tierra ni por agua, pues

el duque había tomado los dos ríos, el Marne y el Sena. Sus gentes incendiaron todas las aldeas alrededor de París que no estaban fortificadas, para mejor perjudicar a los de París. Y si París no hubiera sido fortificada, tal y como lo estaba, habría sido destruida sin falta. Nadie se atrevía a salir de París por miedo al duque de Normandie y de sus gentes que recorrían el Sena de un lado a otro.

Por otra parte, el preboste de los comerciantes que se sabía odiado por el duque de Normandie, se aferraba todo lo que podía a la estima del rey de Navarra, al igual que su consejo y la comunidad de París, Y como ya se ha dicho, tenía día y noche a los obreros trabajando en la fortaleza de París, y en la ciudad había gran cantidad de gentes de armas y mercenarios navarros e ingleses, arqueros y otros compañeros, para mayor seguridad contra los que les guerreaban. Pero en París había algunos hombres muy capaces, tales como Jean Maillart y su hermano Simón Maillart y muchos de su linaje, a quienes desagradaba profundamente el odio del duque y si hubieran podido, habrían puesto remedio a la situación. Pero no era posible, porque el preboste de los comerciantes se había atraído a su cuerda a todo tipo de gentes, de modo que nadie contradecía cosa que él dijera, a menos que quisiera morir en el acto sin merced alguna.

El rey de Navarra, un hombre sensato y astuto, veía la cambiante situación entre los de París y el duque de Normandie, y suponía que aquello no podía durar mucho y no se fiaba demasiado de la comunidad de París. Se marchó de París lo más cortésmente que pudo, y se fue a Saint Denis, y allí se quedó con gran cantidad de gentes de armas a sueldo de los de París. Allí pasaron bien seis semanas, el duque de Normandie con muchas gentes de

armas en el puente de Charenton, y el rey de Navarra en el burgo de Saint Denis. Saqueaban el país por todos lados, pero no se hacían nada entre ellos.

418. Buenas gentes intervinieron entre estos dos señores, el duque de Normandie y el rey de Navarra: el arzobispo de Sens, el obispo de Auxerre, el obispo de Beauvais, el señor de Montmorency, el señor de Vienne y el señor de Saint Venant. Tanto fueron de un lado a otro y tanto hicieron tan bien y con tanta sensatez, que el rey de Navarra, sin apremio alguno, fue a Charenton a ver a su cuñado el duque de Normandie. Hubo allí grandes muestras de amor, pues el rey se excusó ante el duque por sus amigos que le odiaban, en primer lugar, de la muerte de sus dos mariscales, Robert de Clermont y el mariscal de Champagne, y de mi señor Simón de Buey, y también del desprecio que el preboste de los comerciantes le había hecho en el palacio de París. Juró solemnemente que aquello se había hecho sin su conocimiento y le acordó al duque permanecer con él en aquella empresa para bien o para mal. Así se hizo y se confirmó la paz entre ellos. El rey de Navarra dijo que haría enmendarse a los de París de la felonía que habían cometido. La comunidad de París permanecería en paz, pero el duque debía tener a su voluntad al preboste de los mariscales y a doce burgueses que quisiera elegir en París para castigarlos como gustara.

Dispuestas así las cosas y con la promesa de paz, el rey de Navarra se alejó muy amigablemente del duque y regresó a Saint Denis. El duque marchó a la ciudad de Meaux en Brie, donde estaba su mujer, la hija del duque de Bourbon, y dio licencia a todo tipo de gentes de

armas. Algunos burgueses de París que habían conseguido el acuerdo, el arzobispo de Sens y el obispo de Auxerre, le rogaron que volviera a París con toda tranquilidad, pues le harían toda la fiesta y el honor que pudieran. El duque respondió que muy buena consideraba la paz que había jurado y que, si a Dios placía, no sería quebrantada, pero que jamás entraría en París sin antes tener plena satisfacción de los que le habían encolerizado. Así quedó la cosa durante un tiempo y el duque no volvió a París.

El preboste de los comerciantes y los de su secta, que se sentían odiados por el duque de Normandie quien les amenazaba con la muerte, estaban muy incómodos y con frecuencia iban a visitar al rey de Navarra a Saint Denis, para exponerle con suavidad el peligro que corrían por su culpa, cuando ellos le habían libertado de su prisión y conducido a París. Con mucho gusto le harían su rey y su gobernador si pudieran, y ciertamente habían consentido a la muerte de los arriba citados que fueron asesinados en el palacio de París, porque le eran contrarios, y que por Dios no les fallara y no confiara demasiado en el duque de Normandie ni en su consejo.

El rey de Navarra, que bien veía la difícil situación del preboste de los comerciantes y su secta, que en tiempo pasado le habían hecho una gran cortesía al liberarle de su prisión y sacarle así del peligro, les reconfortaba todo lo que podía, y les decía: «Ciertamente, señores y amigos, no recibiréis daño sin mí. Ahora que tenéis el gobierno de París y que nadie se atreve a molestaros, os aconsejo que os proveáis de todo el oro y plata que podáis, de modo que en caso de necesidad pudierais encontrarlo. Enviádmelo aquí a Saint Denis, yo os lo

guardaré. Mantendré en secreto a las gentes de armas y compañeros por si os hace falta guerrear con vuestros enemigos». Y así lo hizo desde entonces el preboste de los comerciantes. Dos veces por semana enviaba dos acémilas cargadas de florines a Saint Denis junto al rey de Navarra que lo recibía con gran alegría.

Sucedió entonces que en París se habían quedado gran cantidad de mercenarios ingleses y navarros, tal y como sabéis, que el preboste de los comerciantes y la comunidad de París habían retenido a sueldo para que les ayudaran a defenderse y protegerse contra el duque de Normandie. Con gran lealtad se habían comportado durante la guerra y cuando se hizo el acuerdo entre el duque y ellos, algunos se marcharon y otros no. Los que se marcharon, acudieron junto al rey de Navarra que los retuvo a todos. Y aún quedaron en París unos trescientos descansando y divirtiéndose, tal y como los compañeros mercenarios suelen hacer en las villas, y gastando alegremente su dinero. Hubo una pelea entre éstos y los de París, y hubo más de sesenta muertos por las calles y en los hostales. Mucho se irritó por aquello el preboste de los comerciantes y vituperó con gran ira a los de París. Para apaciguar a la comunidad, cogió a más de ciento cincuenta y los hizo meter en prisión, y dijo a los de París que cualquier tentativa para matarlos, sería castigada. En esto, los de París se tranquilizaron. Cuando llegó la noche, el preboste de los comerciantes, que quiso complacer a los mercenarios ingleses, ordenó que los liberaran de sus prisiones y les dejaran marchar. Acudieron junto al rey de Navarra en Saint Denis y se quedó con todos. Al día siguiente por la mañana, los de París se enteraron de la liberación de los ingleses y cómo

el preboste lo había ordenado, y se irritaron mucho con él, y a partir de entonces no le tuvieron en tanta estima como antes. El preboste, que era hombre prudente, bien supo evitar el asunto y disimular hasta que la cosa se olvidó.

Ahora os contaré lo que ocurrió con los mercenarios ingleses y navarros. Cuando llegaron a Saint Denis y se unieron todos, eran más de trescientos. Decidieron vengarse de sus compañeros y de las humillaciones que les habían hecho. Desafiaron a los de París y comenzaron a guerrear a los que salían de la ciudad. Por temor a los ingleses, los de París no se atrevían a cruzar las puertas, de lo que se culpó al preboste de los comerciantes.

420. Cuando los de París se vieron acosados y guerreados por los ingleses de aquel modo, sintieron mucha rabia y pidieron al preboste de los comerciantes que armara a una partida de su comunidad para salir fuera a los campos a combatirles. El preboste se lo concedió y dijo que iría con ellos, y un día hizo armar a una partida de los de París y salieron unos dos mil. Cuando estuvieron en los campos, oyeron que los ingleses que les guerreaban, se encontraban en Saint-Cloud. Decidieron dividirse en dos partidas y coger dos caminos a fin de que no se les pudiesen escapar. Así se dispusieron y acordaron encontrarse en un lugar cerca de Saint-Cloud. Se separaron unos de otros y el preboste de los comerciantes se quedó con la partida menor. Las columnas estuvieron recorriendo todo el día los alrededores de Montmartre y no encontraron nada de lo que buscaban. Sucedió que el preboste de los comerciantes harto de estar por los campos sin conseguir

nada, regresó al mediodía a París por la puerta de Saint-Martin. La otra columna se quedó más tiempo en los campos y nada sabía del regreso del preboste de los comerciantes a la ciudad, pues si lo hubieran sabido, ellos también habrían entrado. A vísperas decidieron regresar y lo hicieron sin orden ni formación, como quienes no piensan encontrar obstáculo alguno. Marchaban en tropeles muy cansados y destruidos. Unos llevaban el bacinete en la mano, otros en unos sacos. Algunos arrastraban su espada por cansancio o colgando del cuello. Así iban y habían tomado el camino para entrar en París por la puerta de Saint-Honoré. En el fondo del camino se encontraron a los ingleses, que eran unos cuatrocientos y que enseguida gritaron «a los franceses» y fueron a atacarles. En los primeros asaltos derribaron ya a más de doscientos. Estos franceses, que fueron sorprendidos de pronto y que no se habían dado cuenta de nada, se aterrorizaron y no mantuvieron ningún orden. Se dieron a la fuga y se dejaron matar y decapitar como bestias, huyendo como podían hacia París. En la persecución hubo más de setecientos muertos y fueron perseguidos hasta las puertas de París. El preboste de los comerciantes fue duramente vituperado a causa de este suceso por la comunidad de París, y decían que les había traicionado. Al día siguiente por la mañana, los próximos y amigos de los que habían muerto, salieron de París para irlos a buscar en carros y carretas y sepultar sus cuerpos. Pero los ingleses habían preparado una emboscada y mataron o dejaron malheridos a más de ciento veinte.

Los de París habían caído en tal estado de turbación y desdicha que ya no sabían de quién guardarse. Os digo

que vivían día y noche en grandes temores, pues el rey de Navarra se distanciaba de ellos en la ayuda, a causa de la paz que había jurado a su cuñado el duque de Normandie y también por el ultraje que habían hecho a los mercenarios ingleses que habían enviado a París. Bien consentía en que los de París fueran castigados por aquello, y así enmendaran los actos cometidos. Por otro lado, el duque de Normandie también soportaba aquella situación, puesto que el preboste de los comerciantes tenía aún el gobierno sobre ellos. Les escribía diciéndoles que no se avendría a ninguna paz hasta que tuviera a su voluntad a doce hombres de París elegidos por él.

Debéis saber que el preboste de los comerciantes y los que se sentían fuera de la ley, no estaban nada cómodos. Se daban buena cuenta de que aquello no podía durar mucho, pues los de París se habían enfriado mucho en la estima que le habían profesado a él y a los de su secta, y hablaban mal de ellos, según les habían informado.

421. El preboste de los comerciantes de París y los de su secta tenían muchos consejeros secretos para saber cómo podrían sobrevivir, pues por ningún medio encontraban merced en el duque de Normandie, y eso era lo que más les angustiaba. Al final consideraron que valía más seguir con vida y en buena prosperidad con sus amigos que ser destruidos, pues más le valía matar que morir, eso al menos creían. Así se decidieron a tratar en secreto con los ingleses que guerreaban a los de París. Entre ambas partes se llegó al acuerdo de que el preboste de los comerciantes y los de su secta deberían estar en la puerta de Saint-Honoré y en la puerta de Saint-Antoine, de modo que ingleses y navarros todos juntos las

encontraran abiertas a medianoche para entrar y destruir París. Y no debían dispensar a hombre ni a mujer sino pasarlos a todos por la espada, donde no se encontrara un signo que el enemigo debía reconocer en las puertas y ventanas de los de París.

La misma noche en que todo esto debía suceder, Dios inspiró y despertó a algunos burgueses de París que estaban a favor de la reconciliación y que siempre habían sido partidarios del duque de Normandie, y cuyos jefes eran los hermanos Jean y Simón Maillart. Fueron informados por inspiración divina, así lo debemos suponer, de que París iba a ser saqueada y destruida. Se armaron de inmediato e hicieron armarse a los que estaban de su lado, y contaron en secreto estas noticias en muchos lugares para conseguir mayor ayuda. Jean Maillart y su hermano se dirigieron un poco antes de medianoche bien provistos de armaduras y de buenos compañeros a la puerta de Saint Antoine para saber qué debían hacer, y allí encontraron al preboste de los comerciantes con las llaves de la puerta en las manos.

Lo primero que hizo Jean Maillart fue preguntarle llamándole por su nombre: «Étienne, Étienne, ¿qué hacéis aquí a estas horas?» El preboste respondió: «¿Y a vos qué os importa, Jean? Estoy aquí guardando la puerta y a los de la villa de quienes tengo el gobierno». «Por Dios», respondió Jean Maillart, «no es así de ningún modo. No estáis aquí a estas horas para ningún bien. Está bien claro», dijo dirigiéndose a los que estaban a su lado, «por las llaves que tiene en la mano: para traicionar la villa». El preboste de los comerciantes se adelantó y dijo: «¡Mentís!» «Por Dios, respondió Jean Maillart, sois vos, traidor, quien mentís». Acto seguido le

golpeó y dijo a sus gentes: «¡Muerte!, muerte para todos los hombres de su partido, pues son unos traidores». Hubo allí una gran pelea y el preboste de los comerciantes habría huido gustoso si hubiese podido. Pero fue tan acosado que no pudo, pues Jean Maillart le golpeó con un hacha en la cabeza y lo derribó al suelo por mucho que fuera un compañero. Y no se separó de él hasta que lo hubo matado y también a seis que le acompañaban y enviados a prisión los restantes. Luego empezaron a despertarse y a salir por las calles las gentes de París. Jean Maillart y los suyos se dirigieron a la puerta de Saint-Honoré y allí encontraron a gentes de la secta del preboste. Los culparon de traición y de nada les valieron sus excusas. Allí hubo muchos presos y los que no se dejaron apresar, fueron muertos sin merced. Aquella misma noche cogieron a más de sesenta en sus casas que fueron inculpados de traición y del crimen por el cual el preboste había sido matado, pues los que habían cogido prisioneros, lo confesaron todo.

Al día siguiente por la mañana, Jean Maillart reunió a la mayor parte de la comunidad de París en la plaza del mercado. Cuando hubieron llegado todos, se subió a una tribuna y explicó por qué razón había matado al preboste de los comerciantes y en qué crimen lo había encontrado. Muy bien y con gran sensatez relató punto por punto todo el plan del preboste y de sus aliados y cómo aquella misma noche la noble ciudad de París debía ser destruida, si Dios no lo hubiera remediado con su gracia y les hubiera despertado e inspirado para que conocieran la traición. Cuando el pueblo que estaba allí, oyó aquellas noticias, mucho se aterraron por el peligro que habían corrido. Juntas las manos, alabaron a Dios por la gracia

que les había concedido. Allí fueron juzgados a muerte por el consejo de los prohombres de París en unanimidad, todos los que habían pertenecido a la secta del susodicho preboste. Todos fueron ejecutados según diversos tormentos de muerte.

Hecho esto, Jean Maillart que era muy bien visto por la comunidad de París, y algunos prohombres partidarios de él, enviaron a Simón Maillart y a dos maestres del parlamento, mi señor Etienne Alphons y mi señor Jean Pastourel, junto al duque de Normandie que se encontraba en Charenton. Le contaron todos los sucesos en París y la muerte del preboste y de sus aliados, de lo que mucho se alegró el duque. Rogaron al duque que regresara a París para ayudar y aconsejar a la villa en lo sucesivo, pues todos sus adversarios habían muerto. El duque respondió que lo haría gustoso y se marchó del puente de Charenton en compañía de Arnoul de Audrehem, del señor de Roye y otros caballeros, y llegó a París donde fue recibido con grandes muestras de alegría por parte de todas las gentes y desmontó en Louvre. Allí estaba a su lado Jean Maillart al que tenía en gran estima y le había caído en gracia, lo que, a decir verdad, bien se lo tenía merecido, tal y como acabáis de oír contar.

Muy poco después de esto, el duque de Normandie hizo llamar a su mujer la duquesa, a las damas y doncellas que habían pasado con ella toda la temporada en Meaux en Brie, y llegaron a París. La duquesa desmontó en el hostal del duque, Saint-Pol, donde se había retirado y allí pasó mucho tiempo. Ahora os contaré acerca del rey de Navarra, que estaba en Saint Denis con su hermano Felipe de Navarra.

BATALLA DE COCHEREL Y CORONACIÓN DE CARLOS V



510. Ahora dejaremos de hablar un rato del rey Jean de Francia y hablaremos del rey de Chipre que llegó a Angoulème junto al príncipe de Gales, su primo, quien lo recibió con gran alegría. Lo mismo hicieron los barones y caballeros de Poitou y Saintonge que estaban junto al príncipe, el vizconde de Touwars, el joven señor de Pons, el señor de Parthenay, mi señor Louis de Harcourt, mi señor Guichard de Angle, y los ingleses, mi señor John Chandos, mi señor Thomas Felton, mi señor Neil Loring,

mi señor Richard Punchardoun, mi señor Simón Burley mi señor Badouin de Fraiville, mi señor de Aghorises y otros. El rey de Chipre fue muy festejado y honrado por el príncipe, la princesa, los barones y caballeros arriba mencionados y allí pasó más de un mes. Y luego mi señor John Chandos le acompañó a divertirse por Saintonge y por Poitou, y a ver la buena villa de La Rochelle, donde se le hizo gran fiesta. Y cuando lo hubo visto todo, regresó a Angoulème y grande fue la fiesta que el príncipe mantuvo y en la que hubo gran cantidad de caballeros y escuderos.

Poco después de la fiesta, el rey de Chipre se despidió del príncipe y de los caballeros del país, pero antes les contó por qué había ido allí y, de modo especial, por qué llevaba la cruz bermeja, y cómo el Papa le había confirmado, y la dignidad del viaje, y cómo el rey de Francia y muchos grandes señores lo habían emprendido y jurado por devoción. El príncipe y los caballeros le respondieron con gran cortesía que aquél era realmente un viaje en el que todas las gentes de honor y de bien debían esforzarse con razón y que, si a Dios placía que el paso estuviera abierto, no lo haría solo, pues muchos habría que desearan emprenderlo. El rey de Chipre se quedó muy contento con estas respuestas y se separó del príncipe y de la princesa, y de los barones del país. Pero mi señor John Chandos le quiso acompañar, y estuvo en su compañía hasta que salió del principado.

Creo que el rey de Chipre volvió a París para ver si el rey había regresado. Pero el rey de Francia se encontraba enfermo en el hostal de Savoy en Inglaterra y empeoraba cada día, cosa que disgustaba enormemente al rey de Inglaterra y a la reina, pues los mejores médicos del país

dictaminaron que estaba en gran peligro. De todo esto estaba bien informado el duque de Normandie, que se encontraba en París y tenía el gobierno de Francia, acerca de cómo su padre el rey de Francia había empeorado mucho en su enfermedad, pues mi señor Boucicaut había cruzado el mar y había informado al susodicho duque.

Si esta noticia se sabía en Francia, también tuvo que conocerla el rey de Navarra que se encontraba en Cherbourg, y nada se irritó por ello. Esperaba que si el rey de Francia moría, su guerra sería más hermosa. Escribió en secreto a su primo mi señor el captal de Buch, que entonces estaba con el conde de Foix, su cuñado, rogándole que fuera a hablar con él a Normandie y le haría señor y soberano por encima de todos sus caballeros. El captal, que deseaba las armas y que por linaje estaba obligado a servir a su primo mi señor de Navarra, obedeció y se separó del conde de Foix, y marchó por el principado recogiendo por el camino a algunos caballeros y escuderos. Consiguió a pocos, pues ni los ingleses, ni los gascones, ni los pictavinos querían armarse por la causa del rey de Navarra contra la corona de Francia, pues consideraban tan firmes y grandes las alianzas juradas en Calais entre su señor el rey de Inglaterra y el rey de Francia, que no querían dañarlas ni quebrantarlas.

Mientras el captal de Buch acudía a Normandie junto al rey de Navarra, el rey Jean de Francia abandonó el siglo en Inglaterra en el hostal de Savoy, lo que mucho entristeció al rey de Inglaterra, a la reina y a todos sus hijos, y a muchos barones de Inglaterra, por el honor y el gran amor que el rey de Francia les había demostrado

después de hacer la paz. Su hermano el duque de Orléans y su hijo el duque de Berry, que mucho sintieron la muerte de su señor el rey de Francia, enviaron las noticias al duque de Normandie que se encontraba en París. Cuando el duque supo la verdad de la muerte de su padre el rey, sintió gran dolor y fue comprensible. Pero sintiéndose sucesor de la herencia de Francia y de la corona e informado de algunas acciones del rey de Navarra, acerca de cómo estaba abasteciendo sus guarniciones en Evreux y reuniendo gentes de armas para guerrearle, decidió ya poner remedio a aquello si podía. En aquel tiempo se armaba un caballero de Bretagne llamado Bertrand du Guesclin, que siempre estuvo armado para servir a los franceses. Aún no eran muy conocidas ni renombradas sus cualidades ni su pobreza, salvo entre los caballeros y escuderos que lo rodeaban y en el país de Bretagne donde siempre había mantenido la guerra junto a mi señor Charles de Blois en contra del conde de Montfort. Mi señor Bertrand era, y lo fue siempre, un venturoso caballero amado por todas las gentes de armas, y ya había caído en gracia del duque de Normandie por las virtudes que había oído contar de él. Sucedió entonces que, en cuanto el duque de Normandie se enteró del fallecimiento de su padre el rey, dijo a mi señor Boucicaut, mariscal de Francia, como quien mucho sospecha del rey de Navarra: «Mi señor Boucicaut, marchad de aquí con las gentes que tengáis y cabalgad a Normandie. Allí encontraréis a mi señor Bertrand du Guesclin. Os ruego que entre los dos os esforcéis por tomar y recuperar la villa de Mantes que ahora está en poder del rey de Navarra y por la que nosotros somos señores del río Sena». Mi señor Boucicaut respondió:

«Con mucho gusto, señor». Entonces partió llevándose a gran cantidad de buenos compañeros, caballeros y escuderos, y cogió el camino a Normandie por Saint-Germain-en-Laye, y a todos los que iban con él les dijo que marchaban al castillo de Rolleboise que estaba en manos de unos tipos de gente llamados «Compañía».

511. Rolleboise es un hermoso castillo y muy bien fortificado, situado junto al río Sena a una legua de la ciudad de Mantes, y en aquel tiempo estaba lleno de gentes de armas compañeros que hacían la guerra por su parte, saqueando tanto las tierras del rey de Navarra como las del reino de Francia. Tenían a un capitán al que obedecían en todo y que los retenía y pagaba con un sueldo que él les daba. Había nacido en la villa de Bruxelles y se llamaba Waut Straél, un experto hombre de armas y muy temerario. El y sus gentes habían saqueado todo el país de los alrededores y nadie se atrevía a ir de París a Mantes ni de Mantes a Rouen ni a Pontoise por los de la guarnición de Rolleboise. Nada les importaba quiénes eran a los que atacaban, si a las gentes del rey de Navarra o a los franceses, y, de modo especial, acosaban a los de Mantes, que no se atrevían a cruzar sus fuerzas y a quienes temían más que a los franceses. Cuando mi señor Boucicaut se marchó de París, evitó coger el camino recto a Rolleboise por mucho que dijera que iba hacia aquella parte, y esperó a mi señor Bertrand du Guesclin y a su tropa, que se había adelantado cabalgando hasta la ciudad de Évreux y parlamentado con los de dentro. Pero no le habían querido abrir las puertas y los de Évreux incluso hicieron ademán de arrojarle piedras y manganeles, y lo habrían hecho si no

se hubiera alejado enseguida de las barreras donde se había detenido. Mi señor Bertrand du Guesclin retrocedió junto al mariscal Boucicaut que le esperaba en un cierto lugar muy cerca de Rolleboise. Cuando se encontraron, bien debían ser quinientos hombres de armas.

Allá en los campos, los dos capitanes, mi señor Bertrand y mi señor Boucicaut, mantuvieron un gran parlamento para saber cómo actuarían y de qué modo podrían tomar la villa de Mantes. Ambos decidieron que mi señor Boucicaut, sólo con cien caballos más, cabalgaría delante y de Mantes, y allí se haría el aterrado, y diría a los de la villa que los de Rolleboise le estaban persiguiendo y que le dejaran entrar. Si le dejaban entrar, se apoderaría de la puerta, y mi señor Bertrand llegaría enseguida con su gran tropa y entrarían en la villa y podrían hacer su voluntad. Si de este modo no lo conseguían, no veían otro medio. Consideraron que éste era el mejor consejo y los dos señores lo mantuvieron en secreto. Mi señor Boucicaut marchó con la tropa que debía llevarse, y cabalgaron hacia Mantes con la intención de allí fingir. Mi señor Bertrand cabalgó por otro lado y él y los suyos se emboscaron muy cerca de Mantes.

Cuando mi señor Boucicaut y su tropa se acercaron a la villa de Mantes, rompieron el orden como quienes son perseguidos y llegan a la desbandada. El mariscal se acercó con otros nueve y todos los demás le siguieron despacio. Se detuvo delante de la barrera que estaba siempre bien defendida, y dijo: «¡Socorro, buenas gentes de Mantes, abrid vuestras puertas y dejadnos entrar para refugiarnos! Los asesinos y ladrones de Rolleboise nos

persiguen y por una gran desgracia han roto nuestras filas»

«¿Quién sois vos, señor?», preguntaron los que defendían la barrera y la puerta. «Señores, soy Boucicaut, mariscal de Francia. El duque de Normandie me había enviado a Rolleboise, pero muy mal me ha ido. Los ladrones de allí dentro me han destruido y he tenido que huir a la fuerza. Me cogerán a mí y al resto de mis gentes, si no me abrís la puerta enseguida». Los de Mantes, que pensaron que les estaba diciendo la verdad, respondieron: «Señor, bien sabemos que los de Rolleboise son tanto enemigos vuestros como nuestros, pues nada les importa a quien hacen la guerra, pero el duque de Normandie, vuestro señor, nos odia por nuestro señor el rey de Navarra. Mucho tememos ser engañados por vos, que sois mariscal de Francia». «Por mi fe, señores, les dijo, en modo alguno. No he venido aquí con otra intención que la de dañar a la guarnición de Rolleboise, aunque me haya salido mal».

Con estas palabras los de Mantes abrieron la barrera y la puerta, y dejaron pasar dentro a mi señor Boucicaut y a su tropa, y poco a poco iba llegando gente sin cesar. Los de Mantes no pudieron cerrar la puerta entre las últimas gentes de mi señor Boucicaut y las gentes de mi señor Bertrand, pues aunque mi señor Boucicaut y la mayor parte de sus gentes fueran enseguida a los hostales a desarmarse para tranquilizar a los de la villa, los últimos, que eran bretones, se apoderaron de las barreras y de la puerta. Dejaron de ser los dueños de la villa, porque en cuanto mi señor Bertrand llegó a galope con toda su tropa, entraron en la villa gritando: «¡Saint Yves! ¡Guesclin! ¡Muerte, muerte a todos los navarros!» Los

bretones entraron en los hostales saqueando y robando todo lo que encontraban, cogieron a los burgueses que quisieron como prisioneros, y mataron también a muchos.

Inmediatamente después de haber entrado en Mantes, tal y como habéis oído contar, una tropa de bretones salieron de allí y a todo galope se dirigieron a Meulan, que estaba a una legua más allá, y entraron en la villa muy astutamente. Dijeron que eran gentes de armas enviadas por mi señor Guillaume de Gauville, capitán de Évreux, y que los demás se habían quedado en Mantes. Los de Meulan pensaron que les decían la verdad, puesto que venían por el camino de Mantes y no podían venir por otro lado ni pasar el Sena, salvo por el puente de Mantes. Les creyeron con facilidad y les abrieron puertas y barreras. Los bretones se apoderaron enseguida de las puertas gritando: «¡Saint Yves! ¡Guesclin!» Y empezaron a matar y a cortar cabezas, y las gentes se vieron perdidas y se dieron a la fuga para salvarse, cada uno lo mejor que pudo, al verse así engañados y traicionados, pero no pudieron recuperarse ni salvarse.

Así fueron tomadas Mantes y Meulan, lo que mucho alegró al duque de Normandie cuando se enteró, y mucho irritó al rey de Navarra. Situó a vigías y capitanes especiales por todas sus villas y castillos, y consideró un grave perjuicio la pérdida de Mantes y Meulan, pues eran sus mejores entradas a Francia.

Aquella misma semana llegó al puerto de Cherbourg el captal de Buch con cuatrocientos hombres de armas. El rey de Navarra le hizo gran fiesta y le recibió con gran dulzura. Se quejó del duque de Normandie y le contó cómo habían tomado sus villas de Mantes y Meulan, y

seguían esforzándose por arrebatarle el resto. El captal le dijo: «Si a Dios le place, mi señor, nosotros iremos delante y haremos que las recuperéis, ésas y otras más. Se dice que el rey de Francia ha muerto en Inglaterra. Pronto veremos acontecer en Francia muchas novedades y es el momento de esforzarnos». La llegada del captal de Buch reconfortó mucho al rey de Navarra y le dijo que pronto le haría cabalgar a Francia. El susodicho rey mandó llamar a gentes de todas partes donde las podía conseguir. Entonces, se encontraba en la costa de Normandie un caballero de Inglaterra que ya en otra ocasión se había armado para el rey de Navarra, y era un hombre de armas muy experto al que llamaban Jean Jouel. En su tropa siempre tenía a unos doscientos o trescientos combatientes. El rey de Navarra le escribió rogándole que quisiera servirle con sus gentes y que se lo recompensaría con creces. Mi señor Jean Jouel aceptó los ruegos del rey de Navarra y muy pronto acudió junto a él, poniéndose abiertamente a sus servicios.

El duque de Normandie estaba bien informado y sabía que el rey de Navarra reclutaba a gentes de armas cuyo jefe y conductor sería el captal de Buch. Se previno ante esto y escribió a mi señor Bertrand du Guesclin que se encontraba en Mantes, ordenándole que él y sus bretones salieran a los campos a ofrecer frontera a los navarros, y que le enviaría gente suficiente para combatir el poder del rey de Navarra. También ordenó el duque de Normandie que mi señor Boucicaut permaneciera en la villa de Mantes, y que allí mantuviera la frontera y defendiera Mantes y Meulan de los navarros. Todo se hizo tal y como ordenó el duque. Mi señor Bertrand partió con todos sus bretones en dirección a Vernon. En

pocos días el duque de Normandie le envió muchas gentes de armas en diversas tropas, la del conde de Auxerre, vizconde de Beaumont, señor de Beaujeu, mi señor Louis de Châlons, mi señor el Arcipreste, el maestre de los ballesteros, y muchos buenos caballeros y escuderos. En aquel entonces habían salido de Gascogne y acudido a Francia para servir al duque de Normandie, el señor de Albret, mi señor Aymenon de Pommiers, mi señor Petiton de Curton, mi señor el susodicho de la Trau y muchos otros expertos caballeros y escuderos. El duque de Normandie se lo agradeció muchísimo y les dio buenos sueldos y grandes ganancias, rogándoles que quisieran ir y cabalgar a Normandie contra sus enemigos. Los arriba mencionados, que no deseaban ni pedían otra cosa que las armas, obedecieron con gusto y abandonaron París formados y en orden para cabalgar hacia Normandie, salvo el señor de Albret. Éste se quedó en París junto al duque, pero sus gentes marcharon en esa cabalgada.

En aquel tiempo, un caballero bretón francés llamado Braimon de Laval salió de las fronteras de Bretagne, de las marcas bajas de Alencon, y fue a hacer una incursión ante la ciudad de Évreux. En su compañía tenía unas cuarenta lanzas, todos bretones. En Évreux estaba entonces un joven caballero que se llamaba Guy de Gauville. En cuanto oyó la agitación de los de Évreux, corrió a armarse e hizo armarse a todos los compañeros mercenarios que estaban dentro del castillo. Luego montaron en sus caballos y saliendo por una puerta del castillo, llegaron a los campos. Mi señor Braimon había ya cumplido su cometido y hecha su demostración, y regresaba al paso. He aquí de pronto a mi señor Guy de

Gauville, montado en flor de corcel, adarga al cuello y lanza empuñada, gritándole muy alto: «Braimon, Braimon, no os vayáis de este modo. Tenéis que hablar con los de Évreux. Os habéis acercado tanto a verles que quieren conoceros».

Cuando mi señor Braimon se oyó nombrar, giró a su corcel, bajó su lanza y se dirigió en línea recta hacia mi señor Guy. Los dos caballeros se alcanzaron con tal furia en las adargas, que las lanzas volaron en astillas, pero se mantuvieron tan bien, que no vaciaron los arzones y pasaron de largo. Al volver, desenvainaron sus espadas y enseguida sus gentes empezaron la pelea. En los primeros ataques hubo muchos derribados de uno y otro lado. Allá hubo muchos golpes y los bretones se comportaron con mucha lealtad y combatieron con valor. Pero al final no pudieron conquistar la plaza, pues sin cesar crecían las gentes que se les echaban encima. Todos murieron o fueron apresados, no escapó ninguno, y mi señor Guy de Gauville cogió a mi señor Braimon de Laval y se lo llevó prisionero al castillo de Évreux, al igual que todos los demás que fueron apresados. Así sucedió esta aventura por la que mi señor Guy fue muy apreciado y querido por el rey de Navarra y por todos los de la villa de Évreux.

513. También por esta época, volvió a Francia el rey de Chipre, que venía de Aquitaine, y se fue directamente a París a ver al regente el duque de Normandie. Con él estaban entonces sus dos hermanos, el duque de Anjou y mi señor Philippe, que luego fue duque de Bourgogne, esperando que trajeran de Inglaterra el cuerpo de su padre el rey. El rey de Chipre les acompañó en el duelo y

él mismo sintió mucho la muerte del rey de Francia pues le retrasaba su viaje, y se vistió de negro. Llegó el día en que el cuerpo del susodicho rey de Francia, que había sido embalsamado y metido en un sarcófago, estuvo cerca de París. El cuerpo había sido traído por mi señor Jean de Artois, el conde de Dammartin y los grandes priores de Francia. El duque de Normandie y sus hermanos, el rey de Chipre y la mayor parte del clero de París abandonaron la ciudad y se fueron a pie a Saint-Denis en Francia. Allí fue sepultado con gran solemnidad. El día de las exequias cantó la misa el arzobispo de Sens.

Después del servicio y la comida que fue grande y noble, todos los señores y prelados regresaron a París. Mantuvieron consejo y parlamento para decidir lo que harían, pues el reino no podía estar mucho tiempo sin rey. Por consejo de prelados y nobles se decidió ir a Reims para coronar rey a mi señor Charles, duque de Normandie. Se hicieron disponer grandes preparativos por todos los lugares por donde debía pasar el nuevo rey, y de modo especial en la ciudad de Reims. El que todavía se llamaba duque de Normandie escribió a su tío, mi señor Wenceslas, duque de Brabant y de Luxembourg y al conde de Flandre rogándoles que quisieran asistir a su coronación que se había fijado para el próximo día de la Trinidad.

Mientras estos señores se ocupaban de estos asuntos y hacían estos preparativos, los franceses y los navarros se acercaban en Normandie. A la ciudad de Évreux ya había llegado el captal de Buch para reclutar a las gentes de armas y compañeros de todos los lugares de donde podía conseguirlos. Hablaremos de él y de mi señor Bertrand

du Guesclin, y de una hermosa jornada de batalla que entablaron el jueves antes de la Trinidad en que el duque de Normandie debía ser coronado y consagrado rey de Francia, como efectivamente lo fue en la catedral de Reims.

514. Cuando mi señor Jean de Grailly, llamado captal de Buch, hubo hecho en la ciudad de Évreux el reclutamiento de gentes de armas, arqueros y salteadores, hizo sus disposiciones y dejó en esa ciudad capital a un caballero llamado mi señor Legier de Orgesi y envió a Conches a mi señor Guy de Gauville para hacer frontera en el país. Luego salió de Évreux con todas sus gentes de armas y arqueros, pues había oído que los franceses cabalgaban aunque no sabía por qué parte. Salió a los campos con grandes deseos de combatirles. Contó a sus gentes y se encontró con setecientas lanzas, trescientos arqueros y otros quinientos hombres útiles. A su lado estaban muchos buenos caballeros y escuderos, en especial un estandarte del reino de Navarra llamado señor de Sault y después de éste, el mejor y más experto y el que tenía la mayor tropa de gentes de armas y arqueros era un caballero de Inglaterra llamado mi señor Jean Jouel. También estaban mi señor Pierre de Sacqueville, mi señor Guillaume de Gauville, mi señor Bertrand du Franc, el vasco de Mareuil y muchos más, todos con gran voluntad de encontrarse con mi señor Bertrand y sus gentes, y combatirles. Se dirigieron a Pont-de-L'Arche, pues bien pensaban que los franceses pasarían por allí el río Sena si todavía no lo habían cruzado.

Justamente el miércoles de Pentecostés sucedió que el captal y su tropa encontraron por azar cabalgando fuera de un bosque a un heraldo llamado Roi Faucon, que aquella mañana se había separado de la hueste de los franceses. En cuanto el captal de Buch lo vio, le puso muy buena cara porque era heraldo del rey de Inglaterra, y le preguntó de dónde venía y si tenía noticias de los franceses. «En nombre de Dios, sí, mi señor, respondió. Les he dejado esta mañana y también os están buscando con grandes deseos de encontraros». «¿En qué parte se encuentra?, preguntó el captal. ¿Están a este lado de Pont-de-l'Arche o en el otro?» «En nombre de Dios, dijo Faucon, han pasado Pont-de-l'Arche y Vernon, y ahora creo que están cerca de Pacy». «¿Cuántos son? ¿Quiénes son sus capitanes?, preguntó el captal. Dímelo, Faucon, te lo ruego». «En nombre de Dios, señor, son unos mil quinientos combatientes y todos buenas gentes de armas. Están con ellos mi señor Bertrand de Guesclin, que tiene la mayor tropa de bretones, el conde de Auxerre, el vizconde de Beaumont, mi señor Louis de Chalôns, el señor de Beaujeu, mi señor el maestre de los ballesteros, mi señor el Arcipreste, mi señor Oudard de Renti. También hay de Gascogne, vuestro país. Están las gentes del señor de Albret, mi señor Pierre Curton y mi señor Perducat de Albret y también están Aymon de Pommiers y mi señor el susodicho de Latrau».

Cuando el captal oyó nombrar a los gascones, mucho se sorprendió y enrojeció de la felonía y replicó: «Faucon, Faucon, ¿es cierto lo que dices, que están ahí esos caballeros de Gascogne que has nombrado, y las gentes del señor de Albret?» «Sí, señor, a fe mía» respondió el heraldo. «¿Y dónde está el señor de Albret?», preguntó el

captal. «En nombre de Dios, señor, está en París junto al regente el duque de Normandie, que se está preparando para ir a Reims, pues por doquier se dice que el próximo domingo se hará consagrar y coronar allí», dijo Faucon. Entonces el captal se echó las manos a la cabeza y exclamó lleno de malhumor: «Por la cabeza de San Antonio, gascones se medirán con gascones».

Entonces Roi Faucon habló por Prie, un heraldo que el Arcipreste había enviado, y dijo al captal: «Mi señor, muy cerca de aquí me espera un heraldo francés que el Arcipreste os envía y quien, según he entendido por el heraldo, hablaría muy gustoso con vos». A esto respondió el captal: «Faucon, decid a ese heraldo francés que no se moleste en hacer nada y que le diga al Arcipreste que no quiero hablar con él». Mi señor Jean Jouel se adelantó y dijo: «¿Por qué, señor? Sería en nuestro provecho». Y el captal le contestó: «De ningún modo, Jean. El Arcipreste es un farsante que vendría a contarnos patrañas y mentiras. Vería bien nuestras fuerzas y mucho nos podría contrariar. No quiero saber nada de parlamentos». Roi Faucon regresó junto a su compañero Prie que le esperaba en un seto y excusó prudentemente a mi señor el captal, de tal modo que el heraldo no se enfadó nada y volvió a contar al Arcipreste todo lo que Faucon le había dicho.

515. Así, por la relación de los dos heraldos, franceses y navarros tuvieron conocimiento uno de otro. Entonces mantuvieron consejo y decidieron marchar de modo que pudieran encontrarse. Cuando el captal oyó decir a Faucon el número de gentes de armas franceses y que eran unos mil quinientos, envió enseguida mensajes a la

ciudad de Évreux, diciéndole al capitán que ordenara salir a todo tipo de jóvenes compañeros armados hacia Cocherel, pues pensaba que ahí encontraría a los franceses y sin falta les combatiría en el lugar donde los encontrara. Cuando estas noticias llegaron a la ciudad de Évreux a mi señor Leger de Orgesy, las hizo proclamar y ordenó que de inmediato todos los que tuvieran caballo, acudieran a reunirse con el captal. Enseguida partieron más de ciento veinte jóvenes compañeros de la nación de la villa.

Aquel miércoles el captal acampó a hora de nonas con todas sus gentes en una montaña. Los franceses, que deseaban encontrarlos, cabalgaron hacia delante y llegaron a un río que en el país llaman Yton y corre por Évreux y nace muy cerca de Conches. Aquel miércoles acamparon muy bien después de mediodía en un hermoso prado a lo largo del río.

El jueves por la mañana desacamparon los navarros y enviaron delante a exploradores para tener noticias de los franceses. Los franceses enviaron también a los suyos para saber noticias de los navarros. En ambos lados regresaron con noticias seguras antes de haber recorrido dos leguas. Los navarros cabalgaban conducidos por Faucon, por el camino por donde había venido. Hacia hora prima llegaron a las llanuras de Cocherel y vieron delante de ellos a los franceses, que ya estaban formando sus columnas. Había allí gran cantidad de estandartes y pendones y parecían ser el doble de los que en realidad eran.

Los navarros se detuvieron muy tranquilos junto a un pequeño bosque y los capitanes se adelantaron para formar el ejército. Dispusieron tres columnas de a pie y

enviaron a sus muchachos, caballos y equipaje al bosquecillo. Colocaron en la primera columna a mi señor Jean Jouel, y allí formaron a todos los ingleses, hombres de armas y arqueros. El captal recibió la segunda columna con unos cuatrocientos combatientes. Junto al captal estaban mi señor de Sault en Navarra, un joven caballero, con su estandarte, mi señor Guillaume de Gauville y mi señor Pierre de Saquenville. La tercera fue para tres caballeros, mi señor el vasco de Mareuil, mi señor Rertrand du Franc y mi señor Sanse Lopin, y también eran unas cuatrocientas armaduras de hierro.

Cuando hubieron formado sus columnas, no las alejaron mucho unas de otras y se colocaron en la falda de una montaña que estaba a su derecha. En la montaña se alinearon todos de frente delante de sus enemigos. Colocaron el pendón del captal de Buch en un matorral de espinos y dispusieron a su alrededor sesenta armaduras de hierro para protegerlo y defenderlo. También lo hicieron para reagruparse allí, si eran dispersados por la fuerza de las armas. Ordenaron que nadie se alejara de allí ni bajara la montaña por nada que sucediera, pues si les querían combatir, que subieran allí a buscarles.

516. Así formados y alineados se situaron navarros e ingleses por un lado en la falda la montaña, tal y como os he dicho. Mientras tanto, los franceses formaban sus columnas. Dispusieron tres columnas y una retaguardia. Mi señor Bertrand du Guesclin tuvo la primera con todas los bretones y fue formada para combatir a la columna del captal. El conde de Auxerre tuvo la segunda y con él estaban como conductores de la columna, el vizconde de

Beaumont y mi señor Baudouin Annequin, maestre de los ballesteros, con franceses, normandos, picardos, mi señor Oudard de Renti, mi señor Enguerrand de Eudin, mi señor Louis de Haverskerque y muchos otros buenos caballeros y escuderos. El Arcipreste tuvo la tercera con los borgoñones, mi señor Louis de Châlons, el señor de Beaujeu, mi señor Jean de Vienne, mi señor Guy de Trelai, mi señor Hughes de Vienne y muchos otros. Esta columna debía combatir al vasco de Mareuil y su tropa. La otra columna de retaguardia era sólo de gascones y como conductores estaban mi señor Aymon de Pommiers, mi señor de Latrau, mi señor Perducat de Albret y mi señor Pierre de Curton. Aquellos caballeros gascones tuvieron una gran idea. Al ver la formación del captal y como los de su lado habían colocado su pendón en el matorral defendiéndolo a modo de estandarte, se dijeron: «Es importante, que cuando combatan las columnas, nos dirijamos con todas nuestras fuerzas hasta el pendón del captal y tratemos de conquistarlo. Si lo conseguimos, nuestros enemigos perderán mucha fuerza y correrán gran peligro de ser dispersados».

Y aun tuvieron aquellos gascones otra idea que les fue de gran provecho y les hizo su jornada.

Muy poco después de que los franceses hubieran formado sus columnas, los jefes de los señores se reunieron y aconsejaron acerca de cómo actuarían pues veían a sus enemigos con grandes ventajas. Entonces los gascones arriba mencionados dijeron palabras que fueron bien escuchadas: «Señores, sabemos bien que el captal es uno de los caballeros más valeroso y hábil en sus empresas de cuantos existen hoy en todas las tierras. Gran daño os producirá en cuanto se ponga a combatir.

Hemos pensado que treinta de los nuestros, los más expertos y audaces, monten en sus caballos sin otra intención que la de acercarse al captal. Mientras tanto nosotros nos esforzaremos por conquistar su pendón. Ellos lucharán con la fuerza de sus corceles y de sus brazos por romper las filas y llegar hasta el captal. Cuando lo hayan cogido, se lo llevarán con ellos y se pondrán a salvo donde sea sin esperar el final de la batalla. Creemos que si lo podemos apresar y retener de esta forma, la jornada será nuestra, pues sus gentes se quedarán aterradas por la captura».

Los caballeros de Francia y de Bretagne que estaban allí, aceptaron enseguida este consejo y dijeron que era una buena idea y que así lo harían. Eligieron entre sus columnas a los treinta hombres de armas más valientes y decididos, y estos treinta montaron en sus buenos corceles, los más ligeros y veloces que tenían, y fueron apartados a un lado en los campos para informarles de lo que debían hacer, y los otros permanecieron a pie en su formación tal y como debían estar.

Cuando estos señores de Francia hubieron formado sus columnas según su opinión y cada uno sabía lo que tenía que hacer, hablaron largo rato acerca de cuál sería el grito de la jornada y junto a qué estandarte o pendón se retirarían. Al principio pensaron gritar: «¡Notre Dame! ¡Auxerre!» y hacer soberano de aquel día al conde de Auxerre. Pero el conde no lo quiso consentir y se excusó muy bien diciendo: «Señores, muchas gracias por el honor que me queréis hacer. Pero no deseo aceptarlo pues soy demasiado joven para recibir tal honor y semejante cometido. Es ésta mi primera jornada campal, por lo que debéis elegir a otro. Hay aquí muy buenos

caballeros: mi señor Bertrand du Guesclin, mi señor el Arcipreste, mi señor el Maestre, mi señor Louis Chalona, mi señor Aymon de Pommiers, mi señor Oudard de Renti, que ya han estado en mayores empresas y batallas campales y saben mejor que yo cómo deben dirigirse. Os ruego que me dispenséis de ello».

Entonces todos los caballeros que estaban allí, se miraron unos a otros y dijeron: «Conde Auxerre, vos sois aquí el más grande en bienes, tierra y linaje. Bien podéis por derecho ser nuestro jefe». «Ciertamente, señores, les respondió, habláis con cortesía. Hoy seré vuestro compañero, y moriré, viviré y esperaré la aventura a vuestro lado, pero para nada quiero oír hablar de soberanía». Entonces se miraron unos a otros para saber a quién elegirían. Mi señor Bertrand du Guesclin fue considerado el mejor caballero del lugar, el que más había combatido y quien mejor sabía cómo debían llevarse aquellos asuntos. De común acuerdo se decidió gritar: «¡Notre Dame! ¡Guesclin!» y que aquella jornada estaría ordenada por mi señor Bertrand.

Una vez establecidas todas estas cosas y cada señor bajo su estandarte o pendón, miraron a sus enemigos que estaban en la colina, y que no se movían de sus puestos ya que lo habían decidido así. Mucho enojaba aquello a los franceses, ya que los veían en gran ventaja con respecto a ellos y también porque el sol empezaba a estar muy alto lo que mucho les perjudicaba pues hacía mucho calor. Hasta los más firmes se tambaleaban, pues estaban en ayunas y no habían cargado vino ni víveres con ellos, salvo algunos señores que llevaban pequeñas botellas de vino que pronto fueron vaciadas. Por la mañana no habían pensado en ello porque creían combatir

enseguida y que sus enemigos se echarían sobre ellos. Pero no lo hicieron, como bien podía verse, sino que ingleses y navarros se retrasaban por astucia todo lo que podían, y hasta más de mediodía no empezaron a combatir.

Cuando los señores de Francia vieron su actitud, se reunieron para aconsejarse acerca de si debían ir o no a combatirles. No había acuerdo en este consejo, porque unos querían ir a buscarlos y a combatirles, fuera como fuera, y decían que aquella situación era una vergüenza para ellos. Otros más sensatos se lo debatían diciéndoles que si iban a combatirles a la posición ventajosa en la que se encontraban, correrían gran peligro pues eran cinco contra tres. Y finalmente tampoco podían estar de acuerdo con ir a combatirles puesto que eso era lo que querían los navarros: «Vedlos ahí, pronto vendrán a combatirnos, están inquietos y lo están deseando».

Allí había algunos caballeros y escuderos normandos prisioneros de los ingleses y navarros que se habían entregado por su fe. Como no se podían armar, les dejaban ir y cabalgar junto a los franceses. Y les decían a los señores de Francia: «Señores, decidíos, porque si la jornada de hoy se queda sin batalla, mucho se reconfortarán nuestros enemigos. Se dice que mi señor Luis de Navarra va a venir con trescientas lanzas». Estas palabras inclinaban a los caballeros y escuderos de Francia a ir a combatir a los navarros, fuera como fuera. Y en tres o cuatro ocasiones se prepararon y dispusieron para ello, pero siempre vencían los más sensatos que decían: «Señores, esperemos un poco más y veamos lo que hacen. Son tantos y tan presuntuosos que si nos desean combatir, que lo hagan ellos».

Allí había muchos que se encontraban mal y estaban indispuestos por el gran calor que hacía. Ya eran nonas y habían ayunado toda la mañana, iban armados y el sol había calentado sus armaduras. Se decían unos a otros: «Si vamos a combatir a esa montaña en el estado en que nos encontramos, estamos perdidos de antemano. Volvamos a nuestros campamentos y mantengamos otro consejo por la mañana». Muy diversas eran las opiniones.

Cuando los caballeros de Francia, que gobernaban y conducían a aquellas gentes bajo su honor, vieron de un lado que los navarros e ingleses no se moverían de sus puestos y que ya eran nonas y oían las palabras de los prisioneros franceses que venían de la hueste de los navarros, y veían de otro lado que la mayor parte de sus gentes estaba agotada y muy indispuesta por el calor, se sintieron muy a disgusto. Se reunieron y mantuvieron otro consejo por decisión de mi señor Bertrand du Guesclin, que era su jefe y a quien obedecían. «Señores, les dijo, vemos como nuestros enemigos se retrasan en combatir. Sienten grandes deseos, eso espero, pero no abandonarán sus posiciones, si no es de la forma en que os diré. Haremos ademán de retirarnos y de no combatir hoy por el cansancio de nuestras gentes a causa del calor. Haremos que todos nuestros criados, equipajes y caballos crucen ordenadamente el puente y el agua, y se retiren a los campamentos. Nosotros mantendremos nuestras columnas al acecho para ver qué hacen. Si nos desean combatir, bajarán de su montaña y vendrán a buscarnos a la llanura. Si vemos que así lo hacen, estaremos preparados para volver sobre ellos y de ese modo los tendremos más a nuestra disposición». Este consejo fue

aceptado por todos y lo consideraron el mejor. En esto, cada señor volvió junto a sus gentes y bajo su estandarte o pendón, como debía ser, e hicieron sonar sus trompetas haciendo ademán de retirarse. Ordenaron a caballeros, escuderos, gentes de armas, criados y muchachos, cruzar el puente y transportar sus equipajes al otro lado del río. Pasaron casi todos los muchachos y luego algunas gentes de armas.

Cuando mi señor Jean Jouel, que era un caballero muy intrépido y estaba muy deseoso de combatir a los franceses, vio cómo se retiraban, dijo el captal: «Señor, señor, descendamos ahora mismo. ¿No veis cómo están huyendo los franceses?» A esto respondió el captal: «Mi señor Jean, mi señor Jean, no creáis que hombres tan valientes como los que están ahí, huyan de ese modo. Sólo lo hacen por astucia y para atraernos a ellos». Entonces mi señor Jean Jouel, ávido de combatir, dijo a los de su tropa gritando: «¡Saint George! ¡Adelante! Que me siga quien me ame. Me voy a combatir». En esto, avanzó a todas las columnas con la lanza empuñada y ya había descendido de la montaña con una parte de sus gentes, antes de que el captal se hubiera movido. Cuando mi señor el captal vio que Jean Jouel se iba a combatir sin él, lo consideró gran presunción y dijo a los que estaban a su lado: «Vamos, vamos, bajemos la montaña. Mi señor Jean Jouel no combatirá sin mí». Entonces avanzaron todas las gentes del captal, él el primero con la lanza empuñada.

Cuando los franceses, que estaban al acecho, les vieron bajar y llegar a la llanura, mucho se alegraron y se dijeron: «Ved aquí a los que estamos esperando todo el día». Entonces volvieron todos juntos con gran voluntad

de recibir a sus enemigos gritando a una voz: «¡Notre Dame! ¡Guesclin!» Alzaron sus estandartes contra los navarros y las columnas comenzaron a pelear todas juntas a pie. Y he ahí a mi señor Jean Jouel, delante de todos, empuñando la lanza, y combatiendo con gran ánimo la columna de los bretones cuyo jefe era Bertrand, y allí realizó grandes hechos de armas, porque era caballero tremendamente intrépido. Las columnas se extendieron por las llanuras y caballeros y escuderos empezaron a lanzar y golpear con todas las armas que tenían a mano, y a combatir unos con otros con gran voluntad y valor. Allí gritaban ingleses y navarros en un lado: «¡Saint Georges! ¡Navarra!» y los franceses: «¡Notre Dame! ¡Guesclin!» Muy buenos caballeros hubo en el lado de los franceses: mi señor Bertrand du Guesclin antes que nadie, el joven conde de Auxerre, el vizconde de Beaumont, mi señor Badouin de Annequin, mi señor Louis Chalóns, el joven señor de Beaujeu mi señor Antoine, que allí levó estandarte, mi señor Louis de Haverskerque, mi señor Oudard de Renti, mi señor Enguerrand de Eudin, y por otro lado, los gascones con su columna, primero, mi señor Aymon de Pommiers, mi señor Perducat de Albret, mi señor el susodicho de Latrau, mi señor Pierre de Curton y muchos más. Los gascones se dirigieron a la columna del captal y de los gascones. También ellos tenían grandes deseos de encontrarlos. Allí hubo dura pelea y se realizaron grandes hechos de armas.

A ser posible, nunca se debe mentir en cuestiones de armas y por ello se me podría preguntar qué había sido del Arcipreste, que allí era un gran capitán y tenía una gran tropa, y de quien no he hecho mención alguna. Os

diré la verdad. En cuanto el Arcipreste vio que allí habría combate y que las columnas iban a pelear, salió de sus tropas, pero antes dijo a sus gentes y al que llevaba el estandarte: «Os ordeno que permanezcáis aquí hasta el final de la jornada. Me marcho para no volver, pues no puedo combatir ni armarme contra algunos caballeros que están al otro lado. Si os preguntan por mí, responded esto que os he dicho». Entonces se marchó con un solo escudero y cruzó el río dejando hacer a los otros. Ni franceses ni bretones se dieron cuenta, porque veían a sus gentes y su estandarte, y lo creían junto a ellos hasta el final de la empresa. Ahora os hablaremos de la batalla, cómo continuó y los grandes hechos de armas que se realizaron en aquella jornada, tal y como oiréis seguidamente.

Al principio de la batalla, cuando mi señor Jean Jouel bajó y todas sus gentes le siguieron lo más cerca que pudieron, incluso el captal con su tropa, pensaron que la jornada era suya. Pero sucedió de modo muy distinto. Cuando los navarros vieron que los franceses volvían en buena formación, se dieron cuenta de que habían sido engañados. No obstante, no se atemorizaron, sino que como gentes de gran valor, tuvieron la intención de recuperarse por buen combate. Retrocedieron un poco y se unieron, y luego se abrieron para dejar paso a sus arqueros que estaban detrás. Cuando los arqueros estuvieron delante, se desplegaron y empezaron a disparar con gran fuerza, pero los franceses iban tan bien armados y empavesados, que no fueron seriamente heridos, si no sólo un poco, y no por eso dejaron de combatir. Todos a pie se metían entre navarros e ingleses, y éstos entre ellos con gran voluntad. Hubo allí

una gran pelea y unos a otros se arrebataban por la fuerza de los brazos y de la lucha, sus lanzas, sus hachas y las armas con las que combatían. Se apresaban y se juraban prisión unos a otros, y estaban tan cerca unos de otros que combatían mano a mano con inmenso valor. Bien podéis creer que en tal pelea y en semejante peligro hubo gran cantidad de derribados y muertos, pues nada se escatimaban ni en un lado ni en el otro. Y os digo que los franceses no se dormían en los laureles, pues tenían gentes de mucho valor y audacia. Todos se defendían bien, mantenían su posición y tomaban ventaja cuando era el momento. De otro modo, habrían sido derrotados. Os digo en verdad que bretones y gascones lo hicieron muy bien allí y realizaron muchos hermosos hechos de armas.

Ahora os quiero contar acerca de los treinta que habían sido elegidos para dirigirse contra el captal y que iban muy bien montados en flores de corceles. Éstos, que no se ocuparon de otra cosa más que de su empresa, tal y como se les había encargado, llegaron en apretadas filas allí donde el captal combatía muy valientemente con un hacha asestando tales golpes que nadie se atrevía a acercársele. Se abrieron paso entre el tumulto por la fuerza de sus caballos y con la ayuda de los gascones. Estos treinta, que iban muy bien montados como ya sabéis, y que sabían lo que tenían que hacer, no quisieron pensar en el esfuerzo ni en el peligro. Llegaron hasta el captal y lo rodearon. Se detuvieron junto a él y lo apresaron por la fuerza, y luego salieron del lugar llevándoselo con ellos. Y en ese lugar hubo entonces una gran pelea y todas las columnas empezaron a luchar en aquella parte, pues las gentes del captal gritaban como

enloquecidos: «¡Rescate del captal! ¡Rescate!» Pero de nada les valió, pues el captal fue apresado y raptado del modo en que os he dicho, y puesto a salvo. A la hora en que esto ocurrió, todavía no se sabía en verdad quiénes eran los mejores.

En medio de este alboroto y de este tumulto, y mientras navarros e ingleses trataban de seguir el rastro del captal a quien veían llevarse delante de ellos y por lo que parecían enloquecidos, mi señor Aymon de Pommiers, mi señor Fierre de Curton, mi señor el susodicho de Latrau y las gentes del señor de Albret por un lado, pusieron toda su voluntad en llegar hasta el pendón del captal que estaba en un matorral y del que los navarros habían hecho su estandarte. Hubo allí gran pelea y dura y fuerte batalla, pues estaba bien protegido por buenas gentes, en especial, por mi señor el vasco de Mareuil y mi señor Geoffroi de Roussillon. Allí hubo grandes hechos de armas, muchos presos y muchos rescatados, muchos hombres heridos y derribados que nunca más volvieron a levantarse. De todos modos, los navarros que estaban junto al matorral y al pendón del captal, tuvieron que abrirse y retroceder por la fuerza de las armas. Allí murió el vasco de Mareuil y muchos otros, y mi señor Geoffroi de Roussillon fue apresado por mi señor Aymon de Pommiers, y todos los demás murieron o fueron hechos prisioneros, o retrocedieron tanto, que cuando el pendón fue conquistado, destrozado y arrojado al suelo, ya no hubo ninguna querella en el matorral.

Mientras los gascones se ocupaban de esto, picardos, franceses, normandos, bretones y borgoñones combatían en otra parte con gran valor. Y mucha falta les hacía, pues los navarros les habían hecho retroceder y del lado

de los franceses ya había muerto el vizconde de Beaumont, lo que fue gran pena, pues en aquel tiempo era un joven caballero hecho para grandes empresas. Sus gentes se lo habían llevado fuera de la columna, lejos de la pelea, y allí lo guardaban. Según luego oí contar a los que estuvieron en un lado y otro, os digo que no se había visto batalla semejante a aquella en cantidad de gentes y en bien combatida, pues todos pelearon a pie y mano a mano. Se mezclaron unos con otros y se esforzaron en combatir bien con las armas que llevaban y, en especial, con las hachas con las que asestaban tales golpes que todo se tambaleaba. Allí fueron gravemente heridos mi señor Petiton Curton y mi señor el susodicho de Latrau de tal forma que luego no pudieron valerse en toda la jornada. Mi señor Jean Jouel, por quien había comenzado la batalla y que había sido de los primeros en atacar con gran valor, no se dignó a retroceder en ningún momento, y se metió tan delante que fue gravemente herido en muchos lugares del cuerpo y de la cabeza. Fue apresado y tuvo que jurar prisión a un escudero de Bretagne bajo el estandarte de mi señor Bertrand du Guesclin. Entonces lo sacaron del combate. El señor de Beaujeu, mi señor Louis Chalóns, las gentes del Arcipreste y gran cantidad de buenos caballeros y escuderos de Bourgogne, combatían en otro lado con gran valor y bien sabían a quién responder, pues una tropa de navarros y las gentes de mi señor Jean Jouel estaban delante de ellos. Os digo que los franceses no les llevaban ventaja, pues se estaban enfrentando a gentes terriblemente duras. Mi señor Bertrand y sus bretones se desquitaron con lealtad y permanecieron juntos todo el día ayudándose unos a otros. Lo que derrotó a navarros e ingleses fue la captura

del captal, apresado casi al comienzo, y la conquista del pendón, que impidió que sus gentes pudieron reagruparse. Los franceses conquistaron la plaza, pero les costó a muchos de los suyos. Allí murieron de su lado, el vizconde de Beaumont, como ya os he dicho, mi señor Badouin de Annequin, maestre de los ballesteros, mi señor Louis de Haverskerque y muchos otros. De entre los navarros murieron un estandarte de Navarra que se llamaba señor de Sault con gran cantidad de sus gentes, mi señor el vasco de Mareuil, un muy experto caballero, tal y como ya se ha dicho más arriba, y aquel día también murió en prisión mi señor Jean Jouel. Fueron hechos prisioneros mi señor Guillaume de Gauville, mi señor Pierre de Sacquenville, mi señor Geoffroi de Roussillon, mi señor Bertrand du Franc y muchos más. Muy pocos se salvaron de la muerte o de caer en prisión. Esta batalla tuvo lugar en Normandie, muy cerca de Cocherel, un jueves, el dieciséis de mayo del año de gracia mil trescientos sesenta y cuatro.

Después de esta derrota, de que todos los muertos hubieran sido despojados y de que cada cual se ocupara de sus prisioneros, y cuando la mayor parte de los franceses ya habían vuelto a cruzar el puente y retirado a sus campamentos agotados y cansados, se encontraron en peligro de desgracias con las que no habían contado. Os contaré cómo fue esto.

Mi señor Guy de Gauville, hijo de mi señor Guillaume de Gauville, que fue capturado en la batalla, había salido de Conches con una guarnición navarra, pues había oído decir que sus gentes combatirían, tal y como sucedió. Mucho se apresuró para estar presente en aquella jornada, pues esperaba que se combatieran al día

siguiente. Quería estar junto al captal, fuera como fuese, y en su tropa había unas cincuenta lanzas de buenos compañeros y bien montados. Mi señor Guy llegó con su tropa a todo galope hasta el lugar donde había sido la batalla. Los franceses, que estaban detrás y que no pensaban ser sorprendidos, oyeron el jaleo, enseguida se juntaron y gritaron: «Regresad! ¡Regresad! ¡Los enemigos!» En medio de aquella agitación muchos se asustaron y allí mi señor Aymon de Pommiers prestó un gran servicio a sus gentes. Aún estaba allí con toda su tropa. En cuanto vio acercarse a los navarros, se retiró hacia la derecha e hizo desplegar su pendón y alzar muy alto en un matorral a modo de estandarte para reunir a sus gentes.

Cuando mi señor Guy de Gauville, que a toda prisa había llegado a aquel lugar, vio la situación y reconoció el pendón de mi señor Aymon de Pommiers y oyó gritar: «¡Notre Dame! ¡Guesclin!» y no vio a ninguno de los que buscaba sino sólo gran cantidad de muertos por los campos, comprendió que sus gentes habían sido desbaratadas y los franceses habían conquistado la plaza. Sin hacer ningún ademán de combatir, pasó muy cerca de mi señor Aymon de Pommiers que estaba bien dispuesto a recibirle si se les hubiera acercado, y se marchó por el camino por donde había venido, creo que hacia la guarnición de Conches.

Ahora os hablaremos de los franceses. Como habéis oído, suya fue la jornada y por la noche cruzaron el río y se retiraron a sus campamentos para descansar. Mucho se preguntó por el Arcipreste cuando se enteraron que no había estado en la batalla y que se había marchado sin más. Sus gentes lo excusaron lo mejor que pudieron.

Sabed que los treinta que habían raptado al captal como ya habéis oído, no dejaron de cabalgar hasta que lo hubieron conducido a salvo al castillo de Vernon. Al día siguiente, desacamparon y lo cargaron todo, y cabalgaron hacia Vernon para llegar a la ciudad de Rouen. En el castillo de Rouen dejaron a una parte de sus prisioneros y muchos regresaron muy contentos a París. La jornada había sido para ellos muy hermosa y muy provechosa para el reino de Francia. Pues si hubiera sido contraria a los franceses, mi señor el captal de Buch habría hecho gran escarceo en Francia. Tenía intención de cabalgar hasta Reims ante el duque de Normandie, que ya había llegado para hacerse coronar y consagrar junto a su mujer la duquesa. Pero Dios no lo quiso consentir y era de esperar.

23. En muchos lugares se extendieron las noticias de que el captal había sido apresado y sus gentes destruidas. Mi señor Bertrand du Guesclin adquirió por ello gran gracia y renombre entre todos los tipos de gentes en el reino de Francia, y mucho se elevó su nombre. Las noticias llegaron hasta el duque de Normandie que se encontraba en Reims. Tuvo una gran alegría y alabó a Dios muchas veces. Su corte y todas las cortes de los señores que habían acudido a su coronación estuvieron mucho más alegres.

Fue el día de la Trinidad del año de gracia de Nuestro Señor mil trescientos sesenta y cuatro, cuando el rey Charles, primogénito del rey Jean de Francia, fue coronado y consagrado rey en la gran iglesia de Notre Dame de Reims junto a mi señora la reina su esposa, hija del duque Pierre de Bourbon, por el reverendo padre mi

señor Jean de Craon, arzobispo de Reims. Estuvieron presentes el rey Pierre de Chipre, el duque de Anjou, el duque de Bourgogne, mi señor Wenceslas de Bohemia, duque de Luxembourg y de Brabant, tío del susodicho rey, el conde de Eu, el conde Dammartin, el conde de Tancarville, el conde de Wissant, mi señor Robert de Alencon, el arzobispo de Sens, el arzobispo de Rouen y tantos prelados y señores que no podría nombrar. Grandes fueron entonces las fiestas y las solemnidades. El rey de Francia y la reina permanecieron cinco días en la ciudad de Reims. Se ofrecieron grandes dones a los señores extranjeros, que pidieron licencia al rey y regresaron a sus lugares.

El rey de Francia regresó a París a pequeñas jornadas y en medio de grandes distracciones y fue acompañado por muchos prelados y señores, entre ellos, el rey de Chipre. No os podéis ni imaginar las solemnidades que le hicieron un día de verano cuando entró en París. La mayor parte de señores y caballeros que habían estado en Cocherel, ya habían regresado a París. El rey los recibió con gran alegría, en especial, a mi señor Bertrand du Guesclin y a los caballeros de Gascogne, a mi señor Aymon de Pommiers y a los otros, pues el señor de Albret había estado en su coronación.

EL PRÍNCIPE NEGRO EN ESPAÑA



560. Pasó tanto tiempo mientras el príncipe hacía sus preparativos y esperaba la llegada del duque de Lancaster, que mi señora la princesa dio a luz por la gracia de Dios. Nació un hermoso hijo el día de los tres Reyes, que aquel año cayó en miércoles. El niño llegó al mundo a hora tercia, por lo que mucho se regocijaron el príncipe y todos los de su hostal, y fue bautizado el viernes siguiente a hora nona en el baptisterio de la iglesia de Saint-André de la ciudad de Bordeaux. Lo bautizó el arzobispo del lugar y lo mantuvieran sobre las fuentes el obispo de Agen y el rey de Mallorca. Y este niño recibió el nombre de Richard y luego fue rey de Inglaterra, como oiréis contar más adelante en esta historia.

El domingo próximo a hora prima salió el príncipe de Bordeaux con un gran séquito y todo tipo de gentes de armas que allí se encontraban, aunque la mayor parte de su hueste ya había partido y acampado por los alrededores de la ciudad de Dax en Gascogne. El príncipe se alojó aquel domingo por la noche en esa ciudad y allí pasó tres días. Pues le dijeron que su hermano el duque de Lancaster estaba por llegar. Realmente ya estaba muy cerca: hacía quince días había llegado a Bretagne, a Saint Mathieu de Fine Pôteme, y a Nantes donde el duque de Bretagne le había recibido con grandes fiestas. Luego cabalgó por Poitou y Saintogne, y llegó a Blaye, cruzó el Gironde y llegó a Bordeaux. Fue a la abadía de Saint-André donde descansaba la princesa y ella y todas las damas y doncellas, que estaban allí aquel día, lo recibieron con gran dulzura. El duque de Lancaster no quiso quedarse en Bordeaux, sino que se despidió de su hermana la princesa y se marchó con toda su compañía. Cabalgó tanto que llegó a la ciudad de Dax, donde su hermano todavía le estaba esperando. Mucho se alegraron al encontrarse porque mucho se amaban y allí hubo grandes demostraciones de amor entre ellos y entre sus gentes.

Muy poco después de la llegada del duque de Lancaster, apareció en Dax el conde de Foix, que hizo grandes reverencias al príncipe y a su hermano ofreciéndose a ponerse bajo sus órdenes. El príncipe, que bien sabía honrar a todos los señores y a cada uno según lo que era, le honró mucho y mucho le agradeció que hubiera ido a verle. Después, le encomendó su país y le rogó que lo defendiera hasta su vuelta. El conde de Foix se lo concedió muy gustoso. En esto, el conde regresó a su

país. El príncipe y el duque de Lancaster siguieron en Dax con todas sus gentes esparcidas por los alrededores y el país, y a la entrada de los puertos y el paso de Navarra, pues todavía no sabían si podrían o no pasar, ni si el rey de Navarra abriría el paso aunque así se lo hubiera acordado, pues corrían rumores por la hueste de que había pactado recientemente con el rey Enrique, cosa que mucho sorprendió al príncipe y a sus consejeros, y entristeció al rey don Pedro.

Sucedió entonces, que mientras ellos permanecían en Dax y corrían estos rumores, mi señor Hugh Calveley y sus tropas avanzaron hasta la entrada de Navarra y tomaron la ciudad de Miranda y la villa de Puente la Reina. Todo el país sintió un gran terror y las noticias llegaron al rey de Navarra. Cuando oyó que las Compañías querían entrar a la fuerza en su país, se irritó mucho y escribió enseguida al príncipe. El príncipe no hizo mucho caso porque no le parecía, ni a él ni al rey don Pedro, que el rey de Navarra mantuviera sus acuerdos. El príncipe le contestó diciéndole que fuera a excusarse, pues sus gentes decían que se había puesto del lado del rey Enrique. Cuando el rey de Navarra oyó que se le acusaba de traición, se irritó aún más que antes y envió junto al príncipe a uno de sus caballeros más cercanos llamado mi señor Martín de la Carra. Éste acudió a la ciudad de Dax a excusar al rey de Navarra y habló tan bien al príncipe que logró calmarle. Le dijo que volvería a Navarra junto a su señor el rey y le haría ir a Saint-Jean-Pied-de-Port y que una vez allí, el príncipe decidiría si podría ir a hablar con él o enviar a alguien. En esta situación se separó mi señor Martín de la Carra del príncipe y regresó a Navarra junto al rey. Le contó el

acuerdo, en qué estado había encontrado al príncipe y a su consejo, y cómo se había separado de ellos. Mi señor Martín logró conducir a su señor el rey hasta Saint-Jean-Pied-de Port y luego se dirigió a la ciudad de Dax junto al príncipe. Cuando el príncipe supo que el rey de Navarra estaba cerca, decidió enviarle a su hermano el duque de Lancaster y a mi señor John Chandos. Ambos se pusieron en camino con una mesnada privada y con mi señor Martín que los condujo a la villa de Saint-Jean-Pied-de-Port junto al rey de Navarra, que los recibió muy bien y allí mantuvieron largos parlamentos. Al final se acordó que el rey de Navarra se acercaría aún más al príncipe y llegaría a un lugar que en el país llaman Peyrehorade, y allí acudirían el príncipe y el rey don Pedro para hablar con él. Allí renovarían sus pactos y cada uno sabría a qué atenerse. El rey de Navarra quería estar más seguro de los pactos, pues temía que si las Compañías entraban en su país sin que antes se le hubiera sellado lo que debía o quería tener, luego no lo obtendría nunca.

Con este acuerdo regresaron el duque de Lancaster y mi señor John Chandos y contaron al príncipe y también al rey don Pedro lo que habían tratado. El acuerdo les pareció muy bien y se dirigieron al lugar fijado, así como por otra parte hicieron el rey de Navarra y sus más especiales consejeros. En Peyrehorade estuvieron estos tres señores, el rey don Pedro, el príncipe de Gales y el duque de Lancaster por un lado, y el rey de Navarra por otro, y mantuvieron un largo parlamento. Allí se decidió, se ordenó y se acordó qué debía tener y hacer cada uno, y fueron renovados los pactos que habían sido tratados entre estas partes en la ciudad de Bayonne. Allí supo con

certeza el rey de Navarra lo que obtendría del reino de Castilla, y el rey Pedro y él se juraron paz, amor y confederación. Marcharon del parlamento amigablemente, habiendo acordado que el príncipe y su hueste podrían pasar cuando quisieran y encontrarían abiertos los pasos y los desfiladeros, y todos los víveres preparados por el reino de Navarra. En esto, el rey de Navarra se retiró a la ciudad de Pamplona, y el príncipe, su hermano y el rey don Pedro a sus alojamientos en Dax. Aún tenían que llegar muchos grandes señores de Poitou, Bretagne y Gascogne a la hueste del príncipe y que todavía estaban muy detrás. Pues, tal y como se ha dicho antes, hasta el final de este parlamento no se supo con claridad si el príncipe tendría paso o no. En Francia se pensaba justamente que el rey de Navarra le impediría el viaje y no podría pasar. Así, cuando caballeros y escuderos supieron la verdad y que el paso estaba abierto, se dieron prisa y adelantaron su tarea todo lo que pudieron. Pensaron que si el príncipe pasaba, no volvería sin batalla. El señor de Clisson llegó con una hermosa tropa, y detrás el señor de Albret con doscientas lanzas, acompañado en aquel viaje por el captal de Buch.

En Francia se conoció aquel tratado, parlamento y decisión, pues constantemente había mensajeros yendo y viniendo por los caminos que traían las noticias. Cuando mi señor Bertrand du Guesclin, que se encontraba junto al duque de Anjou, se enteró de que el príncipe pasaría pues le habían abierto los pasos de Navarra, apresuró trabajo y confirmó sus órdenes, porque comprendió enseguida que aquello no terminaría sin batalla. Se puso en camino hacia Aragón para reunirse con el rey Enrique y se adelantó todo lo que pudo. Le siguieron todo tipo de

gentes de armas que habían sido llamadas, así como también muchos del reino de Francia y de fuera que querían progresar. Ahora hablaremos del paso del príncipe y del orden con el que pasó con toda su tropa.

562. Entre Saint-Jean-Pied-de-Port y la ciudad de Pamplona se encuentran los desfiladeros de montañas y los escarpados pasos de Navarra, que son tan peligrosos y duros de cruzar que hay lugares en los que sólo treinta hombres podrían impedirles el paso a todo el mundo. Además hacía mucho frío en los pasos, ya que era a mediados de febrero cuando los cruzaron. Antes de ponerse en camino y apresurarse en cruzarlo, los señores consideraron y se aconsejaron acerca de cómo podrían pasar y en qué orden. Bien vieron, y así se lo dijeron los que conocían el paso, que no podrían pasar todos juntos, por lo que se decidieron a pasar en tres columnas y en tres días, lunes, martes y miércoles. El lunes pasó la vanguardia cuyo capitán era el duque de Lancaster. En su compañía pasaron el condestable de Aquitaine, mi señor John Chandos, que bien tenía doscientos pendones, todos con sus armas, de argent con un palo aguzado de gules. Era algo realmente bello de contemplar. Allí también estaban los dos mariscales de Aquitaine, mi señor Guichard de Angle y mi señor Stephen Cosington, y éstos llevaban en su compañía el pendón de San Jorge. En la vanguardia con estos duques estaban mi señor William Beauchamp, hijo del conde de Warwick. mi señor Hugh de Hastings, el señor de Neville, el señor de Rays; y los bretones que servían a mi señor John Chandos con treinta lanzas en aquel viaje a su coste por la toma de la batalla de Auray. Allí estaban el señor de

Aubeterre, mi señor Garsis du Chastel, mi señor Richard Taunton, mi señor Robert Geni, mi señor Robert Briquet. Creswell, Aimery de Rochechovart, Gaillard de la Mote, William Clinton, Willecok, el Botellero y Peverell. Todos estos eran pendones que seguían a mi señor John Chandos, debían ser unos diez mil caballos, y todos pasaron el lunes.

563. El martes pasaron el príncipe de Gales, el rey don Pedro y también el rey de Navarra que había vuelto al lado del príncipe para acompañarle y enseñarle el paso. En la tropa del príncipe estaban, mi señor Louis de Harcourt, vizconde de Chatellerault, el vizconde de Rochechouart, el señor de Pons, el señor de Parthenay, el señor de Poyanne, el señor de Tônnay-Boutonne, el señor de Argentan, y todos los pictavinos, mi señor Thomas Felton, gran senescal de Aquitaine, su hermano mi señor William, mi señor Eustace de Abrechicourt, el senescal de Saintonge, el senescal de La Rochelle, el senescal de Quersin, el senescal de Limousin, el senescal de Roerge, el senescal de Aginois, el senescal de Bigorre, mi señor Richard Punchardoun, mi señor Neil Loring, mi señor de Aghorises, mi señor Thomas de Wetenhale, mi señor Thomas Balastre, mi señor Louis de Meval, mi señor Raymond de Mareuil, el señor de Pierrebuffière y otros cuatro mil hombres de armas y eran alrededor de doce mil caballos. El paso resultó muy duro aquel martes por el viento y la nieve. De todas formas, lograron atravesarlo y todas aquellas gentes de armas acamparon en las colinas de Pamplona. Pero el rey de Navarra llevó al príncipe de Gales y al rey don Pedro a su ciudad de

Pamplona a cenar, y allí los tuvo en medio de gran des comodidades.

564. El miércoles pasaron el rey Jaime de Mallorca, el conde de Armagnac, el señor de Albret, su sobrino mi señor Bernard de Albret, señor de Gironde, el conde de Périgord, el vizconde de Quarmain, el conde de Comminges, el captal de Buch, el señor de Clisson, los tres hermanos Pommiers, mi señor Jean, mi señor Helyes y mi señor Aymon, el señor de Chaumont, el señor de Lesparre, el señor de Ros, el señor de Condon, el señor de Mussidan, mi señor Robert Knollys, el susodicho de Latrau mi señor Petiton Curtan, mi señor Aimery de Tastes, mi señor Bertrand de Taride, el señor de Pincornet, mi señor Perducat de Albret, el borde de Breteuil Camus, Naudon de Bageran, Bernard de la Salle, Hortingo, Lamit y el resto de Compañías.

Eran unos diez mil caballos y aquel miércoles tuvieron un paso algo mejor que el martes. Todas estas gentes de armas, primeros, medios, segundos y terceros, acamparon por las colinas de Pamplona, esperándose unos a otros y descansando, ellos y sus caballos. Se quedaron por los alrededores de Pamplona hasta el domingo siguiente, pues encontraron muchos víveres, pan, carne, vino y otras provisiones para ellos y sus caballos. Os digo que estas Compañías no pagaban lo que les pedían, y no podían abstenerse de robar y coger lo que encontraban, de modo que provocaron muchos disturbios en los alrededores de Pamplona y por el camino. Mucho irritó esto al rey de Navarra, pero no lo podía remediar, y se arrepintió muchas veces de haber

abierto el paso al príncipe y a sus gentes, pues le causaban más daño que provecho.

El rey Enrique estaba informado del paso del príncipe, pues tenía a mensajeros y espías yendo y viniendo todo el día. Se había provisto, y aún lo estaba haciendo, de gran cantidad de gentes de armas y de comunidades de Castilla, en donde se hacía llamar rey, para resistir contra el príncipe, y esperaba a mi señor Bertrand du Guesclin con gran ayuda de Francia. Había hecho un llamamiento especial por todo su reino a sus fieles y súbditos, para que so pena de perder la cabeza acudieran junto a él a pie o caballo, cada uno según su condición, a defender y proteger su herencia. El rey Enrique era muy amado y todos los de Castilla se habían esforzado en coronarle. Estaban obligados a ayudarle y por ello obedecieron fácilmente a su llamamiento. Todos los días llegaban gentes al lugar del llamamiento. El rey Enrique tenía en Santo Domingo, donde estaba albergado, a más de sesenta mil hombres a pie y a caballo, dispuestos a hacer su voluntad, a vivir y morir si era necesario.

Cuando el rey Enrique tuvo noticias seguras de que el príncipe de Gales se encontraba en el reino de Navarra con sus fuerzas y había pasado el desfiladero de Roncesvalles y mucho se iba aproximando, comprendió que tendría que combatir con el príncipe. Pareció alegrarse mucho y dijo en voz alta para que todos le oyeran: «Noble y valeroso caballero es el príncipe de Gales. Para que sepa que le espero por mi derecho, le escribiré explicándole parte de mis intenciones». Entonces llamó a un clérigo y le dijo: «Escribe», y éste escribió. El rey Enrique dictó una carta que decía así: «Al muy poderoso y muy honrado príncipe de Gales y

Aquitaine. Querido señor, como quiera que hemos sabido que vos y vuestras gentes habéis pasado los puertos, habéis pactado y os habéis aliado con nuestro enemigo y que pensáis guerrearnos, lo que mucho nos sorprende, pues jamás os causamos ningún daño ni querríamos hacéroslo, de modo que vendréis sobre nosotros a mano armada para arrebatarnos la pequeña herencia que Dios nos ha concedido, esperamos que, ya que tenéis la gracia, la ventura y la fortuna de armas más que ningún príncipe en el día de hoy, os glorifiquéis en vuestro poder. Como quiera que sabemos en verdad que nos buscáis para entablar batalla, permitidnos saber por qué lado entraréis en Castilla que nosotros estaremos delante para defender y proteger nuestro señorío».

Cuando la carta estuvo escrita, el rey Enrique la hizo sellar y luego llamó a uno de sus heraldos y le dijo: «Vete lo más recto que puedas junto al príncipe de Gales y entrégale esta carta de mi parte». El heraldo respondió: «Con mucho gusto, mi señor». Entonces se separó del rey Enrique y se dirigió a Navarra e hizo tanto que encontró al príncipe. Se arrodilló delante de él y le entregó la carta de parte del rey Enrique. El príncipe hizo levantar al heraldo, cogió la carta, la abrió y la leyó dos veces para entenderla mejor. Cuando la tuvo leída y entendida, llamó aparte a su consejo y mandó salir al heraldo. Cuando llegaron sus consejeros, les leyó la carta palabra por palabra, y luego pidió consejo. Y mientras se aconsejaban sobre la respuesta, el príncipe dijo: «Realmente, ese bastardo de Enrique es un valiente caballero y está lleno de gran nobleza. Gran ánimo le mueve para escribirnos ahora».

Durante mucho rato estuvieron reunidos el príncipe y los consejeros. Al final, no pudieron ponerse de acuerdo acerca de la respuesta y dijeron al heraldo: «Amigo mío, no podéis marcharos todavía. Cuando plazca a mi señor el príncipe contestará, pero lo hará a través vuestro y de nadie más. Permaneced con nosotros hasta que obtengáis la respuesta, pues mi señor así lo desea». El heraldo respondió: «¡Dios nos ayude!» Y se quedó con el príncipe y los compañeros que lo trataron muy bien.

567. Aquel mismo día en que el heraldo había llevado la carta al príncipe, por la noche mi señor Thomas Felton se adelantó y pidió un don al príncipe. El príncipe, que no sabía lo que quería, le preguntó: «¿Qué don queréis recibir?» «Mi señor, os ruego que me permitáis partir con mi hueste y cabalgar delante. Muchos de mis caballeros y escuderos desean avanzar y os prometo que cabalgaremos tan hacia delante que conoceremos la situación de los enemigos y en qué parte están acampados». El príncipe concedió muy gustoso esta petición y la agradeció mucho.

Entonces se alejó de la hueste y del príncipe mi señor Thomas Felton, que se nombró jefe de esta cabalgada. En su compañía estuvieron los que voy a nombraros: su hermano mi señor William Felton, mi señor Thomas du Fort, mi señor Robert Knollys, mi señor Gaillard Vighier, mi señor Raoul de Hastings, mi señor de Aghorises, y muchos otros caballeros y escuderos, y eran ciento sesenta lanzas y trescientos arqueros, todos bien montados y buenas gentes de armas. Y no deben olvidarse mi señor Hugh Stafford, mi señor Simón Burley y mi señor Richard Taunton. que también fueron con

ellos. Estas gentes de armas y arqueros cabalgaron por el reino de Navarra conducidos por guías. Cruzaron el río Ebro, que es grande y rápido, por Logroño y se fueron a acampar pasada una villa a la que llaman Navarrete, y allí se quedaron para mejor oír dónde se encontraba el rey Enrique y saber acerca de sus intenciones.

Mientras estos caballeros de Inglaterra acampaban en Navarrete y el príncipe aún seguía en la marca de Pamplona, el rey de Navarra fue apresado cuando cabalgaba de una villa a otra, por el lado de los franceses, por mi señor Olivier de Mauny, lo que mucho sorprendió al príncipe y a todos los ingleses. Algunos en la hueste del príncipe sospechaban que se había hecho apresar por cautela, pues no quería acompañar al príncipe ni ir más allá en su compañía ya que no sabía cómo irían las cosas entre el rey Enrique y el rey don Pedro, y en realidad no había nadie que pudiera adivinarlo. Pero de todos modos su mujer, mi señora la reina de Navarra, fue a arrodillarse ante el príncipe diciéndole: «Por Dios merced, querido señor, os ruego que creáis a mi señor el rey que ha sido apresado con engaños y no sabemos cómo, y por el amor y la piedad de Dios, querido señor, haced tanto que lo podamos rescatar». En esto, el príncipe respondió con gran dulzura: «Ciertamente, hermosa dama y prima, mucho nos disgusta su captura y pronto le pondremos remedio. Os rogamos que os consoléis, pues si este viaje nos sale bien, tened por seguro que será liberado. A nuestra vuelta no intentaremos otra cosa hasta que lo recuperéis». La dama agradeció mucho al príncipe estas palabras.

Mi señor Martín de la Carra, caballero muy sensato, fue nombrado entonces gobernador y baile de todo el reino

de Navarra. El se encargó de conducir al príncipe por el reino de Navarra y le proporcionó guías para sus gentes, pues de otro modo no habrían sabido qué caminos seguir. El príncipe marchó de allí donde estaba acampado y cruzó con sus gentes un paso al que llaman de Arruazu, lo que le resultó muy difícil, pues era estrecho y lleno de malos senderos. Luego atravesaron Guipúzcoa y pasaron mucha hambre porque encontraron pocos víveres, hasta que llegaron a Salvatierra.

568. Salvatierra es una villa muy buena y se encuentra en un país rico que limita con las marcas vecinas. Esta villa de Salvatierra está a la salida de Navarra y a la entrada de España, y era del lado del rey Enrique. Las huestes se dispersaron por aquel país y las Compañías se adelantaron con la intención de atacar Salvatierra, tomarla por la fuerza y saquearla. Estaban deseosos de hacerlo, porque los del país habían llevado gran cantidad de bienes para guardarlos en la fortaleza. Pero los de Salvatierra no quisieron esperar aquel peligro, pues enseguida comprendieron que no podrían resistirse a la gran hueste del príncipe, si les atacaban. Se apresuraron a entregarse al rey don Pedro y le rogaron merced, ofreciéndole las llaves de la ciudad. Por consejo del príncipe, el rey don Pedro les concedió merced. De otro modo no hubiera sido así, pues quería destruirlos a todos. En cualquier caso, obtuvieron merced y entraron dentro el príncipe, el rey don Pedro, el rey de Mallorca y el duque de Lancaster, y el conde de Armagnac y todo el resto de la hueste acamparon por los alrededores. Ahora dejaremos un rato de hablar del príncipe y hablaremos de sus gentes que estaban en Navarrete.

Los caballeros arriba mencionados, que allí se encontraban, mucho deseaban progresar en su cometido, pues hacía cinco días que se habían separado de sus gentes. Con frecuencia salían de Navarrete y cabalgaban por la marca de los enemigos para ver qué hacían y en qué parte se encontraban. El rey Enrique, que mucho deseaba tener noticias del príncipe, ya había acampado con todas sus gentes. Y mucho se sorprendía el rey Enrique de que el heraldo no regresara. Sus gentes hacían incursiones todos los días hasta bien cerca de Navarrete para tener noticias de los ingleses, y el conde don Tello, hermano del rey Enrique, supo que en la villa de Navarrete había una guarnición de gentes de armas. Pensó en irles a ver y a visitar pronto, pero antes de que pudiese hacerlo, aquellos caballeros de Inglaterra cabalgaron una noche tan hacia delante que se metieron en el campamento del rey Enrique. Hicieron una gran escaramuza. De mala manera despertaron a la hueste, matando y apresando a algunos y, en especial, fue capturado el caballero vigía, y se volvieron a Navarrete sin obstáculos. Al día siguiente, enviaron un heraldo al príncipe que se encontraba en Salvatierra, y a través de él le dieron cuenta de todo lo que habían visto y encontrado, y cuál era la situación de sus enemigos y qué fuerzas tenían, pues fueron muy bien informados por sus prisioneros. Mucho alegraron al príncipe aquellas noticias, y también, que sus gentes actuaran tan bien en la frontera.

El rey Enrique, muy irritado porque los ingleses que estaban en Navarrete le hubieran despertado de aquel modo, dijo que quería acercárseles. Desacampó con todas sus gentes con la intención de ir a acampar a las llanuras

frente a Vitoria. Atravesaron el río que corre por Nájera, y continuaron adelante para llegar a Vitoria. Cuando mi señor Tilomas Felton y los caballeros arriba nombrados que se encontraban en Navarrete, oyeron estas noticias de que el rey Enrique había cruzado el agua y seguía adelante para encontrar al príncipe y a su gente, decidieron salir de Navarrete a los campos para saber con absoluta certeza acerca de los españoles. Desacamparon de Navarrete y marcharon por los campos, enviando al príncipe noticias ciertas acerca de cómo el rey Enrique se le estaba acercando mucho y parecía desear encontrarlos.

Cuando el príncipe, que todavía estaba en Salvatierra, oyó que el rey Enrique había cruzado el agua y cogía el camino directo para encontrarle, se alegró mucho, y dijo en alto de modo que todos los que le rodeaban, le oyeron: «A fe mía, este bastardo de Enrique es caballero valiente y audaz, y este modo de requerirnos le procede de gran proeza y audacia. Ya que nos busca, nosotros le buscaremos por derecho. Pronto nos encontraremos y combatiremos. Es bueno que ahora nos marchemos de aquí y vayamos a Vitoria a tomar la plaza, antes de que lleguen nuestros enemigos». Al día siguiente salieron muy pronto de Salvatierra el príncipe y todas sus gentes y caminaron tanto que llegaron a Vitoria. El príncipe encontró allí a sus caballeros, a mi señor Thomas Felton y a los otros ya mencionados, a los que recibió con gran alegría y les preguntó varias cosas. Mientras hablaban, sus exploradores trajeron noticias de que habían visto a los exploradores de sus enemigos. Estaban seguros de que el rey Enrique no se encontraba lejos de allí por los indicios que habían visto y el comtes, estaba detrás a más

de siete leguas. El día en que se formaron frente a Vitoria, el príncipe se angustió mucho porque su retaguardia tardaba en llegar. A pesar de esto, si los españoles hubieran avanzado para combatir, el príncipe lo habría recibido sin falta y les habría combatido.

570. Al atardecer, cuando ya era hora de retirarse, los dos mariscales, mi señor Guichard de Angle y mi señor Stephen Cosington, ordenaron acampar a todos los hombres y que, al día siguiente, al son de las trompetas, cada uno volviera a los campos en el mismo orden en que habían estado. Todos obedecieron, excepto mi señor Thomas Felton y su tropa de la que ya he hablado. Aquella misma tarde se separaron del príncipe y cabalgaron hacia delante para ver la situación de sus enemigos. Fueron a acampar a dos grandes leguas más allá de la hueste del príncipe. Aquella noche, sucedió que el conde don Tello, hermano del rey Enrique, estaba en la tienda de su hermano el rey hablando de armas y de otras cosas, y dijo así al rey Enrique: «Señor, sabéis que nuestros enemigos están acampados muy cerca de aquí y no hay nadie que les despierte. Os ruego que me deis licencia para que por la mañana pueda cabalgar hasta ellos con una tropa de vuestras gentes que están muy deseosos de hacerlo, y os prometo que marcharemos tan hacia delante que tendréis noticias ciertas de los enemigos». El rey Enrique, al ver a su hermano con tantos deseos, no se lo quiso impedir, y se lo concedió enseguida.

A esa misma hora llegó a la hueste mi señor Bertrand du Guesclin con más de tres mil combatientes de Francia y Aragón, lo que alegró mucho al rey Enrique y a los de

Aragón. Fue recibido con grandes honores como le correspondía.

El conde don Tello no quiso permanecer allí y buscó a los compañeros que quisieran ir con él. Con mucho gusto se lo habría pedido a mi señor Bertrand du Guesclin, a mi señor Arnoul de Audrehem, a mi señor Bergue de Villaines y al vizconde de Rocabertí pero como acababan de llegar, lo dejó estar, y el rey Enrique también le prohibió que les hablase de ello. El conde don Tello no insistió y consiguió a algunos de Francia y de Aragón que habían pasado allí toda la temporada. Logró reunir a seis mil caballos con sus jinetes, todos bien equipados, y en su compañía estaba su hermano Sancho.

571 Al amanecer, montaron todos armados a caballo. Se alejaron de la hueste y partieron en buen orden hacia el campamento de los ingleses. Hacia la salida del sol encontraron en un valle a una parte de las gentes de mi señor Hugh Calveley y su equipaje, que habían pasado la noche a una legua más allá de la hueste del príncipe. En cuanto españoles y franceses los divisaron, picaron espuelas contra ellos y los destruyeron, pues sólo había criados. Murieron todos o casi, y el equipaje fue conquistado.

Mi señor Hugh Calveley, que venía por detrás, fue informado del asunto, y cogió otro camino. En cualquier caso, fue visto y perseguido, y tuvo que huir con el resto de sus gentes hasta la hueste del duque de Lancaster. Los españoles, que eran más de seis mil en una tropa, cabalgaron hacia delante, y de este impulso se metieron en una de las alas de la vanguardia, en el campamento del duque de Lancaster. Empezaron a gritar Castilla y a

provocar gran desorden tirando al suelo tiendas y follaje, matando e hiriendo a todas las gentes que se ponían a su alcance. La vanguardia comenzó a agitarse, las gentes y los señores se despertaron y se armaron, y corrieron a la tienda del duque de Lancaster que ya se había armado y situado delante con su estandarte. Ingleses y gascones se apresuraron a salir a los campos, cada señor bajo su estandarte o pendón, según se había ordenado ya al salir de Salvatierra, y muy bien pensaron entonces ser combatidos.

El duque de Lancaster y su estandarte se dirigió a una montaña que estaba muy cerca de allí, para tener ventaja. Allí acudieron mi señor John Chandos y los dos mariscales, y muchos otros buenos caballeros, que se colocaron en orden junto al duque. Después llegaron el príncipe, el rey don Pedro, y se iban formando, mientras llegaban. Sabed que el conde don Tello y su hermano habían pensado situarse en aquella montaña y tener ventaja, pero no pudieron, como habéis oído contar. Cuando vieron que no podían tomarla y que la hueste inglesa estaba casi toda ya despierta, se reagruparon y se marcharon cabalgando en buen orden a la espera de encontrar alguna aventura. Antes de su marcha, se realizaron algunos hechos de armas, porque algunos caballeros ingleses y gascones se salieron de sus filas y fueron a atacar a los españoles derribándolos por tierra. Las columnas permanecieron en la montaña, pues pensaban ser combatidos.

Cuando estos españoles regresaron, alejándose del príncipe y acercándose a su hueste, se encontraron a los de la vanguardia, los caballeros del príncipe, mi señor Thomas Felton y su hermano, mi señor Richard Táunton,

mi señor de Aghorises, mi señor Hugh de Hastings, mi señor Gaillard Vighier y otros, que bien debían ser doscientos caballeros y escuderos entre ingleses y gascones. Espolearon enseguida hacia ellos por un valle gritando: «¡Castilla para el rey Enrique!» Los caballeros arriba mencionados, al ver que se les abalanzaba aquella gran tropa de españoles a la que no podían evitar, se consolaron lo mejor que pudieron, se dirigieron a una pequeña montaña para aventajarles y allí se colocaron todos juntos. Los españoles se detuvieron ante ellos para ver cómo les podían combatir.

Allí realizó mi señor William Felton un gran hecho de armas y una gran bravura. Descendió la montaña con la lanza bajada picando espuelas al corcel y se fue a atacar a los españoles. Alcanzó a un castellano con su lanza con tal rudeza que le agujereó todas sus armas, y la lanza le pasó por el cuerpo derribándolo muerto al suelo. Mi señor William fue rodeado por todas partes y combatió con más valor que ningún otro caballero, les causó grandes daños y mucho les costó poder derribarle. Su hermano y los otros caballeros que estaban en la montaña, le veían combatir y los grandes hechos de armas que realizaba, y el peligro en que se encontraba, pero no le podían ayudar, si no se querían perder. Se mantuvieron quietos en la montaña y el caballero combatió mientras pudo durar. Allí fue muerto mi señor William Felton.

Luego, españoles y franceses de un lado intentaron atacar a los ingleses, que seguían en la montaña, los cuales, habéis de saber, realizaron aquel día grandes hechos de armas. Bajaban todos a la vez e iban a combatir a sus enemigos, y después, se retiraban con

gran prudencia y volvían a su montaña, y en esa situación se encontraron hasta nonas. Si lo hubiese sabido, el príncipe de Gales les habría enviado ayuda y les habría sacado de aquel peligro, pero nada sabía, y tuvieron que esperar la aventura. Después de que hubieran actuado y combatido así hasta esa hora que os he dicho, el conde don Tello, muy irritado porque aguantaran tanto dijo en voz alta y malhumorado: «Señores, por nuestros pechos, ¿aguantarán hoy aquí estas gentes? Deberíamos haberlos devorado a todos. ¡Adelante! ¡Adelante! Combatámosles mejor de lo que lo hemos hecho. Nada se obtiene, si no se paga».

Con estas palabras, franceses y españoles avanzaron con gran voluntad y se acercaron a ellos en gran multitud y cogiéndose estrechamente por los brazos, empujando con las lanzas a los ingleses, y así a la fuerza subieron la montaña y entraron entre ingleses y gascones, quisiéranlo o no, pues ellos eran muchos y no pudieron romper sus filas ni abrirlas. En la montaña tuvieron lugar grandes hechos de armas. Ingleses y gascones combatieron lo mejor que pudieron, pero desde que los españoles entraron entre ellos, no pudieron resistir mucho tiempo. Fueron todos apresados y vencidos por la fuerza de las armas y algunos muertos. No escapó ni un solo caballero ni escudero. Sólo se salvaron algunos muchachos que por la tarde llegaron a la hueste del príncipe y del duque de Lancaster, que habían estado todo el día formados en la montaña pues pensaban ser combatidos.

Después de haber capturado y vencido a los caballeros arriba mencionados, el conde don Tello y su hermano Sancho regresaron con .sus gentes a la hueste, y por la

tarde llegaron muy contentos a la tienda del rey Enrique. Los dos hermanos que habían hecho aquella cabalgada, entregaron a sus prisioneros al rey Enrique y allí contaron al rey en presencia de mi señor Bertrand du Guesclin, mi señor Arnoul de Audrehem y otros, cómo habían combatido, el camino que habían seguido, cómo habían asaltado a las gentes de mi señor Hugh Calveley y perseguido hasta la hueste del duque de Lancaster, despertado a la hueste del duque y causado gran daño, y cómo se habían marchado encontrándose a su regreso con los caballeros que allí estaban prisioneros. El rey Enrique, que oyó encantado estas palabras, respondió entonces muy gozoso a su hermano el conde don Tello: «Buen hermano, muy bien os habéis comportado. Os lo agradezco y pronto os lo recompensaré. Tened por cierto que todos los demás seguirán sus pasos».

Entonces se adelantó a hablar mi señor Arnoul de Audrehem y dijo: «Señor, señor, salve vuestra patria. No os quiero contradecir en vuestas palabras, sino sólo matizar un poco. Os aseguro que cuando combatáis en batalla con el príncipe, encontraréis a gentes de armas auténticas, pues ahí está la flor de toda la caballería del mundo. Los encontraréis duros, prudentes y buenos combatientes y no huirán un solo pie ni a riesgo de muerte. Buena falta os hace consejo sobre esto, pero si me queréis creer, los destruiréis sin dar ni un golpe. Si hicierais defender y proteger los desfiladeros y los pasos de modo que no les pudieran llegar provisiones, les haríais pasar hambre y de esa forma los destruiríais, porque volverían a su país sin orden y los tendríais a todos en vuestro poder».

A esto respondió el rey Enrique: «Mariscal, por el alma de mi padre, deseo tanto ver al príncipe y probar mi poder con el suyo que no nos marcharemos sin batalla. A Dios gracias, bien tengo con qué combatir, pues en nuestra hueste ya hay siete mil hombres de armas montados en buenos corceles y todos cubiertos de hierro, que no temen ni disparo ni a arquero. Además, tengo a otras diez mil gentes de armas montados a la jineta y armados de pies a cabeza. Y además tengo a sesenta mil hombres de comunidades, con lanzas, arcos, flechas, paveses, que ayudarán mucho, y todos han jurado que no me fallarán hasta la muerte, así que, don mariscal, nada debo temer, sino reconfortarme mucho en el poder de Dios y de mis gentes».

En este punto se terminó el parlamento y caballeros y escuderos trajeron vino y especias que tomaron el rey y los señores que estaban junto a él, y luego cada uno se retiró a su tienda. Los caballeros y escuderos ingleses y gascones que habían sido apresados en la jornada, se juraron prisioneros y se separaron unos de otros. Ahora volveremos junto al príncipe y hablaremos de sus disposiciones.

573. El príncipe de Gales y el duque de Lancaster estuvieron todo el día en la montaña. A vísperas fueron informados acerca de sus gentes que habían muerto o habían sido capturados. Mucho se encolerizaron pero no lo pudieron remediar. Se retiraron a sus tiendas y en ellas permanecieron toda la noche. A la mañana siguiente, decidieron marchar de allí y avanzar. Desacamparon y fueron a situarse delante de Vitoria. Y allí estuvieron armados prestos a combatir, pues estaban

informados de que el rey Enrique y su hermano el bastardo estaban cerca con sus gentes, aunque no avanzaran. Sabed que el príncipe de Gales y sus gentes se encontraban en gran carestía de víveres y provisiones tanto para ellos como para sus caballos. Ellos acampaban en un país malo y pobre, y el rey Enrique y sus gentes en país abundante y rico. En la hueste del príncipe el pan se vendía a un florín y aún tenía suerte quien podía conseguirlo, y hacía muy mal tiempo, frío, viento, lluvia y nieve. En esta situación y peligro pasaron seis días.

Cuando el príncipe y los señores vieron que los españoles no avanzarían para combatirles y que allí se encontraban en muy mala situación, decidieron cruzar los pasos. Desacamparon y se pusieron en camino, regresando hacia Navarra. Atravesaron un país y un desfiladero llamado el paso de Laguardia y cuando lo hubieron cruzado, llegaron a una villa a la que llaman Viana. Allí descansaron el príncipe, el duque de Lancaster, el conde de Armagnac y los señores durante dos días, y luego fueron a pasar el río que separa Navarra y Castilla en el puente de Logroño. Aquel día acamparon delante de Logroño en una campiña de olivos. Encontraron mejor país que antes, aunque continuaron en gran carestía de víveres.

Cuando el rey Enrique se enteró que el príncipe había cruzado con sus gentes el río en el puente de Logroño, salió de San Vicente donde había estado mucho tiempo, y fue a acampar delante de la villa de Nájera en ese mismo río. Al príncipe llegaron las noticias de que el rey Enrique se le aproximaba. Mucho se alegró y dijo en voz alta: «Por San Jorge, valiente hombre hay en este bastardo cuando tanto desea encontrarnos y combatirnos

según bien demuestra. Pronto nos encontrará y combatiremos. Esto nada puede ya tardar». El príncipe llamó a su hermano el duque de Lancaster y a algunos barones de su consejo y respondió con su consejo a la carta que el rey Enrique le había enviado. La carta decía lo siguiente:

574. «Edward, príncipe de Gales y duque de Aquitaine por la gracia de Dios, al honroso y afamado Enrique, conde de Trastámara, que por el momento se llama rey de Castilla. Como quiera que nos habéis enviado una carta por medio de vuestro heraldo en la que se contenían diversos puntos que hacían mención a que os gustaría saber por qué tenemos por amigo a vuestro enemigo nuestro primo el rey don Pedro, y a qué título os hacemos guerra y hemos entrado armados en Castilla, respondemos lo siguiente: sabed que para sostener la justicia y mantener la razón, como corresponde a todos los reyes y a hijos de reyes, y para cumplir las alianzas que nuestro señor padre el rey de Inglaterra y el rey don Pedro acordaron juntos hace ya mucho tiempo. Como hoy día tenéis fama de buena caballería, con mucho gusto os reconciliaríamos con él si pudiéramos. Tanto rogaríamos a nuestro primo el rey don Pedro, que vos obtendríais gran parte del reino de Castilla, pero deberíais renunciar a la corona y a la herencia. Aconsejaos pronto sobre esto y sabed que entraremos en el reino de Castilla por el lugar que más nos plazca. Escrito junto a Logroño, el treinta de marzo».

Cuando la carta estuvo escrita, la cerraron y sellaron, y la entregaron al heraldo que había llevado la otra y que había esperado la respuesta más de tres semanas. Se

separó del príncipe y de los señores, y cabalgó tanto que llegó a Nájera, a los brezales donde el rey había acampado. Fue hasta la tienda del rey Enrique y allí se reunieron los más grandes barones de la hueste para oír las noticias. El heraldo se arrodilló ante el rey Enrique y le entregó la carta que el príncipe le enviaba. El rey la cogió y la abrió, y llamó para su lectura a mi señor Bertrand du Guesclin y a algunos caballeros de su consejo. Allí se leyó y se discutió la carta.

Mi señor Bertrand du Guesclin habló y dijo al rey Enrique: «Sabed, señor, que pronto combatiréis o no conozco al príncipe. Aconsejaos sobre esto, pues buena falta os hace atender a vuestras necesidades y formar vuestras columnas». «¡En nombre de Dios, don Bertrand!, respondió el rey Enrique. En nada valoro el poder del príncipe, cuando tengo a tres mil caballos armados en las dos alas de mis columnas. Tendré seis mil jinetes y veinte mil hombres de armas de los mejores que puedan encontrarse en toda Castilla, Galicia, Portugal, Córdoba, Toledo y Sevilla, además de diez mil buenos ballesteros y sesenta mil a pie con sus lanzas y arcos. Todos han jurado que no me fallarán hasta la muerte, de modo que, don Bertrand, sacaré de esto la mejor parte con la gracia de Dios en quien confío, y por el derecho que tengo en esta querella y en esta necesidad».

Así hablaban el rey Enrique y mi señor Bertrand du Guesclin de unas cosas y de otras, y dejaron de hablar de la carta que el príncipe había enviado, pues el rey Enrique y mi señor Bertrand du Guesclin tenían intención de combatir, de modo que se pusieron a ordenar a sus gentes. En aquellos momentos el conde don Tello y el conde Sancho habían alcanzado gran

renombre y honor en la hueste por la cabalgada que habían realizado y que habían llevado a buen término.

Ahora os hablaremos de cómo siguió el príncipe. Cuando llegó el viernes, el segundo día del mes de abril, desacampó de delante de Logroño donde había acampado con toda su hueste. Sus gentes cabalgaron armados y en orden de batalla, como si fueran a combatir, porque sabían que el rey Enrique no estaba lejos. Aquel día cabalgaron dos leguas y a hora tercia llegaron a Navarrete y acamparon allí. En cuanto se hubieron instalado, el príncipe envió a sus corredores delante para saber la situación de sus enemigos. Los exploradores, montados en flor de corceles, se alejaron de la hueste del príncipe y cabalgaron tan delante que vieron a toda la hueste de los españoles acampados en los brezales ante Nájera. Volvieron junto al príncipe y se lo contaron, y éste quiso oír opiniones sobre aquello. Cuando llegó la noche, ordenó en secreto por toda la hueste, que se prepararan al primer son de trompeta, que se armaran al segundo, y que al tercero montaran a caballo y salieran siguiendo los estandartes de los mariscales y el pendón de San Jorge, y que nadie, so pena de perder la cabeza, se adelantara a menos que le fuera ordenado.

BATALLA DE NÁJERA



Del mismo modo que el príncipe de Gales había enviado aquella tarde del viernes a sus exploradores a cabalgar delante para ver la situación de los españoles, también el rey Enrique había enviado a los suyos para conocer los movimientos del príncipe, dónde y cómo había acampado. Los que enviaron, volvieron con noticias seguras sobre las que se aconsejaron el rey Enrique y mi señor Bertrand du Guesclin. Aquel viernes hicieron cenar muy pronto a sus gentes y luego ir a descansar, para que estuvieran más frescos y reposados a medianoche en que debían armarse y prepararse, y salir a los campos a formar las columnas, pues bien suponía que al día siguiente combatirían. Los españoles pasaron muy bien aquella noche con gran abundancia de víveres.

En cambio los ingleses se encontraban en gran carestía, por lo que mucho deseaban combatir y perderlo o ganarlo todo.

Después de medianoche sonaron las trompetas en la hueste del rey Enrique. A este son se despertaron todas las gentes, se armaron y se prepararon. Al segundo son, hacia el alba, salieron de sus tiendas a los campos y formaron tres columnas. La primera fue para mi señor Bertrand du Guesclin, mi señor Arnoul de Audrehem, el vizconde de Rocabertí, el conde de Denia y de Aragón. Allí estaban todos los extranjeros, tanto de Francia como de otros países: los dos barones de Hainaut, el señor de Antoing y mi señor Alard, señor de Brifeuil. Allí estaban también mi señor Bégue de Villaines, mi señor Bégue de Villiers, mi señor Jean de Berguétes, mi señor Gauvain de Bailleul, el Alemán de Saint-Venant, que allí fue hecho caballero, y muchos otros buenos caballeros de Francia, de Aragón, de Provenza y de marcas vecinas. En esta columna había cuatro mil caballeros y escuderos, muy ricamente armados y formados según el uso francés. El conde don Tello y su hermano el conde Sancho tuvieron la segunda columna, y en aquella formación había unos seis mil con los jinetes y los de a caballo. Se situaron un poco más arriba de la columna de mi señor Bertrand a mano izquierda. El rey Enrique dirigía la tercera columna, la más gruesa sin comparación, y había siete mil a caballo y cuarenta mil a pie con los ballesteros.

Cuando estuvieron todos formados, el rey Enrique, montado en una muía fuerte y rápida al uso del país, salió de su puesto y fue a visitar a los señores fila por fila, rogándoles muy dulcemente que mucho se empeñaran aquel día en guardar su honor, y les expuso

su cometido con tan buena cara que todos se alegraron. Cuando hubo ido así de un lado a otro, volvió a su columna y ya estaba amaneciendo. Se pusieron en marcha hacia Navarrete para encontrar a sus enemigos, en orden de batalla y apretadas las filas, como si fueran a combatir enseguida y sin que nadie se adelantara a otro.

El príncipe de Gales salió a los campos en cuanto amaneció con todas sus gentes, que se colocaron en las columnas donde debían estar, y en orden marcharon, pues bien sabían que pronto encontrarían a sus enemigos. Nadie cabalgaba delante de la columna de los mariscales, a menos que se le enviara a explorar. Bien sabían los señores de las dos huestes por las noticias de sus exploradores, que debían encontrarse. Así cabalgaron y caminaron al paso uno contra otro. Cuando salió el sol, era una gran belleza contemplar los estandartes al viento y relucir las armaduras contra el sol. De ese modo cabalgaron, muy despacio, hasta que estuvieron muy cerca unos de otros. El príncipe y sus gentes subieron una pequeña montaña y, al bajar, vieron claramente a sus enemigos que venían directamente hacia ellos. Cuando todos hubieron bajado la montaña, las columnas se situaron en los campos y se quedaron quietos. Lo mismo hicieron los españoles al verlos y detuvieron sus columnas. Todos cogieron sus armas y se prepararon para combatir enseguida.

Mi señor John Chandos llevó al príncipe su estandarte, que todavía no lo había sacado en ningún lugar y le dijo: «Mi señor, ved aquí mi estandarte. Os lo entrego para que os plazca desplegarlo y hoy pueda alzarlo, pues a Dios gracias tengo tierra y herencia para mantenerlo, tal y como le corresponde». Entonces el príncipe y el rey

don Pedro cogieron el estandarte de argent con un palo aguzado de gules entre sus manos y lo desplegaron. Se lo devolvieron por el asta diciéndole: «¡Dios os conceda hacer vuestro provecho!» En esto, mi señor John Chandos se marchó y llevó el estandarte a sus gentes, lo colocó en medio y les dijo: «Señores, aquí está mi estandarte y el vuestro. Defendedlo como el nuestro». Los compañeros lo cogieron muy alegres y dijeron que, si a Dios placía y a mi señor San Jorge, bien lo defenderían y protegerían con todo su poder. El estandarte quedó en manos de un buen escudero inglés llamado William Aleri, que muy bien lo llevó aquel día.

Muy poco después, desmontaron de sus caballos ingleses y gascones, se reagruparon y se colocaron en orden, cada señor bajo su estandarte y su pendón, tal y como habían sido ordenados cuando cruzaron las montañas. Era un placer ver los estandartes, pendones y los nobles blasones que allí estaban. Entonces las columnas de a pie empezaron a moverse.

Poco antes de que se acercaran, el príncipe de Gales abrió los ojos y mirando al cielo con las manos juntas, dijo: «Verdadero padre Jesucristo que me habéis creado, concededme por vuestra benigna gracia que la jornada sea mía y de mis gentes, pues como sabéis he emprendido este combate para ayudar a defender y sostener justicia y razón de modo que este rey desterrado y desheredado recupere su herencia y su reino».

Después de estas palabras, tendió la mano derecha del rey don Pedro que estaba a su lado y se estrecharon las manos diciéndole: «Señor rey, en el día de hoy sabréis si recuperaréis algo del reino de Castilla». Y luego dijo: «¡Adelante, estandarte, en nombre de Dios y de San

Jorge!» Con estas palabras el duque de Lancaster y mi señor John Chandos, que conducían la vanguardia, avanzaron. Sucedió entonces que el duque de Lancaster dijo a mi señor William Beauchamp: «He aquí a nuestros enemigos. Hoy veréis en mí a un buen caballero o moriré en el esfuerzo».

Con estas palabras, la columna del duque de Lancaster y mi señor John Chandos se acercó a la columna de mi señor Bertrand du Guesclin y del mariscal de Audrehem en la que bien había cuatro mil hombres de armas.

580. En el primer encuentro de esta batalla hubo grandes arrojamientos de lanzas y estocadas, y durante mucho tiempo estuvieron en esa situación, antes de que pudieran entrar en uno u otro lado. Allí hubo grandes hechos de armas y muchos hombres derribados, que nunca más se levantaron. Cuando se acercaron estas dos primeras columnas, las otras no quisieron quedarse quietas, sino que se acercaron y se embistieron rápidamente. El príncipe de Gales fue a encontrarse con la columna del conde don Tello y del conde Sancho, y allí estaban el rey don Pedro de Castilla y mi señor Martín de la Carra que representaba al rey de Navarra. Cuando el príncipe y sus gentes se acercaron a la columna del conde don Tello, el conde don Tello se atemorizó y se marchó en desorden sin combatir con los dos mil hombres a caballo que tenía en su tropa. No se sabe lo que le ocurrió, pero esta segunda columna fue abierta y destruida enseguida. El captal de Buch y el señor de Clisson con sus gentes se echaron encima de los de a pie de la columna del conde don Tello y los mataron, hirieron y derribaron, haciendo un gran desperdicio.

Entonces la columna del príncipe y del rey don Pedro se dirigió contra la columna del rey Enrique, en la que había más de cuarenta mil hombres a pie y a caballo, y comenzó una batalla y un combate grande y terrible por todos lados. Españoles y catalanes llevaban hondas con las que lanzaban piedras hundiendo yelmos y bacinetes. Así hirieron y mataron a muchos hombres. Hubo un gran ataque de lanzas y muchos hombres murieron y fueron derribados al suelo. Los arqueros de Inglaterra disparaban, según su costumbre, con gran violencia y atravesaban a los españoles colocándolos en situación desdichada. Por un lado se gritaba: «¡Castilla para el rey Enrique!» y por el otro: «¡Saint George, Guyenne!»

Y todavía continuaban combatiendo las primeras columnas, la del duque de Lancaster y de mi señor John Chandos, y sus dos mariscales, mi señor Guichard de Angle y mi señor Stephen Cosington, y la de mi señor Bertrand du Guesclin y los caballeros de Francia y de Aragón. Allí hubo grandes hechos de armas y unos y otros mucho se esforzaron en abrir y mermar. La mayoría sostenían las lanzas con las dos manos y así arremetían con ellas unos contra otros, y otros combatían con espadas cortas y dagas. Al principio, franceses y aragoneses aguantaron muy bien y combatieron con gran valor, y los buenos caballeros de Inglaterra resistieron con gran esfuerzo.

Os digo que allí fue mi señor John Chandos muy buen caballero y bajo su estandarte realizó grandes hechos de armas combatiendo a sus enemigos y retrocediendo. Una de las veces avanzó tanto que fue empujado y derribado al suelo. Sobre él cayó un gran hombre castellano, llamado Martín Fernández, que entre los españoles tenía

fama de intrépido y valiente. Trató por todos los medios de matar a mi señor John Chandos y lo tuvo debajo de él en gran calamidad. Entonces el susodicho caballero echó mano a un cuchillo que llevaba en su cinto. Lo sacó e hirió tanto al tal Martín en la espalda y en los costados que lo hirió de muerte mientras estaba sobre él, y luego lo echó a un lado. Mi señor John Chandos se levantó lo más deprisa que pudo, y todas sus gentes, que con gran esfuerzo habían roto el tumulto donde había caído, lo rodearon prestos a protegerle.

581. Aquel sábado por la mañana, la batalla entre Nájera y Navarrete fue muy terrible y espantosa, y muchas gentes cayeron en gran calamidad. Allí fueron muy buenos caballeros, el príncipe de Gales, su hermano el duque de Lancaster, mi señor John Chandos, mi señor Guichard de Angle, el captal de Buch, el señor de Clisson, el señor de Rays, mi señor Hugh de Calveley, mi señor Eustace de Abrechicourt, mi señor Gautier Huet, mi señor Mahieu de Gournay, mi señor Louis de Harcourt, el señor de Pons, el señor de Parthenay. Por otro lado combatían los gascones, el conde de Armagnac, el señor de Albret, el señor de Pommiers y su hermano, el señor de Monchident, el señor de Ros, el conde Périgord, el conde de Comminges, el vizconde de Carmain, el señor de Condon, el señor de Lespare, el señor de Chaumont, mi señor Barthelemy de Taride, el señor de Pincornet, mi señor Bernabet de Albret, señor de Gironde, mi señor Aimery de Tastes, el susodicho de Latrau mi señor Petiton Curton, y muchos otros caballeros y escuderos, que bien se esforzaron en las armas con todo su leal poder.

Bajo el pendón de San Jorge y el estandarte de mi señor John Chandos estaban las Compañías, donde bien había mil doscientos pendones. Había allí buenos caballeros y escuderos, duros, valientes y expertos, tales como mi señor Perducat de Albret, mi señor Robert Ceni, mi señor Robert Briquet, mi señor Carsis du Castel, mi señor Gaillard Vighier, John Creswell, Naudon de Bagherant, Aymenion de Ortige, Perrot de Savoy, el borde Camus, el borde de Lespare, el borde Breteuil, Espiôte, Lamit, y muchos otros. Os digo que mi señor Bertrand du Guesclin y mi señor Arnoul de Audrehem y el conde Sanses, mi señor Commes Garils y los caballeros de Francia y Aragón, que allí combatían con sus tropas, no les llevaban ninguna ventaja, pues estas Compañías eran y son gentes muy esforzadas en armas.

Y aún había gran cantidad de buenos caballeros y escuderos de Inglaterra bajo el estandarte del duque de Lancaster y del de mi señor John Chandos. Pues allí estaban mi señor William Beauchamp, hijo del conde de Warwick, mi señor Raoul Camois, mi señor Gautier de Oursvich, mi señor Thomas de Aimery, mi señor Thomas Grandisson, mi señor Jean de Ippre, mi señor Aimery de Rochechouart, mi señor Gaillard de la Motte y más de doscientos caballeros, que no puedo nombrar a todos.

También se desquitaron allí muy lealmente, para hablar con justicia de armas, mi señor Bertrand du Guesclin, el mariscal de Audrehem, mi señor Bégue de Villaines, el señor de Antoing, el señor de Brifeuil, mi señor Gauvain de Bailleul, mi señor Jean de Bergettes, el Bégue de Villers, el Alemán de Saint-Venant y los buenos caballeros y escuderos de Francia, que allí estaban. Y sabed en verdad, que si los españoles hubieran cumplido

con su deber tan bien como éstos, los ingleses y gascones habrían tenido que soportar más de lo que lo hicieron.

El rey Enrique no faltó en cumplir bien su deber y combatir con valor y audacia, ni en reconfortar y amonestar a sus gentes, adelantándose a los que huían y diciéndoles: «Señores, soy vuestro rey. Me habéis hecho rey de toda Castilla y jurado que no me fallaríais hasta la muerte. Mantened por Dios vuestro juramento y desquitaos conmigo que yo me desquitaré con vosotros, pues no huiré ni un solo pie, mientras os vea combatir». Con estas palabras y muchas otras llenas de consuelo reagrupó el rey Enrique a sus gentes en tres ocasiones aquel día, y él mismo combatió con tanto valor, que bien se le debe honrar y recomendar.

Muy grande y peligrosa fue esta batalla, y hubo muchos heridos y muertos. Las comunidades de España llevaban hondas según su costumbre, con las que lanzaban piedras que al principio mucho perjudicaron a los ingleses. Pero después de este lanzamiento y de que sintieran las flechas dejaron de mantener el orden. En la columna del rey Enrique había gran cantidad de buenas gentes de armas, tanto de España, como de Lisboa, Aragón y Portugal, que se desquitaron con lealtad y que no fueron destruidos tan pronto, sino que combatieron valientemente con lanzas, visarmas, flechas y espadas. En un ala de la columna del rey Enrique había muchos jinetes montados en caballos todos armados, que mantenían a las columnas, pues cuando querían abrirse por algún lado, estos jinetes del ala los echaban hacia delante y los revigorizaban. Ingleses y gascones no tuvieron ventaja en la jornada, sino que lo pagaron muy caro con buena caballería, gran proeza y valor en las

armas, ya que a decir verdad con el príncipe estaba toda la flor de la caballería del mundo y los mejores combatientes.

Un poco más allá de la columna del príncipe estaba el rey Jaime de Mallorca y su tropa, que combatía con gran valor. En otro lado, estaba mi señor Martín de la Carra, que representaba al rey de Navarra, que también cumplía bien con su deber. No puedo hablar de todos los buenos, pero junto al príncipe y su columna había muchos buenos caballeros tanto de Inglaterra como de Gascogne: mi señor Richard Punchardoun, mi señor Thomas Despenser, mi señor Thomas Holland, mi señor Neil Loring, mi señor Hugh y mi señor Philippe de Courtenay, mi señor Jean Trivet y muchos más, como el senescal de Saintonge, mi señor Badouin de Fraiville, el senescal de Bordeaux, el senescal de La Rochelle, el senescal de Aginois, el senescal de Poitou, el senescal de Angouléme, el senescal de Roerge, el senescal de Limousin, el senescal de Bigorre, mi señor Louis de Melval, mi señor Raymond de Mareuil y muchos otros.

Y sabed que ninguno dejaba de combatir bien y muy pronto encontraban con quién, pues españoles y castellanos eran cerca de cien mil cabezas armadas, de modo que la gran cantidad de gente les exigía gran valor, y además no podía ser que no hubiera buenos combatientes y quienes mucho se esforzaran. Allí estaba el rey don Pedro muy enardecido y con muchos deseos de encontrar a su hermano bastardo Enrique y decía: «¿Dónde está ese hijo de puta que se llama rey de Castilla?» El rey Enrique combatía valientemente en otro lado animando a sus gentes todo lo que podía, y les decía: «Buenas gentes, me habéis hecho rey y coronado

rey. Ayudadme a defender la herencia que me habéis concedido». Éstas y otras palabras que les dijo, aumentaron el valor de muchos que permanecieron en el campo y que por su honor no se dignaron huir.

583. La columna y la tropa que mejor y con mayor obstinación combatió, fue la de mi señor Bertrand du Guesclin, pues allí estaban auténticas gentes de armas que combatían y se vendían con todo su leal poder, y allí se realizaron grandes hechos de armas. De modo especial, mi señor John Chandos fue allí muy buen caballero. Aquel día aconsejó y dirigió al duque de Lancaster del mismo modo como antaño hubiera hecho con su hermano el príncipe de Gales en la batalla de Poitiers, por lo que fue muy honrado y recomendado, y fue bien justo, pues mucho se debe alabar a hombre valiente y buen caballero que así se desquita con sus señores. Durante todo aquel día no trató en ningún momento de hacer por su mano prisioneros, sino de avanzar sin descanso. Bajo su estandarte y por sus gentes fueron apresados muchos buenos caballeros y escuderos de Francia y de Aragón, en especial, mi señor Bertrand du Guesclin, mi señor Arnoul de Audrehem, mi señor Bégue de Villaines, y más de sesenta buenos prisioneros. Al final, la columna de mi señor Bertrand du Guesclin fue destruida y murieron y fueron apresados todos los que allí cataban, tanto de Francia como de Aragón. Allí murió Bégue Villers, y capturados, el señor Antoine de Hainaut, el señor de Brifeuil y mi señor Gauvain de Bailleul, mi señor Jean de Berghetes, mi señor el Alemán de Saint-Venant, y muchos otros.

Entonces estos estandartes y pendones, el estandarte del duque de Lancaster, el de mi señor John Chandos y el de los mariscales y el pendón de San Jorge, se lanzaron sobre la columna del rey Enrique gritando: «¡Saint George! ¡Guyenne!» Los españoles y los de su lado fueron muy duramente rechazados. Allí se veía combatir bien al captal de Buch y al señor de Clisson. En el otro lado, mi señor Eustace de Abrechicourt, mi señor Hugh Calveley, mi señor Jean de Évreux, fueron muy buenos caballeros. Allí estaba el príncipe en buena actitud, mostrando ser un señor y un buen caballero, y combatiendo con gran voluntad a sus enemigos.

Por el otro lado, el rey Enrique luchaba valientemente y reagrupó a sus gentes por tres veces. Pero desde que el conde don Tello y tres mil a caballo partieran, empezaron los demás a desordenarse y la mayor parte querían marcharse y huir. Pero el rey Enrique había ido delante y les había dicho: «Buenos señores, ¿qué hacéis? ¿Por qué me queréis abandonar y traicionar de este modo, cuando me habéis hecho rey y colocado en la cabeza la corona y en la mano la herencia de Castilla? Regresad y ayudadme a disputarlo y defenderlo. Permaneced conmigo. Por la gracia de Dios la jornada será nuestra». Con estas palabras reconfortaba y animaba a muchos que se quedaron y combatieron largamente, pues tuvieron vergüenza de huir al ver a su rey y señor delante de ellos. Murieron más de mil quinientos, que de otro modo se hubieran salvado si hubiesen tomado ventaja a tiempo.

Cuando la columna de los mariscales de Francia fue destruida y se juntaron las tres gruesas columnas de los ingleses, los españoles no lo pudieron resistir.

Empezaron a abrirse y a huir a la desbandada, a retirarse aterrados y sin orden a la ciudad de Nájera y al gran río que corría por allí, y por nada que les dijera ni les gritara el rey Enrique, quisieron regresar. Cuando el rey Enrique vio el desastre y la destrucción de sus gentes y que no podría recuperarse, pidió su caballo y montó abiertamente metiéndose entre los que huían. Pero no tomó el camino del río ni de la ciudad de Nájera, pues no quería encerrarse, sino que se fue por otro camino para alejarse del peligro. Bien informado estaba, porque bien sabía que si lo hacían prisionero, lo matarían sin merced.

En esto, ingleses y gascones montaron en sus caballos y se pusieron a perseguir a los españoles y catalanes, que huían a la desbandada al gran río y a la entrada del puente de la ciudad de Nájera. Hubo allí gran horror y grandes efusiones de sangre, muchos muertos y muchos ahogados, pues la mayor parte saltaban al agua, que era rápida, negra y horrible, pero preferían morir ahogados que muertos con la espada. En esta huida había, entre otros, dos hombres valientes de España, caballeros de armas y con hábitos religiosos. Uno de ellos se llamaba el gran prior de Santiago y el otro, el gran maestre de Calatrava.

Éstos se dirigían con una parte de sus gentes a ponerse a salvo a la ciudad de Nájera y fueron perseguidos tan de cerca, que ingleses y gascones conquistaron el puente a sus espaldas. Hubo allí una gran matanza y lograron entrar en la ciudad con los arriba mencionados, que se metieron en una casa resistente construida en piedra, pero pronto fue conquistada y los susodichos capturados, muertas muchas de sus gentes y la ciudad saqueada para gran provecho de los saqueadores. Y lo mismo hicieron

con los campamentos del rey Enrique y de los españoles. Los primeros que se dirigieron hacia allí, encontraron vajillas de plata y buenas joyas, pues el rey Enrique y su gente habían llegado muy bien equipados y con gran séquito. Y cuando llegó la derrota, no tuvieron deseos de retornar allí ni de poner a salvo lo que habían dejado por la mañana. Esta derrota fue muy grande y horrible, y sabed que sobre todo en el río hubo muchos muertos. Según he oído contar a los que estuvieron allí, algunos dicen que en Nájera se veía el agua roja de la sangre de hombres y caballos que allí murieron. La batalla tuvo lugar entre Nájera y Navarrete en España, el año de la encarnación de Nuestro Señor mil trescientos sesenta y seis, el tercer día del mes de abril y aquel día fue un sábado.

Después de la derrota de la batalla de Nájera, que tuvo lugar entre nonas y mediodía, el príncipe de Gales colocó su estandarte en un matorral muy alto sobre una pequeña montaña para reagrupar a sus gentes y allí se reunieron todos los que venían de la persecución. Allí acudieron el duque de Lancaster, mi señor John Chandos, el señor de Clisson, el captal de Buch, y luego el conde de Armagnac, el señor de Albret, y todos los barones, y alzaron muy alto sus estandartes para agrupar a sus gentes que se iban alineando en los campos a medida que iban llegando. También estaba allí mi señor Jaime rey de Mallorca, con su estandarte delante de él, donde sus gentes se reunían, y un poco más allá mi señor Martín de la Carra con el estandarte de su señor el rey de Navarra al que representaba, y del mismo modo todos los condes y barones. Era algo hermoso de contemplar.

Entonces llegó el rey don Pedro muy enardecido, que volvía de la persecución, montado en un corcel negro, con su estandarte con las armas de Castilla delante, y desmontó en cuanto vio el estandarte del príncipe. El príncipe al verle, se adelantó para honrarle. El rey don Pedro quiso arrodillarse para agradecer al príncipe, pero mucho se apresuró el príncipe en cogerle por la mano y no se lo permitió. El rey don Pedro le dijo: «Querido señor y buen primo, mucho os debo agradecer y alabar por la hermosa jornada que he tenido por vos». Entonces el príncipe le respondió: «Agradecédselo y alabad a Dios, pues la victoria viene de Él y no de mí».

Allí mismo se reunieron los señores del consejo del príncipe y hablaron de otros asuntos. El príncipe se quedó allí hasta que todas sus gentes regresaron de la persecución. Mandó a cuatro caballeros y a cuatro heraldos a los campos para ver cuánta gente noble había muerto, y también para saber la verdad del rey Enrique, al que entre ellos llamaban el bastardo, si estaba muerto o no, pues todavía no sabían nada de él. Después de esta orden, el príncipe y su gente marcharon al campamento del rey Enrique y su gente, se dispersaron y se alojaron con toda comodidad, pues las tiendas eran amplias y grandes, y encontraron gran cantidad de buenas provisiones, de las que habían sufrido gran carestía. Aquella noche bien debéis saber que cenaron y la pasaron en medio de un gran gozo.

Después de cenar, regresaron los caballeros y heraldos que habían explorado los campos y visitado a los muertos. Según su relación, habían muerto cinco mil sesenta hombres de armas, españoles y franceses, pero el rey Enrique no había sido encontrado, cosa que no

alegró mucho al rey don Pedro. Entre estos hombres de armas, sólo habían encontrado muertos a cuatro de sus caballeros, de los cuales dos eran gascones, el tercero alemán y el cuarto inglés, mi señor Rauf de Ferrers. De entre las comunidades habían siete mil quinientos muertos, sin contar a los ahogados cuyo número no podían saber, y de los suyos, unos veinte arqueros y cuarenta hombres. Aquel sábado por la noche lo pasaron en medio de grandes comodidades, pues encontraron vino y carne en abundancia, y descansaron también todo el domingo que fue Pascua florida.

586. El domingo por la mañana a hora prima, el príncipe se levantó y salió delante de su pabellón. Entonces fueron a verle su hermano el duque de Lancaster, el conde de Armagnac, el señor de Albret, mi señor John Chandos, el captal de Buch, el señor de Pommiers, mi señor Guichard de Angle, el rey de Mallorca y gran cantidad de barones y caballeros. Poco después llegaron el rey don Pedro de Castilla, a quien el príncipe hacía todos los honores y reverencias. El rey don Pedro se adelantó a hablar y dijo: «Querido y hermoso primo, os ruego por amistad que me entreguéis a los malvados traidores de mi país, a mi hermano bastardo Sancho y a los otros. Haré que les corten la cabeza, pues bien lo tienen merecido».

Entonces el príncipe reflexionó y respondió así al rey don Pedro que había hecho esta petición: «Señor rey, os ruego en nombre del amor y del linaje, que me concedáis un don». El rey don Pedro, que nada le habría negado, se lo concedió y dijo: «Primo, todo lo que tengo es vuestro». El príncipe le dijo: «Señor rey, os ruego que

perdonéis vuestra ira a vuestras gentes que se os han rebelado. Obraréis bien y con cortesía, y os quedaréis con mayor paz en vuestro reino. A todos, excepto a Gómez Carrillo con quien bien quiero que hagáis vuestra voluntad». El rey don Pedro concedió esta petición, aunque lo hizo de muy mala gana. No obstante, no se atrevió a negarse, pues sabía que mucho le debía. Y le dijo: «Buen primo, os lo otorgo de buena gana».

Todos los prisioneros de España que estaban en la hueste, fueron enviados ante el príncipe y allí los reconcilió con el rey don Pedro su señor, y besó a su hermano el conde Sancho y le perdonó su ira, así como a los otros. A su vez, ellos le juraron fidelidad, homenaje y servicio con lealtad para siempre, se hicieron sus vasallos y le reconocieron como a su rey y a su señor. El príncipe le hizo esta cortesía y muchas otras, que luego él reconoció y le sirvieron de muy poco, tal y como oiréis más adelante en esta historia. El príncipe también hizo grandes cortesías a los barones de España prisioneros, pues si el rey don Pedro los hubiera tenido en su poder, los habría hecho morir sin merced. Allí fue entregado mi señor Gómez Carrillo de quien jamás habría recibido rescate alguno, pues mucho le odiaba. Lo hizo decapitar ante sus ojos fuera de las tiendas. Después de la misa, el rey don Pedro montó a caballo con su hermano el conde Sancho y el maestre de Calatrava y todos los que se habían hecho sus vasallos, y los dos mariscales mi señor Guichard de Angle y mi señor Stephen de Cosington y unos quinientos hombres de armas, y se separaron de la hueste y del príncipe, y cabalgaron hacia Burgos, Llegaron el lunes por la mañana. Los de la villa de Burgos que habían sido informados de cómo había ido

todo aquel asunto y de la derrota del rey Enrique, no quisieron cerrar las puertas al rey don Pedro, sino que muchos hombres ricos y los más notables salieron de la villa para recibirle como señor y entregarle las llaves, y lo acompañaron con todas sus gentes a la villa de Burgos con gran gozo y solemnidad.

Durante todo aquel domingo, el príncipe estuvo en las tiendas que había encontrado y conquistado. El lunes después de desayunar, desacampó con todas sus gentes y fue a acampar a Briviesca. Allí estuvieron hasta el miércoles en que llegaron ante Burgos, y el príncipe entró en la villa con grandes reverencias, y también el duque de Lancaster, el conde de Armagnac y algunos grandes señores. Sus gentes levantaron sus tiendas en los campos fuera de Burgos, pues todos no podían entrar ni acomodarse en la villa. El príncipe acudía a sus campamentos todos los días y allí hacía juicios de armas y cosas semejantes, y allí mantuvo gaje y campo de batalla, de modo que bien puede decirse que una vez bien le perteneció y le obedeció toda España.

587. El príncipe de Gales y el rey don Pedro pasaron las Pascuas en la villa de Burgos y allí estuvieron más de tres semanas. Durante su estancia fueron a hacer homenaje al rey don Pedro los de Asturias, Toledo, Lisboa, Córdoba, Galicia, Sevilla y de todas las marcas y fronteras del reino de Castilla. Y allí acudió también el leal caballero de Castilla, don Fernando de Castro, que fue muy festejado y honrado. Cuando el rey don Pedro vio que no quedaba ya ningún rebelde y que se le obedecía, el príncipe de Gales, por información de sus gentes y para hacer lo que correspondía, le dijo: «Señor

rey, a Dios gracias sois señor y rey de vuestro país. No vemos ya a ningún rebelde y todos os obedecen. Estamos aquí albergados con grandes gastos. Os decimos que busquéis dinero para pagar a los que os han devuelto vuestro reino y que mantengáis vuestros acuerdos, tal y como los habéis jurado y sellado. Mucho os lo agradeceremos. Cuanto más pronto lo hagáis, más provecho obtendréis. Sabéis que las gentes de armas quieren vivir y ser pagados».

A estas palabras el rey don Pedro respondió: «Señor primo, con mucho gusto mantendremos y cumpliremos con nuestro leal poder lo que hemos jurado y sellado, pero en este momento no tenemos dinero. Iremos a la marca de Sevilla y allí nos procuraremos tanto que bien satisfaremos a todos. Permaneced aquí o en Valladolid, donde la marca es aún más rica, y nos reuniremos con vos lo más pronto que podamos o lo más tarde por Pentecostés». Esta respuesta agradó mucho al príncipe y a su consejo.

Muy poco tiempo después, el rey don Pedro se separó del príncipe y cabalgó a la ciudad de Sevilla con la intención de procurarse dinero, tal y como había acordado. El príncipe fue a albergarse a la villa de Valladolid y todos los señores y sus gentes se diseminaron por el país para aprovisionarse de víveres. Permanecieron allí con poco provecho, aunque las Compañías no pudieran abstenerse de hacer pillaje.

588. A Francia, Inglaterra, Alemania y todos los países, llegaron las noticias de que el príncipe de Gales y sus fuerzas habían destruido por batalla al rey Enrique, y que aquel día de la batalla junto a Nájera habían matado,

apresado, perseguido o se habían ahogado más de cien mil hombres. El príncipe adquirió gran fama y fue muy honrado por su buena caballería y por la alta empresa en todas las marcas donde se oía hablar de aquello, en especial, en el imperio de Alemania y en el reino de Inglaterra. Alemanes, teutones, flamencos e ingleses decían que el príncipe de Gales era la flor de toda la caballería del mundo y que semejante príncipe era digno y estaba hecho para gobernar el mundo, cuando por su proeza había realizado tres altas y notables jornadas: la primera en Crécy en Ponthieu, la segunda, diez años después en Poitiers, y la tercera, también diez años después, en España ante la ciudad de Nájera.

En la ciudad de Londres en Inglaterra los burgueses de la villa festejaron la victoria y el triunfo, del mismo modo en que antiguamente se hacía por los reyes que habían conquistado la plaza y derrotado a sus enemigos. En Francia mucho se lamentaron por los buenos caballeros de su reino que habían muerto o habían sido apresados en la jornada y, en especial, por mi señor Bertrand du Guesclin y mi señor Arnoul de Audrehem. Luego las cosas acabaron con cortesía y algunos fueron liberados bajo fianza, pero mi señor Bertrand du Guesclin no se liberó tan pronto, porque su dueño que era mi señor John Chandos no lo permitió, ni tampoco mi señor Bertrand le apremió demasiado. Ahora hablaremos un poco del rey Enrique y de lo que hizo después de marchar de la batalla, y luego volveremos al príncipe y al rey don Pedro de Castilla.

589. El rey Enrique se salvó, como ya se ha dicho, lo mejor que pudo. Se alejó de sus enemigos y se llevó a su

mujer y a sus hijos a la ciudad de Valencia en Aragón, donde se encontraba el rey de Aragón, que era su compañero y amigo. Le contó toda su aventura que mucho encolerizó al rey de Aragón.

Poco después, el rey Enrique decidió ir a ver al duque de Anjou, que en aquel tiempo se encontraba en Montpellier, para contarle también su desgracia. Mucho agradó aquella decisión al rey de Aragón y bien consintió en que marchara, pues era enemigo del príncipe que era un vecino demasiado cercano. El rey Enrique se separó del rey de Aragón, dejando en la ciudad de Valencia a su mujer y a sus hijos, y cabalgó tanto que pasó por Narbona, la primera ciudad del reino de Francia a ese lado, luego Beziers y todo el país, y llegó a Montpellier. Allí encontró al duque de Anjou que mucho le amaba y mucho odiaba a los ingleses, aunque no les hiciera guerra. El duque, informado ya de todo el asunto del rey Enrique lo recibió muy bien y le consoló todo lo que pudo. Se quedó un tiempo con él y luego fue a Avignon a ver al Papa Urbano V que se tenía que ir a Roma, cosa que hizo.

El rey Enrique regresó a Montpellier junto al duque de Anjou y mantuvieron juntos consejo e hicieron tratados. Algunos que creían saber algo de esto, me contaron que el rey Enrique compró o tomó prestado al duque de Anjou un castillo junto a Toulouse en las fronteras del principado, llamado Roquemaure. Allí reunió a gentes de Compañías, bretones y otros, que no habían ido a España con el príncipe, y al principio juntó a unos trescientos.

Estas noticias llegaron a mi señora la princesa que se encontraba en Bordeaux. Se enteró de que el rey Enrique estaba buscando ayuda por todos lados para hacer guerra

al principado y ducado de Aquitaine. Mucho se inquietó y, como dependía del reino de Francia, escribió y mandó mensajes al rey de Francia, suplicándole que no consintiera que el bastardo de España le hiciera guerra ni que permitiera que buscara sus recursos en Francia, pues grandes males podrían nacer de ahí. El rey Charles de Francia condescendió enseguida a los ruegos de la princesa y envió mensajes al bastardo Enrique, que se encontraba en el castillo de Roquemaure, junto a las fronteras de Montalbán, y que ya empezaba a saquear el país de Aquitaine y la tierra del príncipe, ordenándole que mientras estuviera en su reino, se abstuviera de mantener guerra en la tierra de su querido sobrino el príncipe de Gales y Aquitaine. Y para mayor ejemplo a sus gentes de que no debían aliarse con el bastardo Enrique, metió en prisión en el castillo de Louvre al joven conde de Auxerre, ya que había acordado al rey Enrique reunirse con él con muchas gentes de armas, al menos eso decían. De este modo, el rey le obligó a abandonar sus propósitos.

El rey Enrique obedeció las órdenes del rey de Francia, y fue bien justo. Pero no por ello dejó su empresa, y se marchó de Roquemaure con cuatrocientos bretones. Se le aliaron los siguientes caballeros y escuderos bretones: mi señor Arnoult Limosin, mi señor Geoffrei Ricon, mi señor Yvain de Lakonnet, mi señor Silvestre Bude, Éliot de Tallay y Alain de Saint-Pol. Estas gentes de armas, bretones y otros, fueron a cabalgar por las montañas y entraron en el principado de Bigorre y una noche escalaron una villa que se llama Bagnères, y la tomaron. La fortificaron y amurallaron, y luego cabalgaron a la tierra del príncipe y empezaron a saquearla, provocando

grandes daños. La princesa envió por delante a mi señor James Audley, que se había quedado en Aquitaine para proteger el país. A pesar de todo, el rey Enrique y los bretones causaron mucho daño, pues cada día aumentaba su gente.

Ahora volvemos al príncipe de Gales y a sus gentes que se encontraban en Valladolid y los alrededores, esperando el regreso del rey don Pedro que no volvía en la fecha que había prometido, por lo que el príncipe estaba muy enojado.

590. Cuando el príncipe de Gales hubo estado en Valladolid hasta San Juan Bautista en verano y aun más, esperando al rey don Pedro que no volvía y sin tener noticias suyas, mucho se preocupó y reunió a su consejo para saber qué cosa era mejor hacer, Aconsejaron al príncipe que enviara a dos o tres de sus caballeros junto al susodicho rey a exponerle sus necesidades y a preguntarle por qué no mantenía su acuerdo y el plazo fijado. Fueron rogados de ir junto al rey don Pedro, mi señor Neil Loring, mi señor Richard Punchardoun y mi señor Thomas Balastre. Los caballeros del príncipe tanto cabalgaron que llegaron a la ciudad de Sevilla, donde se encontraba el rey don Pedro que hizo ademán de recibirles con alegría. Estos caballeros le dieron el mensaje tal y como se lo había encargado su señor el príncipe. El rey don Pedro respondió a estas palabras excusándose y dijo: «Ciertamente, señores, mucho nos disgusta no poder mantener lo que habíamos acordado a nuestro primo el príncipe. Muchas veces se lo hemos expuesto a nuestras gentes de estas marcas. Pero nuestras gentes se excusan y dicen que no darán el

dinero mientras las Compañías estén en el país. Ya han matado y robado a tres o cuatro de nuestros tesoreros que llevaban finanzas a nuestro primo el príncipe. Decidle de nuestra parte que se retire y que saque del país a esas malditas gentes de Compañías, y que nos deje a algunos de sus caballeros en su nombre, a los que pagaremos el dinero que reclama y al que estamos obligados». Ésta fue toda la respuesta que consiguieron los mensajeros del príncipe. Se separaron del rey don Pedro y regresaron junto al príncipe en Valladolid. A él y a su consejo les contaron con lo que se habían encontrado. Esta respuesta preocupó aún más al príncipe pues bien vio que el rey don Pedro faltaba al acuerdo y había cambiado de opinión.

Durante la estancia del príncipe en Valladolid, donde pasó cuatro meses, cayó enfermo en el lecho el rey de Mallorca, lo que mucho irritó al príncipe. Fueron liberados con rescate mi señor Arnoul de Audrehem, mi señor Bégue de Villaines y muchos caballeros de Francia y de Bretaña que habían sido capturados en Nájera, y canjeados por mi señor Thomas Felton, mi señor Richard Taunton, mi señor Hugh de Hastings y los demás. Mi señor Bertrand du Guesclin continuó en peligro pues no fue rescatado tan pronto como los demás. Los ingleses y consejeros del príncipe decían que si lo liberaban, haría mayor guerra que antes con el bastardo Enrique. El príncipe ya había sido informado de que estaba en Bigorre y de que había tomado la villa de Bagnères, guerreando y saqueando su país. Por ello, no era cuestión de apresurarse alegremente en la liberación de mi señor Bertrand.

591. Cuando el príncipe de Gales oyó las excusas del rey don Pedro, se quedó más pensativo aún que antes y pidió consejo. Sus gentes, que mucho deseaban ya regresar pues no soportaban bien el calor y el clima del país de España e incluso el príncipe no se encontraba nada bien, le aconsejaron el regreso y que si el rey don Pedro le había fallado, él mismo se procuraba su vituperio y deshonor. Por todos lados se anunció el regreso. Cuando llegó el momento de la partida, el príncipe envió al hostal del rey de Mallorca a mi señor John Chandos y a mi señor Hugh de Courtenay, para preguntarle cómo quería salir de España y que se aconsejara sobre eso, pues de mala gana lo dejaría atrás en caso de que quisiera retornar. El rey de Mallorca respondió a estos caballeros: «Mucho se lo agradezco a mi señor el príncipe, nuestro querido compañero, pero por el momento no aguantaría cabalgar ni que me llevaran en litera. Tengo que quedarme aquí hasta que a Dios le plazca». Los caballeros le continuaron diciendo: «Mi señor, ¿queréis que mi señor el príncipe os deje una cantidad de gentes de armas para que os defiendan y acompañen cuando estéis dispuesto a cabalgar?» Respondió que no, porque no sabía cuanto tiempo tendría que permanecer allí. Los dos barones pidieron licencia al rey de Mallorca y regresaron junto a su señor el príncipe, al que contaron todo lo que habían hecho y las respuestas del rey de Mallorca. El príncipe dijo: «En buena hora».

Entonces el príncipe se marchó con todas sus gentes, y regresó por una buena ciudad a la que llaman Madrigal, y allí descansó. Luego fue a acampar al valle de Soria, en la frontera de España, Navarra y Aragón. Allí pasó el príncipe un mes con todas sus gentes, pues le habían

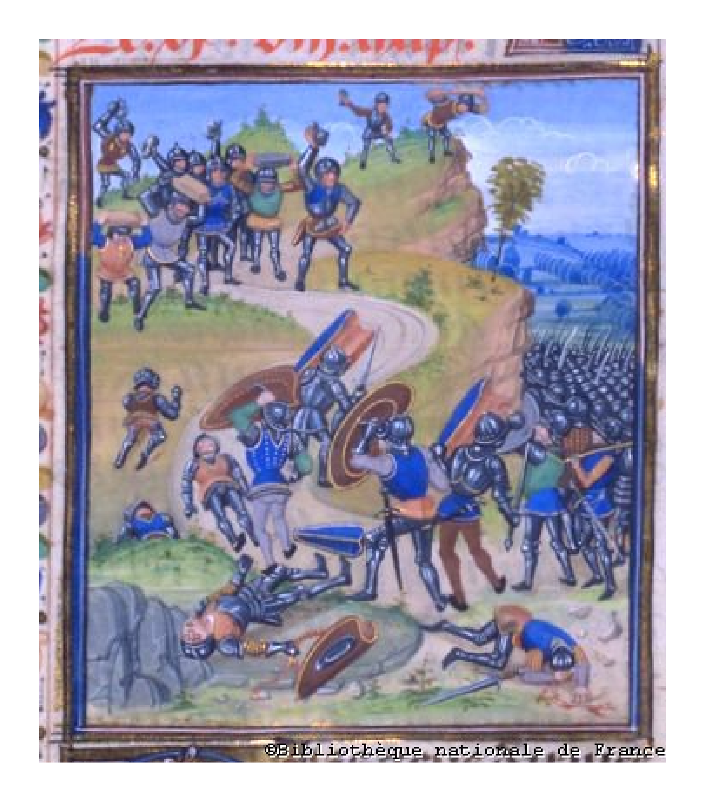
cerrado algún paso en las marcas de Aragón. Por la hueste se decía que el rey de Navarra, recién salido de su prisión, se había aliado con el bastardo de España y el rey de Aragón y que debía impedir con todo su poder el paso y el regreso del príncipe y de sus gentes. Pero nada de esto ocurrió, como después se vio. No obstante, mucho sospechaban de él ingleses, gascones y las Compañías, pues estaba en su país y no acudía junto al príncipe.

Durante esta estancia en el valle de Soria, el príncipe envió a los más especiales de su consejo a un cierto paso entre España y Aragón, a donde también acudieron consejeros del rey de Aragón, y allí hubo grandes y largos parlamentos. Al final se acordó que el rey de Aragón les abriría su país para dejar regresar en paz a las gentes del príncipe, y ellos debían pasar sin ninguna violencia ni molestar a nadie del país, pagando cortésmente todo lo que cogieran. Entonces fueron a ver al príncipe el rey de Navarra y mi señor Martín de la Carra, en cuanto se enteraron del acuerdo entre el príncipe y el rey de Aragón, y le hicieron todos los honores y reverencias que pudieron, y le ofrecieron amablemente paso para él y para su hermano el duque de Lancaster así como para muchos barones y caballeros de Inglaterra y Gascogne, aunque preferían que las Compañías tomaran otro camino que el de Navarra. Al ver el camino por Navarra más cercano que por las marcas de Aragón, el príncipe y los señores no quisieron renunciar a esta cortesía y mucho se lo agradecieron al rey y a su consejo. Así se marcharon estas gentes de armas y las huestes del príncipe y regresaron con la mayor cortesía que pudieron.

El príncipe atravesó el reino de Navarra acompañado por el rey de Navarra y mi señor Martín de la Carra hasta el paso de Roncesvalles. Tanto cabalgó el príncipe que llegó a la ciudad de Bayonne, donde fue recibido con gran gozo. Allí descansó cuatro días y luego marchó a Bordeaux, donde fue recibido con gran solemnidad. Mi señora la princesa fue a su encuentro e hizo llevar a Edward a su primogénito que por aquellos días debía tener unos tres años. Así se separaron aquellas gentes de armas unos de otros y los señores, barones y caballeros de Gascogne regresaron a sus casas, y todos los senescales a sus senescalías. Las Compañías se reunieron en el principado a medida que iban llegando, y esperaban su dinero y paga, pues mucho les debía el príncipe. Quería satisfacerlos a todos según su poder, decía, pues aunque el rey don Pedro no hubiera mantenido su acuerdo, eso no lo debían pagar, decía el príncipe, los que le habían servido.

Tan pronto como el rey Enrique, que se encontraba en la guarnición de Bagnères en Bigorre y había estado allí todo el tiempo, oyó que el príncipe había vuelto de España al principado, se marchó de allí con toda sus gentes de armas, bretones y Compañías, y entró en Aragón para reunirse con el rey de Aragón que mucho le amaba y que le recibió con gran alegría. Pasó todo el invierno con él y pactaron alianzas para guerrear al rey don Pedro. Las tropas de bretones que se habían aliado con él y cuyos capitanes eran mi señor Arnaut Limosin, mi señor Geoffroy Ricon y mi señor Yvain de Lakonnet hacían incursiones por España y hacían la guerra por el rey Enrique. Ahora hablaremos de la liberación de mi señor Bertrand du Guesclin.

RESTAURACIÓN DE ENRIQUE DE TRASTÁMARA



595. Los reyes vecinos, el rey Pedro de Aragón y el rey Enrique, conocían la situación en la que se encontraba el príncipe, pues mucho se ocupaban por saberlo, y habían oído que los barones de Gascogne habían acudido a París junto al rey y comenzaban a agitarse y rebelarse contra el príncipe. Nada de esto irritaba a los susodichos reyes y, en especial, al rey Enrique que trataba de volver a conquistar Castilla que había perdido por el poder del príncipe. Se separó del rey de Aragón y pidió licencia en valencia. En su compañía partieron del reino de Aragón, mi señor Rocabertí y el vizconde de Rodas, y eran unos

tres mil hombres a caballo y unos seis mil a pie entre los que había algunos mercenarios genoveses. Estas gentes de armas cabalgaron hacia España hasta la ciudad de Burgos que pronto se puso del lado del rey Enrique y le recibieron como a su señor. De allí pasaron a Valladolid. pues el rey Enrique oyó que allí estaba el rey de Mallorca lo que mucho le alegró.

Cuando los de Valladolid oyeron que los de Burgos se habían sometido al rey Enrique, decidieron que no le resistirían. Abrieron sus puertas y recibieron al rey Enrique como a su señor, tal y como antaño habían hecho. En cuanto el rey Enrique hubo entrado en la villa, preguntó dónde se encontraba el rey de Mallorca y se lo indicaron con mucho gusto. El rey Enrique fue a verle enseguida y entró en el hostal y en la cámara, donde el susodicho rey todavía estaba aquejado de su enfermedad. El rey Enrique se acercó a él y le dijo: «Rey de Mallorca, vos habéis sido nuestro enemigo. Habéis entrado a mano armada en nuestro reino de Castilla, por lo que o bien os entregáis prisionero o bien estáis muerto». El rey de Mallorca, al verse en tan dura alternativa y que de nada le valía defenderse, le respondió: «Señor, nada me importa morir, si lo deseáis. Me entregaría prisionero a vos, pero no a otro. Si me queréis poner en otras manos, decidlo, pues sea con la condición que sea, preferiría estar muerto a caer en manos de mi adversario el rey de Aragón». El rey Enrique respondió: «De ningún modo, pues no obraría con lealtad y sería digno de vituperio. Seréis mi prisionero y si quiero pediré rescate». Así fue hecho prisionero el rey Jaime de Mallorca por el rey Enrique, que en Valladolid dejó a muchos guardianes para que lo vigilaran. Luego cabalgó a León en España,

que en cuanto oyeron que llegaba, le abrieron enseguida sus puertas.

Cuando la villa y la ciudad de León en España se entregó al rey Enrique, todo el país de la marca de Galicia empezó a ponerse de su lado. Muchos altos barones y señores, que antes habían hecho homenaje al rey don Pedro, fueron a ver al rey Enrique. Por mucho que delante del príncipe le hubieran mostrado amor, nada podían estimarle, pues grandes crueldades les había hecho antaño y mucho temían que se las volviera a hacer. El rey Enrique los había tratado muy bien y se había comportado como amigo. Prometía seguir haciéndolo y por eso se unían a él.

Mi señor Bertrand du Guesclin todavía no había llegado, pero se estaba acercando con dos mil combatientes. Se había separado del duque de Anjou que había terminado su guerra en Provenza y concluido su asedio delante de Tarascón por medio de un acuerdo que desconozco. Con mi señor Bertrand habían partido algunos caballeros y escuderos de Francia que deseaban las armas, y ya habían entrado en Aragón. Cabalgaban a grandes marchas para reunirse con el rey Enrique que había puesto asedio a la ciudad de Toledo.

Las noticias de la reconquista y de cómo el país se ponía del lado del rey Enrique llegaron al rey don Pedro que todavía seguía en la marca de Sevilla y Portugal. Al oír esto, el rey don Pedro montó en cólera contra su hermano el bastardo y contra los barones de Castilla que le abandonaban, y juró que se tomaría venganza tan cruel que serviría de ejemplo a los demás. Hizo enseguida un llamamiento en todos los lugares de los que esperaba ayuda y servicio. Rogó a muchos que no

acudieron excusándose lo mejor que pudieron, y otros se pusieron al lado del rey Enrique sin disimulo y le devolvieron su homenaje. Cuando el rey don Pedro vio que sus gentes le fallaban, empezó a tener miedo y pidió consejo a don Fernando de Castro que nunca le falló, el cual le aconsejó que reuniera a todas las gentes que pudiera, tanto de Granada como de otros sitios, y que se apresurara en cabalgar contra su hermano el bastardo antes de que se reforzara más en el país y crecieran sus gentes de armas.

El rey don Pedro no quiso desistir de su propósito y pidió gentes en el reino de Portugal, cuyo rey era su primo hermano, y de donde recibió mucha. También rogó al rey de Granada, de Benimerin y de Tlemecen, e hizo alianzas con ellos, según las cuales no debía hacerles guerra durante treinta años. Los tres reyes arriba mencionados le enviaron más de veinte mil sarracenos para ayudarle a hacer su guerra. Tanto hizo el rey don Pedro, que entre unos y otros, cristianos, judíos y sarracenos, reunió a cuarenta mil hombres en la marca de Sevilla. Mientras se ocupaba de estos tratados y el asedio continuaba en la ciudad de Toledo, desmontó en la hueste de don Enrique mi señor Bertrand du Guesclin con dos mil combatientes. Fue recibido con gran gozo, y fue bien justo, y todos los de la hueste se alegraron de su llegada.

597. El rey don Pedro, que había concentrado a sus gentes de armas en Sevilla y los alrededores, tal y como se ha dicho antes, y que deseaba combatir a su hermano el bastardo, salió de Sevilla con su gran hueste con intención de levantar el asedio ante Toledo. Entre la

ciudad de Toledo y la de Sevilla bien debía haber nueve jornadas. A la hueste del rey Enrique llegaron las noticias de que el rey don Pedro se acercaba y tenía en su compañía a más de cuarenta mil hombres. Fueron llamados a consejo los caballeros de Aragón y Francia que allí estaban y, en especial, mi señor Bertrand du Guesclin en cuya ayuda confiaban más que en nada. Mi señor Bertrand dio un consejo que siguieron: que de inmediato el rey don Enrique partiera con la mayor parte de sus gentes y cabalgara a toda marcha contra el rey don Pedro y que le combatiera en el estado en que le encontrara. «Pues si tal y como hemos sido informados, dijo, viene sobre nosotros con gran poder, mucho nos podría perjudicar. Pero si vamos contra él, sin que sepa nada, los encontraremos desprevenidos, tendremos ventaja y les derrotaremos, no lo dudéis».

El consejo y la opinión de mi señor Bertrand fueron escuchados y atendidos. Por la tarde el rey Enrique se marchó con los mejores combatientes elegidos y dejó al resto de su hueste al cuidado y gobierno del conde don Tello, su hermano, y cabalgó hacia delante. Sus exploradores iban y venían contándole con detalle la situación del rey don Pedro y de su hueste. El rey don Pedro nada sabía del rey Enrique, ni que cabalgara contra él, por lo que sus gentes cabalgaban más diseminadas y en escaso orden. Sucedió un día que el rey Enrique y los suyos se encontraron con el rey don Pedro y sus gentes, que había pasado aquella noche en un castillo muy cerca de allí al que llaman Montiel, y el señor de Montiel lo había recibido y honrado con todo su poder. Habían salido de allí por la mañana y se habían puesto en camino cabalgando en gran dispersión, pues

no pensaba ser combatido aquel día. De pronto aparecieron con los estandartes desplegados, el rey Enrique, su hermano el conde don Sancho, mi señor Bertrand du Guesclin con cuyo consejo actuaban, el Bégue de Villaines, el vizconde de Rocabertí, el vizconde de Roda y sus tropas. Eran seis mil combatientes y cabalgaban en filas muy apretadas. Llegaron a todo galope y sin ningún parlamento se lanzaron contra los primeros que encontraron gritando: «¡Castilla para el rey Enrique!» y «¡Notre Dame! ¡Guesclin!» Derribaron a los primeros con gran fuerza que pronto estuvieron dispersados, y avanzaron. Allí hubo muchos muertos, pues no querían prisioneros, según había dispuesto el día anterior mi señor Bertrand, por la gran cantidad de paganos y judíos que allí estaban. Cuando el rey don Pedro, que cabalgaba en la tropa mayor, oyó que sus gentes habían sido atacadas y rechazadas de mala manera por su hermano el bastardo Enrique y por los franceses, mucho se sorprendió y bien vio que había sido traicionado y engañado, y que se encontraba en aventura de perderlo todo, pues sus gentes estaban muy diseminadas. No obstante, como buen y audaz caballero que era, se detuvo en los campos e hizo desplegar su estandarte y colocarlo delante para reagrupar a sus gentes. Envió a anunciar a los de atrás, que se apresuraran pues combatían a sus enemigos. Al oír estas noticias, avanzaron todo tipo de buenas gentes y por su honor se reunieron bajo el estandarte del rey don Pedro, que venteaba en los campos. Allí hubo muy dura batalla y muchos hombres derribados y muertos al lado del rey don Pedro, pues el rey Enrique y mi señor Bertrand los requerían con sus tropas de tal modo que nadie podía

resistirles. Pero no terminó todo tan pronto, pues los del rey don Pedro eran muchos, seis contra uno. Pero para su desgracia, fueron sorprendidos y eso les atemorizó y desordenó más que cualquier otra cosa.

Esta batalla de los españoles, unos contra otros y de dos reyes con sus aliados, muy cerca del castillo de Montiel, fue muy grande y espantosa. En el lado del rey Enrique hubo muy buenos caballeros, mi señor Bertrand du Guesclin, mi señor Geoffroy Ricon, mi señor Arnaut de Limosin, mi señor Yvain de Lakonnet, mi señor Jean de Bergéttes, mi señor Gauvain de Bailleue, mi señor Bégue de Villaines, Alain Saint-Pol, Éliot de Tallay y los bretones que allí estaban y también del reino de Aragón, el vizconde de Rocabertí y el vizconde de Roda, y muchos otros buenos caballeros y escuderos que no puedo nombrar a todos. Realizaron allí grandes hechos de armas y bien les hizo falta, pues se encontraron con gentes extranjeras como los sarracenos y portugueses. Los judíos les volvieron la espalda y no les combatieron. Pero los de Granada y Benimeriñes, que llevaban arcos y flechas con los que muy bien sabían disparar, se mostraron muy expertos en el disparo y lanzamiento.

Y allí estaba el rey don Pedro, hombre tremendamente audaz, que combatía con valor y sostenía un hacha con la que asestaba tales golpes que nadie se atrevía a acercársele. Allí se alzó el estandarte de su hermano el rey Enrique contra el suyo, bien provisto de combatientes que gritaban sus gritos y arremetían ferozmente con sus lanzas. Los que estaban en el lado de don Pedro se empezaron a abrir y a atemorizar de mala manera. Don Fernando de Castro, que debía proteger y aconsejar al rey don Pedro su señor, se dio buena cuenta

de que sus gentes se perdían y destruían por haber sido sorprendidos, y dijo a don Pedro: «Señor, salvaos y refugiaos en el castillo de Montiel, de donde habéis salido esta mañana. En el castillo estaréis a salvo, pero si os cogen prisionero, moriréis sin merced». El rey don Pedro creyó el consejo y se marchó lo más deprisa que pudo hacia Montiel. Llegó tan a punto que encontró las puertas del castillo abiertas y el señor le recibió con otros once solamente. Entre tanto, los otros combatían diseminados por los campos y hacían lo que podían, pues los sarracenos preferían morir que ser largamente perseguidos.

Al rey Enrique y a mi señor Bertrand llegaron las noticias de que el rey don Pedro se había refugiado y encerrado en el castillo de Montiel, y que Bégue de Villaines y su tropa le habían perseguido hasta allí. En el castillo no había más que una entrada y ante ese paso se encontraba Bégue y allí había colocado su pendón. Mucho alegraron estas noticias a mi señor Bertrand y al rey Enrique, y se dirigieron a aquella parte combatiendo y matando a montones como a bestias, de tal modo que ya estaban cansados de matar, de decapitar y de derribar. La persecución duró más de tres leguas y aquel día murieron más de veinticuatro mil hombres. Muy pocos se salvaron y fueron los del país que conocían los caminos y refugios pues los sarracenos, que no conocían el lugar, no sabían a dónde huir. Tuvieron que esperar la aventura y murieron todos. Esta batalla tuvo lugar más abajo de Montiel y por los alrededores, en España, el día trece de agosto del año de gracia mil trescientos sesenta y ocho.

599. Después de la gran derrota que sufrió el rey don Pedro y sus gentes muy cerca de Montiel, y de que el rey Enrique y mi señor Bertrand du Guesclin hubieran conquistado la plaza y retornado de la persecución, se reagruparon todos delante del castillo de Montiel y acamparon por los alrededores. Decían que nada habían hecho ni logrado, sino tomaban el castillo donde se encontraba el rey don Pedro. Hicieron saber a los de Toledo cómo había ido y cuál era su situación, para que estuvieran más tranquilos. Estas noticias alegraron al conde don Tello y al conde Sancho y a todos los que estaban haciendo el asedio. El castillo de Montiel estaba suficientemente bien fortificado para resistir mucho tiempo, si hubiera estado aprovisionado, pero cuando el rey don Pedro llegó, no había más víveres que para mantenerse a lo sumo cuatro días. Esto inquietaba mucho al rey don Pedro y a los compañeros, pues estaban vigilados tan de cerca noche y día, que no habría salido del castillo ni un pajarillo que no hubiera sido visto enseguida.

El rey don Pedro, que se encontraba allí dentro con gran angustia en el corazón al ver a sus enemigos acampados a su alrededor y saber con certeza que no querían condescender a ningún tratado ni acuerdo de paz, fue aconsejado a abandonar el castillo a medianoche con otros once. Considerados los peligros y la falta de víveres, decidieron que lo mejor era ponerse en protección de Dios y partir de allí. Unos guías los conducirían a salvo hasta uno de los extremos de la hueste. En secreto salieron del castillo hacia medianoche el rey don Pedro, Fernando de Castro con diez más y aquella noche era densa y oscura.

En aquellos momentos hacía la guardia mi señor Begue de Villaines con más de trescientos combatientes, cuando el rey don Pedro salió del castillo con su tropa y marchaban por un camino muy empinado hacia abajo con tal sigilo que no parecía que hubiera alguien. A Begue de Villaines, que constantemente temía desatender su cometido y perderlo todo, le pareció oír un ruido de pisadas. Dijo a los que estaban a su lado: «Quietos, señores. Oigo a gente. Pronto sabremos quiénes caminan a estas horas. Quizá sean gentes que traen víveres pues en el castillo hay muy pocos».

Entonces avanzó Begue con la daga en la mano y con sus compañeros, y se acercó a un hombre que estaba al lado del rey don Pedro, y le preguntó: «¿Qué hacéis aquí? Hablad o sois hombre muerto». Aquel a quien mi señor Begue se había dirigido, era inglés. Se negó a hablar y se retiró a un lado esquivándole. Begue se dirigió entonces al rey don Pedro y aunque todo estuviera muy oscuro, le pareció que era él y lo reconoció porque se parecía mucho a su hermano el rey Enrique. Poniéndole la daga en el pecho le preguntó: «¿Quién sois vos? Nombraos ahora mismo o moriréis». Mientras le decía esto, le cogió por el freno del caballo para impedir que se le escapara como el primero, aunque fuera apresado por sus gentes.

El rey don Pedro, que veía delante de él a una gran tropa y que bien comprendió que no podía escapar, dijo a Begue de Villaines al que reconoció: «Begue, Begue, soy el rey don Pedro, rey de Castilla, con quien por mal consejo se cometen muchas injusticias. Me entrego tu prisionero y me pongo con todas las gentes que están aquí y no somos más de doce, a tu voluntad y vigilancia.

En nombre de la gentileza, te ruego que me salves y te pagaré tan alto rescate como quieras, pues a Dios gracias aún bien tengo con qué, pero no me dejes en manos de mi hermano bastardo Enrique». Begue debió responder allí, según fui informado después, que se tranquilizara pues ni su hermano el bastardo Enrique ni nadie se enteraría de este suceso. El rey don Pedro fue conducido al campamento de Begue de Villaines y más concretamente a la tienda de Rocabertí. No había pasado allí una hora, cuando el rey Enrique y el vizconde de Rocabertí y sus gentes, no muchas, llegaron a la tienda del arriba mencionado.

En cuanto el rey Enrique entró en el aposento donde se encontraba su hermano el rey don Pedro, dijo en este lenguaje: «¿Dónde está el judío hijo de puta que se llama rey de Castilla?» Entonces se adelantó el rey don Pedro, que fue hombre muy audaz y cruel. «El hijo de puta eres tú, yo soy hijo del buen rey Alfonso». Con estas palabras, cogió del brazo al rey Enrique su hermano y lo atrajo hacia él forcejeando. Como era más fuerte, lo derribó sobre una colcha de seda. Echó mano a su cuchillo y lo habría matado sin remedio, si no hubiera sido por el vizconde de Rocabertí, que cogió por el pie al rey don Pedro y lo tiró debajo del rey Enrique. Éste sacó enseguida un cuchillo largo de Castilla que llevaba colgando del cuello, y se lo metió en el cuerpo rajándole de arriba abajo, y enseguida saltaron otros que le ayudaron a rematarlo. Allí también murieron a su lado un caballero de Inglaterra llamado Ralph Helme, a quien antaño llamaban Verde Escudero, y un escudero llamado Jacques Rollans, que había tratado de defenderse. Pero nada hicieron a don Fernando de Castro ni a los otros y

fueron prisioneros de Begue de Villaines y de mi señor Yvain Lakonnet.

Así murió el rey don Pedro de Castilla, que antaño había reinado en gran prosperidad. Los que lo mataron, lo dejaron tres días en el mismo lugar, cosa que me parece inhumana y sin piedad, y los españoles se burlaban de él. Al día siguiente, el señor de Montiel fue a entregarse al rey Enrique, que lo recibió y tuvo merced de él, al igual que hizo con todos los que se pusieron de su lado. Por toda Castilla se extendieron las noticias de que el rey don Pedro había muerto. Sus amigos sintieron cólera y sus enemigos quedaron reconfortados.

Cuando al rey de Portugal llegaron las noticias de que su primo el rey don Pedro había muerto de aquella forma, se irritó mucho y juró reparación. Desafió al rey Enrique y le hizo guerra, manteniendo contra él por una temporada la marca de Sevilla. Pero no por ello el rey Enrique abandonó su empresa, sino, que volvió a Toledo que, en cuanto supieron la muerte del rey don Pedro, se le entregó, al igual que todo el país. El mismo rey de Portugal no fue aconsejado a mantener largamente la guerra contra el rey Enrique. Acordaron la paz a través de intermediarios prelados y barones de España.

El rey Enrique se quedó en paz en Castilla y junto a él, mi señor Bertrand du Guesclin, mi señor Olivier de Mauny y otros caballeros de Francia y Bretaña, a quienes el rey Enrique otorgó grandes ganancias, pues mucho les debía, ya que sin su ayuda jamás habría llevado a buen término sus asuntos. Hizo a mi señor Bertrand du Guesclin condestable de toda Castilla y le dio la tierra de Soria que bien valía veinte mil florines, y a su sobrino Olivier de Mauny le dio la tierra de Agreda que valía

unos diez mil, y lo mismo hizo con los otros caballeros. Se estableció en Burgos con su mujer y sus hijos reinando como un rey. Mucho se alegraron de su prosperidad y de su buena aventura el rey de Francia y el duque de Anjou, que mucho le amaban, y también el rey de Aragón.

DERROTA INGLESA EN LA ROCHELLE



687. Así transcurrieron los asuntos en Inglaterra durante todo aquel invierno y hubo muchos consejos entre los señores acerca de la situación del país para saber cómo actuarían el próximo verano. Los ingleses tenían intención de hacer dos viajes, uno a Guyenne y otro a Francia por Calais, y buscaban amigos por todos los lados, tanto en Alemania como en las marcas del imperio, donde muchos señores, caballeros y escuderos estaban de su parte. Además hicieron grandes aprovisionamientos de todas las cosas necesarias para una hueste como nunca se había visto. El rey de Francia estaba enterado de algunos secretos de los ingleses, en qué situación se encontraban y qué se proponían hacer. Se aconsejó acerca de esto e hizo aprovisionar a sus

ciudades, villas y castillos de la Picardie, y dispuso guarniciones de gentes de armas para que el país no fuera sorprendido por ninguna mala aventura.

Cuando llegó el verano y el rey Edward de Inglaterra hubo mantenido su fiesta y hecha la solemnidad de San Jorge en el castillo de Windsor, según su costumbre de cada año, y mi señor Guichard de Angle hubiera entrado como cofrade del rey, sus hijos y los barones de Inglaterra que se hacían llamar cofrades de la Orden de la Jarretera, el rey marchó a su palacio de Westminster en Londres y allí mantuvo grandes consejos y parlamentos sobre los asuntos del país. Como aquella temporada el duque de Lancaster tenía que pasar a Francia con su hermano el conde de Cambridge por las llanuras de Picardie, el rey nombró al conde de Pembroke para que fuera a Poitou a visitar y hacer la guerra a los franceses, a instancias de mi señor Guichard de Angle y de los pictavinos, pues gascones y pictavinos rogaban al rey de Inglaterra por cartas y por boca de mi señor Guichard de Angle, que si ninguno de sus hijos podían hacer aquel viaje, les enviara al conde de Pembroke al que mucho amaban, pues le sabían muy buen caballero y valeroso. El rey de Inglaterra dijo al conde de Pembroke en presencia de muchos barones y caballeros allí reunidos: «John, buen hijo, os nombro para que vayáis a Poitou en compañía de mi señor Guichard de Angle y allí seréis gobernador y soberano de todas las gentes de armas que encontréis, que según me han informado, son muchas, y también de todos los que os llevéis con vos». Al oír estas palabras, el conde de Pembroke se arrodilló ante el rey y dijo: «Gracias, mi señor, por el alto honor que me hacéis. Con mucho gusto

seré en este viaje uno de vuestros pequeños mariscales». En este estado de cosas acabó aquel parlamento, y el rey regresó a Windsor llevándose a mi señor Guichard, a quien con frecuencia hablaba de los asuntos de Poitou y Guyenne. Mi señor Guichard le decía: «Mi señor, en cuanto nuestro capitán y gobernador, el conde de Pembroke, llegue allí, haremos buena y dura guerra. Nos encontraremos con cuatro o cinco mil lanzas que nos obedecerán, pero tendremos que pagarles el sueldo». El rey respondía entonces: «Mi señor Guichard, mi señor Guichard, no os preocupéis por el oro y la plata para hacer buena guerra, pues tengo suficiente. Con mucho gusto lo empleo en esta mercancía pues sirve a mi honor y a mi reino».

688. Estas y otras palabras intercambiaba el rey de Inglaterra con mi señor Guichard, al que mucho amaba y creía, lo que era bien justo. El conde de Pembroke ya estaba bien preparado y llegó el momento y la orden de partir. Pidió licencia al rey que se la dio muy gustoso, a él y a los que debían ir en su compañía, y creo que también se ordenó partir a mi señor Othe de Granson de Outre-Saône. El conde de Pembroke no se llevaba a mucha gente, sólo a sus caballeros, debido a la información que el rey tenía de mi señor Guichard de Angle, pero iba con tal cantidad de nobles y florines que podía pagar a tres mil combatientes durante un año. Después de despedirse del rey, tanto cabalgaron que llegaron a Southampton y allí pasaron quince días esperando que el viento les fuera favorable. A los diecisiete días tuvieron viento a voluntad, entraron en sus barcos y salieron del puerto encomendándose a la

protección de Dios y de San Jorge y singlaron hacia Poitou.

El rey Charles de Francia, que conocía la mayor parte de los consejos de Inglaterra revelados no sé por quién, y cómo mi señor Guichard de Angle y sus compañeros habían ido a Inglaterra para rogarle al rey un gobernador y capitán, y ya sabía que a este fin había sido nombrado el conde de Pembroke, el susodicho rey se dejó aconsejar sobre esto y en secreto mandó por mar a una flota de gentes de armas que había rogado al rey Enrique de Castilla y que se los envió por las alianzas y confederaciones que juntos mantenían. La flota española constaba de cuarenta grandes naves y trece barcas bien parapetadas, como son las naves en España. Sus patrones y soberanos eran Ambrosio Boeanegra, Cabeza de Vaca, don Fernando de Pión y Ruy Díaz de Rojas. Estos españoles habían navegado durante mucho tiempo por mar esperando el regreso de los pictavinos y la llegada del conde de Pembroke, pues bien sabían que tenían que llegar a Poitou y habían echado anclas ante la villa de La Rochelle. El día antes de la vigilia de San Juan del año mil trescientos setenta y dos sucedió que el conde de Pembroke debía arribar con su tropa al puerto de La Rochelle, pero se encontraron delante a los españoles que les disputaron la orilla y mucho se alegraron de su llegada. Cuando ingleses y pictavinos vieron a los españoles y que tenían que combatirles, confiaron en sí mismos, aunque no hubieran partido con tantas gentes ni con tan grandes naves, y se armaron y formaron para combatir de inmediato, colocando delante de ellos a los arqueros. Las naves españolas se les aproximaron, bien parapetadas y llenas de gentes, arqueros y soldados que

tenían ballestas y cañones. La mayoría llevaban grandes barras de hierro y plomo para derrumbarlo todo. Muy pronto estuvieron cerca buscando pelea con grandes gritos. Las grandes naves de España tomaron barlovento para rodear a las naves inglesas que poco estimaban ni valoraban, y luego se lanzaron a toda vela sobre ellos. Al principio hubo muchos disparos de unos y otros, y los ingleses se portaron muy bien. El conde de Pembroke hizo allí caballeros a algunos escuderos por honor y se esforzaron en defenderse y combatir con gran voluntad. Hubo allí una gran y dura batalla, y los ingleses bien tuvieron a qué atender, pues los españoles, que estaban en unas naves muy superiores a las de Inglaterra, lanzaban hacia abajo gruesas barras de hierro y piedras para hundir las naves inglesas hiriendo de mala manera a hombres y gentes de armas. Caballeros ingleses y pictavinos demostraron gran caballería y proeza. El conde de Pembroke combatía y requería ferozmente a sus enemigos y aquel día realizó grandes hechos de armas, y lo mismo hicieron mi señor Othe de Granson, mi señor Guichard de Angle, el señor de Poyanne, y todos los otros caballeros.

Según he oído recordar a los que estuvieron en esta empresa delante de La Rochelle, ingleses y pictavinos bien demostraron que mucho deseaban conquistar gran prez de armas. Jamás nadie había resistido tan valientemente, pues eran muy pocos comparados con los españoles y en pequeñas naves, y bien se podía maravillar uno de lo que duraron. Su proeza y caballería les ayudaba y les mantenía la fuerza y el vigor, y si sus naves hubieran sido iguales a las españolas, éstos no les habrían aventajado, pues con sus lanzas afiladas

asestaban tales golpes, que no se atrevía a acercárseles nadie que no fuera muy bien armado y empavesado. Pero desde arriba les arrojaban piedras, plomadas, barras de hierro, que mucho les estorbaban, y este primer día ftieron heridos muchos caballeros y escuderos. Las gentes de La Rochelle veían la batalla, pero no fueron a ayudar a sus gentes que combatían con tanto valor, sino que les dejaron hacer. En esta pelea y en este combate continuaron hasta la noche en que se separaron unos de otros y echaron anclas. Este primer día los ingleses perdieron dos barcas de provisiones y todos los que en ellas estaban, entraron a bordo. Mi señor Jean de Harpedenne, que en aquel tiempo era senescal de La Rochelle, pasó toda la noche rogando a los de la villa, al alcalde mi señor Jean Chauderier y a otros que se quisieran armar y ordenaran armarse a la comunidad de la villa y entrar en las barcas y naves que estaban en el puerto, para ayudar a sus gentes que con tanto valor habían combatido todo el día. Los de La Rochelle, que no tenían ningún deseo de ir, se excusaron diciendo que ellos debían proteger su villa, que no eran gentes de mar y que no sabrían combatir por mar a los españoles, que si la batalla fuera en tierra, irían muy gustosos. La cosa quedó así y por mucho que les rogó, no logró convencerles de que fueran a ayudarles.

Aquel día estuvieron en La Rochelle mi señor Tonnay-Boutonne, mi señor Jacques de Surgères y mi señor Maubrin de Lignières, que también mucho rogaron a los de La Rochelle. Cuando estos cuatro caballeros vieron que no podían hacer nada, se armaron e hicieron armar a las gentes que tenían, que no eran muchas. Entraron en cuatro barcas que tenían en el puerto y al amanecer,

cuando subió la marea, navegaron hasta sus compañeros, que mucho se lo agradecieron. Dijeron al conde de Pembroke y a mi señor Guichard de Angle que los de La Rochelle no pensaban ayudarles y que se aconsejaran sobre esto. Y como no lo podían remediar, les respondieron que tendrían que esperar la merced de Dios y la aventura, y que llegaría un tiempo en que los de La Rochelle se arrepentirían.

Cuando amaneció y hubo subido la marea, los españoles levaron anclas con gran ruido de trompas y trompetas, y se colocaron en buen orden como el día anterior y reunieron a todas sus grandes naves bien parapetadas y armadas. Navegaron viento en popa para encerrar a las naves de los ingleses que eran pocas en comparación con las suyas. Los cuatro patrones arriba nombrados iban delante y en buen orden. Ingleses y pictavinos, que bien vieron lo que hacían, tomaron sus medidas y se reunieron todos juntos, y los que tenían arqueros, los colocaron delante. He aquí a los españoles llegando a toda vela, Ambrosio Bocanegra, Cabeza de Vaca, don Fernando Pión y Ruy Díaz de Rojas, que comenzaron batalla terrible y peligrosa. Cuando los españoles estuvieron todos juntos, lanzaron grandes garfios y ganchos de hierro con cadenas y se ataron a los ingleses para que no pudieran partir, pues ya los consideraban suyos. Con el conde de Pembroke y mi señor Guichard estaban veintidós caballeros de gran voluntad y buen ánimo, que valientemente combatieron con lanzas, espadas y las armas que llevaban. Durante mucho tiempo estuvieron combatiendo unos con otros en esta situación. Pero los españoles tenían muchas ventajas en atacar, apartarse y defenderse contra los ingleses, pues tenían

naves mucho mayores y más resistentes que los ingleses. Podían arrojar desde arriba barras de hierro, piedras y plomadas que mucho perjudicaban a los ingleses. En esta situación, combatiendo y defendiéndose, arrojando y disparando unos contra otros, estuvieron hasta hora tercia. Nunca gentes del mar se esforzaron tanto como ingleses y pictavinos, pues la mayor parte de sus heridos habían caído por las piedras que les lanzaban desde arriba de tal modo que allí murieron mi señor Aimery de Tastes, un valiente caballero de Gascogne y mi señor John Langton, caballero del cuerpo del conde de Pembroke. Junto a la nave del susodicho conde se habían detenido cuatro españolas cuyos gobernadores y conductores eran Cabeza de Vaca y Fernando de Pión. Os digo que en estas naves había gran cantidad de gente dura que tanto cansaron al conde y a sus gentes, que entraron en su nave donde se realizaron grandes hechos de armas, y allí fue apresado el conde y todos los que estaban en su barco, fueron muertos o capturados: entre los caballeros apresados estaban mi señor Robert Twyford, mi señor Jean Courson y mi señor Jean de Gruyeres, y entre los muertos, mi señor Simón Hansagre, mi señor Jean de Mortain y mi señor Jean Tonchet. En otra parte combatían los pictavinos, mi señor Guichard de Angle, el señor de Poyanne y el señor de Tonnay Boutonne y algunos buenos caballeros de su tropa. En otra nave combatía mi señor Othe Granson con Ambrosio Boccanegra y Ruy Díaz de Rojas. No pudo escapar nadie, de modo que ingleses y pictavinos con todas sus gentes fueron capturados o muertos por los españoles. Pero en cuanto estuvieron en posesión de los señores, no mataron a ninguno de los muchachos, pues

los señores les rogaron que dejaran a sus gentes y que obrarían con provecho para todos.

691. Quien se encuentra en tal partida de armas como mi señor Guichard de Angle y el conde de Pembroke y sus gentes se encontraron delante de La Rochelle el día ya citado, debe aceptar de buen grado la aventura, tal y como Dios y fortuna la envían. Y sabed que ese día, por mucho que caro lo pagaran los barones, caballeros y escuderos que allí fueron muertos o capturados, el rey de Inglaterra perdió más que nadie, pues por aquella derrota se perdió luego todo el país, como más adelante oiréis en esta historia. Me dicen que la nave inglesa donde estaban las finanzas con las que mi señor Guichard tenía que pagar a los soldados de Guyenne, se hundió con todo lo que había dentro y nadie pudo aprovecharlo. Los españoles estuvieron anclados ante La Rochelle toda la vigilia de San Juan, por la noche y el día siguiente hasta después de nonas, en medio de gran fiesta y alegría, que muy bien le fue a un caballero de Poitou que se llamaba Jacques Sugères, pues tan bien supo hablar a su dueño que lo liberó por trescientos francos que le pagó en el acto, y el día de San Juan ya estaba para la cena en la villa de La Rochelle. Por él se supo cómo había ido el asunto y quiénes habían muerto y quiénes caído prisioneros. Muchos burgueses de la villa mostraron gran cólera, aunque en realidad estaban muy contentos, pues no sentían natural inclinación por los ingleses. Cuando ese día de San Juan Bautista hubo subido la marea después de nonas, los españoles levaron anclas y alzaron las velas, y se marcharon con gran ruido de trompas, trompetas, cornamusas y tambores. En lo alto

de sus mástiles llevaban grandes telas a modo de pendones con las armas de Castilla, tan largos que los extremos chocaban a menudo con el agua, y era hermoso de contemplar. En este estado partieron los arriba mencionados y tomaron rumbo a Galicia. Ese mismo día de San Juan por la noche llegaron a la villa de La Rochelle gran cantidad de gentes de armas gascones e ingleses, que todavía no habían oído hablar de este suceso. Pero bien sabían que los españoles habían estado un tiempo ante La Rochelle y acudían a aquel lugar para ayudar a los de la villa. De aquellas gentes de armas eran capitanes, mi señor el captal de Buch, mi señor Jean de Landas, mi señor Fierre de Panduras, y de los ingleses mi señor Thomas Percy, mi señor Richard Punchardoun, mi señor William Ferinton, mi señor de Aghorises, mi señor Baudouin de Fraiville y mi señor Jean d'Évreux. Cuando estos señores llegaron a La Rochelle con sus tropas, en las que bien había seiscientos hombres de armas, fueron recibidos con los brazos abiertos pues no se atrevían a hacer otra cosa. Mi señor Jacques de Surgères les informó de la batalla de los españoles, de cómo había ido, pues él había estado, y de quiénes fueron muertos y hechos prisioneros. Mucho irritaron estas noticias a los barones y caballeros, y se consideraron muy infortunados por no haber estado. Mucho y largamente lamentaron al conde de Pembroke y a mi señor Guichard de Angle cuando así habían perdido su temporada. Estuvieron en La Rochelle no sé cuántos días para decidir lo que harían y hacia qué parte se dirigirían. Ahora dejaremos de hablar un rato de ellos y hablaremos de Owen de Gales y de cómo se esforzó aquella temporada.

BERTRAND DU GUESCLIN EN POITOU



719. Cuando llegó la dulce estación de verano y ya hacía buen tiempo para hacer la guerra y acampar, mi señor Bertrand du Guesclin, condestable de Francia, que había pasado todo aquel invierno en Poitiers querellándose duramente con los ingleses y con las guarniciones que todavía mantenían en Poitou y que habían guerreado y cansado a las gentes y al país, arregló todos sus asuntos como bien sabía hacer, disponiendo su acarreo y su gran séquito, y reunió a todos los compañeros de quienes

esperaba ayuda y servicio. Salió de la buena ciudad de Poitiers con mil quinientos combatientes, la mayor parte bretones, y se fue a asediar la villa y el castillo de Chizé cuyos capitanes eran Robert Morton y Martin Scott. Entre los caballeros bretones que acompañaban a mi señor Bertrand, estaban mi señor Robert de Beaumanoir, mi señor Alain y mi señor Jean de Beaumanoir, mi señor Arnoud de Limousin, mi señor Geoffroi Ricon, mi señor Yvain de Lakonnet, mi señor Geoffroi de Quaremiel, Thibaud du Pont, Alain de Saint-Pol, Aliot de Calais y muchos otros buenos hombres de armas. Cuando llegaron ante Chizé, rodearon la villa y levantaron empalizadas para que nadie pudiera ni de noche ni de día causarles daño ni sorprenderles. Y allí estuvieron decididos a no partir sin antes haber conquistado la fortaleza, y realizaron muchos ataques.

Los compañeros que estaban dentro, se defendieron con tanto valor, que al principio nada perdieron. De todos modos, comprendieron que a la larga no podrían resistir y decidieron informar de su situación a mi señor Jean d'Evreux y a sus compañeros que estaban en Niort, para que les ayudaran a levantar el sitio. Hicieron salir una noche a uno de sus muchachos para que llevara una carta a Niort, y llegó enseguida pues sólo se encontraba a cuatro leguas. Mi señor Jean d'Évreux y sus compañeros leyeron aquella carta y vieron cómo mi señor Robert Morton y mi señor Martin Scott les rogaban que les ayudaran a levantar el sitio de los franceses, y les concretaron la posición y situación del condestable tal y como la conocían, en lo que estaban engañados, pues aseguraban por la carta y las palabras del mensajero que

mi señor Bertrand no tenía delante de Chizé a más de quinientos combatientes.

Cuando mi señor Jean d'Évreux. mi señor de Aghorises y Creswell se enteraron de estas noticias, resolvieron ir a aquella parte a levantar el asedio y ayudar a sus compañeros. Mandaron llamar enseguida a los de la guarnición de Lusignan y Gencay, que estaban muy cerca de ellos. Aquéllos acudieron con sus gentes y se reunieron en Niort. Allí estaban junto a mi señor Aymeri de Rochechouart y mi señor Geoffroy de Argentan, David Holegrave y Richard Holme. Salieron de Niort bien equipados y montados, y fueron contados setecientas tres cabezas armadas y trescientos criados bretones y pictavinos. Marcharon al paso sin apremiarse mucho a Chizé y llegaron muy cerca, quedándose junto a un pequeño bosque.

A la tienda del condestable de Francia llegaron las noticias de que los ingleses habían llegado y estaban detenidos junto a un bosque para combatirles. Entonces el condestable hizo armar a sus gentes con sigilo y que permanecieran en sus tiendas sin salir y todos juntos. Al principio pensó que los ingleses se lanzarían a sus tiendas para combatirles, pero no lo hicieron así y eso fue un mal consejo, pues si hubieran atacado nada más llegar y les hubieran encontrado en las tiendas, muchos creen que habrían desbaratado al condestable y a sus gentes con la ayuda de los de la guarnición de Chizé, que habrían salido fuera, tal y como realmente hicieron.

Cuando mi señor Robert Morton y mi señor Martin Scott vieron los estandartes y pendones de sus compañeros, se alegraron mucho y dijeron: «Rápido, armémonos y salgamos de aquí pues ya llegan nuestras

gentes a combatir a nuestros enemigos. Justo es que estemos en la batalla». Pronto estuvieron armados y reunidos todos los compañeros de Chizé, y eran unas sesenta armaduras de hierro. Hicieron bajar el puente y abrir las puertas y cuando estuvieron fuera, cerrar la puerta y alzar el puente detrás de ellos. Al verlos en formación, los franceses que estaban armados y muy quietos en sus tiendas, dijeron: «Los del castillo han salido a combatirnos». Entonces dijo el condestable: «Dejadles avanzar. Nada pueden contra nosotros. Creen que sus gentes van a venir sobre nosotros enseguida, pero no veo ningún indicio. Desbaratemos a los que vienen y tendremos menos que hacer». Mientras así conversaban, aparecieron los dos caballeros ingleses con su tropa, a pie y en buen orden, con las lanzas delante y gritando: «¡Saint George! ¡Guyenne!», y atacaron a los franceses que muy bien los recibieron. Hubo allí una buena escaramuza y se realizaron hermosos hechos de armas, pues los ingleses, que eran muy pocos, combatían con prudencia y aguantaron todo lo que pudieron. Pensaban que sus gentes llegarían de un momento a otro, pero no lo hicieron, y no pudieron contra la gran cantidad de franceses y allí fueron todos desbaratados, muertos y apresados. No volvió al castillo ni uno solo y luego los franceses se recogieron todos juntos.

Así fueron apresados mi señor Robert Morton y mi señor Martin Scott y sus gentes, sin que los ingleses, que estaban en los campos, se enteraran de nada. Ahora os contaré cómo sucedió esto. Mi señor Jean de Évreux y mi señor Aghorises y los otros vieron que entre sus gentes había unos trescientos criados bretones y pictavinos. Quisieron utilizarlos y les dijeron: «Compañeros, iréis a

escaramucear a los franceses para sacarlos de sus tiendas y en cuanto os hayáis reunido con ellos, nosotros llegaremos por un flanco a todo galope y los destruiremos». Estos compañeros tuvieron que obedecer, pues así lo querían los capitanes, pero nada les gustó el asunto. Cuando se hubieron separado de las gentes de armas, se acercaron al campamento de los franceses. El condestable y sus gentes, que se encontraban en sus empalizadas, se quedaron muy quietos y comprendieron enseguida que los ingleses intentaban atraérselos. Algunos bretones de las gentes del condestable llegaron hasta las barreras de la empalizada para ver qué gentes se les habían acercado. Hablaron con ellos y vieron que todos eran bretones y pictavinos, y los bretones del condestable les dijeron: «Muy malvados sois cuando queréis matar por esos ingleses que tanto daño os han causado. Sabed que si os vencemos, no habrá merced para nadie». Al oír lo que les decían las gentes del condestable, aquellos criados comenzaron a murmurar. La mayor parte de ellos eran franceses de corazón y se dijeron: «Tienen razón. Bien se ve lo que les importamos cuando nos envían delante a combatir, escaramucear y comenzar la batalla a nosotros que no somos más que un puñado de pobre gente y que nada duraremos contra estos franceses. Más nos vale que nos pongamos del lado de nuestra nación, que seguir siendo ingleses». Todos estuvieron de acuerdo con esta opinión y dijeron a los bretones: «Salid fuera y os prometemos con lealtad que seremos de los vuestros y combatiremos con vosotros contra los ingleses». Las gentes del condestable les preguntaron: «¿Cuántas gentes de armas son los ingleses?» Y ellos les respondieron: «Todos juntos no

son más de setecientos». Repitieron todas estas palabras al condestable que mucho se alegró y dijo riendo: «Ésos ya son nuestros. Ahora nos reuniremos todos en nuestra empalizada y luego saldremos a combatirles. Esos criados son buenas gentes cuando nos han dicho la verdad de su formación. Dispondremos dos columnas en los flancos que serán conducidas, una por vos, mi señor Alain de Beaumanoir, y la otra por vos, mi señor Geoffroy de Quaremiel. (Jada una de ellas constará de trescientos combatientes y yo les iré a combatir de frente». Aquellos dos caballeros le respondieron que estaban prestos a obedecer y cada uno se quedó con la carga que le correspondía. Pero antes serraron sus empalizadas a ras del suelo. Después de esto y cuando las columnas estuvieron formadas, salieron de repente todos juntos de las empalizadas, se lanzaron a los (ampos, estandartes y pendones al viento, y cabalgaron en apretadas filas. Primero se encontraron a los criados bretones y pictavinos que ya habían hecho su trato y se pusieron de su lado. Luego se fueron a combatir a los ingleses que se habían reagrupado en cuanto vieron el estandarte del condestable salir fuera, y a los bretones. Enseguida comprendieron que les habían traicionado y se habían hecho franceses. Pero no por eso se consideraron derrotados, sino que se mostraron bien dispuestos a combatir a sus enemigos. Así comenzó la batalla de bretones e ingleses ante Chizé, que fue a pie, grande y bien mantenida. El condestable de Francia fue de los primeros en atacarles con gran voluntad. Hubo allí muchos golpes de lanzas y grandes hechos de armas. A decir verdad, los ingleses eran muy pocos en comparación con los franceses y combatieron con tanto

valor que no se podría describir, y mucho se esforzaron en desbaratar a sus enemigos. Allí los bretones gritaban su grito: «¡Notre Dame! ¡Guesclin!» y los ingleses: «¡Saint George! ¡Guyenne!» En el lado de los ingleses fueron muy buenos caballeros, mi señor Jean d'Évreux, mi señor Aghorises, mi señor Geoffroy de Argentan y mi señor Aimery de Rochechouart. Combatieron con gran valor y realizaron grandes hechos de armas, así como también hicieron John Creswell, Richard Holmes y David Hollegrave. En la parte de los franceses, mi señor Bertrand du Guesclin, mi señor Alain y mi señor Jean de Beaumanoir que se encontraba en un flanco, y mi señor Jean de Quaremiel en el otro, y ayudaron mucho a sus gentes cada vez que les veían tambalearse y, durante toda la batalla eso refrescó mucho a los bretones pues en muchas ocasiones estuvieron a punto de ser rechazados y desbaratados. Muy bien combatieron por su parte mi señor Geoffroy Ricon, mi señor Yvain de Lakonnet, Thibaud du Pont, Silvestre Bude, Alain de Saint-Pol y Aliot de Calais. Estos bretones se portaron tan bien aquella jornada y combatieron con tanto valor a sus enemigos que obtuvieron la plaza y vencieron. Los ingleses fueron todos muertos o apresados y no volvió ni regresó ninguno. Fueron apresados todos los caballeros y escuderos de nombre y aquel día los bretones hicieron más de trescientos prisioneros que luego pagaron caro rescate, y se quedaron con todos sus arneses, lo que fue un buen botín.

721. Después de esta derrota que tuvo lugar en las afueras de Chizé y que fue lograda por Bertrand du Guesclin y los bretones sobre los ingleses, el rey de

Inglaterra perdió todo el país de Poitou, como oiréis más adelante. Antes que nada entraron en la villa de Chizé, donde no hubo defensa alguna pues los hombres de la villa no se habrían resistido nunca después de haber perdido a sus capitanes. Los franceses tomaron posesión del castillo donde no había más que pajes y todos se entregaron para salvar sus vidas.

Hecho esto, cabalgaron hacia Niort llevándose a la mayor parte de sus prisioneros. En la villa sólo encontraron a hombres que eran buenos franceses y que enseguida entregaron la villa y se pusieron en obediencia del rey de Francia. Bretones y franceses descansaron allí cuatro días. En esto, llegó el duque de Berry con muchas gentes de armas de Auvergne y Berry, a la ciudad de Poitiers. Mucho se alegró al enterarse de que sus gentes habían ganado la plaza y la jornada ante Chizé y derrotado a los ingleses.

Cuando los bretones hubieron descansado en la villa de Niort durante cuatro días, se marcharon y cabalgaron hacia Lusignan. Encontraron vacío el castillo, pues los que había dejado mi señor Robert Grenacre al que apresaron delante de Chizé, se habían marchado tan pronto supieron como había ido el asunto. Los franceses tomaron posesión del hermoso castillo de Lusignan y el condestable dejó a un señor de castillo con gentes de armas para defenderlo Luego cabalgó con toda su hueste a Château-Larcher donde se encontraba la dama de Plainmartin, esposa de mi señor Guichard de Angle, pues la fortaleza era suya.

EL CISMA DE LA IGLESIA



296. Me he abstenido largamente de hablar de los asuntos de la Iglesia. Voy a volver con ello pues la materia lo requiere. Ya habéis oído contar antes cómo los cardenales que entonces reinaban, nombraron Papa al arzobispo de Bari, Bartolomeo Prignano, para contentar a los romanos y apaciguar al pueblo de Roma que estaba muy agitado en contra de ellos. Fue llamado Urbano al recibir el papado y concedió gracias según era costumbre. La intención de muchos cardenales era la de revocar esta elección en cuanto mejorara su situación, pues aquel Papa no era de provecho ni para ellos ni para la Iglesia por su mal carácter. Al verse en prosperidad y con el poder del papado, y que muchos reyes cristianos le escribían para ponerse en su obediencia, se enorgulleció mucho y quiso usar su poder y privó a los cardenales de muchos derechos a los que estaban

acostumbrados. Esto les desagradó profundamente y se reunieron para parlamentar. Dijeron que no les causarían ningún bien y que no era digno ni merecedor de gobernar el mundo. La mayoría propusieron elegir a otro que fuera sensato y firme, por quien la Iglesia estuviera bien gobernada.

El cardenal de Amiens puso todo su empeño en esta propuesta y algunos decían que quería ser papa. Pasaron todo el verano en indecisión, porque los que querían elegir a otro papa, no se atrevían a descubrir ni a mostrar sus secretos por los romanos. Además muchos cardenales se habían marchado de Roma de vacaciones y se fueron a descansar en muchos lugares por los alrededores de Roma. Urbano se había marchado a una ciudad llamada Tívoli y allí se quedó mucho tiempo. En estas vacaciones y en este plazo, que no podía alargarse mucho pues gran cantidad de clérigos de diversas partes del mundo estaban en Roma esperando gracias y la mayoría ya estaban prometidas, los cardenales decidieron de común acuerdo reunirse para nombrar papa. La suerte y la votación recayó en mi señor Robert de Genève, hijo del conde de Genève que había sido obispo de Thérouanne y de Cambrai y al que llamaban el cardenal de Genéve. En esta elección estuvieron presentes la mayoría de los cardenales y le llamaron Clemente.

En aquel tiempo se encontraba en la marca de Roma un valiente caballero de Bretagne que se llamaba Silvestre Bude. Con él tenía a más de dos mil bretones y el año anterior se había portado muy bien con los florentinos a quienes el papa Gregorio había guerreado y excomulgado por su rebelión, y este Silvestre Bude tanto

había hecho que había obtenido merced para ellos. El Papa Clemente y los cardenales a su favor, lo mandaron llamar en secreto con todas sus gentes. Se metió en el burgo de San Pedro y en el fuerte castillo de Angelo, fuera de Roma, para vigilar mejor a los romanos. Urbano no se atrevía a salir de Tívoli ni tampoco los cardenales que estaban a su favor y que no eran muchos, por temor a los bretones, pues eran muchos y gentes de acción que destruían todo lo que salía a su encuentro. Cuando los romanos se vieron en aquella situación y en aquel peligro, enviaron a mercenarios alemanes y lombardos a escaramucear todos los días contra los bretones. Clemente concedió gracias a todos los clérigos que las quisieron e hizo saber su nombre a todo el mundo. Cuando el rey de Francia que reinaba en aquel tiempo, se enteró de todo esto, se sorprendió mucho al principio y envió a sus hermanos, a los altos barones de su reino, a todos los prelados y al rector y a los maestros y doctores de la Universidad de París para saber a qué elección de aquellos papas se atendría, si a la primera o a la última. Este asunto no fue rápidamente decidido, pues los clérigos no estaban todos de acuerdo, pero al final todos los prelados de Francia se inclinaron por Clemente y lo mismo hicieron los hermanos del rey y la mayor parte de la Universidad de París. El rey Charles de Francia fue informado de tal modo por los más grandes clérigos de su reino, que obedeció al papa Clemente y lo tuvo por el papa legal. Por todo su reino hizo una proclama para que todos consideraran papa a Clemente y le obedecieran como a Dios en la tierra. El rey de España mantuvo también esta opinión, y lo mismo hicieron el conde de Savoie, el señor de Milán y la reina de Nápoles. El hecho

de que el rey de Francia creyera en Clemente, le resultó de gran apoyo, pues el reino de Francia es la fuente de creencia y excelencia para las nobles iglesias y los altos prelados. Por aquel tiempo, aún vivía Charles de Bohemia, rey de Alemania y emperador de Roma, y se encontraba en Praga bien informado de todos aquellos asuntos. Aunque todo su imperio de Alemania, excepto el arzobispado de Trier, creyera en la práctica y en la intención de Urbano y no quisieran oír hablar de otro, el emperador fingió y disimuló mientras vivió. Cuando se hablaba de esto en su presencia, respondía con tanta cortesía que contentaba a todos los prelados y barones de su imperio. A pesar de todo, las iglesias del imperio obedecían a Urbano, al igual que todo el reino de Inglaterra, mientras que el reino de Escocia obedeció a Clemente. El conde Louis de Flandre, que reinaba en aquel tiempo, perjudicó mucho a Clemente en Brabant. Hainaut, Flandre y Liége pues siempre fue urbanista y sostuvo que se cometía gran injusticia con este Papa. Este conde tenía gran renombre en los medios que frecuentaba, de tal forma que las iglesias y señores laicos confiaban mucho en su opinión. En cualquier caso, las iglesias de Hainaut y su señor Aubert se manifestaron neutros y no obedecieron ni a uno ni a otro, con lo que el obispo de Cambrai perdió en Hainaut todas sus rentas temporales.

En ese tiempo, el papa Clemente envió a Francia, Hainaut, Flandre y Brabant al cardenal de Poitiers, un hombre muy noble y valiente y sensato clérigo, para predicar entre el pueblo, pues él había estado en la primera elección. Bien demostraba que habían elegido al arzobispo de Bari por obligación. El rey de Francia, sus

hermanos y los prelados de Francia le recibieron muy bien y escucharon sus palabras que les parecieron muy justas. Cuando hubo estado en Francia el tiempo que quiso, bajó hasta Hainaut y fue bien recibido por el duque Aubert, al igual que en Brabant por el duque y la duquesa. Pensó también ir a Liège, pero se lo desaconsejaron. Regresó a Tournay y allí se quedó con la intención de marchar a Flandre para hablar con el conde y el país. Pero no fue, porque el conde le hizo saber que nada tenía que hacer con aquella causa, pues consideraba papa a Urbano y no cambiaría de opinión mientras viviera. El cardenal de Poitiers partió de Tournay y se dirigió a Valenciennes y de allí a Cambrai, donde permaneció largo tiempo esperando buenas noticias.

97. Así se separaron los reinos cristianos y las iglesias por el asunto de los papas. Urbano contaba con mayor número de partidarios, pero con Clemente estaba la parte más provechosa y de auténtica obediencia. Con el consentimiento de los cardenales, Clemente envió a restaurar el palacio de Avignon, pues tenía la intención de retirarse allí lo más pronto posible. Mientras tanto, Clemente marchó a la ciudad de Fondi y allí concedió sus gracias, de modo que todos los clérigos que querían obtener sus gracias se dirigían a aquel lugar. En los campos y en las villas tenía a gran cantidad de mercenarios que guerreaban y saqueaban Roma y a los romanos. También estaban los del burgo de San Pedro que no dejaban ni de día ni de noche de asaltarles y hacerles escaramuzas, y del mismo modo los del castillo Sant' Angelo a las afueras de la ciudad, que causaban muchos perjuicios a los romanos. Pero los de Roma se

reforzaron con mercenarios alemanes y reunieron a tantos que conquistaron el burgo de San Pedro. Todos los bretones que pudieron, se metieron en el castillo de Sant' Angelo y allí se refugiaron. De todos modos lograron que los bretones entregaran el castillo a cambio de sus vidas. Los bretones salieron de allí y marcharon a Fondi y a los alrededores del país. Los romanos derribaron el castillo de Sant' Angelo e incendiaron el burgo de San Pedro. Cuando mi señor Silvestre Bude oyó que sus gentes habían perdido el burgo de San Pedro y el castillo de Sant' Angelo se irritó mucho y pensó cómo podría vengarse de los romanos. Sus espías le contaron que los romanos más notables de la ciudad estarían reunidos en consejo en el Capitolio. En cuanto fue informado de estas noticias, hizo una cabalgada con las gentes de armas que tenía a su lado y aquel día cabalgó en secreto por caminos ocultos a Roma. Al anochecer entró polla puerta de Nápoles. Cuando los bretones hubieron entrado, cogieron el camino al Capitolio y llegaron tan a punto que todo el consejo de Roma había salido de la cámara y estaban reunidos en la plaza. Los bretones bajaron las lanzas, espolearon a los caballos y se precipitaron sobre los romanos matando a gran cantidad y de los más notables de la villa. Murieron allí siete estandartes, unos doscientos hombres ricos, y hubo gran cantidad de heridos y tullidos. Cuando los bretones hubieron realizado su empresa, se retiraron y ya era de noche. No fueron perseguidos, tanto por la oscuridad, como porque en Roma estaban aterrados y no sabían a qué atender excepto a sus amigos que habían muerto o que estaban heridos. Pasaron aquella noche con gran angustia en el corazón, sepultaron a los muertos y cuidaron de los

heridos. Al amanecer, idearon una gran crueldad para vengarse y atacaron y mataron o dejaron tullidos a más de trescientos pobres clérigos que se encontraban en Roma y que no tenían ninguna culpa, y en especial no hubo bretón que cayera en sus manos y con el que se tuviera merced. Así estaban las cosas en Roma por el asunto de los papas y en medio de aquella tribulación siempre lo pagaban los que no tenían ninguna culpa.

98. Mientras el papa Clemente se encontraba en Fondi, fue a verle la reina de Nápoles con buena intención de obedecerle y considerarle papa, ella y los suyos. Durante mucho tiempo, esta reina había tenido el propósito de poner en manos del papa el reino de Sicilia, en el que ella era señora y reina, y el condado de Provence que dependía del reino, para que con ello hiciera su voluntad y se lo cediera en herencia a cualquier otro príncipe del reino de Francia que tuviera poder contra el que ella odiaba a muerte y que descendía del reino de Hungría, mi señor Charles de la Paix. Cuando la reina de Nápoles llegó a Fondi, fue muy humilde con el papa y se confesó contándole todos sus secretos y sus asuntos, y le dijo: «Santo Padre, tengo muchas y muy nobles herencias tales como el reino de Nápoles, el reino de Sicilia, Apulia y Calabria, y el condado de Provence. Bien es verdad que mi padre, el rey Louis de Sicilia, duque de Apulia y de Calabria, reconocía todas sus tierras de la Iglesia, y en el lecho de muerte me cogió de la mano y me dijo: "Hermosa hija, sois heredera de un país muy rico y grande, y bien creo que muchos altos señores se apremiarán para casarse con vos por las buenas y grandes herencias que tenéis. Os exhorto a que os caséis

con el consejo de los altos príncipes con un poderoso señor que mantenga en paz vuestras herencias. Si a Dios no le place que tengáis un heredero de vuestra carne, poned todas vuestras herencias en manos del Santo Padre que gobierne en ese momento, pues mi padre, el rey Robert, así me lo encargó en el lecho de muerte. Por eso, hermosa hija, os lo encargo así y me desquito". Y entonces Santo Padre, yo le juré por mi fe delante de todos los que estaban en la cámara, que cumpliría su último deseo. Bien cierto es, Santo Padre, que después de su fallecimiento, me casé con el consentimiento de los nobles de Sicilia y Nápoles con André de Hungría, hermano del rey Louis de Hungría, de quien no tuve ningún heredero, pues murió joven en Aix-en-Provence. Después de su muerte, me volvieron a casar con el príncipe de Tarento que se llamaba mi señor Charles, y con él tuve una hija. El rey de Hungría, muy digustado por la muerte de su hermano el rey André, hizo guerra a mi marido mi señor Charles de Tarento y vino a arrebatarle Apulia y Calabria. Lo apresó en batalla y se lo llevó prisionero a Hungría y allí murió. Después por consejo de los nobles de Sicilia y de Nápoles me volví a casar con el rey Jaime de Mallorca y mandé llamar a Francia a mi señor Luis de Navarra para casar a mi hija, pero murió por el camino. Mi marido el rey de Mallorca se separó de mí con la intención de reconquistar su herencia de Mallorca que el rey de Aragón le quitó por la fuerza, pues le había desheredado y había hecho morir en prisión a su padre el rey. Yo le decía a mi marido el rey, que era señora de demasiado poder y riqueza para permitirle hacer lo que quisiera, pero tanto me rogó y tantas buenas razones me mostró para desear recuperar

su herencia, que consentí no de muy buena gana a que hiciera su placer. Antes de que se marchara le aconsejé que fuera a ver al rey Charles de Francia a contarle su situación y que le hiciera caso en todo. Nada de esto hizo y así de mal le fue, pues se reunió con el príncipe de Gales que le prometió ayudarle y confió más en el príncipe de Gales que en el rey de Francia a cuyo linaje yo pertenezco. Mientras él estaba de viaje, escribí al rey de Francia rogándole que me quisiera enviar a un hombre noble de su sangre para casar a mi hija de modo que nuestra herencia no quedara sin heredero. El rey de Francia atendió a mis palabras, lo que mucho se lo agradezco, y me envió a su primo mi señor Robert de Artois que se casó con mi hija. Santo Padre, mi marido murió en el viaje que hizo. Me he vuelto a casar con mi señor Otto de Brunswick y como mi señor Charles de la Paix ha visto que quiero investir de mi herencia a mi señor Otto en vida suya, nos ha hecho la guerra y ha tomado el castillo de l'Oeuf por encantamiento, pues estando en el castillo nos pareció que el mar estaba tan alto que iba a cubrirnos. En aquellos momentos estábamos tan aterrados que los cuatro nos entregamos a mi señor Charles de la Paix. Nos ha tenido en prisión a mí y a mi marido, a mi hija y a su marido, y en esto, mi hija y su marido han muerto. Luego fuimos por la muerte de su hermano el rey André, hizo guerra a mi marido mi señor Charles de Tarento y vino a arrebatarle Apulia y Calabria. Lo apresó en batalla y se lo llevó prisionero a Hungría y allí murió. Después por consejo de los nobles de Sicilia y de Nápoles me volví a casar con el rey Jaime de Mallorca y mandé llamar a Francia a mi señor Luis de Navarra para casar a mi hija, pero murió por el camino.

Mi marido el rey de Mallorca se separó de mí con la intención de reconquistar su herencia de Mallorca que el rey de Aragón le quitó por la fuerza, pues le había desheredado y había hecho morir en prisión a su padre el rey. Yo le decía a mi marido el rey, que era señora de demasiado poder y riqueza para permitirle hacer lo que quisiera, pero tanto me rogó y tantas buenas razones me mostró para desear recuperar su herencia, que consentí no de muy buena gana a que hiciera su placer. Antes de que se marchara le aconsejé que fuera a ver al rey Charles de Francia a contarle su situación y que le hiciera caso en todo. Nada de esto hizo y así de mal le fue, pues se reunió con el príncipe de Gales que le prometió ayudarle y confió más en el príncipe de Gales que en el rey de Francia a cuyo linaje yo pertenezco. Mientras él estaba de viaje, escribí al rey de Francia rogándole que me quisiera enviar a un hombre noble de su sangre para casar a mi hija de modo que nuestra herencia no quedara sin heredero. El rey de Francia atendió a mis palabras, lo que mucho se lo agradezco, y me envió a su primo mi señor Robert de Artois que se casó con mi hija. Santo Padre, mi marido murió en el viaje que hizo. Me he vuelto a casar con mi señor Otto de Brunswick y como mi señor Charles de la Paix ha visto que quiero investir de mi herencia a mi señor Otto en vida suya, nos ha hecho la guerra y ha tomado el castillo de l'Oeuf por encantamiento, pues estando en el castillo nos pareció que el mar estaba tan alto que iba a cubrirnos. En aquellos momentos estábamos tan aterrados que los cuatro nos entregamos a mi señor Charles de la Paix. Nos ha tenido en prisión a mí y a mi marido, a mi hija y a su marido, y en esto, mi hija y su

marido han muerto. Luego fuimos liberados por medio de un tratado según el cual le tuvimos que entregar Apulia y Calabria. Ahora intenta apoderarse de Nápoles, Sicilia y Provence, y busca alianzas por todos sitios, y en cuanto muera, quebrantará el derecho de la Iglesia, pues ahora que estoy viva, hace lo que quiere. Por eso, Santo Padre, quiero desquitarme ante Dios y ante vos y también ante las almas de mis predecesores. Ahora mismo pongo en vuestras manos todas mis herencias de Sicilia, Nápoles, Apulia, Calabria y Provence, y os las entrego para que hagáis vuestra voluntad y se las deis en herencia a quien os parezca bien y a quien pueda mantenerlas contra nuestro adversario mi señor Charles de la Paix». El papa Clemente recibió muy bien estas palabras y con gran reverencia el don, y dijo: «Mi hija de Nápoles, muy pronto dispondremos para que la herencia tenga un heredero de vuestra sangre, suficientemente noble y poderoso para que pueda resistir contra todos los que quieren perjudicaros». De todas estas palabras, dones y herencias se hicieron documentos auténticos y públicos, para que en tiempos venideros las cosas estuvieran legalizadas y quedaran más patentes ante todos los que oyeran hablar de ello.

Cuando la reina de Nápoles y mi señor Otto de Brunswick hubieron hecho aquello por lo que habían ido a Fondi a ver al papa y hubieron estado allí todos los días que quisieron, pidieron licencia al papa y a los cardenales y regresaron a Nápoles.

Poco tiempo después de esto, el papa Clemente pensó que no le resultaba nada provechoso continuar en Roma, pues los romanos y Urbano se esforzaban mucho por conseguir el amor de los napolitanos y de mi señor

Charles de la Paix. Temió que le hubieran cerrado los caminos por tierra y por mar, y no poder regresar a Avignon donde deseaba estar. Y lo que más le incitaba a retornar era que quería entregar el don que había recibido al duque de Anjou, los derechos que le había otorgado y sellado la reina de Nápoles. Preparó todas sus cosas con mucha prudencia y en secreto, y se hizo a la mar con sus cardenales y todas sus familias en barcos que había llegado de Aragón y Marsella. Le acompañaba el conde de Rocabertí, un valiente hombre de armas de Aragón. Tuvieron buen viento y llegaron sin peligro a Marsella, de lo que mucho se alegró todo el país, y de allí el papa pasó a Avignon. Anunció su llegada al rey de Francia y a sus hermanos, que mucho se alegraron.

Entonces fue a verle el duque de Anjou que en aquel tiempo se encontraba en Toulouse. El papa le cedió todos los dones de los que la reina de Nápoles le había investido. El duque de Anjou, muy inclinado siempre a señoríos y altos honores, los aceptó de buen grado para él y para sus herederos y dijo al papa que tan pronto como pudiera, iría allí para resistir contra todos los enemigos de la reina de Nápoles. El duque de Anjou pasó unos quince días con el papa y luego regresó a Toulouse junto a su mujer la duquesa, y Clemente permaneció en Avignon. Había dejado a las gentes de armas de Silvestre Bude, mi señor Bernard de la Salle y Florimont para que guerrearan y saquearan a los romanos.

100. En aquel tiempo estaba en la marca de Toscana en Italia un valiente caballero de Inglaterra llamado mi señor John Hawkwood que había realizado grandes hechos de armas, y había salido del reino de Francia

cuando se trató y parlamentó la paz de los dos reyes en Brétigny junto a Chartres.

En aquel tiempo era un pobre y joven caballero y pensó que no le sería de ningún provecho volver a Inglaterra. Cuando todo tipo de gentes de armas tuvieron que abandonar el reino de Francia por disposición de los tratados de paz, se hizo jefe de una tropa de compañeros que se llamaron Tard Venus y se fueron a Bourgogne. Allí se reunieron gran cantidad de tropas, ingleses, bretones, gascones y alemanes, gentes de compañías de todas las naciones, y Hawkwood fue uno de los jefes principales con Briquet y Creswell. Ellos hicieron la batalla de Brignais y junto a Bernard de Sorges ayudó a tomar el puente de Pont-Saint-Esprit. Cuando hubieron hecho la guerra en el país, hicieron un contrato con el marqués de Montferrato que en aquel tiempo mantenía guerra con los señores de Milán. Este marqués les hizo atravesar las montañas y les entregó sesenta mil francos de los que diez mil fueron para Hawkwood y su tropa. Acabada la guerra del marqués, la mayoría regresaron a Francia, pues mi señor Bertrand du Guesclin, el señor de Beauleu y el mariscal de Audrehem los requerían para la guerra en España contra el rey don Pedro y a favor del rey Enrique, y también el papa Urbano V los envió. Pero mi señor John Hawkwood y su tropa se quedaron en Italia al servicio del papa Urbano contra los señores de Milán y luego del papa Gregorio. Mi señor Hawkwood ofreció al señor de Coucy una muy hermosa jornada contra el conde de Vertus y los lombardos, pues la mayoría dicen que el señor de Coucy habría sido destruido pollos lombardos y el conde de Vertus, si no hubiera sido por Hawkwood que fue a ayudarle con

quinientos combatientes. Y lo hizo porque el señor de Coucy estaba casado con la hija del rey de Inglaterra y por ninguna otra causa.

Mi señor John Hawkwood era un caballero de gran fama en las marcas de Italia y realizó grandes hechos de armas. Los romanos y Urbano que se llamaba papa, decidieron llamarle y nombrarle conductor de toda su guerra cuando Clemente partió de Fondi. Le hicieron llamar y le ofrecieron grandes ganancias, manteniéndolo a él y a su tropa a sueldo. Muy lealmente se desquitó, pues con ayuda de los romanos desbarató un día a mi señor Silvestre Bude y a una gran tropa de bretones. Todos murieron o fueron apresados, y Silvestre Bude fue conducido prisionero a Roma en gran peligro de ser decapitado. A decir verdad, por su honor y el de sus amigos, más le habría valido que le hubieran decapitado el día que llegó a Roma, pues después el papa Clemente lo hizo decapitar en la ciudad de Macon, a él y a un escudero bretón que se llamaba Guillaume Boileau. Fueron acusados de traición por haber salido de la prisión de los romanos y como no se sabía por medio de qué tratado, fueron apresados en cuanto llegaron a Avignon. Fue culpable de su prisión el cardenal de Amiens que mucho los odiaba, porque en el tiempo en que hacían guerra en la Romanía por el papa, habían derribado las acémilas del cardenal de Amiens en las que había gran cantidad de vajillas de oro y plata que se habían repartido entre los compañeros para pagar sus sueldos. El cardenal consideró el hecho como una gran humillación y abiertamente los acusó de traición. Cuando llegaron a Avignon y allí fueron acusados de querer traicionar al papa, fueron apresados y enviados a

Mácon donde los decapitaron. Así estaban las cosas en aquel tiempo y os digo que mi señor Bertrand du Guesclin se encolerizó mucho por la muerte de su primo mi señor Silvestre Bude, y si hubiera vivido largamente bien habría demostrado su disgusto. Ahora dejaremos de hablar de estas materias y entraremos en las guerras de Flandre que empezaron en aquella estación y que fueron duras y crueles, y por las que murieron gran cantidad de gente y el país fue asolado por tal violencia, que se decía que ni en cien años podría recuperar lo que las guerras le habían robado, y contaremos por qué incidente comenzaron aquellas desdichadas guerras.

VIAJE A BEARN



1. Durante largo rato me he abstenido de hablar acerca de los asuntos de las marcas lejanas, pues los que más afectaban a mi nación eran tan recientes y me han interesado tanto, que por eso he dejado atrás los otros. Pero no por eso voy a olvidar los lejanos, del mismo modo que los hombres valientes que desean progresar, no permanecen en los reinos de Castilla y Portugal, o en Gascogne, Roerge, Quercy, Auvergne, Limousin, Toulouse o Bigorre, sino que día y noche se las ingenian para encontrar hechos de armas, tomar, saquear y devastar castillos y fortalezas. Por eso, yo, señor Jean Froissart, que me he ocupado de dictar y hacer la crónica de esta historia a petición y por el placer del alto y renombrado príncipe mi señor Guy de Châtillon, conde

de Blois, señor de Avesnes y de Beaumont, de Schonenhove y de La Geude, pensé que pasaría mucho tiempo hasta que sucedieran hechos de armas en Picardie o en el país de Flandre pues reinaba la paz, y no quise estar ocioso, porque sé bien que en tiempos venideros, cuando esté muerto y podrido, esta alta y noble historia será valorada y mucho agradará a todos los hombres nobles y valientes. Como gracias de Dios conservo el sentido y buena memoria de todos los hechos pasados y mi mente sigue clara y aguda para comprender todos los hechos de los que podría estar informado referentes a mi materia principal, y tengo todavía edad, cuerpo y miembros para soportar esfuerzos, no queriendo dejar de proseguir mi materia y para saber la verdad de las marcas lejanas y no deseando enviar a nadie sino ir yo mismo en persona, aproveché la ocasión para viajar junto al alto y temido príncipe, mi señor Gastón, conde de Foix y de Bearn en la convicción de que si tenía la aventura y la gracia de llegar hasta su hostal y permanecer allí, no podía elegir otro lugar mejor en el mundo para estar informado de todas las noticias, pues por allí pasan todos los caballeros y escuderos extranjeros debido a la alta nobleza del conde.

Y me sucedió tal y como lo imaginé. Expuse todo esto y el viaje que quería hacer a mi señor el conde de Blois, que me entregó cartas de recomendación dirigidas al conde de Foix. Tanto cabalgué buscando noticias por todos lados que por la gracia de Dios llegué a su castillo de Orthez en el país de Bearn sin peligro y sin daño el día de Santa Catalina del año mil trescientos ochenta y ocho. En cuanto me vio, el conde de Foix me saludó con buena cara, y me dijo sonriendo en buen francés que me

conocía bien y que aunque no me había visto nunca, había oído hablar mucho de mí. Me acogió en su hostal todo el tiempo que deseara estar allí por las cartas que le había llevado, y allí me informaron de la mayor parte de los sucesos que habían sucedido en el reino de Castilla, en el reino de Portugal, en el reino de Navarra, en el reino de Aragón, en el reino de Inglaterra, en el país de Bordelais y de Gascogne. Incluso cuando yo le preguntaba alguna cosa, me respondía con gusto. Me decía que la historia que había hecho y continuaba sería en tiempos venideros mejor que ninguna otra. «¿Me preguntáis por qué?, me decía, porque, buen maestro, en cincuenta años han sucedido más hechos de armas y maravillas en el mundo de los que sucederán en los próximos trescientos años». Así fui acogido y alimentado en el hostal del noble conde de Foix y allí pude preguntar todas las noticias referentes a mi materia y tuve a mi disposición a barones, caballeros y escuderos que me informaron, así como también al gentil conde de Foix. Me gustaría explicaros en buen lenguaje todo aquello de lo que fui informado, para ampliar nuestra materia y para dar ejemplo a los buenos que desean progresar por las armas. Más adelante encontraréis gran cantidad de hechos de armas, tomas y asaltos de villas y castillos, batallas campales y duros encuentros de los que con la gracia de Dios haré justa y buena narración.

Sabéis que cuando mi señor Edmund, hijo del rey Edward de Inglaterra, conde de Cambridge, salió del reino de Portugal y se embarcó en Lisboa con sus gentes, estaba muy disgustado con el rey Fernando aunque hubiera acordado el matrimonio con su hijo John habido con mi señora Isabel de España, hija del rey don Pedro,

con la joven hija del rey Fernando de Portugal llamada Beatriz. Durante quince días había acampado con sus tropas delante del rey de Castilla y no le había querido combatir, sino que en contra de su voluntad se reconcilió con el rey de Castilla, lo que le desagradó profundamente. Cuando empezaron a hacer los tratados él y el rey de Castilla, el conde le dijo: «Señor rey, cuidado con lo que hacéis. Nosotros no hemos venido aquí a comer ni a beber, a robar o a cazar, sino que estamos aquí para guerrear al hijo de ese bastardo que se escribió rey de Castilla, el conde de Trastámara, y para reconquistar nuestra justa herencia que posee su hijo Juan de Trastámara. Sabéis que mi hermano y yo tenemos en matrimonio a las herederas legales del reino de Castilla, las hijas del rey don Pedro, que fue vuestro primo hermano. Con la intención de ayudar a reconquistar y con la inclinación a la justicia y no a la injusticia que todo buen señor debe tener, nos escribisteis a Inglaterra por medio de vuestro caballero que está aquí, Juan Fernández de Andeiro, para que viniéramos a este país con dos mil lanzas y tres o cuatro mil arqueros. Con vuestra ayuda, bien esperabais que recuperáramos nuestra herencia. Aquí estoy, no con tanta gente como queríais, pero los que tengo conmigo son de buena y gran voluntad y bien esperarán la aventura y la jornada de batalla contra los del conde de Trastámara. Mucho se disgustarán con vos y con este asunto si no tenemos batalla».

Estas y otras palabras le había dicho el conde de Cambridge antes de marcharse al rey de Portugal. El rey bien las oía, pero a pesar de todo no se atrevió a combatir en las llanuras entre Elvas y Badajoz y cuando

estuvieron delante de los españoles, los de su país no se lo aconsejaron. Le decían: «Señor, el poder del rey de Castilla es ahora demasiado grande. Si por fortuna y desgracia perdieras la jornada, perderías vuestro reino sin posibilidad de recuperación. Más os vale aguantar que hacer algo por lo que recibáis daño y peligro». Cuando el conde de Cambridge vio que no había nada que hacer, regresó a Lisboa, hizo preparar sus naves y se despidió del rey de Portugal. Se embarcó con sus gentes y no quiso dejar a su hijo John en Portugal al lado del rey ni de la doncella que debía ser su esposa, pues era un muchacho demasiado joven. El conde de Inglaterra regresó con sus gentes y nadie se quedó atrás.

3. Sucedió entonces que cuando el conde de Cambridge llegó a Inglaterra en la situación que habéis oído y le hubo contado a su hermano el duque de Lancaster las disposiciones del rey Fernando de Portugal y de sus gentes, se quedó muy pensativo pues bien veía que los asuntos y conquistas de Castilla se le escapaban. Su primo el conde de Oxford se había ganado todo el corazón del rey de Inglaterra, y no le era favorable pues siempre que podía metía cizaña entre el rey y sus tíos, diciéndole: «Señor, necesitaríais todo el dinero de Inglaterra para ayudar a vuestros dos tíos, mi señor de Lancaster y mi señor de Cambridge, y nada conquistaríais en la guerra de España. Más os vale tener junto a vos lo que es vuestro, vuestras gentes y vuestro dinero, a esparcirlos por países de los que no podéis sacar ningún provecho, y que vos protejáis y defendáis vuestra herencia en lugar de emplear fuera vuestro tiempo».

El joven rey creía mucho en las palabras del conde, pues le quería con todo su corazón porque se habían criado juntos. El conde de Oxford tenía como aliados a algunos caballeros de Inglaterra como mi señor Simón Burley, Robert Tresilian, Nicholas Brembre, John Beauchamp, John de Salisbury, mi señor Michael de La Pole, mi señor Thomas Trevet, mi señor William Eltham. Debido a estas diferencias entre el rey y sus tíos y los nobles y comunidades del país, sucedieron muchos males en Inglaterra como ya oiréis contar más adelante en esta historia.

Poco tiempo después de que el conde de Cambridge saliera del reino de Portugal, el rey Fernando cayó enfermo y así estuvo más de un año hasta que murió sin más hijos que la reina de España. Entonces el rey Juan de Castilla fue informado de que era el heredero legal del reino de Portugal y como sucesor del rey muerto. Recibió muchos consejos y cuando le hablaban de esto, decía: «Los portugueses son gentes duras. No los tendré si no es por conquista».

Cuando los portugueses se vieron sin señor, mantuvieron consejo y decidieron hacer llamar a un hermano bastardo del rey Fernando, un hombre valiente, sensato y muy audaz, que se llamaba Juan. Era religioso sin orden, maestre de los Hospitalarios de todo el reino de Portugal. Dijeron que preferían ser gobernados por aquel valiente hombre que por el rey de Castilla. Cuando el maestre de los Hospitalarios oyó la común voluntad de cinco ciudades de Portugal y que en la ciudad de Lisboa y en esas otras cuatro tenían grandes deseos de coronarle rey, se alegró mucho. Escribió en secreto a sus amigos y se dirigió a Lisboa, que es la villa principal del reino de

Portugal. Las gentes de la villa le recibieron con gran gozo y le preguntaron si mantendría el país en sus franquicias en caso de que le coronaran rey. Él les respondió que sí y que nunca habrían tenido tan buen rey.

Entonces los de Lisboa escribieron a los de Coimbra, y a los de Oporto (las ciudades principales de dicho reino) diciéndoles que para mejor y común provecho querían coronar rey al maestre Juan de Avis que era hombre sensato y valiente y había sido hermano del rey Fernando, pues el país y el reino de Portugal no podía quedar por más tiempo sin jefe, tanto por los españoles como por los paganos de Granada y Bugia con los que limitaban. Estas cinco buenas villas y el territorio de Portugal estaban de acuerdo con esta elección, a excepción de algunos altos barones y caballeros que decían que no correspondía a un bastardo ser coronado rey. Las buenas villas respondían que no había otro remedio, porque no tenían a otro y que él era un hombre valeroso en sentido y en armas. Ponían de ejemplo al rey don Enrique, que había sido coronado rey de toda Castilla por elección del país y para provecho común, aún estando vivo el rey don Pedro. La elección cayó sobre éste de Avis a pesar de los nobles del reino de Portugal, y fue coronado solemnemente en la iglesia de Coimbra por acuerdo y poder de toda la comunidad del país, y juró mantener y guardar justicia para su pueblo, reconoció todas las franquicias hechas antaño y que todo el pueblo reconocía como buenas, y juró permanecer a su lado, lo que mucho les alegró.

4. Cuando el rey Juan se enteró en Castilla de estas noticias, se encolerizó mucho por dos razones: la primera porque su mujer era heredera, en segundo lugar, porque el pueblo de Portugal había coronado a un rey sin justa elección. Dijo que la cosa no quedaría así y a título de guerra decidió pedir a los de Lisboa la suma de doscientos mil florines que el rey Fernando le había prometido cuando tomó por mujer a su hija. Envió al conde de Molina, al conde de Ribadeo, al obispo de Burgos y a otras altas gentes como embajadores a Portugal.

Cuando las gentes del rey de España llegaron a Santarem, la última villa de Castilla en el lado hacia Lisboa, enviaron a su heraldo junto al rey y a los de Lisboa para obtener un salvoconducto y así poder ir y volver con seguridad. Se lo concedieron enseguida y llegaron a Lisboa. Hicieron reunir al consejo de la villa y expusieron la causa de su viaje. Al final de su exposición, dijeron: «Nada os debéis sorprender de que nuestro rey esté irritado con vosotros, ni que ahora exija la suma que os pide y a la que estáis obligados, cuando vosotros habéis entregado la noble corona de Portugal a un clérigo, hombre religioso y bastardo. Eso no debe soportarse de ningún modo, pues en una elección justa no hay heredero más próximo que él, y además habéis hecho caso omiso del consejo de los nobles de vuestro reino. Por todo ello, os hace saber que habéis cometido una fechoría y que si no os apresuráis en pagarle, os hará guerra». A estas palabras respondió don Fernando López un notable y auténtico burgués de Lisboa, que dijo: «Señores, vos nos reprocháis nuestra elección, pero también la vuestra es reprochable, pues coronasteis rey

de España a un bastardo, hijo de una judía, y eso lo sabe todo el mundo. Y puestos ya en una elección legal, habéis de saber que vuestro rey no tiene ningún derecho al reino de Portugal, sino que el derecho es de las hijas del rey don Pedro que están casadas en Inglaterra, Constanza e Isabel, y de sus hijos, y por ellas también de sus maridos, el duque de Lancaster y el conde de Cambridge. Podéis marcharos cuando queráis y decid al que os envía que nuestra elección es buena y que así se quedará, pues mientras viva no tendremos a otro rey. En cuanto a la suma de dineros que pedís, respondemos que no estamos obligados a nada y que os dirijáis a quienes se comprometieron y sacaron el provecho». El rey Juan de Portugal no estuvo presente en estas respuestas, pero muy bien sabía lo que sus gentes debían decir.

Cuando los comisarios de parte del rey de Castilla comprendieron que no conseguirían otra respuesta de los portugueses, pidieron licencia, tal y como correspondía, y se marcharon regresando junto a su rey en el lugar donde lo habían dejado con su consejo y les contaron todas las respuestas que acabáis de oír.

El rey de España mantuvo consejo con sus gentes acerca de qué debía hacerse con respecto a este asunto. Se decidió desafiar al rey de Portugal y a todos sus servidores y que el rey de España tenía buena querella para mover la guerra por muchas razones. Entonces el rey Juan de Portugal fue desafiado y el rey de España hizo un gran llamamiento y dijo que iría a poner sitio ante la ciudad de Lisboa. Muy cara les haría pagar su orgullosa respuesta si los podía tener a su merced. El rey de Castilla se dirigió con todo su poder a Santarem donde se hacía el reclutamiento.

En aquel tiempo fue desterrado de la corte un caballero de Castilla llamado Nun Alvarez Pereiras y si el rey lo hubiera tenido en sus manos, le habría hecho cortar la cabeza. El caballero fue informado por sus amigos de este asunto y abandonó el reino de Castilla para dirigirse a Lisboa junto al rey de Portugal que se alegró mucho de su llegada y lo retuvo entre los suyos. Le hizo capitán de sus caballeros y luego muchos daños causó a los españoles.

El rey de Castilla partió de Santarem con todo su poder y se fue a asediar la ciudad de Lisboa. Dentro estaban el rey y los de la villa y el asedio duró más de un año. El conde de Longueville era el condestable y mi señor Renaud Limousin mariscal de hueste. Mi señor Renaud era un caballero de Limousin, que en tiempos pasados había acompañado a mi señor Bertrand du Guesclin en las primeras guerras de España. Fue caballero tan esforzado que el rey Enrique lo casó con una hermosa y rica dama de la que había tenido dos hijos, Renaud y Henri, y era muy famoso por sus proezas en el reino de Castilla. En el asedio junto al rey de Castilla estaban de su país, mi señor Diego Mendoza, mi señor Diego Pérez Sarmiento, don Pedro Ruiz Sarmiento, don Manrique de Versaulx, un portugués que se había hecho español, el gran maestre de Calatrava y su hermano, un joven caballero llamado don Diego Merlo, Pedro González de Mendoza, Pedro Fernández de Velasco, Pedro Gonsart de Sevilla, Juan Rodrigo y el gran maestre de Santiago. El rey de Castilla tenía a unos treinta mil hombres delante de Lisboa. Allí se realizaron de una y otra parte muchos asaltos, muchas escaramuzas y muchos hechos de armas.

Bien sabían los españoles que el rey de Portugal no sería ayudado por los nobles del país, pues las comunidades le habían nombrado rey en contra de su voluntad, por lo que en este asunto había grandes diferencias. El rey de España tenía intención de conquistar Lisboa y todo el país antes de regresar, pues no podía conseguir ayuda de ningún lado, salvo de Inglaterra. Eso es lo que más temía, pero veía a los ingleses muy lejos y había oído decir que el rey de Inglaterra no estaba muy de acuerdo con sus tíos. Eso le tranquilizaba y su asedio era tan abundante en todos los bienes como no lo fuera ninguna villa ni mercado en toda Castilla.

El rey de Portugal se encontraba muy tranquilo en la ciudad de Lisboa con sus gentes, pues nadie le podía quitar el mar. Decidió enviar mensajeros fiables a Inglaterra junto al rey y al duque de Lancaster con la intención de renovar las alianzas que habían sido hechas entre el rey de Inglaterra y su hermano el rey Fernando. También encargó decir a los embajadores que con mucho gusto recibiría por mujer a la hija del duque de Lancaster, Philippa, y que la haría reina de Portugal, y que le juraría y sellaría para siempre buenas alianzas, que haría tanto que si quería venir con dos o tres mil combatientes y otros tantos arqueros, recuperaría su herencia del reino de Castilla. Fueron encargados para ir a Inglaterra dos caballeros de su hostal, mi señor Juan Radigo y mi señor Juan Cabeza de Oro, y un clérigo de derecho, archidiácono de Lisboa, llamado maestre Lorenco Anes Fogaca. Les prepararon un barco bien provisto de todo y cuando tuvieron buen viento, se embarcaron y partieron del puerto de Lisboa singlando hacia las fronteras de Inglaterra.

Por su parte, el rey Juan de Castilla, que se encontraba en el asedio ante Lisboa, fue aconsejado por sus hombres a que escribiera a Francia y Gascogne rogando caballeros y escuderos, pues bien suponían los españoles que el rey de Portugal había pedido o pensaba pedir ayuda a Inglaterra para levantar el sitio. No querían ser sorprendidos ni que su poder no fuera lo bastante grande como para resistir a los ingleses. El rey obró según fue aconsejado e informado, y envió cartas y mensajes a muchos caballeros y escuderos de Francia que deseaban las armas y, en especial, al condado de Foix en el país de Bearn, pues allí había gran cantidad de buenos caballeros y escuderos que amaban las armas y no sabían dónde emplearlas. Aunque el conde de Foix, su señor, les hubiera alimentado a todos, en aquel tiempo había acordado buenas treguas con el conde de Armagnac. Este llamamiento de estos dos reyes de España y Portugal no obtuvo respuesta inmediata y no por ello cesaron de hacerse armas fuera en Auvergne, Toulouse, Roerge y en la tierra de Bigorre. Ahora dejaremos por un rato de hablar de los asuntos de Portugal y hablaremos de otros.

Entre el condado de Foix y el país de Bearn se encuentra el condado de Bigorre, que pertenece al reino de Francia y por un lado limita con el país tolosano y por el otro con el condado de Comminges y el de Bearn. En el condado de Bigorre está el fuerte castillo de Lourdes, que siempre se ha mantenido inglés desde que el rey de Bigorre fue entregado al rey de Inglaterra y al príncipe por el rescate del rey Jean de Francia en el tratado de paz firmado en Brétigny ante Chartres y confirmado más tarde en Calais, tal y como se ha contado en nuestra historia. Cuando el príncipe de Gales salió de Inglaterra

y su padre el rey le otorgó en feudo y herencia todo el ducado de Aquitaine en el que hay dos arzobispados y veintidós obispados, y llegó a Bordeaux en Gironde y tomó posesión de todas las tierras, después de uno o dos años fue invitado con su mujer la princesa por el conde Jean de Armagnac al condado de Bigorre en la hermosa y buena ciudad de Tarbes, para ver y visitar el país que todavía no conocía. El conde de Armagnac pretendía que si el príncipe y la princesa accedían a ir a Bigorre y el conde de Foix iba a verles, el príncipe intercediera por él de modo que el conde de Foix le librara de todo o parte del rescate que le debía y que ascendía a doscientos mil francos. Tanto rogó el conde de Armagnac, que el príncipe y la princesa acudieron a Bigorre con su séquito, que en aquella época era grande, y se alojaron en Tarbes.

Tarbes es una hermosa villa, situada en país llano y con viñedos, y hay villa, ciudad y castillo, cerrados con puertas, muros y con torres, separados unos de otros. De arriba de las montañas de Bearn y Cataluña baja el hermoso río Adour que corre por Tarbes dividiéndola, y el río es tan claro como una fuente. A cinco leguas se encuentra la villa de Morlaas que pertenece al conde de Foix, y a la entrada del país de Bearn y al pie de la montaña, a seis leguas de Tarbes, está la villa de Pau, que también es de dicho conde.

En la época en que el príncipe y la princesa llegaron a Tarbes, el conde de Foix estaba en la villa de Pau haciendo construir un hermoso castillo dependiente de la villa junto al río Gave. Tan pronto se enteró de la llegada del príncipe y la princesa a Tarbes, fue a visitarles con un séquito de más de seiscientos caballos y acompañado de sesenta caballeros. El príncipe y la princesa mucho se

alegraron de la visita del conde de Foix. Le recibieron de muy buena cara y la princesa le estimó y honró mucho. Allí estaban el conde de Armagnac y el señor de Albret, que rogaron al príncipe que le pidiera al conde de Foix que librara al conde de Armagnac de toda o de parte de la suma de florines que le debía. Después de reflexionar, el príncipe, que fue hombre valiente y sensato, respondió que no lo haría: «¿Que por qué?, dijo, porque el conde de Armagnac fue apresado por las armas en hermosa jornada de batalla. Nuestro primo el conde de Foix arriesgó su cuerpo y a sus gentes contra él y si la fortuna fue buena para el conde de Foix y contraria para él, debe aceptarlo. Del mismo modo, ni a mi padre ni a mí nos gustaría que nos rogaran devolver lo que tenemos por la bella aventura y buena fortuna que tuvimos en Poitiers».

Al oír esto, el conde de Armagnac se decepcionó pues había fallado en sus intentos, pero a pesar de todo no desistió y se lo rogó a la princesa que de buen corazón rogó al conde de Foix que quisiera otorgarle un don. «Mi señora, dijo el conde, soy hombre pequeño y un pobre caballero. No puedo ofrecer grandes dones, pero si el don que me pedís no vale más de cincuenta mil francos, os lo concedo». La princesa trató por todos los medios de que el conde de Foix le concediera el don completo, pero el conde, que era prudente y astuto y que veía muy claros los asuntos, temiendo que se tratara de la liberación del conde de Armagnac. se mantuvo firme en sus palabras y dijo: «Mi señora, bien debe bastaros el don que os concedo, pues soy un pobre caballero que construye villas y castillos». La princesa al ver que no le podía sacar nada más, le dijo: «Conde de Foix, os ruego que concedáis gracia al conde de Armagnac». «Mi señora,

respondió el conde, ¿debo condescender a vuestros ruegos? Ya os he dicho que os concedo el don que me pedís si no asciende a más de cincuenta mil francos, y el conde de Armagnac me debe doscientos mil francos». Así se quedó la cosa y el conde de Armagnac ganó por los ruegos de la princesa cincuenta mil francos. Después de pasar tres días al lado del príncipe y la princesa, el conde de Foix regresó a su país.

Yo, señor Jean Froissart, hago narración de estos asuntos porque cuando estuve en el condado de Foix y de Bearn, pasé por la tierra de Bigorre y pregunté acerca de noticias pasadas de las que no estaba informado y me dijeron que estando el príncipe de Gales y de Aquitaine en Tarbes, sintió deseos de visitar el castillo de Lourdes, situado entre las montañas a tres leguas de allí. Cuando llegó a Lourdes y hubo observado bien la villa, el castillo y el país, en mucho lo estimó, tanto por su fortificación como porque Lourdes limita con muchos países, pues los de Lourdes pueden adentrarse con facilidad en el reino de Aragón hasta Cataluña y Barcelona. El príncipe llamó enseguida a un caballero de un hostal, en el que tenía gran confianza y que le había servido con lealtad, llamado Pierre-Arnaut de Bearn, hombre experto en armas y primo del conde de Foix. «Mi señor Pierre, dijo el príncipe, os instituyo y hago señor del castillo y capitán de Lourdes y regente del país de Bigorre.

Defended el castillo de modo que buena cuenta podáis darnos de él a mi señor padre y a mí». «Con mucho gusto, mi señor», respondió el caballero. Allí le rindió fe y homenaje y el príncipe se los tomó en posesión.

Ahora debéis saber que cuando volvió a empezar la guerra entre el rey de Francia y el rey de Inglaterra,

como ya se ha contado en esta historia, y el conde Guy de Saint-Pol y mi señor Guy de Châtillon. en aquel entonces maestre de los ballesteros, tomaron la villa de Abbeville en Ponthieu. dos grandes barones de Bigorre, llamados Menaut de Barbazan y el señor de Antin, se hicieron franceses y aquella temporada se apoderaron de la ciudad, de la villa y del castillo de Tarbes. pues estaban escasamente defendidos por el rey de Inglaterra. Pero mi señor Pierre Arnaut de Bearn conservó el castillo de Lourdes que por nada lo habría entregado, sino que en seguida hizo guerra grande y fuerte contra el reino de Francia. Llamó a gran cantidad de compañeros del país de Bearn y de la alta Gascogne deseosos de ayudarle a hacer su guerra. Allí se reunieron muchas expertas gentes de armas y con él tenía a seis capitanes y cada uno de ellos tenía a cincuenta o más lanzas. Con él estaban, su hermano Jean de Bearn, escudero muy experto, Pierre de Antin de Bigorre, hermano del señor de Antin, que no quiso hacerse francés, Ernanton de Sainte-Colomme, Arnauton de Rostan, Mongat de Sainte-Bazeille y el borde de Cardeilhac.

Estos capitanes hicieron muchas incursiones en Bigorre, Toulouse. Carcasonne y Albi, pues en cuanto salían de Lourdes, se encontraban en tierra de enemigos. Cabalgaban por el país arriesgándose para ganar treinta leguas más allá de su fortificación, y a la ida no cogían nada, pero nada se les escapaba a la vuelta, y a veces volvían con tal cantidad de animales y prisioneros que no sabían dónde meterlos. Saqueaban todo el país, excepto la tierra del conde de Foix, de la que no se atrevían a coger ni un pollo sin pagarlo ni a hacer nada a un hombre del conde de Foix o a uno que tuviera

salvoconducto, pues si le hubieran irritado, no habrían durado mucho tiempo.

A estos compañeros de Lourdes les gustaba mucho cabalgar y hacer incursiones. Como ya os he dicho, muy cerca de allí está la villa de Tarbes a la que tenían tanto respeto que trataron con ellos. En el camino de regreso de Tarbes a su fortificación se encuentra un burgo y una abadía, llamada Saint-Pé-de Bigorre, de la que obtuvieron grandes males, pero luego se aliaron con ellos. Por otro lado, junto al río Adour está una gran villa cerrada a la que llaman Bagnères. Los de la villa la había fortificado muy bien pues habían sido guerreados por los de Lourdes y los de Mauvezin que aún estaban más cerca de ellos. El castillo de Mauvezin está situado en una alta montaña y por debajo corre el río Adour que va a dar a una buena villa fortificada, muy cerca de allí, que se llama Tournay. Las gentes de Tournay dominaban el paso de los de Lourdes y de Mauvezin.

A los de la villa de Tournay no les causaban ningún mal ni ningún daño, pues por allí tenían su regreso y paso, y las gentes de la villa tenían buen mercado con sus pillajes y muy bien sabían disimular con ellos. Bien les convenía hacerlo si querían vivir, porque no tenían a nadie que les ayudara. El capitán de Mauvezin era gascón y se llamaba Raymonnet de L'Épée, hombre muy experto en armas. Os digo que los de Lourdes y Mauvezin saqueaban también a los comerciantes del reino de Aragón y Cataluña, como hacían con los franceses, y si no estaban en tratos con ellos, no les ahorraban nada.

En el tiempo en que emprendí mi camino para ir junto al conde de Foix, temiendo la diversidad de un país donde

nunca había estado, al salir de Carcassonne dejé el camino de Toulouse a la derecha y cogí el camino de la izquierda a Montréal-de-l'Aude y a Eanjeaux y luego a Belpech, la primera villa fortificada del condado de Foix. Desde allí pasé a Mazères y después al castillo de Saverdun y llegué a la bella y buena ciudad de Pamiers, que es del conde de Foix, y allí me detuve para esperar compañía que fuera a Bearn, donde se encontraba el conde. Después de pasar tres días en la ciudad de Pamiers, una ciudad muy agradable pues está situada en un hermoso viñedo y rodeada por un claro y ancho río al que llaman Ariége, me encontré por aventura con un caballero del hostal del conde de Foix que volvía de Avignon y se llamaba mi señor Espan du Lyon, un hombre valiente, buen y prudente caballero de unos cincuenta años de edad. Marchamos juntos y él estaba muy contento y deseoso de saber por mí los asuntos de Francia, y estuvimos seis días en camino hasta que llegamos a Orthez. El gentilhombre y buen caballero hablaba conmigo la mayor parte del día preguntándome noticias, después de haber rezado sus oraciones por la mañana. Yo también le preguntaba y él me respondía.

Al salir de la ciudad de Pamiers, subimos el monte Escosse que es muy escarpado, y pasamos de lado la villa y el castillo de Artigat, perteneciente al reino de Francia, pero no entramos, sino que llegamos a comer a un castillo del conde de Foix, a media legua más allá, llamado Carla y que está situado en una alta montaña. Después de comer el caballero me dijo: «Cabalguemos despacio. Sólo nos quedan dos leguas hasta nuestro albergue, pero bien valen tres de Francia». «De acuerdo», respondí yo. «Mi señor Jean, hoy hemos

pasado delante del castillo de Artigat que desde hace cinco años pertenece a Pierre de Antin, pues lo asaltó y saqueó. Al reino de Francia le costó sesenta mil francos». «¿Y cómo sucedió?», pregunté al caballero. «Os lo diré. El día de Nuestra Señora de mediados de agosto hay feria en la villa y se reúne todo el país pues hay muchas mercancías durante un día. Pierre de Antin y sus compañeros, que se encontraban en Lourdes, ya habían echado el ojo a esta villa y castillo pero no sabían cómo tomarla. En todo caso, enviaron en el mes de mayo a la aventura a dos de sus criados, hombres simples de aspecto, para que buscaran servicios y amos en la ciudad. Ambos encontraron y los dos criados servían muy bien a sus amos y salían fuera a hacer sus asuntos y a comerciar, y nadie sospechaba de ellos. Sucedió ese día de mediados de agosto que se reunieron gran cantidad de mercaderes extranjeros de Foix, Bearn y de Francia, en esa villa. Ya sabéis que los mercaderes, cuando hace tiempo que no se han visto y se encuentran, tienen la costumbre de beber mucho y largamente para estar en buena compañía. En los hostales de los amos de estos dos criados se habían juntado muchos y empezaron a beber con los señores de los hostales y sus mujeres. La noche anterior Pierre de Antin y sus compañeros llegaron a Artigat, se quedaron en un bosque por donde hemos pasado, ellos y sus caballos, y enviaron a seis criados con dos escaleras para asaltar la villa. Los criados atravesaron los fosos por donde se les había indicado, por la parte menos profunda, y alcanzaron los muros. Allí levantaron las escaleras y los dos criados de los que os he hablado, les ayudaban, mientras sus amos estaban sentados a la mesa. Pasaron y se pusieron en tal aventura que uno de

los criados del hostal condujo a estos seis criados hasta la puerta y allí había dos hombres que guardaban las llaves. Este criado dijo a sus seis compañeros: «Quedaos aquí quietos y no avancéis hasta que me oigáis silbar. Haré que esos guardias me abran su garita. Ellos tienen las llaves de la puerta, lo sé bien. En cuanto les haya hecho abrir la puerta, silbaré. Entonces os precipitáis sobre ellos y los matáis. Conozco bien las llaves, pues he estado más de siete veces con mi amo vigilando la puerta». Así lo hicieron y éste se fue a la puerta de la garita y oyó que aquéllos estaban bebiendo. Les llamó por sus nombres, pues los conocía bien y les dijo: «Abrid la puerta, os traigo muy buen vino que mi amo os envía para que hagáis mejor la guardia». Aquellos que conocían bien al criado y que pensaban decía la verdad, abrieron la puerta de la garita. El criado silbó y los otros se adelantaron y se precipitaron sobre la puerta. Los mataron con tanto sigilo que nadie se enteró. Cogieron las llaves y fueron hasta la puerta y la abrieron. Bajaron el puente con mucho cuidado y nadie oyó nada. Entonces tocaron una sola vez un cuerno y los que estaban en el bosque lo oyeron, y montaron en sus caballos. Picando espuelas se metieron en el puente y entraron en la ciudad donde cogieron a todos los hombres sentados a las mesas o en sus camas. Así fue tomada Artigat por Pierre de Antin de Bigorre y sus compañeros de Lourdes.

«¿Pero cómo se apoderaron del castillo?» le pregunté. «Os lo diré. A la hora en que fue tomada la villa de Artigat, el señor del castillo se encontraba para su mala aventura en la villa cenando con mercaderes de Carcassonne y ahí fue capturado. Al día siguiente por la mañana a hora tercia Pierre de Antin lo hizo llevar

delante del castillo donde se encontraban su mujer y sus hijos, y le atemorizó con cortarle la cabeza. Hizo decir a la mujer que si les entregaba el castillo, le devolvería a su marido y les dejaría marchar en paz y sin daño. La señora del castillo, al verse en tan dura alternativa y que no podía hacerle guerra, entregó el castillo para recuperar a su marido y evitar mayores males. El señor del castillo se marchó con su mujer, sus hijos y todo lo suyo, a Pamiers, y aún están allí. De este modo consiguió Pierre de Antin la villa y el castillo de Artigat y os digo que cuando entró, él y sus compañeros, ganaron veinte mil francos tanto por las mercancías que encontraron como por los buenos prisioneros de Francia. Pero dejaron en libertad y sin daño a todos los que eran del condado de Foix y de Bearn. Pierre de Antin retuvo Artigat unos cinco años y hacía incursiones frecuentemente con sus gentes hasta las puertas de Carcassonne, a unas dieciséis grandes leguas, y causaron muchos perjuicios a los del país por los saqueos y pillajes de las villas».

«Mientras Pierre de Antin se encontraba en la guarnición, una noche se aventuraron algunos de sus compañeros y deseando conquistar algo, se dirigieron a un castillo a una buena legua desde allí, llamado Pailhés, y cuyo señor es mi señor Raymond de Pailhés, un caballero francés del país. Realizaron tan bien su empresa que, aunque en otras ocasiones lo habían intentado y no lo habían conseguido, en aquel momento lo asaltaron y sorprendieron al caballero y a la dama en su lecho. Dejaron marchar a la dama y a los niños, pero encerraron al caballero en el castillo unos cuatro días, hasta que hubo pagado mil francos por su rescate. Al final, cuando hubieron guerreado y saqueado el país,

vendieron sus dos castillos a los del país y recibieron cinco mil francos, y después regresaron a Lourdes.

»En tales hechos de armas y aventuras se metían los compañeros a diario. Sucedió también que un muy experto hombre de armas que se encontraba en Lourdes, un gascón llamado Mongat de Sainte-Bazeille, salió de Lourdes con veintinueve compañeros y se fue a cabalgar a la aventura por Toulouse y Albi. Quería tomar y asaltar el castillo de Penne-du-Tarn, pero no pudo, y cuando se vio fallar en su intento, se fue hasta la puerta e hizo una gran escaramuza y allí hubo muchos hechos de armas. A esa misma hora, cabalgaba por el país el senescal de Toulouse, mi señor Houges de Froideville con sesenta lanzas y por azar cayó en Penne-du-Tarn, mientras tenía lugar esta escaramuza. En cuanto él y sus gentes pusieron el pie en el suelo, se acercaron a las barreras donde había un gran combate. Entonces Mongat se habría marchado con mucho gusto si hubiera podido, pero no pudo. Allí combatió con mucho valor mano a mano con el caballero. Realizó muchos hechos de armas e hirió en dos o tres lugares al caballero, pero al final fue apresado. Sus gentes murieron o también cayeron prisioneros y muy pocos se salvaron. Mongat fue conducido a Toulouse donde el común de la villa quería matarlo. Con gran esfuerzo pudieron salvarlo y llevarlo al castillo, pues en Toulouse era muy odiado. Muy bien le fue que el duque de Berry llegara a Toulouse. Tenía tantos amigos que el duque lo hizo liberar pagando al senescal mil francos de rescate.

«Cuando Mongat se vio en libertad y hubo regresado a Lourdes, no por aquello abandonó sus empresas. Una vez salió de Lourdes con otros cuatro sin armaduras y en

hábito de abad. Con él iban tres monjes con las coronas rasuradas y nadie al verlos no habría creído que eran auténticos monjes, pues muy bien llevaban los hábitos y fingían el aspecto. En este estado llegó a Montpellier y en el hostal de lAnge dijo que era un abad de la alta Gaseogne que iba a París por negocios. Se encontró con un hombre rico de Montpellier, señor Béranger Oste, que también tenía que ir a París por negocios. El abad le dijo que le conduciría a su coste. El otro se alegró mucho cuando oyó decir que no le costaría nada, y se puso en camino con Mongat acompañado sólo de un criado. No se habían alejado ni tres leguas de Montpellier, cuando Mongat lo apresó y se lo llevó por sendas perdidas a la guarnición de Lourdes y luego lo liberó por cinco mil francos. «Santa María, señor, dije entonces al caballero, ¿ese Mongat era experto hombre de armas?» «Sí, ciertamente, me respondió, y murió por las armas en un lugar por donde pasaremos dentro de tres días, en el paso que llaman Lare en Bigorre, junto a una villa que llaman Civitat». «Os lo recordaré cuando lleguemos», le dije al caballero.

Así caminamos hasta Montesquieu, una buena villa fortificada del condado de Foix. Al día siguiente por la mañana salimos de Montesquieu y cabalgamos hasta Palamini, una buena villa fortificada junto al Garonne perteneciente al condado de Foix. Cuando estuvimos muy cerca de allí, pensamos pasar el puente sobre el Garonne para entrar en la villa, pero no pudimos, pues el día anterior había llovido en las montañas de Cataluña y Aragón por lo que un río que viene de ese país, el Salat, había crecido y desbordado, rompiendo un arco del

puente que era de madera. Tuvimos que regresar a Montesquieu y cenar allí.

Al día siguiente, el caballero decidió pasar por delante de la villa de Cazères en barco por el río. Cabalgamos hacia aquella parte y llegamos a la orilla. Logramos pasar al otro lado con nuestros caballos y os digo que atravesamos el Garonne con gran esfuerzo y peligro, pues el barco con el que pasamos no era muy grande y no cabíamos bien nosotros, nuestros dos caballos y los hombres que llevaban la barca. Cuando hubimos pasado, nos quedamos en Cazères y allí pasamos todo el día. Mientras nos preparaban la cena, el caballero me dijo: «Vamos a ver la villa, mi señor Jean». «Muy bien, señor», le respondí. Paseamos a lo largo de la villa y llegamos a una puerta orientada hacia Palamini. Seguimos adelante y llegamos a los fosos. El caballero me mostró un panel del muro de la villa y me dijo: «¿Veis ese muro?» «Sí, señor, le dije, ¿por qué lo decís?» «Lo digo porque bien veis que está más nuevo que el resto», me contestó. «Es cierto», le dije. «Ahora os contaré a qué se debe. Hace unos diez años que ocurrió».

«Bien habréis oído hablar de la guerra del conde de Armagnac y del conde de Foix y cómo el conde de Armagnac guerreó y aún guerrea al conde de Foix por el país de Bearn aunque ahora esté tranquilo por las treguas que han pactado. Os digo que los de Armagnac y los de Albret jamás han ganado nada, sino que siempre han perdido y con creces. Una noche de San Nicolás en invierno del año mil trescientos sesenta y dos, el conde de Foix apresó cerca de Montmarsen al conde de Armagnac, abuelo de éste, al señor de Albret, su sobrino, y a todos los nobles que aquel día estaban con él, y se los

llevó a Orthez y por aquella empresa solamente obtuvo cien mil francos. Después sucedió que el padre del actual conde de Armagnac, que se llamaba mi señor Jean de Armagnac, hizo una vez una cabalgada con doscientos hombres de armas y vinieron a tomar y asaltar esta villa de Cazères. Al conde de Foix, que se encontraba en Pau, llegaron las noticias de cómo los de Armagnac y los de Albret habían tomado su villa de Cazères. El, que es un caballero valiente y sensato en todos sus asuntos, llamó enseguida a dos hermanos que eran caballeros, mi señor Arnaut-Guillaume y mi señor Pierre de Bearn, y les dijo: «Cabalgad rápidamente hacia Cazères. Os enviaré gentes de todos lados y en tres días estaré con vosotros. Vigilad bien que nadie salga de la villa sin ser combatido, pues tendréis fuerzas suficientes. Os colocaréis delante de Cazères y hacéis llevar allí con la ayuda de las gentes del país gran cantidad de madera y colocarla contra las puertas. Luego ordenáis hacer buenas y grandes empalizadas por delante pues quiero que todos los que están ahí dentro, estén encerrados de tal modo, que jamás salgan por las puertas. Haré que cojan otro camino».

«Los dos caballeros hicieron lo que les habían ordenado y fueron a Palamini y todas las gentes de Bearn les seguían. Llegaron ante esta villa de Cazères y acamparon. Los que estaban dentro, no hicieron caso y no se dieron cuenta hasta que estuvieron tan encerrados que no podían salir por ninguna puerta. Al tercer día llegó el conde de Foix, acompañado de quinientos hombres de armas, y en cuanto llegó, ordenó hacer las empalizadas alrededor de esta villa y también alrededor de su hueste para que por las noches nadie pudiera

causarles daño. En esa situación y sin atacar, mantuvo a sus enemigos más de quince días, y los de Cazères sufrieron gran carestía de víveres, aunque tenían suficiente vino. No podían salir más que por el río Garonne y si se metían por allí, estaban perdidos de antemano. Cuando mi señor Jean de Armagnac y mi señor Bernard de Albret y los caballeros de su lado que estaban con ellos, se vieron en aquella situación, no estuvieron nada seguros de sus vidas, pues creían muy cruel al conde de Foix. Decidieron tratar con él, pues les pareció mejor ser sus prisioneros que morir vergonzosamente por hambre. El conde de Foix se avino a tratar con ellos, aunque les dijo que no saldrían por ninguna puerta que hubiera en la ciudad, sino que había que hacer un agujero en el muro y por allí saldrían. Tuvieron que aceptar aquella propuesta, pues de otro modo habrían muerto todos antes de que el conde se hubiera marchado. Ordenaron hacer un agujero en el muro no muy grande por donde salieron uno a uno y en el camino estaba el conde de Foix armado con todas sus gentes en orden de batalla. A medida que iban saliendo, los iban conduciendo hasta el conde, que los repartía por muchos lugares y los envió a muchas senescalías. Su primo mi señor Jean de Armagnac, mi señor Bernard de Albret, mi señor Renaud de Barbazan, mi señor Raimond de Bénac. mi señor Bénédie de La Corneille y veinte de los más notables fueron conducidos con él a Orthez y antes de que se le escapasen, recibió por ellos doscientos mil francos. De este modo, buen maestro, se hizo esa brecha en el muro que veis, para los de Armagnac y Albret. y luego fue reconstruida».

Con estas palabras, regresamos al hostal y encontramos la cena preparada. Allí pasamos la noche y al día siguiente, nos marchamos remontando el curso del Garonne. Atravesamos Palamini y entramos en la tierra del conde de Comminges y Armagnac, estando al otro lado del Garonne la tierra del conde de Foix.

8. Cabalgando por nuestro camino, el caballero me mostró una villa que parecía bien fortificada que se llama Martres-Tolosane y pertenece al conde de Comminges. Al otro lado del río, me enseñó dos castillos sobre una montaña pertenecientes al conde de Foix, uno de los cuales se llama Mauran y el otro, Montcler. Cabalgando por estas villas y castillos, y siguiendo el curso del Garonne, el caballero me dijo en una hermosa pradera: «Mi señor Jean, aquí he visto en muchas ocasiones buenas escaramuzas y duros encuentros entre los de Foix y Armagnac, pues no había villa ni castillo que no estuviesen bien provistos de gentes de armas que hacían incursiones por aquí y se perseguían unos a otros. Ved ahí abajo las chozas que levantaron los de Armagnac contra esos dos castillos, una bastida donde guardaban a sesenta hombres de armas que causaban muchos daños en la tierra del conde de Foix al otro lado del río. Pero ahora os contaré lo que les ocurrió. Una noche el conde de Foix envió allí a su hermano, mi señor Pierre Bearn, con doscientas lanzas y en su compañía llevaban a unos cuatrocientos campesinos cargados de leña. Apoyaron la leña contra la bastida y madera que habían cortado de los setos y matorrales, y prendieron fuego. Ardió la bastida y todos los que estaban dentro y no hubo merced para nadie. Depués de esto, no se atrevieron a volver». En

esta conversación cabalgamos todo el día río arriba y a un lado y otro del Garonne vi muchos hermosos y fuertes castillos. Todos los de la orilla izquierda eran del conde de Foix y los de la otra orilla por donde cabalgábamos, del conde de Armagnac. Pasamos por Montpézac, un castillo muy hermoso y fuerte del conde de Armagnac, situado en lo alto de un peñasco, debajo del cual se encuentra el camino y la villa. Fuera de la villa a la distancia de un disparo de ballesta, hay un paso que llaman La Garde-Barre. En ese camino entre la montaña y el río se alza una torre y al pie en el mismo paso una puerta de hierro. Sólo seis hombres podrían defender el paso contra todo el mundo, pues no caben más que dos hombres cabalgando de frente por las montañas y el río. «Es éste un paso bien fortificado y una buena entrada al país», dije al caballero. «Es cierto, me respondió el caballero, pero por muy resistente que sea, el conde de Foix lo conquistó en una ocasión, y él y sus gentes pasaron por aquí y llegaron hasta Palamini y Montesquieu y hasta Pamiers. El paso estaba muy bien defendido, pero los arqueros de Inglaterra que tenía en su compañía, le ayudaron mucho, así como su gran deseo de llegar a la marca de Pamiers. Ahora cabalgad a mi lado y os contaré lo que hizo». Entonces me acerqué y comenzó su narración.

«El conde de Armagnac y el señor de Albret se dirigieron con quinientos hombres de armas al condado de Foix y a la marca de Pamiers. Era a principios del mes de agosto, cuando se recogen los frutos de los campos y las uvas están maduras. Gran abundancia había por esa estación en el susodicho país. Mi señor Jean de Armagnac acampó con todas sus gentes delante de la

villa y del castillo de Saverdun, a una legua escasa de la ciudad de Pamiers. Realizaron asaltos e hicieron saber a los de Pamiers, que si no compraban su trigo y sus viñas, lo incendiarían y destruirían todo. Los de Pamiers sintieron miedo, pues su señor el conde estaba lejos de Bearn. Decidieron comprar a seis mil francos, pero pidieron quince días de plazo y se los concedieron. El conde de Foix fue informado de este suceso. Se apresuró todo lo que pudo, reunió a gentes de todos lados y marchó a galope hacia Pamiers. Pasó por La Garde y conquistó la puerta de hierro, y llegó a la ciudad de Pamiers. Las gentes acudían de todas partes y reunió a unas doscientas lanzas. Sin duda habría combatido a mi señor Jean de Armagnac y a sus gentes si le hubiesen esperado, pero se retiraron y entraron en el condado de Comminges sin el dinero de los de Pamiers, pues no tuvieron el placer de esperarlo. Pero no por eso el conde de Foix libró a sus gentes de pagarlo, sino que dijo que lo tendría y que lo había ganado por haber acudido hasta allí a echar a sus enemigos del país. Lo obtuvo y con él pagó a sus gentes de armas. Allí se quedó hasta que las buenas gentes hubieron arreglado sus asuntos, hubieron hecho su vendimia y estuvieron seguros». «A fe mía, caballero, os he oído con mucho gusto», le dije. A esa hora pasamos al lado de un castillo que se llama Brétices y luego de otro que llaman Bacelle, en el condado de Comminges.

Mientras cabalgábamos, vi al otro lado del río un castillo muy grande y hermoso, y una villa de hermoso aspecto. Pregunté al caballero cómo se llamaba aquel castillo. Me dijo que lo llamaban Montespan y es de un primo del conde de Foix. En sus armas lleva unas vacas y le llaman

Roger d'Espagne. Es un gran barón y terrateniente en este país y en Toulouse. Ahora es senescal de Carcassonne. Entonces le pregunté al caballero: «¿Tiene algo que ver este Roger d'Espagne con mi señor Charles d'Espagne que fue condestable de Francia?» El caballero me respondió: «No es de esos españoles, pues mi señor Roger d'Espagne y mi señor Charles de quien vos habláis vienen de antiguo del reino de España y eran de extracción española y franceses por parte de madre, y eran primos hermanos del rey Alfonso de España. En mi juventud Roger d'Espagne sirvió en las guerras de Bretagne y siempre estuvo de parte de San Charles de Blois y en contra del conde de Montfort».

Dejamos de hablar de esta materia y aquel día llegamos a Saint-Gaudens, una buena villa del condado de Foix y al día siguiente fuimos a cenar a Montrejeau, una buena villa fortificada, que pertenece al reino de Francia y a mi señor Roger d'Espagne. Después de cenar, montamos a caballo y cogimos el camino de Lourdes y Mauvezin. Cabalgamos por unas landas que se extienden hasta unas quince leguas hacia Toulouse y que llaman Landes de Burg donde hay muchos pasos peligrosos.

En medio de las Landes de Burg está situado el castillo de Lannemezan, que pertenece al conde de Foix y está a una gran legua más allá de la villa de Tournay debajo de Mauvezin. El caballero me mostró el castillo y me dijo: «Ahí está Mauvezin. ¿Contáis en vuestra historia de la que me habéis hablado, cómo el duque de Anjou en el tiempo en que estuvo en este país y marchó ante Lourdes, puso sitio y conquistó el castillo de Trigalet que vemos ahí delante y que pertenece al señor de la Barre?» Pensé un poco y le dije: «Creo que no cuento nada de

esto y que nunca me informaron de ello. Os ruego que me lo contéis, pero antes de que olvide preguntároslo, decidme qué ha ocurrido con el Garonne, pues ya no lo veo». «Tenéis razón, me dijo el caballero, sigue por esas montañas y nace de una fuente a tres leguas de aquí como para ir a Cataluña, bajo un castillo que llaman Saint-Béat, el último castillo del reino de Francia en las fronteras de este lado por las marcas del reino de Aragón. En la actualidad, el señor del castillo y de todas las tierras de alrededor es un escudero llamado Arnauton, bastardo de Espagne y primo hermano de mi señor Roger d'Espagne. Si le conocierais, hablaríais bien de él. Tiene aspecto y conducta de buen hombre de armas. Este bastardo de Espagne ha causado más contrariedades y perjuicios a los de Lourdes que todos los caballeros y escuderos de este país, y os digo que el conde de Foix le quiere bien, pues es su compañero de armas. Dejaré de hablar de él y espero que estas navidades lo conozcáis en el hostal del conde de Foix. Ahora os hablaré del duque de Anjou, cómo llegó a este país y lo que hizo». Entonces cabalgamos muy bien y empezó a hablar de este modo:

«Al principio de las guerras por las que se reconquistaron a los ingleses lo que tenían en Aquitaine, mi señor Olivier Clisson se hizo francés y condujo al duque de Anjou, como sabéis, a Bretagne a la tierra que tenía mi señor Robert Knollys, y al sitio de Derval. Creo que todo esto constará en vuestra historia, y también el tratado que mi señor Hue Bree, su primo, hizo con el duque de Anjou de entregarle el castillo y entregó rehenes por si venía alguien más fuerte que el duque de Anjou a levantar el sitio. Y cuando mi señor Robert

Knollys se metió en el castillo de Derval, no quiso mantener los tratados». «Cierto, señor, todo esto lo tengo», contesté. «¿Y sabéis algo de la escaramuza que tuvo lugar delante del castillo y dónde fue herido mi señor Olivier de Clisson?» «No lo sé, respondí, no lo recuerdo. Habladme de la escaramuza y del asedio, porque quizás lo sabéis de otro modo al que yo lo conozco. Volveréis otra vez a vuestra conversación de los de Lourdes y Mauvezin». «Cierto, dijo el caballero. Os lo contaré. Mi señor Garsis du Châtel, un muy valiente caballero de este país y buen francés, había ido a buscar al duque de Anjou para conducirlo delante de Mauvezin. El duque había hecho un llamamiento para mantener su jornada ante Derval y nombró a mi señor Garcis mariscal de toda su hueste por su valor. Bien es cierto, según oí después, que cuando vio que mi señor Robert Knollys había roto sus tratados y que el castillo de Derval no se entregaría, se acercó al duque y le preguntó: "Mi señor, ¿qué haremos con estos rehenes? No es su culpa que el castillo no se haya entregado y sería gran piedad que les hicierais morir, pues son gentüeshombres que no merecen la muerte". "Entonces, preguntó el duque, ¿es mejor liberarlos?" "Sí, a fe mía, mi señor", respondió el caballero, que sentía gran piedad. "Id y haced vuestra voluntad", respondió el duque. A estas palabras, mi señor Garsis du Châtel, tal y como me contó, se fue a liberar a los rehenes de Derval. Se encontró en su camino a mi señor Olivier Clisson que le preguntó de dónde venía y a dónde iba. Él respondió: "Vengo de estar con mi señor de Anjou y voy a liberar a los rehenes". "¿Liberar?, preguntó mi señor Oliver. Esperad un poco o volved conmigo junto al duque". Volvieron juntos y llegaron ante el

duque que estaba muy pensativo en su tienda. Mi señor Olivier le saludó y luego le dijo: "Mi señor, ¿cuál es vuestra intención? ¿No van a morir los rehenes? A fe mía que lo harán para despecho de mi señor Robert Knollys y de mi señor Hue Bree que han mentido por su fe, y bien quiero que sepáis que si no mueren, en un año no me pondré el bacinete en la cabeza para vuestra guerra. Buen negocio habrían hecho si quedarán en libertad. Este asedio os ha costado sesenta mil francos. ¿Queréis encima conceder gracia a vuestros enemigos que se han comportado con vos sin ninguna lealtad?" A estas palabras, el duque de Anjou volvió a irritarse y dijo: "Mi señor Olivier, haced lo que os parezca bien". "Quiero que mueran, dijo mi señor Olivier, pues hay motivo ya que no mantienen nuestros pactos". Entonces se separó del duque y se fue a la plaza delante del castillo y mi señor Garsis no se atrevió a pedir por ellos, pues vano habría sido su esfuerzo ya que mi señor Olivier de Clisson se había encargado del asunto. Hizo llamar a un anjevino que era el verdugo, y allí hizo decapitar a dos caballeros y a dos escuderos, de los que mucho se apiadaron y a los que lloraron más de doscientos en la hueste. Enseguida, mi señor Robert Knollys hizo abrir una poterna del castillo y sobre los fosos hizo decapitar, para despecho de los franceses, a todos los prisioneros que tenía, y luego hizo abrir la puerta del castillo y bajar el puente, y salir a sus gentes hasta las barreras y más allá, para combatir y escaramucear a los franceses. Y os digo, tal y como me contó mi señor Garcis, que allí hubo una dura y feroz escaramuza. Mi señor Olivier Clisson fue herido de un disparo por lo que tuvo que regresar a su tienda casi al principio, y allí fueron muy buenos

hombres de armas, dos escuderos de Bearn, Bertrand de Baruge y Arnauton du Puy, realizaron grandes hechos de armas y los dos fueron heridos. Al día siguiente, desacamparon y el duque se fue con las gentes de armas que había tenido ante Derval, a Toulouse y de allí a este país con la intención de destruir Lourdes, pues los de Toulouse se quejaban mucho por los grandes daños que les causaban a diario.

»Todo sucedió tal y como os lo cuento. El primer sitio que puso el duque de Anjou y sus gentes, fue delante del castillo de Mauvezin, que tenemos en frente de nosotros. El duque tenía en su compañía a ocho mil combatientes sin contar a los genoveses ni a los comunes de las buenas villas de las senescalías del país. El capitán del castillo de Mauvezin era en aquel entonces un escudero gascón llamado Raymonnet de l'Épée, un hombre muy experto en armas. Todos los días había en las barreras del castillo escaramuzas y hechos de armas grandes y hermosos, arrojamientos y choques de lanzas, incursiones y asaltos de los compañeros que querían progresar. El duque y sus gentes estaban acampados en estos hermosos prados entre Tournay y el castillo, junto al hermoso río Lose.

«Mientras continuaba el sitio delante del castillo de Mauvezin, mi señor Garsis du Châtel, mariscal de hueste, se dirigió con quinientos combatientes, dos mil arqueros y ballesteros, y otros dos mil hombres de comunas a asediar el castillo de Trigalet, que hemos dejado atrás. El castillo lo defendía un escudero gascón para el señor de la Barte, pues era su primo y se llamaba Bascot de Maulion, y tenía dentro del castillo a unos cuarenta compañeros que eran todos señores de Landes de Burg. Nadie que no fuera un peregrino a Santiago, podía pasar

ni cabalgar por ese paso pues eran apresados o muertos por mucha resistencia que opusieran, y además, más allá hacia Lamaison hay otra pequeña fortaleza donde se reunieron todos los ladrones y saqueadores del país. Esa guarnición se llama Neutüleus y siempre ha estado en litigio entre el conde de Foix y el conde de Armagnac y por eso no les importó mucho a los señores cuando el duque de Anjou vino a este país.

«Cuando mi señor Garsis du Châtel llegó al fuerte de Trigalet, hizo que lo rodearan por un lado, ya que al otro lado está el río, y allá hubo grandes y duros asaltos, y muchos hombres heridos por los disparos, fuera y dentro. Allí permaneció mi señor Garsis cinco días y todos los días hubo asaltos y escaramuzas, de tal modo que los de dentro se quedaron sin artillería y ya no sabían con qué disparar, cosa que bien percibieron los franceses. Entonces mi señor Garsis hizo llamar por gentileza al capitán y cuando le vio, le dijo: "Bascot, sé bien en la situación en que os encontráis. Habéis agotado la artillería y no tenéis nada para defenderos del asalto, salvo las lanzas. Sabed que si sois apresados por la fuerza, no podré salvaros ni a vos ni a vuestros compañeros. Os matarán los comunes de este país. No me gustaría nada verlo, puesto que sois mi primo. Os aconsejo que entreguéis el fuerte. Nunca os podrán vituperar porque lo abandonéis y marchéis a otra parte. Bien habéis mantenido esta frontera". "Mi señor, respondió el escudero, bien me gustaría hacer lo que me aconsejáis, pues ciertamente soy vuestro primo, pero yo solo no puedo entregar el fuerte, pues ahí dentro hay muchos otros como yo, aunque me consideren su capitán. Volveré al castillo y les expondré lo que me

habéis dicho. Si están de acuerdo en entregarlo, no lo querellaré, y si deciden aguantar, esperaré la aventura con ellos sea cual sea su desenlace." "Está bien, respondió mi señor Garsis, podéis retiraros cuando queráis, pues ya conozco vuestras intenciones".

»En esto, Bascot de Maulion regresó al castillo de Trigalet y cuando llegó, reunió a todos los compañeros en el patio y les contó todo lo que mi señor Garsis le había dicho. Les pidió opinión y consejo acerca de qué cosa era mejor hacer. Se aconsejaron largo rato. Unos querían esperar la aventura y decían que aún podían resistir mucho, otros querían marcharse y decían que ya era hora pues no tenían artillería, veían cruel al duque de Anjou y muy irritadas a las comunas de Toulouse y de Carcassonne y de las villas de los alrededores por los grandes daños que les habían causado. Después de reflexionar mucho, decidieron entregar el fuerte, pero tendrían que ser conducidos a salvo hasta Chastelculier donde sus compañeros mantenían la frontera tolosana. En este estado de cosas volvió Bascot a la hueste a hablar con mi señor Garsis, que les concedió todo lo que pedían pues no veían nada fácil de conquistar el castillo y que podría costarle mucha gente. Entonces se dispusieron a marchar y cargaron con todo lo que pudieron. Tenían un buen botín de pillaje y se llevaron lo mejor y lo más bueno, y dejaron el resto. Mi señor Garsis du Châtel hizo que los condujeran a salvo y sin peligro hasta Chastelculier.

»De este modo consiguieron los franceses por aquel entonces el castillo de Trigalet. Mi señor Garsis lo entregó al común del país que estaban en su compañía para que hicieran con él lo que quisieran. Lo derribaron

dejándolo en el estado en que lo habéis visto, pues luego nadie tuvo intención de reconstruirlo. Y de allí mi señor Garsis quiso marchar al castillo de Neutilleux, que se encuentra en las landas muy cerca de Lamaison, para ayudar a los compañeros que lo defendían, pero por el camino le dijeron: "Mi señor, nada tenéis que hacer allí porque no encontraréis a nadie en el castillo de Neutilleux. Los que lo guardaban, se han marchado unos por allí, otros por allá, no sé sabe a dónde". Entonces mi señor Garsis du Châtel se detuvo y pensó qué podía hacer. Allí estaba el senescal de Nebosen que dijo: "Señor, ese castillo se encuentra en mi senescalía y debe ser mantenido para el conde de Foix. Os ruego que me lo entreguéis y haré que lo guarden bien a mis costes y jamás entrará hombre que quiera perjudicar al país". "Señor, dijeron los de Toulouse, ha hablado bien. El senescal es valiente y hombre noble. Vale más que lo tenga él que cualquier otro". "Me parece bien", respondió mi señor Garsis. De este modo fue entregado el castillo de Neutilleaux al senescal de Nebosen, que enseguida cabalgó hacia allí y se metió dentro encontrándolo vacío y sin gente. Hizo algunas reparaciones y nombró capitán a un escudero del país llamado Fortefiet de Saint-Pol, y luego regresó al sitio de Mauvezin donde estaba el duque de Anjou. Mi señor Garsis du Châtel ya había llegado con todas sus gentes y había contado al duque su cabalgada y lo que había hecho.

»El sitio ante el castillo de Mauvezin duró unas seis semanas y casi todos los días había junto a las barreras hechos de armas y escaramuzas que hacían los de dentro a los de fuera. Os digo que los de Mauvezin habrían resistido mucho, pues el castillo era difícil de conquistar

salvo por largo asedio. Pero les sucedió que les quitaron el agua que tenían de una fuente fuera del castillo y las cisternas que tenían dentro se secaron, pues no cayó una gota de agua del cielo en las seis semanas. Hizo mucho calor y hubo una gran sequedad y los de la hueste tenían a su disposición el hermoso río Lose que corre claro y rápido, del que se servían ellos y sus caballos.

»Cuando los compañeros de la guarnición de Mauvezin se encontraron en esta situación, empezaron a atemorizarse, pues no podían durar mucho. Tenían vino en abundancia, pero les faltaba agua dulce. Decidieron tratar con el duque y asilo hicieron. Su capitán, Raymonnet de l'Epée, consiguió un salvoconducto para ir a la hueste a hablar con el duque, y le dijo: "Mi señor, mis compañeros y yo os entregamos el castillo de Mauvezin, si nos queréis hacer buena compañía". "¿Qué compañía queréis que os haga? le dijo el duque. Marchad cada uno por vuestro camino y a vuestros países y no os metáis en fuerte que nos sea contrario, porque si os cojo, os entregaré a Janselin que os hará la barba sin afeitaros". "Mi señor, dijo Raymonnet, en caso de que nos retiremos a nuestras casas, querremos llevarnos lo que es nuestro, pues lo hemos conquistado con el esfuerzo de las armas y en gran aventura". El duque pensó un momento y luego le respondió así: "Me parece bien que os llevéis todo lo que podáis en las acémilas, pero si tenéis prisioneros, nos los entregaréis". "De acuerdo", le dijo Raymonnet. Así fue el pacto, tal y como me lo habéis oído contar, y todos los de dentro salieron, y entregaron el castillo al duque de Anjou llevándose por delante todo lo que pudieron, y cada uno se fue a su casa o a buscar mejor suerte. Raymonnet de l'Épée se hizo francés y

luego sirvió durante mucho tiempo al duque de Anjou. Pasó a Italia con él y murió en una escaramuza delante de la ciudad de Nápoles, cuando el duque de Anjou y el conde de Savoie hicieron allí su viaje.

»En este tiempo obtuvo el duque de Anjou el castillo de Mauvezin tal y como os lo he contado, querido maestro. Mucho se alegró por ello y lo hizo defender por un caballero de Bigorre llamado Chiquart de la Perriére. Luego se lo dio al conde de Foix que aún lo tiene y lo tendrá mientras viva. Lo hace guardar bien por un caballero de Bigorre que es de su linaje y que se llama Raimond de Landes. Cuando el duque de Anjou obtuvo la posesión de Mauvezin y hubo liberado a ese país y todas las Landes de Burg de ingleses y saqueadores, se fue a poner sitio ante la villa y el castillo de Lourdes. Entonces el conde de Foix sospechó del duque de Anjou por el hecho de que viniera a verle tan de cerca y no saber muy bien qué iba a hacer. El conde hizo un llamamiento de caballeros y escuderos y los envió por todas sus guarniciones. Dispuso a mi señor Arnaut Guillaume en la villa de Morlens con doscientas lanzas, a su otro hermano Pierre de Bearn con doscientas lanzas en la villa de Pau, a mi señor Pierre de Gabaston en la ciudad de Escaldes con doscientas lanzas, a mi señor Monnaut de Nouvelles en la villa de Hartiel con doscientas lanzas, a mi señor Arnaut Geberiel en la villa de Montgerbiel con cien lanzas, a mi señor Foucaut d'Orchery en la villa de Sauveterre con cien lanzas y yo mismo fui enviado a Mont de Morsen con doscientas lanzas. No hubo castillo en todo Bearn que no estuviera bien provisto de buenas gentes de armas. Él se quedó en su castillo de Orthez con sus florines». «¿Tiene muchos,

señor?», pregunté al caballero. «A fe mía, me respondió, en la actualidad el conde de Foix debe tener unos tres millones y no hay año que no reparta unos sesenta mil, pues no conozco a señor más generoso que él». «¿A qué gentes concede esos dones, señor?», le pregunté. «A los extranjeros, caballeros, escuderos que cabalgan por su país. A heraldos, ministriles y a todos los que hablan con él. Nadie se marcha sin sus dones, pues si alguien lo hiciera, se enfadaría mucho», me respondió. «¡Ay, Santa María!, le dije, ¿y para qué guarda todo ese dinero? ¿De dónde lo saca? ¿Tan altas rentas tiene? Me gustaría saberlo, señor, si os place así». «Sí, me dijo el caballero, lo sabréis. Pero me habéis preguntado dos cosas y os las tendré que explicar una detrás de la otra. Empezaré por la primera.

»En primer lugar me habéis preguntado con qué fin guarda tanto dinero. Os digo que el conde de Foix siempre está temiendo algo por la guerra que mantiene con el conde de Armagnac y por los posibles ataques de sus vecinos, el rey de Francia y el rey de Inglaterra, a los que jamás querría disgustar. Muy bien ha sabido disimular en la guerra de ellos dos hasta el momento, pues jamás se ha armado en ninguna de las dos partes y está a buenas con las dos. Os digo, y vos diréis lo mismo en cuanto le conozcáis y le oigáis hablar y hayáis visto su casa, que es el príncipe más prudente que existe en la actualidad. Nada le dolería más que disgustar al rey de Francia o al rey de Inglaterra. Nada le importan sus otros vecinos, el rey de Aragón o el rey de Navarra, pues lograría reunir a más gentes de armas que ellos. Ha conquistado tantos amigos con sus dones y puede conseguir a tanta gente con su dinero como ninguno de

estos dos reyes lo lograrían ni una vez ni dos. Le he oído decir, que cuando el rey de Chipre estuvo en su país de Bearn y le contó el viaje al Santo Sepulcro, le entusiasmó tanto la idea de la conquista de ultramar, que si el rey de Francia y el rey de Inglaterra hubieran ido, después de ellos él habría sido el señor con la mayor tropa y el que hubiera realizado la mejor empresa. Todavía no ha renunciado a ello y en parte es por eso por lo que reúne y guarda tanto dinero. En la época en que el príncipe de Gales reinaba en Aquitaine y vivía en Bordeaux, el príncipe le puso en un aprieto. Le amenazó por el país de Bearn y quería que lo tuviera a través de él. El conde de Foix dijo que no pensaba hacerlo pues Bearn es tierra franca y no debe homenaje a ningún señor del mundo. Y el príncipe, que en aquel tiempo era muy temido, dijo que lo pondría a su merced. Y ya habría tratado de hacer algo, porque el conde de Armagnac y el señor de Albret, que odian al conde de Foix por las victorias que ha obtenido sobre ellos, instigaban para que lo hiciera, pero se lo impidió el viaje que el príncipe hizo a España. Y también mi señor John Chandos, que era muy estimado por el príncipe, aconsejó al príncipe que no guerreara con el conde de Foix. Mi señor John apreciaba mucho al conde por su valor. Pero el conde tuvo miedo del príncipe, al que veía grande y tremendamente caballeresco, y empezó a reunir un gran tesoro para que le ayudara a defenderse contra él si le invadía sus tierras. Gravó a todo su país y a sus villas con impuestos que todavía duran y durarán mientras viva. Por cada feudo recibe dos francos al año y con esto consigue reunir mucho dinero al año.

Sus gentes se lo pagan de muy buen grado. De este modo, no hay francés, inglés o ladrón que les hagan injusticia con sus dineros y toda su tierra está a salvo pues muy bien defiende la justicia pues es el señor más duro y legal que existe al ajusticiar».

Con estas palabras llegamos a la villa de Tournay donde teníamos albergue. El caballero dejó su cuento y yo no le pregunté nada más, pues bien sabía dónde lo había dejado y que lo continuaría ya que todavía debíamos cabalgar juntos. Aquella noche estuvimos muy bien alojados en el hostal de l'Étoile.

Cuando llegó la hora de cenar, el señor del castillo de Mauvezin, que se llamaba Raimond de Landes, vino a vernos y a cenar con nosotros. Con él trajo cuatro botellas llenas de vino blanco mejor que cualquiera de los que había probado por el camino. Estos dos caballeros estuvieron conversando largo rato y mi señor Raimond se marchó muy tarde a su castillo de Mauvezin. Por la mañana montamos en nuestros caballos y salimos de Tournay. Vadeamos el río Adour y cabalgamos a la ciudad de Tarbes. Entramos en Bigorre y dejamos a la izquierda el camino a Lourdes y a Bagnères y el castillo de Montgaillard, y nos dirigimos a una villa llamada en el país Civitat. La pasamos de largo y llegamos a un bosque en la tierra del señor de Barbazan, muy cerca de un castillo llamado Mascaras, a la entrada del Pas-du-Larre. En esto, el caballero me dijo: «Ved ahí, mi señor Jean, el Pas-du-Larre». Entonces contemplé el paisaje y me pareció muy extraño y, si no hubiera sido por la compañía del caballero, me habría sentido perdido y en muy gran aventura. Recordé las palabras que me había dicho, dos o tres días antes, acerca del Pas-du-Larre y de

Mongat de Lourdes y de cómo murió. Le dije: «Anteayer me dijisteis, mi señor, que cuando llegáramos al Pas-du-Larre, me contaríais la historia de Mongat de Lourdes y de cómo murió». «Es cierto, me dijo el caballero. Cabalgad a mi lado y os lo contaré». Entonces avancé y me puse a su lado para oírle y comenzó a hablar así: «En la época en que Pierre de Antin tenía el castillo y la guarnición de Artigat, tal y como ya os he contado, los de Lourdes cabalgaban alguna vez a la aventura lejos de su fortaleza. Os digo que no tenían ninguna ventaja, pues muy cerca, en el castillo de Barbazan y en el de Mascaras siempre ha habido gentes de armas en guarnición, sin contar a los de Bagnères, Tournay, Montgaillard, Salenges, Bénac, Gorre y Tarbes, que son todas, villas y guarniciones francesas. Cuando estas guarniciones se enteraban que los de Lourdes cabalgaban hacia Toulouse o hacia Carcassonne, los sorprendían en emboscadas para robarles todos los pillajes que traían. Unas veces se derribaban mutuamente y otras, los de Lourdes pasaban sin encontrar a nadie. Sucedió una vez que Arnauton de Sainte-Colomme, Mongat de Saint-Cornille y el Bastardo de Cardeilhac salieron de Lourdes con ciento veinte lanzas de buenas gentes de armas y por estas montañas entre los dos ríos Adour y Lése, llegaron a Toulouse. A su regreso cogieron de los prados mucho ganado, vacas, bueyes, cerdos, ovejas, y apresaron a muchos buenos hombres del país llano y se los llevaron con ellos. Un escudero llamado Arnauton Bisette, hombre muy experto en armas, contó al capitán de Tarbes cómo se comportaban los de Lourdes y cabalgaban por el país. Se lo hizo saber al señor de Bénac y a Angelot de Landes, hijo de mi señor Raymond, y también al señor de

Barbazan, y les dijo que quería cabalgar contra ellos. Estos caballeros y escuderos de Bigorre se pusieron de acuerdo y se reunieron todos en Tournay. Y también estuvo allí el Bastardo d'Espagne que llegó con su guarnición de Saint-Béat. Eran unas doscientas lanzas y enviaron por el país a sus espías para saber por dónde pasaban los de Lourdes a la vuelta. Por su parte, los de Lourdes también tenían a sus espías para saber si se encontrarían con gentes de armas por los campos. Por los espías supieron de sus mutuas disposiciones. Cuando los de Lourdes se enteraron de que las guarniciones francesas cabalgaban y les esperaban en Tournay, tuvieron miedo. Mantuvieron consejo para decidir cómo actuarían y cómo pondrían a salvo su botín. Y dijeron: "Nos dividiremos en dos grupos. Uno conducirá el ganado y en ese grupo estarán nuestros criados que cogerán el camino de Landes de Burg y llegarán al puente de Tournay y pasarán el río Lése entre Tournay y Mauzevin. Los otros cabalgarán por las cimas de las montañas para volver por el Pas-du-Larre debajo de Mascaras y caer entre Barbazan y Mont-gaillard. Si podemos pasar a salvo el río con nuestro botín y reunimos todos en Montgaillard, ya nada deberemos vigilar, pues estaremos muy pronto en Lourdes". Así lo hicieron. El Bastardo de Cardeilhac, Guillonet de Harnes, Perrot Boursier, Jean Calemin de Baselle y cuarenta lanzas cogieron a todos sus criados y les dijeron: "Vosotros os llevaréis el ganado y los prisioneros a Landes de Burg. Bajaréis por Tournay y Mauzevin, y allí pasaréis el río por el puente y seguiréis hasta Civitat y Montgaillard. Nosotros haremos el otro camino por Mascaras y Barbazan, y nos encontraremos todos en

Montgaillard". Se hizo tal y como se ordenó. En la tropa iban Arnauton de Rostan, Arnauton de Sainte-Colomme, Mongat de Cardeilhac y otros ochenta compañeros todos hombres de armas. Se colocaron sus placas, se pusieron los bacinetes y cogieron sus lanzas, y cabalgaron en apretadas filas como si fueran a combatir de inmediato. Y no esperaban otra cosa, pues sabían a sus enemigos en los campos.

»Del mismo modo que los de Lourdes mantuvieron consejo acerca de cómo retornar, los franceses también pensaron cómo podrían encontrarles. Mi señor Mongat de Barbazan y Arnauton Bisette dijeron: "Bien sabemos que los de Lourdes están por aquí y que regresan con mucho ganado y gran cantidad de prisioneros. Mucho nos irritaremos si se nos escapan. Haremos dos emboscadas, pues somos gente suficiente". Entonces se ordenó que Arnauton, el Bastardo de Espagne y mi señor Raymond de Bénac y Angelot de Landes guardaran el paso de Tournay con cien lanzas. Al menos el ganado y los prisioneros pasarían por allí el río Adour. El señor de Barbazan y Arnauton Bisette cabalgarían a la aventura con otras cien lanzas para ver si les podían encontrar. Así se separaron unos de otros. El señor de Bénac y el Bastardo de Espagne se emboscaron en el puente entre Mauvezin y Tournay. Los otros se fueron directamente al paso por donde cabalgamos ahora y que llaman de Larre. Se encontraron y en cuanto se hubieron visto, desmontaron en seguida de sus caballos y los dejaron ir a pastar. Empuñaron sus lanzas y se echaron encima unos sobre otros, pues el combate era inevitable, gritando cada uno sus gritos; "¡Saint George. Lourdes y Notre Dame de Bigorre!" Comenzaron a atacar y a empujar fuertemente

con las lanzas. Se apoyaban en sus pechos para empujar y nada se escatimaban. Así estuvieron un rato, golpeándose y empujando con sus lanzas, de tal modo que como luego oí decir a los que estuvieron, aquello parecía un puente. Al principio nadie fue derribado al suelo. «Cuando hubieron empujado bastante con sus lanzas, las arrojaron al suelo. Ya estaban muy enardecidos, cogieron sus hachas y empezaron a combatir con ellas y a asestar grandes y terribles golpes. En esta situación y en esta partida de armas estuvieron más de tres horas. Se golpearon e hirieron terriblemente. Cuando alguno se sentía mal y tan agotado que ya no le salía ni el aliento de modo que no se podía sostener, se iba a sentar en medio del prado, se quitaba el bacinete y volvía a combatir. Creo que desde la batalla de Trente en Bretagne no se había vuelto a ver tan duro encuentro, tan buen trabajo ni batalla tan bien combatida, como esta de Mascaras en Bigorre. Allí estuvieron mano a mano unos sobre otros. Allí estuvo a punto de ser destruido Arnauton de Sainte-Colomme, un buen escudero y gran y duro hombre de armas, por un escudero de este país llamado Guillonet de Salenges. Lo había dejado sin aliento, cuando ocurrió lo que os voy a contar.

»Arnauton de Sainte-Colomme tenía un criado que estaba contemplando la batalla. No combatía ni nadie se lo pedía. Cuando vio que su amo estaba a punto de ser derrotado, se encolerizó y se acercó a su amo. Le cogió el hacha con la que estaba combatiendo y al cogerla, le dijo: "Arnauton, id a sentaros y a descansar. No sabéis combatir". Cuando tuvo el hacha, se lanzó sobre el escudero y le asestó tal golpe sobre el bacinete, que le aturdió mucho y le hizo tambalearse y casi caer al suelo.

Al sentirse golpeado de aquel modo, Guillonet se irritó mucho y quiso abalanzarse sobre el criado intentando golpearle con su hacha en la cabeza. Pero el criado esquivó el golpe y no fue alcanzado. Abrazó al escudero que estaba muy cansado por haber combatido largo rato, y en la lucha le hizo dar la vuelta y caer al suelo debajo de él, y le dijo: "Os mataré, si no os entregáis a mi amo". "¿Quién es vuestro amo?", le preguntó, "Arnauton de Sainte-Colomme con quien tanto habéis combatido hoy". El escudero vio que no le llevaba ninguna ventaja y que estaba debajo del criado que llevaba una daga para herirle, si no se le entregaba. Se entregó y acordó estar como prisionero en Lourdes con rescate o sin él. Ese fue el servicio que hizo el criado a su amo. Os digo, mi señor Jean, que allí hubo grandes hechos de armas y compañeros que juraron, unos ir a Tarbes, y otros ir a Lourdes. Aquel día combatieron mano a mano y sin escatimarse nada Arnauton de Bisette y Mongat de Sainte-Bazeille, los cuales realizaron grandes hechos de armas. Tanto combatieron que se agotaron y no se pudieron ayudar. Allí murieron los dos capitanes, Mongat de Lourdes y, del otro lado, Arnauton de Bisette.

«Entonces terminó la batalla por acuerdo de unos y otros, pues estaban tan rendidos que ya no podían ni sostener sus hachas ni sus lanzas, y algunos se desarmaban para refrescarse y dejaban allí sus armaduras. Los de Lourdes se llevaron muerto a Mongat y los franceses a Arnauton Bisette a Tarbes. Para rememorar esta batalla, se colocó una cruz de piedra ahí donde los dos escuderos se derribaron y murieron. Mirad, ahí está».

Con estas palabras caímos sobre la cruz y cada uno dijimos oraciones por las almas de los muertos, un Pater Noster, un Ave María y un Fidelium.

RICARDO II Y SU CONSEJO



183. Como ya se ha contado en esta historia, sabéis que los tíos del rey de Inglaterra, el duque de York y el duque de Gloucester, el conde de Salisbury, el conde de Arundel, el conde de Northumberland, el conde de Notingham y el arzobispo de Canterbury estaban aliados en contra del rey y de su consejo, pues se comportaban muy mal con ellos y en respuesta decían: «Ese duque de Irlanda hace en Inglaterra y del rey lo que quiere. El rey no está aconsejado más que por gentes malvadas y de baja extracción en comparación con los príncipes. Mientras siga con ese consejo, las cosas no pueden marchar bien, pues un reino no puede estar gobernado ni un señor bien aconsejado por gentes malvadas. Cuando un pobre hombre se eleva de condición y su señor le

protege, corrompe y destruye a su pueblo y a su país. Un pobre hombre hambriento, que no sabe lo que es el honor, desea engullirlo todo, como una nutria que entra en un estanque y destruye todos los peces que encuentra. ¿A qué viene que ese duque de Irlanda sea tan apreciado por el rey? Bien conocemos su extracción y procedencia, y que el reino de Inglaterra será totalmente gobernado por él y que dejará de lado a los tíos del rey y a los de su sangre. Eso no lo debemos consentir ni soportar». «Bien sabemos quién es el conde de Oxford, decían otros. El hijo del conde Aubrey de Oxford que jamás tuvo fama en este país ni de honor ni de prudencia, ni de consejo, ni de gentileza». «Muy bien se lo demostró una vez mi señor Chandos en el hostal del príncipe de Gales, en Saint André de Bordeaux». «¿Cómo lo hizo?», preguntó otro que quería llegar al fondo. «Os lo contaré, respondió el caballero, pues yo estaba presente. Servían vino en una cámara donde se encontraba el príncipe con gran cantidad de señores de Inglaterra. Cuando el príncipe hubo bebido, llevaron después la copa a mi señor John Chandos que era condestable de Aquitaine. La cogió y bebió, sin hacer ningún ademán de hacer beber antes que él al conde de Oxford, padre de éste. Después de que mi señor John Chandos hubiera bebido, uno de sus escuderos llevó el vino al conde de Oxford. El conde, muy indignado de que Chandos hubiera bebido antes, no quiso beber y dijo al escudero que sostenía la copa a modo de burla: "Ve y dile a tu amo Chandos que beba". "¿Por qué? Él ha bebido. Bebed cuando os lo ofrezco, y si no lo hacéis, por San Jorge, os lo echaré a la cara".

»Al oír estas palabras, el conde temió que el escudero hiciera lo que decía, pues era muy temerario y muy

capaz de hacerlo. Tomó la copa, se la puso en la boca y bebió, o al menos lo hizo ver. Mi señor John Chandos, que no estaba lejos de allí, lo vio y oyó todo con claridad. Además, el escudero le contó lo sucedido allí mismo, mientras el príncipe se excusaba con su canciller. Mi señor John Chandos aguantó hasta que el príncipe se hubo retirado. Entonces se dirigió hacia el conde de Oxford y le dijo así: "Mi señor Aubrey, ¿os habéis indignado porque yo, que soy condestable en este país, haya bebido antes que vos? Bien puedo y debo beber y pasar delante de vos cuando así lo quieren mi muy respetable señor el rey de Inglaterra y mi señor el príncipe. Bien es verdad que estuvisteis en Poitiers, pero no todos los que están aquí conocen de qué modo. Como yo sí lo sé, lo contaré y así se acordarán. Cuando mi señor el príncipe hubo hecho su viaje por el país de la lengua de Oc, a Carcassonne, Narbonne y volvió a Bordeaux por Fougaus y Masseres, vos decidisteis regresar a Inglaterra y os marchasteis junto al rey. ¿Y qué os dijo el rey? Yo no estuve delante, pero lo sé bien. Os preguntó si habíais hecho vuestro viaje y luego qué habíais hecho con su hijo. Vos respondisteis: "Señor, lo he dejado con buena salud en Bordeaux". Entonces dijo el rey: "¿Y cómo os atrevéis a regresar sin él, cuando pueden sucederle grandes males? Os ordeno que en cuatro días abandonéis mi reino y volváis junto a él, pues si os encuentro aquí al quinto día, os quitaré la vida y vuestra herencia". Con razón tuvisteis miedo de las palabras del rey y os marchasteis de Inglaterra. Tuvisteis muy buena suerte, porque realmente estuvisteis en compañía del príncipe de Gales cuatro días antes de la batalla, y el día de la batalla de Poitiers tuvisteis cuatro

lanzas de choque y yo sesenta. Considerad ahora si no puedo ni debo beber antes que vos, yo que soy condestable de Aquitaine". El conde de Oxford estaba avergonzado y mucho le habría gustado encontrarse en otro lugar. Pero tuvo que aguantar y oír aquellas palabras que le dijo mi señor John Chandos en presencia de todos los que quisieron oírlas. Después de esto, el caballero que hablaba con el otro, dijo: «Ahora puede uno maravillarse de que ese duque de Irlanda, hijo del conde de Oxford, nada se preocupe ni le importe lo que le puedan recordar de su padre y que emprenda el gobierno de Inglaterra por encima de los tíos del rey». «¿Y por qué debería hacerlo, cuando el rey así lo quiere?», decían otros.

Así se murmuraba en muchos lugares de Inglaterra acerca del duque de Irlanda y lo que más mermó y debilitó su honor fue que se casó con la hija mayor del señor de Coucy, que había sido hija de la hija del rey de Inglaterra, mi señora Isabelle, que era una bella dama y de más alta y noble extracción que él. Pero él se enamoró de una de las doncellas de la reina Atine de Inglaterra, una alemana, y tanto hizo con Urbano vi que se encontraba en Roma y se hacía llamar papa, que se separó de la hija del señor de Coucy sin ninguna razón y por presunción, y se casó con aquella doncella de la reina. El rey Richard lo consintió todo pues estaba tan encegado con ese duque de Irlanda que si le decía: «Señor, esto es blanco» y era negro, el rey no le habría dicho lo contrario. La madre del duque de Irlanda se irritó mucho con su hijo y se quedó con la hija del señor de Coucy en su compañía. A decir verdad, el duque obró mal y ésa fue una de las principales causas por la que

desde el principio fuera odiado en Inglaterra. Ya sabéis que cuando las cosas se ponen mal, es porque mal comenzaron. El duque de Irlanda confiaba tanto en la gracia y en el amor del rey que no pensaba que alguien pudiera perjudicarle. Había lanzado por Inglaterra una proclama común de que se impondrían impuestos y que cada feudo pagaría un noble. Así los débiles harían al fuerte. Los tíos del rey habían hecho correr rumores por Inglaterra, por las ciudades y buenas villas, de que el pueblo iba a ser gravado y que en el tesoro del rey había o debía haber grandes finanzas, que se pidieran cuentas a los que habían gobernado, a gentes como el arzobispo de York, el duque de Irlanda, mi señor Simón Burley, mi señor Michael de la Pole, mi señor Nicholas Brembre, mi señor Robert Tresillian, mi señor Pierre Gouloufre, mi señor John Salisbury, mi señor John Beauchamp, y al maestre de las factorías de lana, y que si éstos querían hacer justicia en las cuentas, se encontraría oro y plata más que suficiente para hacer frente a las necesidades de Inglaterra.

Ya sabéis que nadie paga con gusto ni saca dinero de su bolsa mientras lo pueda evitar. Estos rumores se extendieron de tal modo por Inglaterra, y especialmente por Londres que es la ciudad principal y capital del reino de Inglaterra, que todo el país se despertó y quiso saber cómo iba el gobierno del reino y que les rindieran cuentas. Los londinenses se dirigieron a mi señor Thomas de Woodstock, duque de Gloucester. Por muy maltratado que fuera por su hermano Edmund, el duque de York, todas las gentes le consideraban un hombre valiente, sensato, prudente y muy decidido en todos los asuntos. Cuando llegaron delante de él, le dijeron: «Mi

señor, la buena ciudad de Londres se encomienda a vos y todas las gentes en general os ruegan que os enteréis cómo ha sido gobernado el reino hasta ahora. La gente menuda se queja mucho pues se le exigen impuestos sobre impuestos y ayudas sobre ayudas. Desde la coronación del rey el reino ha sido gravado con impuestos sobre cosas no acostumbradas desde hacía cincuenta años. Nadie sabe qué ha sido de todo eso ni en qué se emplea. Ocupaos vos de ello, o las cosas irán mal, pues el pueblo menudo está muy dolido».

Entonces el duque de Gloucester respondió y dijo: «Buenos señores, os he escuchado con atención, pero yo solo no puedo hacer nada. Bien veo que tenéis razón de quejaros. Aunque sea hijo del rey de Inglaterra y tío del rey, no me haría ningún caso, pues mi primo el rey tiene junto a él un consejo al que cree más que a sí mismo, y ese consejo le conduce por donde quiere. Si queréis llegar hasta donde deseáis, tendríais que poneros de acuerdo con las ciudades más notables y buenas villas de Inglaterra y también con algún prelado y noble del reino, y acudir en presencia del rey. Mi hermano y yo estaríamos allí con mucho gusto y diríamos al rey: "Muy respetable señor, habéis sido coronado joven y aconsejado hasta el momento por la juventud. Por el pobre y joven consejo que tenéis junto a vos no habéis atendido bien a las necesidades de vuestro reino y por esa causa las cosas han sido mal llevadas y, tal y como habéis visto, si no hubiera sido por intervención divina, el reino de Inglaterra estaría perdido y destruido sin recuperación posible. Por eso, muy respetable señor, en presencia de vuestros tíos os suplicamos humildemente, como los súbditos deben rogar a su señor, que atendáis a

estas necesidades de modo que el noble reino de Inglaterra y la noble corona que os viene del más noble rey y el más valeroso que jamás haya existido desde que Inglaterra fue habitada, sea sostenida con prosperidad y honor, y sea defendida la justicia y el derecho del menudo pueblo que se queja. Jurasteis todo esto con vuestro sello el día de vuestra coronación. Reunid a los tres estados de vuestro reino, a los prelados, a los barones y a los hombres sensatos de las ciudades y buenas villas, y estos tres estados considerarán conjuntamente y con justicia cómo ha actuado vuestro gobierno en el tiempo pasado y si corresponde a tan alta persona como vos. Los que hayan gobernado obtendrán provecho y honor, pues habrán querido hacer bien su oficio y que a vos os plazca. Si los elegidos para oír el estado de cuentas y los asuntos de vuestro reino ven lo contrario, harán que éstos se marchen con cortesía y sin vituperio por el honor de vuestra persona, y dispondrán a otros hombres notables, en primer lugar con vuestro consejo y el de vuestros señores tíos, y luego con el de los prelados y los otros barones notables de vuestro reino". Y cuando hayáis hecho esta súplica, el rey os responderá algo, dijo el duque de Gloucester a los londinenses que estaban en su presencia. Si dice: "Mantendremos consejo", seguid adelante para atemorizarle a él y a sus acólitos. Decidle con audacia que el país no lo puede soportar más y que es increíble cómo lo ha podido aguantar hasta el momento. Nosotros estaremos a su lado, mi hermano y yo, y también estarán el arzobispo de Canterbury, el conde de Salisbury, el conde Arundel y el conde de Northumberland, pues no debéis hablar sin nosotros. Somos los más grandes de

Inglaterra y os ayudaremos a sostener vuestras palabras. Con disimulo diremos al rey que tenéis razón y cuando nos oiga hablar, no nos contradirá. De este modo tomará alguna medida. Ése es el consejo y el remedio que os doy».

Entonces los londinenses respondieron al duque de Gloucester y le dijeron: «Mi señor, nos aconsejáis bien y con lealtad. Pero sería raro que el rey y tantos señores como los que habéis nombrado, vos y vuestro hermano, estuvierais todos con nosotros». «De ningún modo, dijo el duque, San Jorge será dentro de diez días. El rey estará en Windsor y ya sabéis que el duque de Irlanda y Simón Burley siempre van con él, y también estarán otros. Mi hermano, el conde Salisbury y yo estaremos. Acudid y tenedlo todo bien preparado». «Con mucho gusto, mi señor», respondieron. Así se separaron los londinenses muy contentos del duque de Gloucester. Llegó el día de San Jorge en que el rey de Inglaterra hacía una gran fiesta al igual que habían hecho sus predecesores. Todos se reunieron en Windsor, la reina también, y hubo una gran fiesta. El día después de San Jorge llegaron los londinenses con sesenta caballos y lo mismo hicieron los de York, los de Coventry y gran cantidad de villas notables de Inglaterra, y se alojaron en Windsor. El rey quería marchar a un parque a tres leguas de allí y aún lo deseó más en cuanto se enteró que gentes de las comunidades de Inglaterra querían hablar con él, pues mucho temía un consejo y nunca quiso ni oír hablar de ello. Pero sus tíos y el conde de Salisbury le dijeron: «Mi señor, no podéis marcharos. Gentes de muchas villas de Inglaterra han venido hasta aquí. Debéis oírles y saber lo

que piden, y luego les responderéis o tendréis consejo para responderles». Se quedó de mala gana.

185. Aquellas gentes acudieron ante su presencia a la sala de abajo donde antiguamente se encontraba el hostal. Allí estaba el rey con sus dos tíos, el arzobispo de Canterbury, el obispo de Winchester y el obispo de Ely canciller, el conde de Salisbury, el conde de Northumberland y muchos otros. Allí hicieron sus peticiones y ruegos al rey aquellas buenas gentes de las buenas villas, y habló en nombre de todos un burgués de Londres llamado señor Simón Susbery, hombre prudente y de buen lenguaje. Había preparado su discurso muy bien y con gran juicio aconsejado e informado por el duque de Gloucester. Acabáis de oír el contenido y no voy a hablar otra vez sobre ello pues sería repetir.

Cuando el rey lo hubo oído todo, respondió de este modo: «Gentes de nuestro reino, vuestras peticiones son muchas y largas. No se pueden despachar enseguida y no vamos a estar mucho tiempo juntos. Además todo nuestro consejo no se encuentra hoy aquí. Os respondemos que volváis cada uno a vuestra casa y que permanezcáis tranquilos. No volváis si no se os llama, hasta el día de San Miguel en que se ha dispuesto parlamento en Westminster. Acudid allá con vuestras peticiones y las expondremos a nuestro consejo. Aceptaremos lo que esté bien y condenaremos lo que haya que rechazar. Pero no penséis que estamos de acuerdo con nuestro pueblo. En nuestro gobierno sólo vemos derecho y justicia». «Justicia, respondieron más de siete a un mismo tiempo, demasiado débil. Vos no lo sabéis todo ni lo podéis saber, porque no lo preguntáis y

los que os aconsejan, no os lo dicen, porque mucho provecho sacan de ello. Señor rey, justicia no es cortar cabezas, puños, pies, o meter en prisión. Eso es castigo. Justicia es defender el derecho def pueblo y permitirle que pueda vivir en paz, de modo que carezca de razones para agitarse. Os decimos que el día de San Miguel es un día demasiado lejano para citarnos. De común acuerdo y consejo decimos que queremos en breve cuentas acerca de los que han gobernado vuestro reino desde vuestra coronación. Queremos saber a dónde han ido a parar las recaudaciones que se han hecho desde hace nueve años en el reino de Inglaterra. Si los tesoreros nos dan buena cuenta o aproximada, mucho nos alegraremos y os los dejaremos en vuestro gobierno, pero si no muestran bien sus censos, los diputados de vuestro reino que serán nombrados para este asunto, instituirán a nuestros señores vuestros tíos y a otros».

Después de estas palabras, el rey miró a sus tíos y se calló para saber y ver lo que decían sus tíos. Entonces habló el duque de Gloucester, mi señor Thomas, y dijo: «Mi señor, no veo más que derecho y razón en la petición y el ruego de estas buenas gentes de la comunidad de vuestro reino. ¿Y vos, buen hermano de York?». Éste respondió: «Cierto». Lo mismo dijeron todos los altos barones y prelados que allí estaban y a los que se pidió su opinión, cada uno a su turno. «Y además, siguió diciendo el duque, bien os corresponde saber qué ha ocurrido con lo que es vuestro».

El rey se dio cuenta de que todos estaban contra él y que sus mamarrachos no se atrevían a hablar, pues había demasiados muy por encima de ellos. «Me parece bien que se justifiquen, dijo el rey. Pronto llegará el verano y

deberemos ocuparnos de la caza». «¿Cómo queréis que se lleven a cabo estos asuntos? Decidlo pronto, os lo ruego», dijo el rey a los de Londres y a los otros. «Muy respetable, señor, respondieron, rogamos a nuestros señores vuestros tíos que estén presentes». «Estaremos con mucho gusto por ambas partes, tanto por mi señor como por el reino», respondieron. «Además, dijeron los londinenses, rogamos a los reverendos padres el obispo de Ely, el arzobispo de Canterbury y el obispo de Winchester, que también estén». «Con mucho gusto», respondieron. «También rogamos que acudan nuestros señores que están aquí presentes, mi señor de Salisbury, mi señor de Northumberland, mi señor Reginald Cobham, mi señor Guy de Viane, mi señor John Felton, mi señor Mathieu de Gournay. Por nuestra parte elegiremos a dos o cuatro hombres notables y discretos de cada una de las ciudades y buenas villas de Inglaterra, para que hablen en nombre del resto de la comunidad de Inglaterra». Todas estas peticiones fueron aceptadas y se fijó la reunión para las octavas de San Jorge, en Westminster, y todos los oficiales del rey y los tesoreros debían estar presentes para rendir cuentas ante los señores nombrados. El rey estuvo de acuerdo y sus tíos, los señores y los de las buenas villas, le rogaron solamente sin obligarle a nada, que quisiera acudir a Londres o cerca, a Camden o Redbridge pues bien le correspondía conocer los asuntos de su país y cómo habían ido en tiempos pasados. Concedió todo esto sin poner dificultades. La asamblea de San Jorge en Windsor concluyó amigablemente y los señores regresaron a Londres. Se escribió y llamó a todos los oficiales y tesoreros del reino de Inglaterra para que acudieran con

sus cuentas, so pena de deshonra de sus personas y de sus bienes.

Llegó el día de cuentas en Westminster en presencia de los tíos del rey, de los diputados, prelados, condes, barones y burgueses de las buenas villas. Aquellas cuentas duraron más de un mes. Hubo algunos que no rendían buena ni honorable cuenta. A mi señor Simón Burley se le encontraron doscientos cincuenta mil francos de atrasos, pues había ayudado a gobernar al rey en su juventud. Le preguntaron qué había ocurrido con todo aquello. Se excusó alegando que no había hecho nada sin el consejo del arzobispo de York, maestre William Neville, hermano del señor de Neville, y de los chambelanes del rey. mi señor Robert Tresilian, mi señor William Beauchamp, mi señor John de Salisbury, mi señor Nicholas Brembre, mi señor Pierre Gouloufre y otros. Cuando éstos fueron llamados ante el consejo, se excusaron echándole a él toda la culpa. En medio de esta agitación, mantuvo un consejo secreto con el duque de Irlanda y éste le dijo: «Mi señor Simón, he oído decir que os van a arrestar y meter en prisión hasta que hayáis devuelto la suma que os piden. No discutáis nada e id a donde os envíen. Yo conseguiré vuestra paz. Tengo que recibir del condestable de Francia sesenta mil francos por el rescate de Jean de Bretagne que me debe, tal y como ya sabéis. Os los prestaré para apaciguar al consejo por el momento. Al fin y al cabo el rey es el soberano. Os perdonará y os liberará del resto, puesto que el provecho es para él y no para otro». Mi señor Simón Burley respondió: «Si no pensara que vos ibais a ayudarme con el rey y a salir de este asunto, me marcharía de Inglaterra y me iría a Alemania junto al rey de Bohemia. Allí sería

bien recibido y dejaría pasar un tiempo hasta que las cosas se hubieran calmado». «Por nada os fallaría, le dijo el duque de Irlanda. Somos compañeros para todo. Tomaos un plazo para pagar. Sé bien que podréis pagar en cuanto queráis cien mil francos en dinero contante. No debéis temer la muerte, pues las cosas no llegarán tan lejos. Antes de San Miguel las cosas sucederán de modo muy distinto a como piensan nuestros señores, en cuanto tenga al rey a mi voluntad, y lo tendré, porque todo lo que está haciendo ahora es por obligación y a la fuerza. Tenemos que calmar a estos londinenses y a las malvadas gentes y terminar con este escándalo que se alza contra nosotros».

Mi señor Simón Burley confió en exceso en las palabras del duque de Irlanda y acudió delante de los señores de Inglaterra cuando fue llamado. Allí se le dijo: «Mi señor Simón, siempre habéis sido caballero muy notable en el reino de Inglaterra. Mucho os amó mi señor el príncipe y junto al duque de Irlanda habéis tenido el gobierno del rey. Hemos examinado vuestros asuntos. Os decimos, que vuestros asuntos no están nada bien, lo que mucho nos disgusta por vuestro honor. Por consejo general se ha decidido que seáis encerrado en la torre de Londres. Allí permaneceréis hasta que hayáis devuelto y restituido a esta cámara el dinero del rey y del reino del que habéis disfrutado, tal y como aparece en los rollos del tesorero y cuya suma asciende a doscientos cincuenta mil francos. Considerad ahora lo que queréis hacer». Mi señor Simón Burley respondió con mucha seguridad y dijo: «Con mucho gusto, señores, cumpliré vuestras órdenes e iré a donde me enviéis. Pero os ruego que me permitáis tener a mi lado a un clérigo, al que haré escribir los grandes

gastos, dones y dispendios que tuve que hacer en tiempo pasado procurando el matrimonio de nuestro señor en Alemania y Bohemia. Pero si cogí demasiado dinero, os ruego por la gracia del rey y la vuestra, que me concedáis plazos para pagar». «Nos parece bien», respondieron los señores. Así fue encerrado prisionero mi señor Simón Burley en la torre de Londres.

187. Entonces el consejo se echó encima de mi señor William Eltham y de mi señor Tilomas Trevit, pues no caían en gracia a algunos barones de Inglaterra ni a nadie de la comunidad del país por el viaje que habían hecho a Flandre y se decía que nunca un inglés había hecho viaje tan humillante a ningún país. De esto estaban excusados el obispo de Norwich y el capitán de Calais que por un tiempo lo había sido mi señor Hugh Calveley. Lo que más perjudicaba a los arriba mencionados era que habían cogido dinero en la entrega de Bourbourg y Gravelines. Algunos en Inglaterra querían considerarlo una traición, y tal y como se ha relatado antes en la historia de la cabalgada de Bérgues y Bourbourg, se encontraban obligados con el rey de Inglaterra, sus tíos y el consejo. Cuando aquellos señores se reunieron, volvieron a hablar de todas estas cosas y se decidió llamarles ante el consejo. Fueron llamados y mi señor William de Eltham acudió, pero mi señor Thomas Trevit fue muy bien excusado. Os contaré cómo y por qué. La misma semana en que llegaron las noticias del consejo a su hostal en North donde vivía, montó en un joven corcel para probarlo en los campos. Le picó espuelas un poco hacia delante y el corcel se lo llevó, quisiéralo o no, por setos y matorrales. Al final lo tiró al

saltar por un foso y mi señor Thomas Trevit se partió el cuello y allí murió. Fue una gran pena y mucho lo lamentaron todas las buenas gentes de Inglaterra. Pero no por eso sus herederos tenían que dejar de pagar una suma de florines ante el consejo que se llamaba del rey. Aunque todo aquello y las disposiciones de pago procedían de las instigaciones de los tíos del rey y el general consejo del país, tal y como después se vio en Inglaterra. Pues bien cierto es que, aunque el duque de Gloucester fuera el más joven de los hijos del buen rey Edward, era el más antiguo en los asuntos que atañían al país y a quien recurrían la mayor parte de los nobles, prelados y comunidades.

Cuando se hubieron calculado las cuentas de mi señor Thomas Trevit. muerto por el accidente que os he contado, mucho se alivió la pena de mi señor William de Eltham. Mi señor William tenía buenos amigos e intermediarios que trataron con el consejo, alegando su gran valor y los hermosos servicios que había prestado muchas veces a los ingleses en Bordeaux, Guyenne y Picardie donde siempre había sido buen caballero y nada se le podía reprochar en un justo examen de todos sus hechos, salvo el haber cogido dinero en la entrega de las guarniciones de Bourbourg y Gravelines. Pero se excusó con buenas razones y con muchas calma dijo: «Muy señores míos, cuando uno se encuentra en tal partida de armas como por aquellos días nos encontrábamos en la guarnición de Bourbourg, me parece que según he oído contar algunas veces a mi señor John Chandos y a mi señor Walter de Mauny de cuya valentía y sensatez nadie duda, uno debe elegir de dos o tres posibilidades la más provechosa en perjuicio de sus enemigos. Mi señor

Thomas Trevit y yo bien vimos que estábamos rodeados por todas partes y que de Bourbourg no habría salido ni un pajarillo sin peligro de los franceses. No aparecía ayuda por ningún lado y mucho no podíamos durar en los asaltos, pues eran tan buenas gentes de armas como nunca había visto, como tampoco caballero que estuviera en Inglaterra. Sabía con seguridad por uno de nuestros heraldos que estuvo en su hueste y vio todo su poder, que eran más de dieciséis mil hombres de armas entre caballeros y escuderos, y cuarenta mil de las otras gentes, mientras que nosotros no llegábamos ni a trescientas lanzas más otros tantos arqueros. Nuestra guarnición tenía un contorno tan grande que no podíamos atender a todo. Buena cuenta nos dimos en uno de los ataques que nos hicieron, pues mientras nos ocupábamos en defender una parte, nos disparaban fuego por otra, por lo que mucho nos inquietamos y los enemigos lo vieron enseguida. A decir verdad, el rey de Francia y su consejo actuaron con gran gentileza, cuando en la situación en la que nos encontrábamos, nos concedieron treguas. Pues si hubieran continuado el ataque y hubieran vuelto al día siguiente, nos habrían tenido a su voluntad. Hicieron tratos con nosotros a través del duque de Bretagne que mucho se esforzó en ello. Teníamos que entregarles dinero y nosotros lo recibimos. Bien perjudicamos a nuestros enemigos, pues entiendo que fue perjuicio para ellos, cuando tuvimos su dinero y nos marchamos de allí sanos y salvos llevándonos todo lo que habíamos conquistado aquella temporada por armas en la frontera de Flandre». «Y además, continuó diciendo William Eltham, para limpiarme de todo vituperio, si hay algún caballero o

escudero en Inglaterra o fuera de ella, exceptuando a mi señor de Lancaster, mi señor de York y mi señor de Gloucester, que quieran decir que cometió deslealtad con el rey, mi señor natural, o que quiera acusarme de traición, estoy dispuesto a levantar gaje y a poner mi cuerpo en peligro o en partida de armas y demostrar lo contrario, de modo que los jueces lo confirmarán a estos diputados».

Estas y otras palabras y el valor del caballero lo excusaron y libraron del gran peligro de muerte en el que se había encontrado al principio y lo devolvieron a su anterior situación. Luego progresó mucho en Inglaterra, se confió mucho en él y perteneció al consejo del rey. Pero mi señor Simón Burley no fue liberado por aquellos días del castillo de Londres donde se encontraba prisionero, pues había caído en la malevolencia de los tíos del rey y de toda la comunidad de Inglaterra. El rey hizo todo lo que pudo para liberarle durante su estancia en Chieves y en los alrededores que mucho le gustaban. Pero el consejo, que quería perjudicarle, disimulaba y decía que no lo podía liberar, pues sus asuntos no estaban claros. Entonces el rey se marchó en compañía del duque de Irlanda y tomaron el camino de Gales hacia Bristol y allí a donde fuera el rey, le seguían su esposa la reina y todas las doncellas. Pero aunque el rey Richard de Inglaterra abandonara la marca de Londres, los tíos del rey ni sus consejeros se marcharon, sino que permanecieron en Londres y en sus alrededores.

188. Muchas veces habéis oído contar que cuando hay enfermedad en la cabeza, todos los miembros se resienten y hay que purgar la enfermedad por donde sea.

Yo, autor, entiendo esta enfermedad por las felonías y acusaciones que se hicieron en Inglaterra en aquel tiempo. Los tíos del rey nada podían hacer contra el duque de Irlanda, pues les parecía demasiado cercano al rey y en tal prosperidad que hacía ir al rey por donde quería, y le hacía consentir en todo lo que a él le complacía. Con mucho gusto habían visto su destrucción. Bien sabían que mi señor Simón Burley era uno de sus consejeros más próximos y además que ellos dos habían gobernado durante largo tiempo al rey y al reino de Inglaterra y eran sospechosos de haber hecho enormes gastos. Corrían grandes rumores en muchos lugares de Inglaterra, de que el duque de Irlanda y mi señor Simón Burley estaban reuniendo gran cantidad de oro y plata, y ya lo habían hecho en Alemania. Llegó a conocimiento de los tíos del rey y del consejo de las ciudades y buenas villas de Inglaterra, que estaban de su parte, que del castillo de Dover se habían bajado por la noche y en secreto grandes cofres al puerto y que allí lo habían embarcado y las naves se habían hecho a la mar. Se decía que todo esto había sido reunido por los dos ya mencionados y sacado fraudulentamente del país y enviado a otros países, por lo que el reino de Inglaterra mucho se había debilitado. Mucho se dolían las gentes por aquello y decían que era tan difícil conseguir oro y plata, que por ello el comercio estaba muerto y perdido, y no podían concebir ni imaginar que fuera por otro motivo.

Tanto fueron creciendo estas palabras y acusaciones, que la situación de mi señor Simón Burley se agravó mucho y los tíos del rey y del consejo de las ciudades y de las buenas villas de Inglaterra que estaban aliadas con

ellos, decidieron que merecía la pena de muerte. El arzobispo de Canterbury le llegó a acusar un día de haberse llevado el relicario de Santo Tomás de Canterbury al castillo de Dover, cuando esperaban el paso del rey de Francia y de los franceses. Y eso estaba en boca de todos y cuando le vieron en peligro de prisión, dijeron que se lo quería llevar fuera de Inglaterra.

El caballero fue acusado de tal modo, que de nada le valieron las excusas que pudo dar ni alegar. Un día fue conducido fuera de la torre del castillo de Londres y decapitado en la plaza delante del castillo como un traidor. Dios les perdone sus crímenes. Pues aunque escriba acerca de su humillante muerte, mucho me encolerizó. He tenido que hacerlo para contar la verdad de la historia, pero yo lo lamenté muchísimo, pues le había conocido en mi juventud y me pareció un caballero amable, agradable y muy sensato. De ese modo y por tal infortunio murió mi señor Simón Burley.

Su sobrino y heredero, mi señor Richard Burley, estaba con el duque de Lancaster en Galicia aquellos días en que tales desgracias le sucedieron a ese caballero en Inglaterra. Después del condestable era uno de los más renombrados, pues era mariscal de toda la hueste. También se ocupaba de esto mi señor Thomas Mowbray, pues mi señor Richard Burley era uno de los consejeros más próximos del duque. Bien debéis saber, que si se hubiera enterado de la terrible noticia de la muerte de su tío, se habría encolerizado mucho, pero no supo nada, pues también el gentil caballero, mi señor Richard Burley, murió durante ese viaje en su lecho de enfermedad, como muchos otros, tal y como os contaré

más adelante en la historia, cuando sea el momento y el lugar para hablar de ello.

189. Cuando el rey Richard de Inglaterra que se encontraba en la marca de Gales, se enteró de la muerte de mi señor Simón Burley, uno de sus caballeros y uno de sus maestros, que le había criado e instruido, se irritó terriblemente y dijo y juró que la cosa no quedaría así, y que lo habían matado con gran injusticia y pecado y sin ninguna razón. A la reina de Inglaterra le dolió en gran manera y lloró mucho pues el caballero mi señor Simón la había conducido de Alemania a Inglaterra.

Entonces mucho se atemorizaron los que eran del consejo del rey, el duque de Irlanda, mi señor Nicholas Brembre, mi señor Robert Tresilian, mi señor John Beauchamp, mi señor John Salisbury y mi señor Michael de la Pole. Fue echado y depuesto de su oficio el arzobispo de York que se llamaba William Neville, hermano del señor de Neville de Northumberland, que durante mucho tiempo había sido gran tesorero de todo el reino de Inglaterra. El duque de Gloucester le dijo que no se ocupara más de los asuntos del reino de Inglaterra si en algo apreciaba su vida, y que se marchara a York o a los alrededores o a donde más le conviniera con sus beneficios. También le dijo que por el honor de su linaje y de él mismo que era sacerdote, se le excusaba de muchas cosas, muy perjuidiciales para su honor, y que lo que se le estaba diciendo, era consejo general de Inglaterra. Aun se le llegó a decir, que la mayor parte del consejo de las buenas gentes, ciudades y buenas villas y puertos de Inglaterra hubieran querido que fuera degradado y muerto, del mismo modo que mi señor

Simón Burley, pues se le inculpaba de los mismos actos. Mucho se avergonzó el arzobispo de York por aquellas palabras y demostraciones, y lo aguantó lo mejor que pudo. Tuvo que hacerlo así, pues nunca habrían sido escuchadas excusas ni defensas, ya que las opiniones contrarias eran demasiado grandes y fuertes. Se marchó de la ciudad de Londres y se fue a North a vivir de sus beneficios que debían ascender a cuarenta mil francos anuales.

Mucho se irritaron por este suceso él y todo su linaje y pensaron que mi señor Henry Percy, conde de Northumberland, lo había cocido y avivado todo, aunque fuera de su linaje y cercano vecino de tierras y castillos.

En su lugar dispusieron a un hombre valiente y sensato clérigo que muy en gracia estaba con los tíos del rey, el arzobispo de Canterbury, que es de los de Montagu y Salisbury y el conde de Salisbury era su tío. Fueron nombrados por consejo de los tíos del rey y por el acuerdo de las ciudades las buenas villas y puertos de Inglaterra, el conde de Salisbury, el conde Richard de Arundel, el conde de Northumberland, el conde de Devonshire, el conde de Nottingham y también el obispo de Norwich que se llamaba mi señor Henry Despencer. El canciller, el obispo de Winchester, siguió en su oficio. El de mayor renombre de este consejo después del duque de Gloucester era mi señor Thomas de Montagu, arzobispo de Canterbury, y bien lo debía ser, pues era hombre valiente y de gran sentido, y mucho se esforzaba en reformar la justicia del reino de Inglaterra y en que su señor el rey Richard estuviera por encima de él y de todos su mamarrachos. Muchas veces hablaba de esto al duque de York y el duque le decía: «Arzobispo, muy

pronto las cosas serán de muy distinta manera a como el rey, mi buen primo, o el duque de Irlanda creen. Pero hay que hacerlo todo de modo razonable y esperar que todo vaya por su cauce. No es buena cosa apremiarle demasiado y bien quiero que comprendáis que si no nos hubiéramos dado cuenta de este asunto, habrían dominado a mi señor el rey y el país habría estado a punto de perderse. En Francia el rey y su consejo bien conocen la situación en la que nos encontramos y no dudéis que por eso pensaron venir y echársenos encima para destruirnos».

190. Del mismo modo que los tíos del rey y los nuevos consejeros de Inglaterra, que se encontraban en Londres y en Westminster, se preocupaban por los asuntos del rey y de Inglaterra tratando de reformar las cosas según su parecer y opinión, así día y noche el duque de Irlanda y su consejo consideraban cómo podrían permanecer en su condición y condenar a los tíos del rey, tal y como pudo verse. Ahora os contaré cómo ocurrió.

Cuando el rey Richard de Inglaterra llegó a Bristol con la reina, se quedaron en el castillo de Bristol, que es hermoso y muy fuerte, y los de las marcas lejanas en Gales creían que el rey permanecía allí por la causa y favor del duque de Irlanda, que había anunciado marchar a Irlanda, para ayudarle a hacer sus finanzas y aumentar su compañía. El consejo general de Inglaterra le había acordado, cuando el rey se separó de sus tíos, que en caso de que hiciera ese viaje, recibiría a coste de Inglaterra quinientos hombres de armas y mil quinientos arqueros, y también se dispuso que estaría bien pagado durante tres años.

El duque no tenía ninguna intención de hacer ese viaje, pues veía al rey joven y por el momento estaba tan a buenas con él como quería, pero temía que si se alejaba de la presencia del rey, también se alejaran el amor y la gracia que el rey le tenía. Además estaba muy enamorado de una de las doncellas de la reina que se llamaba Lancecrona y no la podía dejar de ningún modo. Era una doncella muy hermosa y agradable que la reina de Inglaterra se había llevado en su compañía cuando salió de Bohemia. El duque de Irlanda la amaba con tal ardor que con mucho gusto se habría divorciado de su esposa la duquesa, hija del buen señor de Coucy. Puso todo su empeño en ello y había hecho escribir al rey a Roma, a aquél que se llamaba papa Urbano VI y a quien los ingleses tenían por papa. Mucho se sorprendieron todas las buenas gentes de Inglaterra y mucho lo condenaron por ello, pues la buena dama había sido hija del buen rey Edward y de la buena reina Philippa de Inglaterra y su madre fue mi señora Isabelle. El duque de York y el duque de Gloucester consideraron este hecho como un gran desprecio. Pero al duque de Irlanda nada le importaba su odio, pues estaba tan enamorado y cegado por el amor de la susodicha, que se quería divorciar y le prometía hacerla su mujer con la dispensa del papa de Roma. El papa no se atrevía a negárselo, pues tenía el acuerdo del rey y de la reina, y la dama era francesa y el señor de Coucy, padre de la susodicha dama, había hecho guerra en Roma a favor del papa Clemente y contra Urbano. Por ello Urbano no le estimaba nada y aceptaría divorciarlos con mayor facilidad. Todo esto le decía y prometía a Lancecrona de Bohemia y no quería oír noticias de su esposa que se llamaba de leal matrimonio.

Pero el duque de Irlanda tenía una madre que era una dama valiente y noble, llamada condesa de Oxford, que no estaba de acuerdo con su hijo, y amargamente le reprochaba sus locuras y le decía que Dios se las haría pagar un día, de tal modo que se arrepentiría. La duquesa mantenía a su hija junto a ella y trataba de proporcionarle todo lo que correspondía a su condición, por lo que quienes amaban a la dama, bien se lo debían agradecer.

191. Continuaré contándoos acerca de los asuntos de Inglaterra que sucedieron aquella temporada, tal y como he hecho hasta ahora, y llegaré hasta el final, según fui informado. Bien sabéis que el duque de Irlanda se encontraba junto al rey de Inglaterra en la marca de Gales y día y noche no se esforzaba en otra cosa más que en conseguir sus propósitos de modos diversos, ofreciendo al rey y a la reina hermosas palabras y grandes distracciones para complacerles y atrayéndose a todo tipo de caballeros, escuderos y gentes que acudían a ver al rey y a la reina a Bristol y durante las cazas que hacía por el país, a su cuerda y opinión. Y el rey se lo aguantaba y lo consentía.

Durante la estancia del rey de Inglaterra en Bristol junto al río Severn y en la marca de Gales, el duque de Irlanda mucho se esforzó en cabalgar e ir de un lado para otro, en especial por la tierra de Gales. A todos los que le querían oír, fuesen gentileshombres u otros, les decía que los tíos del rey, para alcanzar la soberanía y el señorío de la corona de Inglaterra, habían echado fuera del consejo a los valerosos hombres del consejo del rey, tales como el arzobispo de York, el obispo de Durham, el obispo de Ely,

el obispo de Londres, mi señor Michael de la Pole, mi señor Nicholas Brembre, mi señor John Salisbury, mi señor Robert Tresilian, mi señor John Beauchamp y a él mismo, y habían hecho morir y decapitar sin razón alguna a un hombre prudente y valiente caballero, mi señor Simón Burley, y que si aumentaban en las condiciones en que reinaban, destruirían Inglaterra.

Tanto hizo este duque de Irlanda, tanto rogó al pueblo, a los caballeros y escuderos de la tierra de Gales y de las comarcas vecinas, que la mayoría le creyeron y un día acudieron a Bristol junto al rey y le preguntaron si lo que decía el duque de Irlanda era la palabra del rey. El rey les respondió que sí y les rogó que si le amaban, le creyeran, pues defendía todo lo que hiciera, y que realmente encontraba a sus tíos duros y violentos, y mucho temía que le quisieran arrebatar su reino.

Los de la tierra de Gales que siempre habían amado por encima de todo al príncipe de Gales, el padre del rey, y que estaban convencidos de que en todos los sucesos ocurridos en la marca de Londres el rey, su señor, y el duque de Irlanda mantenían justa querella, preguntaron una vez al rey qué pensaba hacer. El rey respondió que mucho le gustaría que los londinenses, que gran culpa tenían en aquellos asuntos, fueran castigados y se les hiciera entrar en razón, al igual que sus tíos. Los de Gales respondieron que ellos estaban obligados a obedecer al rey y sus órdenes, y que sólo a él le debían fe soberana, pues bien le reconocían como su rey y su señor, y que irían a donde se les quisiera enviar. Mucho agradeció el rey aquella respuesta, y también el duque de Irlanda.

Cuando el duque de Irlanda vio que el rey quería mostrar aquel asunto como suyo y que se encontraba en

buena voluntad de destruir a sus adversarios y hacerles entrar en razón, se alegró mucho y dijo a los de su consejo que no podía hacer otra cosa más que regresar a Londres y demostrar el poder, de modo que los londinenses, por buenas palabras o de otra forma, le obedecieron e hicieran lo que el rey quería y no otra cosa. Al rey le decía que gran pérdida era para un reino cuando tenía a tantos jefes y gobernadores, y que de aquello no podía salir nada bueno. El rey le respondió que decía verdad y que si lo había soportado, ya no tendría que soportarlo más, pues pondría tal remedio que todos los otros países tomarían ejemplo.

Ahora considerad e imaginad vosotros mismos si he tenido razón al decir que en aquella estación el reino de Inglaterra estuvo en gran peligro y aventura de perderse para siempre sin recuperación. Ciertamente sí, por los motivos que oís, pues el rey era instigado contra sus tíos y los más altos de toda Inglaterra y éstos estaban en contra del rey, y gran cantidad de nobles que eran de su partido en contra de las ciudades y las buenas villas, y los prelados en gran indignación unos con otros. Nadie, excepto el mismo Dios, podía remediar todo aquello.

Cuando el duque de Irlanda vio que había logrado buen acuerdo del rey y de la mayor parte de los de las regiones de Bristol y Gales, avanzó ante el rey y dijo: «Mi señor, si me queréis nombrar vuestro gonfalonero, me llevaré a doce o quince mil hombres a la marca de Londres o de Oxford, vuestra ciudad y la mía, y mostraré el poder contra los londinenses y vuestros tíos que tanto os han humillado al echar y hacer morir a vuestro consejo, y les haré entrar en razón por las buenas o a la fuerza». «Sí, respondió el rey, lo quiero, y os ordeno que reunáis

gente de todo mi soberano reino allí donde la podáis encontrar y conducirla allí donde queráis para mayor honor y provecho de nosotros y de nuestro reino. Y con el fin de que se vea con mayor claridad que la empresa es mía, quiero que llevéis nuestro estandarte y nuestras armas plenas como nosotros las llevamos y así conseguiréis a más gente de vuestra parte. Castigad a los rebeldes que no quieran obedecer, de modo que los otros tomen ejemplo. Creo que cuando las gentes vean nuestros estandartes, se someterán y mucho temerán causar o recibir daño». Mucho alegraron estas palabras al duque de Irlanda.

El rey hizo su proclama por la tierra de Gales y más allá, en las fronteras de Bristol y el río Severn. Muchos barones, caballeros y escuderos llamados por el rey, se excusaron por enfermedad y otros, temiendo obrar mal, acudieron junto al rey y le obedecieron como a su señor.

192. Mientras se hacían estas proclamas y reclutamientos, el rey de Inglaterra y el duque de Irlanda mantuvieron ellos dos solos un consejo secreto. Se les ocurrió la idea de enviar a un hombre fiel de los suyos a la marca de Londres para saber qué ocurría y qué hacían y decían los tíos del rey. Todo considerado, no sabían a quién enviar que pudiera realizar bien el cometido y enterarse de los sucesos. Entonces se adelantó un caballero, primo del duque de Irlanda y de su consejo y del consejo de la cámara del rey, y que se llamaba Robert Tresilian. Dijo al duque: «Os veo con dificultades para encontrar a un hombre fiable que quiera ir a la marca de Londres. Yo iré con mucho gusto». El duque de Irlanda se lo agradeció y también el rey. Salió de Bristol vestido

como un pobre comerciante y montado sobre una hacanea. Cabalgó tanto que llegó a Londres y se alojó en un hostal desconocido. Nadie se dio cuenta de que era Tresilian, un chambelán del rey, pues no iba vestido como hombre de bien sino como un villano.

El día que llegó a Londres se enteró de muchas noticias del duque de Lancaster, del duque de Gloucester y de su consejo, y de los consejeros de Londres. Oyó que en Westminster iba a tener lugar un parlamento secreto de los tíos del rey y del nuevo consejo de Inglaterra. Decidió acercarse al lugar y quedarse en la villa de Westminster para saber en secreto qué sucedía en aquel parlamento. No falló en su propósito, sino que lo siguió hasta donde pudo. Marchó a Westminster el día del parlamento en el palacio del rey y se metió en un hostal delante de la puerta del palacio donde vendían cerveza, y se subió a una tribuna. Se apoyó en una ventana que daba al patio del palacio y allí se quedó mucho tiempo. Veía las idas y venidas de los que bien conocía, pero él no fue reconocido porque nadie se fijó en él.

Tanto tiempo se quedó allí mirando fuera y dentro, que un escudero del duque de Gloucester que conocía muy bien a mi señor Robert Tresilian pues muchas veces había estado en su compañía, se acercó por aventura al hostal y dirigió su mirada hacia aquella parte y vio a mi señor Robert. Cuando mi señor Robert le miró, le reconoció y enseguida retiró su rostro de la ventana.

Al escudero le asaltaron las dudas y se dijo a sí mismo: «Me parece haber visto a Tresilian». Entonces entró en el hostal y preguntó a la dama: «Señora, por vuestra fe, ¿quién es el que está bebiendo ahí arriba? ¿Va solo o está acompañado?» «Por mi fe, señor, respondió la dama, no

os lo sabría nombrar, pero está ahí desde hace mucho rato». Con estas palabras, el escudero subió para verle mejor. Le saludó y enseguida se dio cuenta de que sus sospechas eran ciertas. Pero fingió y le dijo: «Dios guarde al prohombre. Perdonad, buen maestro, pero os he confundido con uno de mis arrendados de Essex». «Soy un hombre del condado de Kent, respondió mi señor Robert, que tengo tierras de mi señor John Holland y las gentes del arzobispo de Canterbury mucho me perjudican. Mucho me gustaría quejarme ante el consejo». El escudero le respondió: «Si venís dentro al palacio, os haré entrar ante los señores del parlamento». «Muchas gracias, respondió mi señor Robert, no renuncio a vuestra ayuda».

Con estas palabras el escudero pidió una cuarta de cerveza, la pagó y dijo: «Adiós». Salió del hostal y entró por la puerta del palacio. Se dirigió a la entrada de la cámara del consejo y llamó a un ujier que abrió la puerta de la cámara. Reconoció al escudero en cuanto lo vio y le preguntó: «¿Qué queréis? Nuestros señores están en el consejo».

363. «Quiero hablar con mi amo, mi señor de Gloucester, pues es un asunto que le afecta grandemente, a él y a todo el consejo», respondió el escudero. El ujier bien sabía que el escudero era hombre de honor y creencia, y le dijo: «Pasad». El escudero avanzó hasta los señores y se arrodilló delante del duque de Gloucester diciéndole: «Mi señor, os traigo grandes noticias». «¿Cuáles?», preguntó el duque. «Mi señor, continuó el escudero, hablaré en voz alta, pues os afectan a vos y a los señores que están aquí. He visto a mi señor Robert

Tresilian vestido de villano aquí delante de la puerta del palacio en una taberna de cerveza». «¡Tresilian!», exclamó el duque. «Mi señor, es cierto por mi fe. Lo tendréis aquí si queréis». «Bien quiero tenerle, dijo el duque, nos dirá noticias del duque de Irlanda. Ve a buscarle y cuida de que no escape».

Cuando oyó la orden del duque, el escudero salió de la cámara, se procuró cuatro soldados y les dijo: «Seguidme de lejos y en cuanto os haga una señal de un hombre al que voy buscando, ponedle las manos encima y cuidad que no se os escape». «Con mucho gusto», le respondieron.

Con estas palabras, el escudero entró en la casa donde se encontraba Tresilian, subió las escaleras a la cámara donde le había dejado y tan pronto estuvo en su presencia, le dijo: «Tresilian, Tresilian, vos no habéis venido aquí para ningún bien, tal y como supongo. Mi señor de Gloucester os llama para que acudáis a hablar con él». El caballero se hizo el sorprendido, se habría excusado si hubiera podido, y dijo: «No soy Tresilian, sino un arrendado de mi señor John Holland». «De ningún modo, dijo el escudero, vos sois Tresilian, aunque esa vestimenta no os corresponda». Entonces hizo una señal a los soldados que estaban en la puerta del hostal para que se apresuraran en apresarle. Entraron en la casa, subieron los escalones y llegaron a la cámara donde se encontraba Tresilian. En cuanto le pusieron las manos encima, lo condujeron, quisiéralo o no, al palacio. Bien podéis creer que allí se formó un gran tumulto para verle, pues era muy conocido en Londres y en muchos lugares de Inglaterra.

El duque de Gloucester se alegró mucho del suceso y cuando estuvo delante de él, el duque le preguntó: «Tresilian, ¿qué habéis venido a buscar a este país? ¿Qué hace mi señor? ¿Dónde se encuentra?» Tresilian, al ver que había sido reconocido y que de nada le valían las excusas, respondió: «A fe mía, mi señor, el rey nuestro señor se encuentra en Bristol cerca del río Severn cazando y distrayéndose. Me ha enviado aquí para saber noticias». «¿En estas condiciones?, le dijo el duque. Vos no habéis venido aquí como prohombre, sino como traidor y espía. Si hubieseis querido tener noticias, habríais venido en condición de caballero y prohombre con cartas credenciales y de ese modo habríais vuelto con noticias». «Mi señor, dijo Tresilian, perdonadme si he cometido falta, pues todo lo que he hecho me lo han hecho hacer». «¿Y dónde está vuestro amo, el duque de Irlanda?» Está junto a nuestro señor el rey, mi señor», respondió Tresilian.

Entonces dijo el duque de Gloucester: «Nos han informado que ha hecho un gran reclutamiento de gentes de armas con la ayuda del rey. ¿A dónde los piensa conducir?» «Mi señor, respondió Tresilian, todo es para ir a Irlanda». «¿A Irlanda?», preguntó el duque, «Sí, señor, es cierto».

El duque de Gloucester reflexionó un momento y dijo: «Tresilian, Tresilian, no me gustan nada vuestros asuntos. Habéis cometido una gran necedad al meteros en este país, pues en muy poco se os aprecia, como veréis enseguida. Vos y otros de vuestra secta nos habéis causado grandes enojos a mi hermano y a mí, y habéis enturbiado y malaconsejado a mi señor y a algunos nobles de este país y de las buenas villas contra nosotros.

Ha llegado el día de la recompensa, pues quien bien obra, justo es que se lo encuentre. Pensad en vuestras necesidades, pues no volveré a comer ni a beber mientras sigáis con vida».

Estas palabras atemorizaron mucho a mi señor Robert Tresilian y con motivo, pues a nadie le gusta oír hablar de su fin como lo había hecho el duque de Gloucester. Quiso excusarse con buenas palabras y atenuar su culpa de muchas maneras, pero no pudo, porque el duque tenía duros informes de él y de los otros de la secta del duque de Irlanda de modo que de nada le sirvieron las excusas. Para qué alargaros la materia. Mi señor Robert Tresilian fue entregado al verdugo y a los que se encargaban de este oficio, y conducido fuera de Westminster y decapitado, y luego colgado de las axilas. Así terminó mi señor Robert Tresilian.

193. Muy pronto llegaron las noticias al rey Richard de Inglaterra y al duque de Irlanda que se encontraban en Bristol, de que mi señor Robert Tresilian había muerto de forma vergonzosa. El rey se lo tomó a gran despecho y dijo y juró que la cosa no quedaría así, y que sus tíos obraban mal, cuando sin razón le quitaban a sus hombres y caballeros que le habían servido con lealtad, a él y a su padre el príncipe, demostrándole que le querían echar de la corona de Inglaterra. Pidió consejo a los que estaban a su lado acerca de cómo actuar pues la cosa ya le estaba afectando demasiado.

Por aquellos días estaba allí el arzobispo de York que era el soberano de su consejo, y dijo: «Mi señor, pedís consejo y yo os lo daré. Vuestros tíos y los de su partido se comportan muy mal con vos, pues por lo que

demuestran y hacen, parece que vos no estéis aconsejado más que por traidores, y nadie puede ser escuchado por encima de ellos. Es un gran peligro para todo este reino, pues si las comunidades se rebelaran, grandes desgracias sucederán en Inglaterra en caso de que los señores no estén unidos. Os aconsejo que pongáis remedio inmediato. Ahora os encontráis en la marca y región más abundante de gentes. Haced un llamamiento a todos los que estén obligados a serviros, gentileshombres y otros, y cuando estén todos reunidos, enviadlos a la marca de Londres. Nombrad conductor soberano al duque de Irlanda que aceptará el cargo con mucho gusto, y que no aparezcan otros estandartes y pendones más que vuestras armas plenas para demostrar mejor que la empresa es vuestra. Mientras se dirijan hacia allá, todo el pueblo se pondrá de vuestro lado y bajo vuestros estandartes, y esperemos que los londinenses no os odien, pues nunca les habéis hecho nada malo. Vuestros tíos son los responsables de toda la ruindad que pueda haber allí, y aquí está mi señor Nicholas Brembre, que ha sido alcalde de Londres mucho tiempo y al que nombrasteis caballero por un hermoso servicio que os prestó un día, que conoce muy bien el corazón de los londinenses y bien puede conocerlos pues él es de allí y no puede ser que todavía no le queden buenos amigos. Pedidle que os aconseje lo mejor en este asunto, pues mucho os afecta. Por incidentes de información y por tumulto podríais perder vuestro señorío sobre el pueblo».

Entonces el rey cedió la palabra a mi señor Nicholas Brembre y le pidió que hablara. Mi señor Nicholas Brembre habló a petición del rey y dijo: «Señor rey y

todos vosotros, mis señores, hablaré con mucho gusto puesto que he sido requerido. En primer lugar os digo que no puedo creer, ni creeré, que la mayor parte de los londinenses no se inclinen por amor al rey, mi señor que está aquí, pues mucho amaron a mi señor el príncipe, su padre, y bien lo demostraron cuando los villanos se rebelaron y alzaron. A decir verdad, si los londinenses hubieran estado de acuerdo con ellos, habrían humillado al rey y al reino. Por otra parte, los tíos del rey tienen ventajas en esta querella, porque viven entre ellos e informan al pueblo de lo que quieren y no hay nadie que les contradiga. Ya han echado a los oficiales del rey, a mí y a los otros, y han puesto a los de su partido. Han enviado al rey a uno de los extremos de su reino. Nadie puede imaginar ningún bien de esto y no sabemos lo que pretenden. Si esto se prolonga mucho, y eso es lo que parece, echarán al rey de su reino, pues ellos actúan por la fuerza y el rey por la dulzura. Han hecho morir a un valiente caballero y prohombre sin ofrecer ninguna razón, mi señor Simón Burley, que tantos bellos servicios había prestado al reino de Inglaterra a éste y al otro lado del mar, acusándole falsamente de que quería entregar a los franceses el castillo de Dover. Han dicho al pueblo que él les había hecho venir a Flandre y a Sluys y nada de esto es cierto. Además para despecho del rey, han matado vergonzosamente a mi señor Robert Tresilian, su caballero, y lo mismo harán con los otros si les dejamos. Yo digo que más vale que el rey vaya de riguroso y poderoso que de dulce. En todo el reino de Inglaterra se sabe que él es el rey, pues ya su abuelo, el bueno y valiente rey Edward, lo hizo alzar en Westminster, y jurar a todos los señores, prelados, ciudades y buenas

villas de Inglaterra, que después de su muerte lo tendrían por rey, y ese juramento también lo hicieron sus tres tíos. A muchos les parece ahora, si pudieran hablar, que no se le tiene en la condición y forma de rey, pues no puede hacer su voluntad. Lo tienen a sueldo, y también a la reina. Eso es muy duro para un rey y también para una dama. Se les quiere demostrar que carecen de sentido para gobernar y que sus consejeros son traidores y malvados. Yo digo que todo esto no debe soportarse y preferiría morir a vivir mucho tiempo en este peligro y ver cómo el rey es tratado por sus tíos».

El rey le interrumpió en estas palabras y dijo: «Nada nos place y quiero que vos, que me debéis aconsejar, pongáis remedio de la forma más honorable que podáis para nuestro honor y el de nuestro reino».

Así concluyó el parlamento en Bristol y se ordenó que el duque de Irlanda, soberano de la caballería del rey, se dirigiera con todas las gentes de armas y arqueros que pudiera encontrar, a la marca de Londres y allí se enteraría de cuál era el ánimo de los londinenses y, si conseguía parlamento o audiencia con ellos, se los ganaría a todos por las grandes promesas que les prometería de parte del rey.

Muy poco tiempo después de esto, el duque de Irlanda salió de Bristol con quince mil hombres y marchó a la ciudad de Oxford.

Cuando llegó allí, él y sus gentes acamparon en la villa y en los alrededores. Llevaban todos los estandartes y pendones con las armas plenas de Inglaterra, pues el rey quería que así lo hicieran para demostrar que suya era aquella empresa.

Las noticias llegaron a los tíos del rey, el duque de York y el duque de Gloucester, de que el duque de Irlanda se aproximaba a Londres y ya estaba en Oxford con quince mil hombres llevando los estandartes del rey. Mantuvieron consejo acerca de cómo podrían actuar mejor y un día reunieron en Westminster a todos los soberanos de Londres y aquéllos en los que tenían mayor confianza y quienes más opinión tenían y más podían hacer, y allí expusieron cómo el duque de Irlanda y los de su secta venían a mano armada sobre ellos.

Los londinenses respondieron como gente dispuesta a obedecer y complacer las órdenes de los tíos del rey. pues estaban totalmente a su favor, y dijeron: «Sea en nombre de Dios. Si el duque de Irlanda nos pide batalla, la tendrá sin dificultad. No cerraremos las puertas por quince mil hombres». Mucho se alegraron los duques con esta respuesta y enseguida pusieron a trabajar a gran cantidad de clérigos y mensajeros para reunir a caballeros y escuderos de todas partes y gentes y arqueros de las buenas villas. Aquellos que fueron rogados obedecieron a las cartas de los duques, pues así lo habían jurado y prometido. El obispado de Norwich, el condado de Essex, el arzobispado de Canterbury, el condado de Arundel, el condado de Salisbury. el condado de Southampton y todo el país de los alrededores de Londres proporcionaron muchos caballeros y escalde ros que se dirigieron a Londres y allí se albergaron. Todavía no sabían a dónde querían conducirles.

Ahora hablaremos un poco del duque de Irlanda y de su consejo que se encontraba en Oxford con unos quince mil hombres, pero la mayoría habían acudido por obligación más que por su voluntad. El duque decidió

enviar a mi señor Nicholas Brembre, a mi señor Fierre Gouloufre y a mi señor Michael de la Pole al castillo de Londres, para que se enteraran de las intenciones de los londinenses. Entrarían por el Támesis y levantarían los estandartes del rey en la torre para ver qué cara les ponían los de Londres.

Los susodichos caballeros marcharon a petición y orden del duque de Irlanda sólo con treinta caballos. Salieron de la ciudad de Oxford y cabalgaron en secreto hacia Windsor y allí pasaron una noche. Al día siguiente atravesaron el Támesis por el puente Staines y fueron a cenar al hostal del rey en Richmond. Allí estuvieron hasta vísperas y luego se marcharon a un hostal del rey a tres leguas de Londres llamado Kensington. Dejaron sus caballos, se embarcaron y siguieron río abajo la corriente del Támesis y pasaron el puente. Nadie se dio cuenta pues nada sabían de su llegada y fueron a meterse en el castillo de Londres donde encontraron al señor del castillo que el rey había nombrado. Por ese señor supieron los caballeros gran parte de las noticias de Londres y de los duques, y les dijo que con gran peligro habían ido a albergarse allí. «¿Por qué?, le preguntaron. Somos caballeros del rey y el hostal pertenece al rey. Bien podemos albergarnos en sus casas». «De ningún modo, respondió el señor del castillo. Toda la villa está en contra del consejo del rey. Bien quiere obedecer al rey, pero deberá someterse al consejo de sus tíos, los duques. Es cierto todo lo que os digo, pues mi deber es aconsejaros según mi pobre poder y juicio. Mucho me temo que mañana se extiendan por Londres las noticias de que aquí dentro hay gentes del rey, y veáis a los londinenses asediar este castillo por tierra y por agua, y

no se marcharían hasta que hubieran visto de qué gentes se trataba y hubieran entrado dentro. Si os encuentran aquí, os conducirán delante de los tíos del rey. Ya podéis imaginar cómo acaBariais. Los tíos del rey están tan irritados con el consejo del rey y con el duque de Irlanda, que si os quedáis, no creo que salgáis con vida. Glosad bien todas mis palabras, pues son ciertas».

Estos tres caballeros no sabían qué hacer. Se atemorizaron más que antes y mantuvieron consejo privado los tres y decidieron que se quedarían allí aquella noche y al día siguiente. Pero lo guardarían en secreto de modo que nadie se enterara de su llegada y el señor del castillo así se lo confirmó con todo su leal poder guardando todas las llaves de las puertas. Al día siguiente, los caballeros mucho se aconsejaron para saber qué harían. Todo considerado y después de muchos consejos, no se atrevieron a esperar la aventura de que alguien se enterara que estaban allí, pues mucho temían que los encerraran y asediaran. Cuando por la noche subió la marea, embarcaron en el Támesis. Partieron del castillo de Londres sin hacer nada y llegaron a cenar a Kensington y allí durmieron. Al amanecer montaron en sus caballos y por Chertsey fueron a cenar a Windsor y allí pasaron toda la noche. Al día siguiente fueron directamente a Oxford y allí encontraron al duque de Irlanda y a sus gentes a quienes contaron todas las noticias que habéis oído y cómo no se habían atrevido a permanecer en el castillo de Londres de modo que alguien se enterara. El duque se quedó muy pensativo con aquellas noticias y no supo qué decir ni qué hacer. Bien sabía y notaba que todas aquellas gentes que había reunido y reclutado no compartían el mismo ánimo y no

sabía qué hacer, si retornar junto al rey o seguir allí, y pidió consejo a sus caballeros. El último consejo fue que habiendo sido nombrado condestable y soberano de todas aquellas gentes por el rey de Inglaterra para castigar a los rebeldes, se quedara en los campos, pues si lo hacía de otro modo, recibiría gran vituperio y merecería la indignación del rey al demostrarle que su querella no era justa ni buena. Más le valía morir con honor y esperar la aventura que demostrar falta de coraje.

También le dijeron que hiciera saber su situación al rey en Bristol y que a Dios gracias aún dominaba los campos y nadie le iba al encuentro. El duque de Irlanda hizo todo esto sin abandonar Oxford y en sus cartas rogaba el rey que le enviara gentes y el rey así lo hizo.

A los tíos del rey que se encontraban en Londres llegaron las noticias de que el duque de Irlanda estaba con muchas gentes en la marca de Oxford. Mantuvieron juntos consejo acerca de cómo actuarían. Aquel día estuvieron presentes todos los señores del parlamento y también el arzobispo de Canterbury, el conde de Arundel, el conde de Salisbury, el conde de Northumberland y muchos otros barones y caballeros de Inglaterra que estaban de su parte, además de toda la condestablía de Londres. Allí se aconsejó y ordenó, pues así lo quiso el duque de Gloucester, que sin demora y muy pronto salieran a los campos y que el alcalde de Londres hiciera armar por condestablías a toda las gentes de Londres que les pudieran ayudar, y decía y juraba que iría a combatir al duque de Irlanda allí donde lo encontrara.

El alcalde que había en Londres en aquel tiempo cumplió las órdenes del duque y un día sacó de Londres a dieciséis mil arqueros armados y sólo había elegido a hombres entre veinte y cuarenta años.

Los señores arriba nombrados tenían unos mil hombres de armas. Todas estas gentes salieron de Londres y fueron a acampar a Brentford y alrededores, y al día siguiente a Colebrook, y cada día iban aumentando en número. Tomaron el camino de Reading para pasar con mayor comodidad el Támesis pues el puente de Staines y Windsor había sido destruido por orden del duque de Irlanda, y además ése era el camino mejor y más llano. Tanto hicieron que se acercaron a Oxford.

Al duque de Irlanda y a sus gentes llegaron las noticias de que los tíos del rey y el arzobispo de Canterbury, el conde Arundel, otros señores y los londinenses se acercaban con gran poder. El duque de Irlanda empezó a dudar y pidió consejo. Se le dijo que saliera con sus gentes a los campos y se colocaran en orden de batalla sacando fuera los estandartes del rey. Si a Dios le placía, la jornada sería suya, pues tenían buena querella. Tal y como se ordenó, así lo hicieron. Tocaron las trompetas. Todas las gentes se armaron y salieron de Oxford los que se habían alojado allí, y todos los tipos de gentes salieron a los campos en orden de batalla y desplegaron los estandartes del rey. Era un día muy claro y hermoso.

Las noticias llegaron al duque de Gloucester que había acampado a tres leguas de Oxford, junto a un pequeño río que viene de arriba y desemboca en el Támesis debajo de Oxford. Se encontraban a lo largo del río en una hermosa pradera cuando el duque de Gloucester oyó que el duque de Irlanda había salido a los campos en orden

de batalla. Mucho se alegró y dijo que combatiría con el duque, aunque todavía tenían que pasar el Támesis. Por la hueste tocaron las trompetas para desacampar y se ordenaron como si fueran a combatir enseguida. Se encontraban a dos leguas inglesas de sus enemigos pero tenían que atravesar el Támesis. El duque de Gloucester envió a exploradores a comprobar el fondo y éstos encontraron el río tan bajo como no lo habían visto en treinta años. Los exploradores del duque lo atravesaron con facilidad y fueron a ver las posiciones de sus enemigos. Luego regresaron junto al duque de Gloucester y le dijeron: «Mi señor, Dios y el río están hoy con vos. El río está tan bajo en la parte más profunda que el agua no llegaba ni a las barrigas de nuestros caballos. Os decimos, mi señor, que hemos visto la posición del duque de Irlanda. Están todos en filas y bien formados en los campos. No sabemos deciros si está el rey, pero están sus estandartes y no hemos visto otros que los del rey con las armas de Francia e Inglaterra». Entonces respondió el duque: «¡Así me ayude Dios! Mi hermano y yo participamos de esas armas. Cabalguemos en nombre de Dios y de San Jorge, pues quiero verles más de cerca». Entonces todas aquellas gentes avanzaron con gran voluntad pues sabían que pasarían íácilmente el río. Muy pronto los de a caballo estuvieron en el río, lo cruzaron y los primeros indicaron el paso. Muy pronto lo hubo atravesado toda la hueste.

Al duque de Irlanda llegaron las noticias de que los tíos del rey habían pasado el río con todas sus gentes y que tendrían batalla en breve. Mucho se atemorizó entonces el duque de Irlanda, pues bien sabía que si lo apresaban, el duque de Gloucester le haría morir con deshonor y no

aceptaría rescate de oro o plata. Dijo a mi señor Pierre Gouloufre y a mi señor Michael de la Pole: «Ciertamente, mal se me dispone el ánimo para esta .jornada y no me atrevo a esperar en batalla a los tíos del rey, pues si rae apresan, me harán morir de modo vergonzoso. ¿Cómo habrán pasado esos diablos el río Támesis? ¡Mal signo para nosotros!» «¿Y qué queréis hacer?» le preguntaron los otros. «Quiero salvarme y a vosotros también, dijo el duque, y el resto que se salve si puede». «Coloquémonos en un ala, respondieron los dos caballeros, y así tendremos dos cuerdas en nuestro arco. Veremos cómo combaten nuestras gentes. Si se portan bien, nos quedaremos por el honor del rey que nos ha enviado aquí, pero si se desbaratan, regresaremos por los campos y tendremos ventaja para dirigirnos a donde podamos».

Mantuvieron este consejo. El duque de Irlanda se procuró un corcel bueno y fresco, y lo mismo hicieron los caballeros, y luego cabalgaron por las columnas poniendo buena cara y diciendo: «Cuidad el buen orden de la columna. Hoy tendremos hermosa jornada, si place a Dios y a San Jorge, pues nuestro es el derecho y la empresa del rey. La querella está de su parte». Disimulando de este modo y saliendo fuera del tumulto, se dirigieron a uno de los extremos de la columna y formaron un ala. De pronto aparecieron el duque de York, el duque de Gloucester y los señores muy bien formados y dispuestos a atacar, con los estandartes desplegados y tocando gran cantidad de clarinetes.

En cuanto las gentes del rey les vieron venir en aquella actitud, se atemorizaron y no mantuvieron el orden sino que les volvieron la espalda, pues corrían voces por todos sitios de que su capitán, el duque de Irlanda huía con los

de su consejo. Empezaron a huir unos por un lado y otros dos señores se marcharon a todo galope y no sintieron ningún deseo de regresar ni de dirigirse a Oxford, sino que se alejaron todo lo que pudieron para ponerse a salvo.

Cuando el duque de Gloucester vio la actitud de las gentes allí reunidas contra él, sintió remordimientos de conciencia y no quiso hacer lo que podía haber hecho, pues bien sabía que todos o en su mayor parte habían acudido allí por obligación y por incitación del duque de Irlanda. Dijo a los suyos: «La jornada es nuestra, pero prohibo que matéis a un solo hombre que no se defienda, so pena de perder la cabeza. Si encontráis caballeros y escuderos, apresadlos y traédmelos». Las órdenes del duque frieron cumplidas y hubo muy pocos muertos y éstos por el tumulto y la aglomeración.

Mientras cabalgaban unos detrás de otros en la persecución fueron apresados mi señor John de Beauchamp y mi señor John de Salisbury. Fueron conducidos en presencia del duque que mucho se alegró por ello. Estos señores tomaron el camino a Oxford y encontraron abiertas las puertas, y todos los que pudieron, se alojaron allí. El duque de Gloucester estaba muy ansioso por saber si el duque de Irlanda había sido apresado, pero le dijeron que no y que se había salvado.

El duque de Gloucester pasó dos días en Oxford y concedió licencia a todo tipo de gentes para que regresaran a sus casas agradeciéndoles el servicio que les habían prestado a él y a su hermano. Dijo al alcalde de Londres y a todos los condestables de Londres que estaban allí, que regresaran y se llevaran a sus gentes, y

así lo hicieron. Así se separó el ejército y terminó aquella cabalgada.

198. Ahora os contaré lo que les ocurrió al duque de Irlanda, a mi señor Pierre Gouloufre y a mi señor Michael de la Pole. Ese día que os he contado, se salvaron y lo mismo hicieron los otros. Buena falta les hacía, pues si hubieran sido encontrados y apresados, habrían muerto sin merced. Nadie me dijo si acudieron junto al rey, pero si lo hicieron, no estuvieron mucho tiempo a su lado, sino que se marcharon de Inglaterra lo más rápidamente que pudieron. Me dijeron que cabalgaron por Gales y que pasaron a Escocia por Caerlion. Allí se embarcaron y se hicieron a la mar, tuvieron viento a voluntad, costearon Frisia y la isla de Texel y el país de Holanda, y arribaron al puerto de la buena villa de Dordrecht. Mucho se alegraron de encontrarse allí. Me contaron que el duque de Irlanda había reunido en Bruges gran cantidad de oro, plata y finanzas, para estar siempre por encima de sus necesidades. Pues aunque tuviera de su lado al rey de Inglaterra, mucho sospechaba de los tíos del rey y del resto del país. Por eso, cuando se encontró en peligro en Inglaterra, reunió mucho dinero en Flandre y en otros sitios para tenerlo a su disposición si lo necesitaba. También me dijeron que se encontró al otro lado del mar con los sesenta mil francos que había recibido del rescate de los niños de Bretagne, en especial por Jean, pues Guy había muerto. El condestable de Francia aún le debía sesenta mil francos a pagar en tres años. De ese modo, nada debía preocuparse por las finanzas durante largo tiempo.

Cuando el duque de Aubert de Baviére, regente de Holanda, Zélande y Hainaut por parte de su hermano el conde Guillaume que aún vivía, se enteró que el duque de Irlanda había ido a vivir a su villa de Dordrecht como hombre huido y desterrado de Inglaterra, reflexionó un poco y decidió que no se quedaría allí mucho tiempo, pues no quería ponerse a mal con sus primos a los que debía todo el amor. Además se había comportado muy mal con la hija de su prima hermana, mi señora Isabelle de Inglaterra, que había sido señora de Coucy. Ordenó al duque de Irlanda que por haber irritado a sus buenos primos de Inglaterra y por haber roto su matrimonio y querer casarse con otra mujer, que se marchara de su país y se fuera a otro sitio, pues no le quería albergar en villa que fuera suya.

Al oír estas noticias, el duque de Irlanda temió que lo apresaran y lo entregaran a sus enemigos. Mucho se humilló ante los que fueron enviados junto a él y dijo que con gusto obedecería las órdenes de mi señor el duque Aubert. Hizo pagar todo lo que debía y se embarcó con todo su séquito en el río Morughue. Tanto viajaron él y sus gentes por agua y por tierra que llegaron a Utrecht, una villa ligia del obispo de Utrecht y allí fue bien recibido. Se estableció en la villa a la espera de noticias.

Ahora dejaremos de hablar de él hasta que llegue el momento y el lugar, y hablaremos de Inglaterra.

199. Después de la cabalgada que los tíos del rey hicieron hacia Oxford contra el duque de Irlanda y de que todo tipo de gentes hubiera regresado a sus casas, el duque de York y el duque de Gloucester, y el arzobispo

de Canterbury se quedaron en la ciudad de Oxford no sé cuántos días y allí fueron decapitados los dos caballeros a los que llamaban el pequeño Beauchamp y mi señor John Salisbury. Hecha esta justicia, los tíos del rey regresaron a Londres y allí se quedaron un tiempo para saber y oír si tendrían noticias del rey, pero sólo oyeron que el rey y sus gentes seguían en Bristol.

Por iniciación y promoción del arzobispo de Canterbury en Westminster se aconsejó ir con honor junto al rey a Bristol y demostrarle cómo durante un tiempo había estado en contra de la parte más sana de su país que eran los que más le amaban y querían proteger su honor, y que demasiado había oído el consejo de sus corruptos, por lo que mucho se había tambaleado su reino.

Mientras se encontraban en este parlamento, fue conducido a Londres mi señor Nicholas Brembre que había sido encontrado y apresado en Gales donde había huido para ponerse a salvo. Mucho se alegraron los tíos del rey de su llegada y prisión y dijeron que no lo guardarían mucho tiempo, sino que moriría de una muerte semejante a la de los otros. No se pudo excusar de modo que no tuviera que morir y ser decapitado fuera de Londres en nombre de la justicia del rey. Algunos en Londres lo lamentaron, pues en tiempos pasados había sido alcalde de Londres y había gobernado bien la villa y un día salvó el honor del rey en la plaza de Shetfield cuando por su propia mano mató a Litster por lo que todos los demás fueron desbaratados. Por ese buen servicio al rey, el rey le hizo caballero. Fue decapitado por el incidente que os he contado y por creer demasiado en el duque de Irlanda.

Después de la muerte de Nicholas Brembre, los tíos del rey vieron que todos a los que odiaban y querían echar del consejo del rey, habían muerto o estaban tan lejos que no podía pensarse en su vuelta. Convenía que el rey y el reino fueran rehabilitados y reformados, pues aunque hubieran matado y perseguido a los susodichos, no querían arrebatar al rey su señorío sino que sólo querían conducirlo a la buena forma y condición que correspondía a su honor y a su reino. Así dijeron al arzobispo de Canterbury: «Arzobispo, vos iréis a Bristol. Allí encontraréis al rey. Explicadle los asuntos y disposiciones de su reino y en qué punto se encuentran y que a él se los encomendamos. Decidle de nuestra parte que no crea ninguna información contraria, pues demasiado las ha creído en contra del honor y provecho de su reino. Decidle que le rogamos, y lo mismo hacen las buenas gentes de Londres, que venga aquí. Será bienvenido y recibido con gran gozo y le ofreceremos un consejo que mucho le gustará. En cualquier caso, arzobispo, os encargamos que no volváis sin él, pues mal se contentarían los que le aman. Decidle que nada debe irritarse por algunos traidores que demasiado han estado en su compañía. Los hemos matado y alejado de él, porque por ellos estaba su reino en gran peligro y en aventura de perderse». El arzobispo respondió que daría bien el mensaje. Preparó su séquito y se puso en camino como un gran prelado. Tanto hizo que llegó a Bristol y se albergó en la villa. Por aquellos días, el rey se encontraba muy solo pues todos aquellos a los que solía confiarse, estaban muertos o lejos, tal y como habéis oído recordar aquí. El arzobispo pasó un día entero y dos noches en la villa antes de que el rey quisiera hablar con él. Sentía

gran ira contra sus tíos porque hubieran alejado de su lado al duque de Irlanda, el hombre que más amaba en el mundo, y porque habían hecho morir a sus chambelanes y caballeros. Al final le convencieron y consintió en ver al arzobispo. Cuando llegó ante el rey, mucho se humilló y le dijo todas las palabras que los dos tíos del rey le habían encargado y le dio bien a entender que, si no acudía a Londres al palacio de Westminster como le rogaban sus tíos, los londinenses y la parte más sana de su reino, mucho se irritarían, y que nada podría hacer sin la ayuda, acuerdo y consejo de sus tíos, barones, caballeros, prelados, ciudades y buenas villas de Inglaterra. También le hizo ver con claridad, pues también se lo habían encargado, que no podría gozar más de sus enemigos sin tener guerra con sus amigos y situar a su país en disturbios.

El joven rey de Inglaterra se inclinaba a las palabras del arzobispo de Canterbury, pero cuando le recordaba el gran inconveniente que le habían hecho, decapitar a sus hombres y a su consejo en los que no había visto más que bien, mucho cambiaba su ánimo. Al final, se tranquilizó un poco gracias a la reina, mi señora Anne de Bohemia, y de los prudentes caballeros de su cámara, Richard Stury y otros, y dijo al arzobispo que iría con él a Londres.

Mucho se alegró el arzobispo de Canterbury por esta respuesta y fue alto honor para él cuando tan bien lo había hecho. Pocos días después, el rey salió de Bristol y dejó allí a la reina. Se puso en camino con su séquito para acudir a Londres y el arzobispo de Canterbury iba en su compañía. Llegaron a Windsor y allí descansó el rey tres días. A Londres llegaron las noticias de que el

rey volvía por el buen hacer del arzobispo de Canterbury que iba en su compañía. Todas las gentes se alegraron y se ordenó ir a su encuentro con gran honor. El día que salió de Windsor hacia Westminster, el camino de Londres hasta Brentford estuvo totalmente cubierto de gentes a pie y a caballo que iban hacia el rey. Sus dos tíos, el duque de York y el duque de Gloucester, John, hijo del duque de York, el conde de Arundel, el conde de Salisbury, el conde de Northumberland y muchos otros barones, caballeros y prelados, salieron de Londres con gran séquito y encontraron al rey y al arzobispo de Canterbury a dos leguas de Brentford. Le recibieron con dulzura como se debe hacer con un señor. El rey que seguía muy enojado en su corazón, les recibió sin detenerse, no les prestó atención y continuó. Al que más habló por el camino fue al obispo de Londres.

Llegaron a Westminster y el rey desmontó ante el palacio que había sido adornado y preparado para él. Allí tomaron sus especias el rey, sus tíos, los prelados y caballeros, según el debido orden, y luego se despidieron unos de otros y los que debían regresar a Londres, se marcharon. Los tíos del rey, el arzobispo de Canterbury y los consejeros se quedaron en el palacio, en la villa o en la abadía de Westminster para hacer compañía al rey y para hablar de sus asuntos, pues ya habían decidido lo que iban a hacer.

Se ordenó un parlamento general en Westminster y se escribió y se hizo llamar a condes, prelados, barones, caballeros y consejeros de ciudades y buenas villas de Inglaterra y a todos los feudatarios que dependían del rey, censados y los que tenían que censar, y os diré por qué. El arzobispo de Canterbury explicó al consejo, a los

tíos del rey y a los diputados y elegidos para el consejo, que cuando se coronó al rey Richard de Inglaterra, su señor, se le hizo juramento, se censaron los que tenían que hacerlo y recibió la fe y los homenajes de sus vasallos, era por aquellos días menor de edad, pues un rey debe tener veintiún años para entrar en posesión terrena y gobernar el reino, y hasta esa edad debe permanecer bajo la regencia de sus tíos si los tiene o de los más próximos o de sus vasallos. Por eso el arzobispo de Canterbury había dicho que en cuanto el rey tuviera edad y juicio y hubiera cumplido veintiún años, aconsejaba para mayor seguridad la renovación de los censos y juramentos de todos los de su reino que de él dependían, reconociéndolo como a su señor.

El consejo y opinión del arzobispo fue aceptado por los tíos del rey y por los del consejo de palacio y con esa intención llamaron a condes, barones, prelados, caballeros y jefes de ciudades y buenas villas de Inglaterra para que acudieran a Londres en un día fijado, y así se hizo. Acudieron todos, nadie desobedeció, y hubo en Londres y en el palacio de Westminster mucha gente. Allí estuvo el rey Richard, en la capilla del palacio que era muy rica y muy noble, en estado regio con la corona en la cabeza y aquel día hizo el divino oficio el arzobispo de Canterbury. Cantó misa muy solemne y el arzobispo que cantó la misa, predicó y fue oído con mucho gusto pues bien lo sabía hacer.

Después de la misa, los tíos del rey besaron al rey como sus vasallos y le juraron mantener a perpetuidad fe y homenaje. Después se lo juraron condes y barones. Luego lo hicieron los prelados y los que tenían que

censar y por fe y homenaje besaron al rey en la boca con las manos juntas como corresponde. En el beso bien se veía a quién besaba el rey de buena voluntad y a quiénes no, pues aunque a todos besara no a todos les tenía amor, sino que tenía que hacerlo para no salirse de las reglas y del consejo de sus vasallos. Pero debéis saber que si hubiera podido, no lo habría hecho, sino que hubiera tomado cruel venganza por la muerte de Simón Burley y de los otros caballeros que le habían arrebatado y hecho morir sin merced.

El consejo del rey ordenó hacer llamar al arzobispo de York para que purgara las acusaciones que le había hecho el consejo general, pues se decía que siempre había estado de parte y a favor del duque de Irlanda en contra de los tíos del rey. Cuando estas noticias llegaron al arzobispo de York, sintió miedo pues bien sabía que nada le amaban los tíos del rey, y envió excusándole a uno de sus sobrinos, hijo del señor de Neville, que fue a Londres y en primer lugar acudió junto al rey y excusó a su tío el arzobispo y le hizo homenaje en nombre del arzobispo como correspondía. El rey aceptó las excusas, porque quería mucho más a aquel arzobispo que al de Canterbury. Él mismo lo excusó en el consejo, pues de otro modo habría terminado de mala manera, pero por el amor y el honor del rey disimularon y lo excusaron. Pudo permanecer en su arzobispado pero durante mucho tiempo no se atrevió a estar en la ciudad de York. Vivía en Newcastle junto al río Tyne, cerca de los castillos de su hermano, el señor de Neville, y de sus primos.

En esta tranquilidad y calma quedaron los asuntos en Inglaterra. Pero desde entonces, el rey no fue por largo tiempo dueño ni soberano de su consejo, sino que lo

fueron sus tíos, los barones y los prelados arriba mencionados.